

# CÓMPLICE

¿Ser la esposa de un asesino en serie te convierte en su cómplice?



POR  
EL AUTOR DE  
**13**

# Steve Cavanagh

Rocaeditorial •

Daniel Miller, más conocido como Sandman, el Hombre de Arena, asesinó a catorce personas antes de desaparecer. Ahora, su esposa Carrie se enfrenta a un juicio como cómplice. El FBI, el fiscal del distrito, los medios de comunicación y prácticamente toda la población del país piensa que ella lo ayudó a encubrir los crímenes. Eddie Flynn, convencido de la inocencia de su cliente, debe demostrar al jurado y al mundo entero que Carrie Miller fue solo otra víctima de su marido, que desconocía su lado oscuro y nunca participó en los asesinatos. Pero hasta ahora, Eddie y su equipo son los únicos que lo creen

**Con su esposa pendiente de juicio, Sandman saldrá de su escondite para salvarla de una sentencia a cadena perpetua. Matará para protegerla y todos los involucrados en el caso son su objetivo... Incluso Eddie Flynn.**

STEVE CAVANAGH

# CÓMPLICE

Traducción de

Antonia Dueñas Morales y Eduardo Iriarte Goñi

**Rocaeditorial**



Título original: *The Accomplice*  
2022, Steve Cavanagh  
2025, Roca Editorial de Libros, S.L.U.  
2025, Antonia Dueñas Morales y Eduardo Iriarte Goñi, por la traducción

*Para Tracy*

Por las noches [...] sube las escaleras muy quedamente, pues camina en calcetines, luego abre las puertas [del cuarto de los niños] sin el menor ruido y arroja una pequeña cantidad de polvo fino en sus ojos, lo justo para que no puedan mantenerlos abiertos y así evitar que lo vean. Después se arrastra de forma sigilosa detrás de ellos y les sopla suavemente en el cuello, hasta que su cabeza empieza a inclinarse. [Mi hermano] se llama también Pegaojos, pero nunca visita más de una vez a alguien, y cuando lo hace se lo lleva en su caballo y le cuenta historias mientras cabalgan. [...] Lo llaman también la Muerte.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN, «Pegaojos»,  
en *Cuentos de hadas* (1888).  
Una leyenda de Sandman.

# PRÓLOGO

PAGE DELANEY

El jefe de los SWAT dio la orden.

Diez segundos.

Cuando la cuenta atrás llegara a cero, tenían por delante unos cien metros de césped bien cuidado hasta alcanzar la puerta trasera. Paige Delaney se incorporó un poco desde el suelo cubierto de hojas mojadas y empujó hacia abajo una ramita de pino para obtener una mejor visión de la casa. Una luna redonda de tiza se alzaba sobre la silueta de la mansión de ladrillo de estilo colonial en el barrio de Old Westbury, Nueva York.

Delaney se llenó los pulmones de aire y lo soltó lentamente. Escuchó la cuenta atrás por los intercomunicadores.

«Diez...».

Le gustaban los números. Como agente especial de la Unidad Dos de Análisis del Comportamiento del FBI, había llegado a confiar más en los números que en las personas. Y, en este caso, las cifras eran extraordinarias.

«Nueve...».

Durante catorce meses y doce días había estado persiguiendo al hombre que los periódicos llamaron en un principio el Asesino de Coney Island. Naturalmente, él se había otorgado otro nombre. Había hablado sobre ello en una de sus cartas enviadas al FBI, con copia al *Washington Post*. Se hacía llamar Sandman, como el personaje del folclore mitológico conocido también como el Hombre de Arena o el Arenero.

«Ocho...».

Por término medio, Delaney trabajaba quince horas al día. El cuerpo especial que dirigía junto al agente especial al mando, Bill

Seong, estaba compuesto por doscientos policías y agentes federales. Habían interrogado a un millar de testigos potenciales. Habían hablado con setenta y un sospechosos. Y habían recopilado archivos sobre el caso que llenaban unas sesenta y tres cajas guardadas en dos salas de pruebas en la oficina de campo de Nueva York.

«Siete...».

Luego estaban los grandes números. Los que ocupaban los titulares de la prensa.

Diecisiete víctimas. Tanto hombres como mujeres.

Las primeras víctimas habían aparecido medio enterradas en la arena de la playa de Coney Island. Muertas por arma de fuego, acuchilladas y mutiladas. La fuerte presencia policial en la playa había provocado un cambio de patrón en el *modus operandi* del asesino. Las siguientes víctimas habían aparecido muertas en sus casas. Por lo general se trataba de una sola víctima. Aunque a veces asesinaba a más de una persona en la casa.

«Seis...».

El perfil que Delaney había trazado sobre Sandman destacaba dos patrones consistentes con cada asesinato. Uno era de dominio público. Y a los medios les encantaba publicar esos detalles escabrosos. Después de matarlas, el asesino rellenaba con arena las heridas, la boca y las cuencas oculares vacías de las víctimas. Y se llevaba consigo los ojos. La ciudad entera de Nueva York parecía contener el aliento por las noches, a la espera de que se produjera otro ataque.

«Cinco...».

Solo Delaney y un selecto grupo de mandos del cuerpo especial conocían el segundo rasgo distintivo del perfil del asesino. Algo que no podía filtrarse a la prensa. El asesino se llevaba un objeto personal de cada víctima. Esto podría ayudar a atraparlo y condenarlo algún día, y por eso debía ser celosamente mantenido en secreto. En su mayor parte se trataba de joyas.

«Cuatro...».

Al final los números empezaron a ir en contra de Sandman. No puedes perpetrar siempre el crimen perfecto. Tarde o temprano



cometería algún fallo. Delaney estaba convencida de ello y había acertado. Tres días atrás habían encontrado a sus últimas víctimas. La familia Nielsen. Marido y mujer, con los hijos pequeños sedados mientras se cometían los asesinatos. Los niños dijeron que durante la noche sintieron que alguien les soplaba suavemente en el cuello, luego un agudo pinchazo y después se quedaron dormidos.

Se había encontrado una huella ensangrentada en el torso de la mujer, justo debajo del brazo derecho.

«Tres...».

Al cabo de dos días tenían una coincidencia para esa huella, pero no procedía de ninguna de las bases de datos de delincuentes. Daniel Miller, de cuarenta y cinco años, se había identificado dando sus huellas dactilares cuando se registró para conseguir su licencia de actividades dentro de la Ley de Banca. Las siguientes quince horas habían transcurrido de forma frenética mientras Delaney recopilaba toda la información disponible sobre la vida de Miller, sus negocios como inversor de capital privado, sus antecedentes personales y, lo más importante, su ubicación actual. No formaba parte de la lista inicial de sospechosos, que habían ido reduciendo desde los varios miles de sospechosos potenciales de un principio.

«Dos...».

Dentro de unos momentos darían las diez de la noche. Había algunas luces encendidas en la planta baja de la residencia de los Miller. En la cocina, el salón y el pasillo.

Delaney sacó su Glock 19. Se inclinó hacia delante. Con los músculos tensos. Las palmas ya pegajosas por el sudor. Estaba preparada para liberarse del olor de los pinos y las hojas podridas. Preparada para traspasar la línea de los árboles. Preparada para atrapar a su hombre. Estimaban que había dos personas dentro de la casa: Daniel Miller y su esposa, Carrie.

«Uno...».

Delaney no esperó al cero.

El rugido de un Ford Crown Victoria resonó en algún lugar a lo lejos. El sonido de ese motor fue como el pistoletazo de salida. Para cuando el jefe de los SWAT dio la orden de avanzar, todo el mundo estaba ya en pie, sus botas desgarrando el césped mientras se

dirigían a toda prisa hacia los puntos de entrada. Por delante de Delaney corrían ya una docena de agentes federales y del Departamento de Policía de Nueva York, pese a ir pertrechados con su pesado equipamiento de asalto, cascos y chalecos de Kevlar. Tenía claro que no iba a ganar ninguna carrera esa noche, pero no importaba. Otros llegarían antes que ella. Agentes y policías adiestrados para derribar a patadas las puertas de edificios hostiles.

Para cuando Delaney llegó al patio y pasó junto a la piscina, la puerta trasera colgaba de sus goznes y el equipo de los SWAT ya estaba dentro de la casa. Oyó una voz. Un grito. De mujer.

Delaney esperó junto a la puerta trasera, arma en ristre. Con ella había otros cinco agentes federales: el equipo de búsqueda. Tarjetas plastificadas colgaban de sus cordones junto a las placas identificativas del FBI. Las tarjetas mostraban imágenes de los objetos clave de la búsqueda: piezas de joyería que habían sido sustraídas a las víctimas. Algunas resultaban fáciles de identificar debido a su rareza. Como el collar de perlas negras tahitianas robado a Stacy Nielsen tres días atrás.

Se oyó un mensaje por los intercomunicadores.

«No está aquí. La casa, la finca y el garaje están despejados. La mujer está en la cocina. El lugar es seguro».

Delaney soltó un taco y entró en la casa por la puerta trasera. Un amplio cuarto de servicio conducía a una cocina inmensa. El techo abovedado de casi cuatro metros de altura enmarcaba un enorme ventanal que durante el día inundaría el espacio de luz natural. Ahora solo dejaba entrar la oscuridad. Sobre la encimera de mármol había una copa volcada. El vino tinto encharcaba la superficie marmórea y goteaba lentamente sobre las baldosas blancas del suelo.

Sentada en un sofá en el extremo más alejado de la estancia había una mujer de pelo corto y oscuro. Carrie Miller sacudía la cabeza mientras lloraba y miraba a los dos policías de los SWAT que estaban de pie ante ella, haciéndole preguntas. Llevaba una camiseta blanca, pantalones de chándal gris y calcetines de estar por casa de color crema. Al acercarse, Delaney se fijó en el perfecto rostro ovalado de la mujer, su piel clara y sus brillantes ojos verdes

vidriosos por las lágrimas.

—No sé dónde está. Lleva varios días sin venir a casa. Di-dijo que se marchaba en viaje de negocios... Po-por favor, ¿de qué va todo esto? Yo...

—Señora Miller, soy la agente especial Paige Delaney. Sé lo asustada que debe de sentirse en estos momentos y siento mucho que hayamos irrumpido así. Tenemos una orden para registrar la propiedad y arrestar a su marido, Daniel Miller.

Resulta difícil calibrar la reacción de alguien ante este tipo de noticias. En esos momentos, Delaney no estaba segura de que Carrie lo estuviera asimilando.

—Señora Miller, lo que voy a decirle va a afectarla terriblemente, pero es importante para su seguridad que sepa la verdad.

Antes de soltar la bomba sobre Carrie Miller, hizo una pausa y buscó los ojos de la mujer. Carrie parecía ya totalmente devastada por el dolor: traumatizada. Las lágrimas le estaban arruinando el maquillaje. Sorbió por la nariz y se pasó una mano por las mejillas, haciendo que sus blancos dientes acabaran manchados de carmín. Había algo en aquel tipo de noticias traumáticas que ponía a todos en el mismo plano, que trataba a todo el mundo por igual. Delaney se había sentado antes en otros muchos sofás con otras muchas mujeres para darles ese tipo de malas noticias.

Carrie tenía el mismo aspecto que aquellas mujeres.

Su matrimonio la había convertido en una mujer rica. Delaney sabía que Carrie procedía de una familia pobre del Medio Oeste, que había venido a Nueva York para convertirse en actriz y que en algún momento del camino había conocido a Daniel Miller. ¿Importaba realmente si aquellas mujeres a las que Delaney había abrazado y confortado en aquellos sofás se retocaban el carmín emborronado con una barra de diez pavos de Maybelline o lo hacían con una de noventa dólares de Christian Louboutin? El bolso de Carrie permanecía abierto sobre la mesita baja de cristal, y a Delaney la complació ver en su interior una marca barata de pintalabios. No parecía que el dinero hubiera cambiado a aquella mujer. Eso demostraba personalidad. Delaney pensó que Carrie necesitaría cada ápice de aquella fortaleza de carácter para lidiar con el próximo

capítulo de su vida.

No era inusual que algunos asesinos en serie cometieran sus crímenes al tiempo que llevaban unas vidas relativamente normales. El asesino BTK, John Wayne Gacy, el asesino de Green River y otros muchos como ellos eran hombres casados. Una vez que remitían la conmoción y la incredulidad, y las esposas aceptaban quiénes eran en realidad sus maridos, comenzaba un tipo diferente de lucha interna. Con el tiempo Carrie, al igual que esas mujeres, se haría la misma pregunta una y otra vez: ¿cómo era posible que no supieran que estaban casadas con un monstruo? Entonces recaía sobre ellas un enorme sentimiento de culpa. Una culpa injustificada, pero que aun así se sentía como real y dolía tanto o más. De repente esas mujeres comprendían no solo que no tenían futuro, sino que cualquier atisbo de felicidad que hubieran disfrutado en el pasado desaparecía por completo. Cada beso, cada abrazo, cada momento compartido se volvía ponzoñoso. Y entonces sentían que un dolor abrumador las acometía cuando se planteaban esta pregunta: ¿qué había en ellas que las había hecho sentirse atraídas por alguien tan maligno? Si eso no destrozaba la vida de Carrie en los próximos dos años, tal vez podría superarlo. Delaney volvió a mirar la barra de pintalabios de diez dólares que llevaba en el bolso y pensó que quizá tendría más armas para conseguirlo que la mayoría.

—¿Puedo llamarte Carrie? —preguntó Delaney.

La mujer asintió y sus labios se entreabrieron como para dejar que la inundaran el miedo y el temor, haciendo que su cuerpo se sacudiera ligeramente.

—Carrie, creemos que tu marido es el asesino conocido como Sandman.

¿Qué puedes responder a eso? ¿Cómo reaccionas? Delaney se dijo que cualquier reacción estaría bien. No es algo fácil de procesar. Aunque sabía que se trataba de un proceso. Y que la primera fase era la negación: «Se equivoca de hombre. Conozco a mi marido... No diga tonterías, él no es un hombre violento... Es un buen padre, se encarga de todo y cuida de nosotros. Lamento decirle que se equivoca...».

La boca abierta de Carrie Miller tembló y sus ojos buscaron la cara

de Delaney.

Pero no dijo nada. No protestó para clamar la inocencia de su marido. A Delaney le recordó el día de su décimo cumpleaños. El mismo día en que murió su padre, quien llevaba un mes en el hospital con un tumor cerebral, terminal e inoperable. Estaba en coma, y ella había ido a verlo esa mañana. Por la tarde celebraron una pequeña fiesta: tres de sus mejores amigas y un poco de tarta. Después de que se marcharan, su madre se estaba poniendo el abrigo para volver al hospital cuando sonó el teléfono. Delaney nunca olvidaría la cara de su madre. Era como si las lágrimas hubieran congelado su expresión. Carrie tenía ahora ese mismo semblante. El de una mujer que sabía que algo terrible iba a ocurrir, que incluso había tenido tiempo para prepararse para ello; sin embargo, cuando llegaba el momento, el dolor era aún peor de lo que había esperado.

—¿Puedes traerle a Carrie un vaso de agua? —pidió Delaney a un agente de los SWAT, quien se acercó a un armario de la cocina, llenó un vaso con agua del grifo y se lo tendió a la mujer.

Carrie lo tomó con ambas manos y, con gesto tembloroso, se lo llevó a los labios.

—Si sabe dónde se encuentra su marido, necesito que me lo diga —dijo Delaney.

—No sé dónde está —repuso Carrie—. Y tampoco me importa. No quiero volver a verlo en mi vida.

Delaney echó mano a la radio sujeta a su chaleco.

—¿Alguna novedad sobre la búsqueda, Bill? —preguntó.

Su mensaje fue respondido al momento por el agente al mando, Bill Seong.

—Sube. Al dormitorio principal.

Subió de dos en dos los peldaños de la gran escalinata. Encontró el enorme dormitorio al final del pasillo, a mano izquierda. En su interior había dos sillones, un espejo de pie, una cama de matrimonio en el centro de la estancia y una pantalla plana fijada a la pared.

—Aquí, en el vestidor —dijo Bill.

En el dormitorio había dos puertas interiores. Una daba a un

cuarto de baño privado y la otra a un vestidor del tamaño de su apartamento en Manhattan. Este tenía estantes, cajones y armarios de caoba dispuestos a ambos lados: para él y para ella. Bill enfocó su linterna hacia una compacta hilera de camisas blancas.

—Mira el puño de esta —dijo Bill.

Había una mancha en el puño. Parecía una salpicadura de un líquido oscuro. Aunque la camisa había sido lavada, la marca de color herrumbroso permanecía allí. Delaney había visto suficiente ropa manchada de sangre para saber que aquello resultaba sospechoso.

—Guárdala —dijo.

Bill chasqueó los dedos al técnico que tenía detrás, quien procedió a abrir una bolsa de pruebas.

—Eso no es todo —dijo Bill, apuntando con su linterna hacia un cajón abierto.

Delaney echó un vistazo al interior y vio una serie de joyas dispuestas sobre un paño negro. Algunas le resultaron familiares. Una en particular.

El collar de perlas negras de Stacy Nielsen.

—Bingo —exclamó Bill, sonriendo.

—¿Es esta la camisa? —preguntó el técnico.

Delaney se giró. Sí, era esa. Blanca con una mancha en...

Por primera vez, Delaney se dio cuenta de que no era una camisa de hombre.

Era una blusa de mujer.

Se volvió hacia el cajón de las joyas. Se encontraba en el lado del vestidor «de ella».

Bill agarró su radio y preguntó por los intercomunicadores:

—¿Algún rastro de la furgoneta en la finca?

—Nada en el garaje —fue la respuesta.

—Mierda —masculló Bill.

—Tenemos las joyas y el ADN —dijo Delaney—. En realidad, no necesitamos la furgoneta.

—Lo quiero todo —dijo Bill.

Algunos testigos que habían estado cerca de las escenas del crimen alrededor de la hora de los asesinatos habían informado de la

presencia en las proximidades de una furgoneta de color oscuro. El FBI había identificado a unos once mil propietarios de furgonetas oscuras en el área de Nueva York. Al menos no se trataba de una de color blanco, ya que había unas cincuenta y cinco mil en circulación. Ayudados por las fuerzas de la ley locales, los agentes habían ido casa por casa de los propietarios de furgonetas oscuras, eliminando nombres de la base de datos en función de una serie de criterios.

La furgoneta no estaba en el despacho de Daniel Miller. Y tampoco en su casa.

A Bill le sonó el teléfono. Al ver quién llamaba, se lo pasó a Delaney, quien salió al pasillo para contestar.

—Teléfono de Bill Seong —dijo al descolgar.

—¿Dónde está Bill? —preguntó Drew White, el ayudante del fiscal del distrito a cargo del caso Sandman.

—Está ocupado. Nos encontramos en pleno registro aquí, Drew.

—Dime que tenéis la furgoneta.

—Tenemos algo mejor —dijo Delaney—. Tenemos las joyas.

—Eso es muy buena noticia. Pero me temo que yo tengo otras peores. ¿Quieres saber por qué Daniel Miller no estaba en nuestra lista de sospechosos potenciales en la búsqueda de la furgoneta?

Delaney se tapó la otra oreja para escuchar mejor a White.

—¿La compró de segunda mano y no la registró? —preguntó.

—Pues no. Maldita sea, sí que estaba en nuestra lista. Podríamos haberlo pillado hace dos meses.

—Dios, ¿y por qué lo eliminaron?

A su alrededor todo era ruido de puertas y cajones abriéndose y su contenido siendo arrojado al suelo, pesadas botas dando fuertes pisotones, gente hablando a gritos. Y, pese a todo, lo único que oía Delaney era la voz de White.

Cuando el fiscal acabó de hablar, colgó. Delaney sentía ganas de vomitar.

Comenzó a bajar las escaleras. Bill la siguió.

—¿Qué quería White? —le preguntó.

Delaney no respondió, así que él volvió a preguntarle. Ella continuó bajando las escaleras sin pronunciar palabra. Recorrió el pasillo hasta el salón y se plantó delante de una Carrie temblorosa.

—Carrie Miller —dijo Delaney—. Queda arrestada como sospechosa de homicidio múltiple...



## ÚLTIMAS NOTICIAS: SANDMAN, IDENTIFICADO

Últimas noticias a esta hora sobre el caso Sandman en Nueva York. El cuerpo especial conjunto dirigido por el FBI ha confirmado la identificación definitiva del asesino en serie que ha mantenido aterrorizada a la ciudad durante más de un año. El jefe de la fuerza conjunta, el agente especial William Seong, ha ofrecido una rueda de prensa en la que ha afirmado que disponen de pruebas forenses que identifican como Sandman a Daniel Miller, de cuarenta y cinco años y gestor de fondos de cobertura en Nueva York. Se han activado las alertas de búsqueda en todas las estaciones de tren y autobuses, así como en todas las terminales de ferris y aeropuertos del país. Se ha pedido la colaboración ciudadana para denunciar el posible paradero de Miller, que ha sido descrito por el agente especial Seong como armado y extremadamente peligroso. Para más información sobre esta impactante noticia, acudimos en directo a Federal Plaza, donde se encuentra nuestro corresponsal de sucesos y justicia, Shimon Prokupecz...

CNN NEWSHOUR

## IMPUTACIÓN EN EL CASO SANDMAN

La oficina del fiscal del Distrito Sur de Nueva York ha confirmado que, seis meses después de su detención, Carrie Miller, esposa del presunto asesino en serie Daniel Miller, ha sido imputada por un gran jurado de seis cargos de homicidio. El ayudante del fiscal de distrito encargado del caso, Drew White, ha contado a los reporteros que creen que Carrie Miller no solo sabía que su marido era Sandman, sino que también había actuado como cómplice suyo en al menos seis asesinatos. El señor White ha hecho hincapié en que los cargos que se le imputan se basan en unas pruebas que señalan a Carrie Miller como cómplice en la muerte de esas seis víctimas. Y que cada uno de esos cargos conlleva una condena a cadena perpetua...

*The New York Times*

## LA MUJER MÁS MALVADA DE ESTADOS UNIDOS

Su marido es el hombre más buscado de todo el país. Ella es la esposa del presunto asesino en serie Daniel Miller, más conocido como Sandman. El próximo mes está previsto que se celebre el juicio contra ella por seis cargos de homicidio. La oficina del fiscal del Distrito Sur de Nueva York afirma que la mujer actuó como cómplice, que sabía que su marido era un asesino en serie, que lo asistió activamente a la hora de cometer sus crímenes y que incluso lo ayudó para impedir su captura. Ella niega todos los cargos, pero eso no ha puesto fin a las especulaciones sobre lo que sabía y lo que no sabía acerca del reinado de terror de su marido. Hemos hablado con los antiguos compañeros de trabajo de Carrie Miller. Y describen a una mujer fría como una tumba...

*The National Enquirer*

#### LO QUE DICEN LOS VECINOS Y AMIGOS DE LA ASESINA CARRIE

La próxima semana comienza el juicio contra Carrie Miller, más conocida como la esposa de Sandman, y mientras las especulaciones sobre lo que sabía o no acerca de las actividades criminales de su marido no hacen más que aumentar, hemos hablado con sus vecinos y amigos del instituto, y, manteniendo su anonimato, les hemos preguntado qué se siente al conocer a alguien que podría ser responsable de numerosos homicidios, y si habían detectado algunos indicios tempranos de su posible complicidad con un asesino en serie.

«Siempre pensé que era una chica rara. Ya sabe, muy callada», comentó una vecina.

«Conozco a Carrie desde hace quince años. Éramos las mejores amigas en el instituto. Y hasta fui dama de honor en su boda. Dios, al pensar ahora en ello me entran escalofríos. Si me pregunta si podría matar a alguien, tengo que decir que no lo sé...».

«No me fío de ella. Nunca me he fiado. Desde el mismo momento en que se mudó aquí. Hay algo que desprende esa mujer, no sé..., pura maldad. Ni siquiera puedo mirar hacia su casa».

Desde que huyó de la policía, no se ha vuelto a saber nada del paradero de Sandman. Pero recientemente se ha especulado acerca de la posibilidad de llegar a un acuerdo que pudiera beneficiar a su esposa. A cambio de información que ayude a la captura de Sandman, Carrie Miller podría quedar libre. Hemos

preguntado al fiscal jefe de la acusación, Drew White, si hay algo de verdad en ese rumor. «Las víctimas exigen justicia. No hay ningún trato», fue su respuesta. Tal como está previsto, el juicio comenzará la próxima semana...

*The Washington Post*

## EDDIE

Todo empezó con un desconocido.

Así es como empieza siempre.

Aquel desconocido, el que estaba sentado en una butaca de cuero marrón en la sala de recepción de mi bufete, no parecía como los demás. No a simple vista. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos pantalones de lana azul de raya fina, a juego con el resto de su traje. El tejido de su camisa blanca abotonada era una mezcla de seda y algodón. Una gruesa corbata de color azul marino completaba el conjunto. Llevaba el pelo rizado castaño peinado hacia atrás y la barba pulcramente recortada. Parecía un modelo de catálogo que estuviera publicitando el traje que lucía. Y podría haber sido así, de no ser por la única similitud que presentaba con el resto de los clientes que se sentaban en mi recepción: su postura corporal, sentado como si se hubiera desplomado en la butaca. Sus largas piernas se extendían ante él como si acabara de caminar cincuenta manzanas con unos zapatos recién estrenados. Además de su aspecto fatigado, lo que resultaba más familiar era la expresión de sus ojos.

Su mirada recorría la sala a su alrededor, pero sus ojos no veían nada. Era como si buscaran algo. El hombre tenía la expresión de alguien que llevara una pesada carga.

El problema es siempre el dinero. Y no acudes a mí a menos que estés en una situación desesperada. En los últimos años, el flujo de dinero en el bufete se había resentido mucho debido al confinamiento provocado por la pandemia. Nueva York empezaba a recuperarse ahora; las vacunas habían ayudado y la situación parecía mejorar a ojos vistas. Examiné al hombre por un momento y

pensé que me resultaba vagamente familiar. Denise, la secretaria del bufete, sonrió al tipo bien trajeado al pasar por su lado, abrió la puerta acristalada de mi despacho y cerró tras ella.

Apuré mi primera taza de café del día y me levanté para ir a rellenarla en la máquina de la cocina.

—Siéntate —dijo Denise sonriendo.

Sostenía una taza de café caliente, pero me di cuenta de que no era la suya. La dejó sobre la mesa delante de mí y dijo:

—Toma, tu segunda taza.

Denise era una experimentada secretaria legal. Más lista que muchos abogados, pero estrictamente organizada y con una lúcida mente para la clase de asuntos que manejábamos. Una trabajadora con un corazón del tamaño del lago Michigan. Entre sus funciones principales se contaban la de mecanografiar cien palabras por minuto y la de medio dirigir mi bufete. Pero esas funciones no incluían traerme café. No me gustaba que otra gente me trajera café ni tampoco comida. Me gustaba cuidar de mí mismo. Denise nunca me había traído nada, aparte de algún vaso de agua.

Se quedó allí de pie, sonriendo.

—¿Necesitas un aumento? —pregunté.

—No, estoy bien. Pero siempre dices que no estás al cien por cien por las mañanas hasta que te has tomado tus dos tazas de café.

Eso era cierto, aunque no recordaba habérselo dicho a Denise.

Acto seguido, Harry Ford entró en el despacho llevando entre los brazos un enorme fajo de papeles. Antiguo juez, y también mi viejo mentor, actualmente ejercía como asesor asistiendo al bufete en los asuntos legales más espinosos de nuestros casos. Harry soltó los documentos sobre mi mesa y se dejó caer en una de las sillas de los clientes.

A Harry le siguió Bloch, nuestra investigadora. Entró empujando dos sillas con ruedas, se sentó en una y dejó la otra libre. A continuación entró Kate Brooks, mi socia en Flynn & Brooks, que traía su propia silla y dobló las piernas bajo la misma al sentarse. Bloch y Kate se conocían desde la infancia y compartían esa clase de comunicación privada hecha de miradas, gestos y medias sonrisas. Bloch sacó el móvil del bolsillo de sus tejanos y lo apagó. Kate,

vestida con traje ejecutivo, también sacó el móvil de su chaqueta y lo apagó.

Todos me miraban.

—¿Qué es esto, una intervención? —pregunté—. No estoy bebiendo, podéis preguntarle a Harry... —añadí, pero Denise me cortó.

—Tómame el café —dijo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Y por qué tengo la impresión de que tiene algo que ver con el tipo trajeado de la recepción?

Bloch frunció los labios y lanzó una mirada a Kate que podía interpretarse como una señal para que hablara.

—Vamos a aceptar un caso nuevo —dijo esta.

—¿«Vamos»? —pregunté.

Kate asintió.

—Este caso va a necesitar de todos nosotros dándolo todo al máximo. Bloch y yo leímos el historial durante el fin de semana y Harry lo leyó ayer. Se trata del gran caso, Eddie.

Permanecí impávido.

Me gustaba que entrara trabajo al bufete. Nuestro trabajo era ayudar a la gente, y la mayor parte de las veces resultaba muy gratificante. Pero si íbamos a aceptar un caso importante, habría esperado que Harry o Kate me hubieran comentado algo antes. Bloch nunca decía mucho, pese a que éramos amigos. Era una mujer de pocas palabras.

—Si se trata de que hemos conseguido un caso importante, ¿por qué tengo la impresión de que esto es una encerrona? ¿Y por qué Denise me trae café?

—Porque me gusta servir café —repuso ella.

—Eso no es verdad. ¿Quién es el tipo trajeado de fuera? ¿Es el cliente?

—No —dijo Harry—. Es el abogado del cliente.

Estiré el cuello por encima de los reunidos y eché otro vistazo al hombre. Claro, ahí era donde lo había visto: en la televisión.

—¿Es Otto Peltier? —pregunté.

Harry asintió.

Eso explicaba el traje y el corte de pelo. El tipo me devolvió la

mirada, pasándose por los labios unos dedos con una manicura perfecta. La mayoría de los abogados criminalistas de Manhattan no habían oído hablar de Otto Peltier hasta el año pasado. Sus clientes vivían en las áreas más distinguidas de Nueva York y él ejercía en las áreas más distinguidas de la abogacía: inmobiliaria, fiscal, gestión de fortunas, divorcios y libertad condicional. En otras palabras, ahorraba a sus clientes el suficiente dinero en impuestos para que pudieran comprarse un barco o una casa nuevos, garantizaba que no tuvieran que pagar demasiado durante su proceso de divorcio, y, por último, se aseguraba de que el gobierno no se quedara con una gran tajada de su herencia después de que murieran. De modo que fue una gran sorpresa para los abogados criminalistas de Nueva York cuando Otto Peltier se hizo con el caso criminal más importante de la ciudad. Y se le notaba. Podía ver la tensión alrededor de sus ojos.

Otto representaba a Carrie Miller, la esposa de Sandman. El año pasado su residencia fue registrada por la policía y el FBI, después de que Daniel Miller fuera identificado como Sandman gracias a una huella y rastros de ADN encontrados en una escena del crimen. Y, un año más tarde, aún seguían buscando a Sandman. Había quien tenía la sensación de que, como no habían podido capturar al auténtico asesino, Carrie Miller era una buena sustituta. Hacía que pareciera que tanto la policía como los federales habían conseguido algo. Y necesitaban algún tipo de victoria, porque la ciudad y gran parte del estado habían vivido aterrorizados por ese hombre durante mucho tiempo. Poner fuera de circulación a un asesino era la decisión política apropiada para las fuerzas de la ley.

—Un momento... —dije—. ¿Quiere que le sirvamos de escuderos en este caso? Porque yo no me siento en la segunda silla.

—No nos está pidiendo que le hagamos el trabajo tedioso ni que le sirvamos de apoyo —dijo Kate—. Quiere que nos encarguemos de la defensa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Estaba negociando para llegar a un acuerdo y al final la fiscalía no le ha seguido el juego —intervino Harry—. Otto Peltier no es un abogado de litigios. Necesita un equipo con experiencia en tribunales.

—Es muy generoso por su parte, y también es lo que tiene que hacer para ayudar a su cliente, pero el problema es que nosotros no representamos a gente que es culpable. Según la fiscalía, Carrie actuó como cómplice en seis de los asesinatos de Sandman. Y yo no pienso devolver a un asesino a las calles...

—Ella afirma que es inocente —dijo Kate.

—Todos lo dicen —repuse.

—Creo que dice la verdad —añadió Kate.

De todos los abogados que he conocido, Kate es tal vez la más inteligente. Si ella creía en la palabra de Carrie Miller, puede que hubiera algo por lo que mereciera la pena luchar. Comenzaba a sentirme interesado. De pronto me detuve en seco.

—Espera... ¿El juicio no empieza en un par de días? ¿Por qué está renunciando Peltier al caso a estas alturas? Puede que la haya cagado en la preparación de la defensa y que, si aceptamos el caso, nos enfrentemos a una demanda por parte del cliente.

—No lo creo —dijo Harry—. No tiene ni de lejos la experiencia necesaria para afrontar un juicio criminal, pero he echado un vistazo a la documentación sobre el caso y ha hecho un gran trabajo preliminar. Ha realizado todos los movimientos necesarios para preparar el juicio. No sé cómo será el jurado, pero ¿cómo de malo puede ser? Ya nos hemos lanzado sin red en otros casos. Y no es que en este no haya posibilidad de defensa. En este se puede plantear una buena lucha, Eddie.

Me llevé las manos a la cara. Necesitaba oscuridad, un poco de silencio y otra maldita taza de...

—Tómame el café —dijo Denise.

Deslicé los dedos por mis mejillas, abrí los ojos y vi que todos me estaban mirando. Había otra razón por la que no quería este caso.

—Sandman sigue aún ahí fuera. Si nos implicamos, estaremos un paso más cerca de un loco perturbado. Corremos el riesgo de que...

Kate me interrumpió. Vi la pasión en sus ojos. Ella quería este caso. Desde que nos hicimos socios, se había centrado en representar a mujeres que habían sufrido discriminación y acoso sexual en el entorno laboral. En el último bufete en el que trabajó, ella misma fue víctima de acoso por parte de un compañero, y desde



entonces se había dedicado a denunciar el comportamiento misógino y abusivo de muchos empleadores. Esos casos se habían convertido para ella en algo personal. Al ayudar a cada una de esas mujeres, Kate no solo estaba salvando a esa persona, sino también a una parte de sí misma que había resultado herida y no había sanado por completo.

—Todos conocemos los riesgos, pero no veo por qué Sandman iba a convertirnos en posibles objetivos —dijo Kate—. Estamos salvando a su mujer. El mayor riesgo es que, si no conseguimos demostrar que Carrie Miller es inocente, los medios dejen nuestro bufete a la altura del betún. Pero si lo logramos, habrá otra mujer que haya recibido justicia gracias a nosotros. Y sabes lo importante que eso es para mí.

Asentí.

—Escuchemos lo que tiene que decir Peltier —añadió Kate.

—Vale, hacedle pasar.

Denise pidió al hombre que entrara. No tengo lo que se dice un gran despacho, así que estábamos un poco apretujados. Peltier todavía tenía esa expresión en la cara: la de alguien en apuros que necesitaba nuestra ayuda. Me llevé una mano al pecho y palpé la medalla de san Cristóbal que colgaba bajo la camisa.

Nada más sentarse, Peltier forzó una sonrisa. A pesar de que nos necesitaba, parecía sentir aún que debía venderme el caso. Tras presentarse, dijo:

—Felicidades, señor Flynn. Ahora tiene entre manos el juicio criminal más importante de todo el país.

—No quiero ser maleducado —dije—, pero todo esto es nuevo para mí. Y tengo la impresión de que mis colegas se esperaban algún tipo de resistencia por mi parte. Mire, en primer lugar, no acepto un caso a menos que crea que el cliente es inocente. Ya me he quemado las manos antes y no necesito más fantasmas rondando por mi cabeza. En segundo lugar, soy un tipo bastante suspicaz. Y aún no tengo claro por qué renuncia a este caso y se lo entrega a otro bufete. Conozco a abogados que lucharían a muerte con su abuela para conseguir un caso como este.

Peltier cruzó sus largas piernas y su rostro desplegó una gran

sonrisa.

—Puedo darle más de una razón para aceptar —dijo—. Mi cliente..., perdón, «su» cliente, está dispuesto a entregar a su bufete dos millones de razones. La tarifa acordada en un principio es de tres millones. Me quedaré una tercera parte por el trabajo preparatorio y el resto es para ustedes. Así que... ¿tenemos trato?

La cifra hizo chispear los ojos de Kate. Aquello era el no va más. El caso más importante de todo el país. Con una tarifa con la que la mayoría de los abogados solo se atrevería a fantasear. Un caso que solo se presentaba una vez en la vida. Aquel con el que todos soñamos, aquel que define y determina nuestras carreras. Por lo que respectaba a mi bufete, nos acababa de tocar la lotería. Solo un necio lo rechazaría.

Y por eso respondí:

—No.

## EDDIE

—Verá, con todos mis respetos por usted o por su cliente, señor Peltier, no me siento a gusto con este asunto —dije.

—Comprendo. Puede que no se lo haya dejado suficientemente claro a sus colegas —dijo—. Les expliqué que había confiado en llegar a un acuerdo con la fiscalía. A cambio de la colaboración de mi cliente en el caso Sandman, solicitaba que retiraran todos los cargos contra ella. Al principio pensé que se estaban haciendo los duros. Llevándonos hasta las puertas del tribunal antes de aceptar por fin el acuerdo. Por desgracia, no iban de farol. El juicio empezará dentro de dos días. Y aunque soy un buen abogado y negociador, no tengo su experiencia en litigios. Carrie es inocente, y mi intención es asegurarme de que tenga un juicio justo. Pero, para que eso ocurra, necesita tener la mejor representación legal posible.

Peltier habló de forma clara y confiada. Manteniendo el contacto visual y gesticulando con naturalidad. Sin señales reveladoras de ningún tipo. Ningún indicio de que estuviera mintiendo. Aparte del hecho de que no me estaba contando toda la historia.

Algo había provocado el cambio de táctica de Peltier en la defensa de Carrie Miller. Había ocurrido algo que le impedía llevar el caso. Estaba seguro de ello. Ningún abogado renunciaría a un caso como aquel.

—¿Cuál ha sido la última moción previa al juicio? —pregunté con la mirada clavada en él.

La pregunta hizo que se le tensara la piel alrededor de los ojos.

—Una moción de la acusación para requisar e inspeccionar una serie de archivos del despacho del señor Peltier —respondió Kate—. Todos los papeles y documentos anteriores a la detención de la

señora Miller, ¿no es eso cierto?

Peltier asintió muy despacio.

Apuré lo que quedaba del café. Denise, que estaba de pie detrás del grupo congregado en el despacho, se cruzó de brazos. Me conocía lo bastante bien para saber cuándo mi cerebro empezaba por fin a activarse.

—No estamos teniendo el mejor de los comienzos, señor Peltier. No es que haya mentido, pero tampoco nos ha contado toda la verdad. Y eso se tiene que acabar. Ahora mismo. Voy a hacerle algunas preguntas. Si me miente, pondré fin a esta reunión y podrá largarse de aquí llevándose su caso y su carísimo traje. ¿Me he expresado con claridad?

—Pensaba contárselo todo una vez que hubiera aceptado llevar el caso, ya que entonces nuestra conversación quedaría protegida por la confidencialidad abogado-cliente —dijo Peltier con una sonrisa.

Se había reservado información, y aquella era una buena excusa. La confidencialidad entre abogado y cliente es la base de la profesión. Todo lo que te cuente tu cliente directamente, o a través de un intermediario, es de carácter privado. No se lo puedes revelar a nadie, y nadie puede preguntarte al respecto ni examinar tus notas o los documentos relativos a un cliente. Para que la fiscalía pudiera acceder a los archivos de Peltier tenía que existir una muy buena razón.

—¿Qué llevó a la oficina del fiscal a solicitar sus antiguos archivos?  
—pregunté.

—Los extractos bancarios que detallaban los pagos de Carrie Miller a mi bufete por asesoría legal.

Estaba diciendo la verdad. No cabía duda al respecto.

—¿Y qué había en los archivos?

—Para darle esa información tendría que infringir la confidencialidad abogado-cliente... —empezó a decir.

—Ya ha sido infringida, dado que la fiscalía tiene los archivos. ¿Qué buscaban en ellos?

—Cualquier información que estuviera en mi posesión y que implicara a Carrie Miller en el asesinato de seis de las víctimas de Sandman.

Otra respuesta sincera. Y algo que ya había anticipado.

—¿Y qué encontraron?

Respondió al momento. Sin la menor vacilación.

—Encontraron las notas que yo había tomado sobre una serie de reuniones mantenidas con la señora Miller. Y también sus diarios, que ella me pidió que le guardase. Antes de que me lo pregunte, mantuvimos esas reuniones para abordar posibles procedimientos de divorcio sobre la base de tratamiento cruel e inhumano. La señora Miller me contó que sospechaba que su marido era un asesino en serie.

—¿Ella lo sabía?

—No lo sabía. Lo sospechaba —puntualizó Peltier, sin que su tono se alterase lo más mínimo.

—Y ella no hizo nada al respecto, ¿no es así? ¿No acudió a la policía? —preguntó Harry.

—No, no lo hizo. Y fue porque había varias cláusulas en su acuerdo prenupcial que entrarían en vigor si había de por medio un informe policial y al final resultaba que la acusación era falsa. Si hacía esa acusación y no podía demostrarse, la señora Miller perdería el derecho a recibir su parte de las propiedades y bienes conyugales. En otras palabras, estaría arrojando por la borda ocho millones de dólares, y todo por una llamada telefónica.

—Ocho millones... ¿Esa es la parte que le correspondería del divorcio? —preguntó Kate.

Peltier asintió.

—Eso lo cambia todo —dijo Harry—. La fiscalía podría dar al jurado ocho millones de razones por las que Carrie mantuvo la boca cerrada y ayudó a su marido a escapar de la policía.

Harry tenía razón. Carrie Miller no podría alegar que no sabía nada sobre los crímenes de su marido, solo podría argumentar que no estaba segura. Le costaría mucho convencer de ello al jurado.

Había muchos asesinos en serie que cometían sus crímenes estando felizmente casados. Y, por lo que podía recordar, ninguna de esas esposas sabía de las actividades de sus maridos, ni siquiera sospechaban de ellos. Ninguna de ellas fue acusada de cómplice. Todos los comentaristas de todas las cadenas informativas habían

abordado el tema. Oprah hizo un especial al respecto, aunque Carrie rechazó aparecer en el programa. La pregunta corría en boca de todos: «¿Cómo es posible que no supiera que estaba casada con un asesino?». En cierto sentido, nos enganchamos a historias como esa porque buscamos confirmación. Saber que existían signos o indicios claros de que esos hombres eran unos asesinos, pero que sus mujeres no supieron verlo. El público quería pensar que ellos sí habrían detectado esos indicios, que no habrían sido engañados tan fácilmente. Pero la realidad es que ninguna de las esposas de esos asesinos sospechó nunca nada.

Esto resulta desconcertante a varios niveles.

En primer lugar, confirma la extraordinaria capacidad de esos asesinos para ocultar su auténtica naturaleza a los demás, incluidos aquellos más cercanos. En segundo lugar, es algo que nos llena de una gran inquietud. Si eso les ocurrió a esas mujeres, ¿no podría sucederle también a cualquiera de nosotros? ¿Cómo de bien conocemos a nuestra pareja, a nuestro hermano, a nuestro padre? Sin embargo, la opinión pública sigue pensando que fue culpa de la mujer. Que se mostró ciega a la verdad.

Que si ellos hubieran estado en la misma situación, lo habrían sabido.

Las barreras psicológicas de los jurados suelen ser imposibles de derribar. En este caso, lo único que tenía que hacer la fiscalía era reforzar la creencia preconcebida de los miembros del jurado de que Carrie Miller sabía que su marido era un asesino y que había ayudado a encubrirlo. Y las presuntas sospechas de Carrie solo servían para ayudar a la acusación. Una fácil victoria incluso para un abogado mediocre.

Y aunque el caso contra Carrie Miller parecía mucho más fuerte si podían demostrar que ella sabía que estaba casada con un asesino, esa no era la verdadera razón por la que Peltier buscaba que la representaran otros.

—Señor Peltier, podría habernos ahorrado mucho tiempo si hubiera sido sincero con nosotros sobre esto. Si hubiéramos aceptado el caso, habríamos acabado descubriéndolo.

—Por supuesto, pero para entonces ya habría sido demasiado

tarde. Usted ya habría acordado aceptar el caso y habría sido incluido en los registros judiciales como defensa de la acusada.

—Pero... no lo entiendo —intervino Denise—. Que la fiscalía tenga sus antiguos archivos no implica que no pueda representar a Carrie Miller.

—El hecho de que la fiscalía esté en posesión de mis archivos tiene una grave consecuencia —afirmó Peltier.

Al momento supe cuál era esa consecuencia.

—Usted ya no puede ser su abogado —dije—. No puede ejercer como defensor en este juicio.

Peltier dejó escapar un largo suspiro.

—Carrie Miller le contó que sospechaba que su marido era un asesino en serie —proseguí—. Y eso lo convierte en el testigo estrella de la acusación.

## EDDIE

Mientras Peltier nos seguía en su Mercedes, Bloch nos sacó de Manhattan en un jeep Grand Cherokee de color crema. El tráfico de mediodía no era tan malo, y Bloch surcaba suavemente el asfalto al volante del gran todoterreno. Harry iba sentado delante para que Kate y yo pudiéramos discutir sobre el caso en la parte de atrás. Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar al final de la autovía Grand Central y acceder a la autopista de Long Island. Un cielo de tono acerado ocultaba el bajo sol de noviembre. Empezaba a hacer frío, pero no lo suficiente como para sacar ya el abrigo.

—Creo que Carrie es solo otra víctima de Sandman —dijo Kate—. Para mí es importante que le mostremos la verdad al mundo. Darle voz a esa mujer. Yo la creo. Y pienso que tú también lo harás.

—Hablaré con ella, pero si no me convence... nos largamos. ¿De acuerdo?

—Sabes que esa no es la manera en que actúan los abogados normales, ¿verdad?

—Si alguien admite lo que ha hecho, entonces no tengo problema en representarlo. Le cuento su historia al tribunal y solicito la sentencia apropiada. Unas veces el asunto se salda con una libertad condicional, otras les deseo lo mejor cuando entran en prisión. Todo el mundo comete errores, y es importante saber admitirlos, pero hace tiempo decidí que no sería el responsable de devolver a las calles a alguien que pueda resultar peligroso.

—Pero tú no eres quien lo hace. Es el jurado el que decide. Todos tenemos derecho a una defensa. Así es como funciona el sistema...

Kate era ya una abogada extraordinaria, a pesar de no llevar mucho tiempo practicando. En unos años se convertiría en la mejor,



pero la ley no la había golpeado aún con fuerza en las entrañas.

—El sistema puede ser manipulado. Generalmente por nosotros mismos, los abogados. Mira, ya he dicho que voy a hablar con Carrie Miller. Si creo que cuenta la verdad, entonces aceptaré el caso.

—Hay veces en que no te entiendo —dijo Kate, girándose para mirar por la ventanilla.

Confiaba en que nunca llegara a entender mis razones. En el juego de la justicia son los abogados los que en realidad llevan la venda en los ojos, no las estatuas de la diosa Justicia que presiden los tribunales sujetando una espada en una mano y una balanza en la otra. Los abogados criminalistas no preguntan a sus clientes si son culpables. Les dicen cuándo deben mostrar sus cartas y alegar, y cuándo deben luchar. Pero cuando ganas un caso para una persona culpable, esa victoria tiene un precio, y no me refiero a las costas legales. Una pequeña parte de ese abogado muere. Y si lo haces el número suficiente de veces, te conviertes en un zombi. Un día consigues que dejen suelto a un cliente y en cuanto sale del tribunal mata a alguien... y es entonces cuando llega esa brutal patada en el estómago.

Cinco años atrás, yo me encontré en la misma situación. Solo que en aquel momento tuve la posibilidad de detener al tipo antes de que se cargara a su víctima. Yo lo había puesto de nuevo en circulación. Al final fue todo culpa mía. Y todos los días pago por aquel error. Aunque he aprendido a sobrellevar el dolor sin tener que compartir la carga con una botella de Jack Daniel's.

Di la espalda a Kate y miré los árboles que se alineaban a ambos lados de la autopista. Bloch tomó la salida y llegamos enseguida al área residencial de Old Westbury. Yo había conducido por aquella parte del condado de Nassau tal vez dos veces en mi vida. Y nunca me había detenido para echar un vistazo. Las dos veces que pasé había equipos de filmación por allí cerca. Si tenías que rodar una película en la que apareciera una mansión, venías a Old Westbury. Con excepción de la zona residencial de Atherton en Silicon Valley, California, aquel era probablemente el barrio más adinerado de todo el país. Amplias calles flanqueadas por árboles, con enormes casas que se alzaban a gran distancia de las aceras.

Carrie Miller vivía en una pequeña urbanización cercada en Meadow Road. Habría unas veinte personas frente a las verjas de entrada. Las furgonetas de las cadenas informativas se alineaban junto a la acera. Unas cinco o seis personas sostenían pancartas. Estaban coreando cánticos. Bajé un poco la ventanilla para escuchar.

¡ZORRA CULPABLE!

¡ZORRA CULPABLE!

¡ZORRA CULPABLE!

Y las pancartas tampoco eran mucho mejores. Bloch tocó el claxon y los reporteros y los manifestantes se giraron para echarnos un buen vistazo. Me tapé la cara con una mano. La multitud se hizo a un lado. El Mercedes de Otto paró detrás de nosotros y las verjas se abrieron.

En cuanto vieron el coche de Otto, las luces de las cámaras de televisión empezaron a destellar y los cánticos se hicieron más fuertes. Otto Peltier había sido filmado y fotografiado en las vistas previas al juicio y todos sabían muy bien a quién representaba. Se arremolinaron en torno al Mercedes. Una de las manifestantes, una mujer con una gruesa bufanda rosa enrollada al cuello, escupió en el parabrisas. Otto puso en marcha los limpiaparabrisas y nos siguió a través de las verjas, muy despacio para asegurarse de no atropellar a ningún periodista o manifestante.

—Dios, debe de resultar muy duro tener que vivir con todo esto — dije.

—Otto me contó que Carrie apenas sale de casa. Ha recibido cientos de amenazas de muerte y el mes pasado le enviaron una carta firmada por todos los vecinos pidiéndole que se marchara del barrio.

En la urbanización había casas de varios tamaños, aunque a mi parecer todas eran mansiones. Harry miró hacia una residencia con piscina y soltó un silbido de admiración. Y aun así, para algunos residentes, aquella era la zona pobre de Old Westbury. Las viejas fortunas de Nueva York, las que necesitaban una mansión palaciega con grandes terrenos y jardines, se habían mudado allí: los Vanderbilt, los Phipps, los Whitney, los Du Pont y otras familias que tenían más dinero que Midas. Y habían construido grandiosos

palacios de veinte dormitorios que parecían haber sido arrancados directamente de la Inglaterra rural, quizá con su propio lord borrachín todavía dentro, y depositados amorosamente en Old Westbury. Las casas de esta parte del barrio eran modestas en comparación, pero yo nunca podría permitirme una, ni aunque me tocara la lotería.

Bloch se detuvo ante una residencia de ladrillo de estilo colonial, con la puerta de entrada pintada en rojo. Bajamos del coche justo en el momento en que Otto aparcaba el Mercedes detrás del jeep. Me tomé unos minutos para admirar el entorno. Las fincas eran inmensas, con extensiones de césped tan grandes como campos de fútbol que contribuían a aumentar la sensación de distancia y espacio. La casa de Carrie Miller se alzaba en medio de un bosquecillo de robles y hayas rojas.

Otto se inclinó para examinar la carrocería de su coche.

A lo largo del costado había un profundo rayajo.

—Tiene mala pinta —dije.

—Es la tercera vez este mes. Aunque en realidad no importa. No es nada comparado con lo que Carrie tiene que soportar. Es casi una prisionera en su casa. Los reporteros y los manifestantes no se marchan hasta las diez de la noche, cuando empieza a hacer demasiado frío. Suelo mantener mis reuniones con ella entre esa hora y las seis de la mañana, cuando no hay nadie en las puertas.

—¿Cómo ha llevado Carrie todo esto? —pregunté.

Otto dejó caer la cabeza un momento; cuando volvió a mirarme, pude ver la consternación escrita en su rostro.

—Durante las dos primeras semanas apenas hablaba. No paraba de llorar. Incluso perdió la voz. Llamé a un doctor, que le recetó unas pastillas que la dejaron totalmente grogui unos días. Después de eso pudo volver a hablar. Pero la medicación solo sirvió para entumecerla durante un tiempo. Estaba devastada por completo, Eddie, en todos los sentidos. Se sentía traicionada, y sola, odiada por todo el país, enfrentada a una serie de cargos por homicidio múltiple... Verás, hasta llegué a pensar que no lo superaría. Tenía que darle su dosis de medicamentos todos los días. Me daba miedo dejarle el frasco de pastillas entero. ¿Sabes a qué me refiero?

Asentí.

—Pero aún sigue aquí. Es una mujer fuerte, y tiene una razón para seguir adelante. Quiere que la gente sepa que es inocente. De algún modo, creo que el juicio es lo que la mantiene en pie. Quiere presentar batalla. Pero las fuerzas que aún pueda tener han comenzado a abandonarla. Ahora que el juicio está a punto de empezar, toda la presión y las tensiones han vuelto. Podrás verlo tú mismo.

—¿Y cuál es tu opinión sobre ella? ¿Sinceramente?

—Recuerdo mi primer mes en la facultad de Derecho. Lees casos y aprendes que la ley puede obrar maravillas, pero que con la misma facilidad puede destrozar la vida de gente inocente. Es algo terrible, el juego de la justicia. Y por eso estás tú aquí. Tú eres mucho mejor abogado litigante que yo. No quiero que dentro de veinte años los estudiantes de Derecho lean sobre el caso y descubran todo aquello en lo que le fallé a mi cliente.

Incluso con el traje de mil dólares y el cochazo de alta gama, con toda la imagen de poder y dinero que proyectaba, en ese momento podías ver que Otto estaba asustado. Tenía miedo de fallarle a Carrie. Eso es algo que el trabajo de abogado puede provocarte. Y, de hecho, es importante tener miedo. Es una buena señal. Eso significa que te importa el caso, que te entregarás a tu trabajo y que lucharás con todas tus fuerzas. Los abogados se preocupan por los clientes inocentes. Aquellos que necesitan que el sistema funcione. Estos son los casos que no nos dejan pegar ojo por las noches, empapados en sudor. Y esta era la primera vez que Otto se enfrentaba a ese tipo de trabajo.

—Sé que tú no le fallarás, Eddie —dijo.

Acto seguido, enfiló hacia la casa por el sendero de losas de mármol. Lo seguimos y, para cuando llegamos a la entrada, la puerta ya había sido abierta por la mujer que reconocí como Carrie Miller. Cuando la vi por primera vez en las noticias, ella estaba saliendo de los tribunales en el 100 de Center Street rodeada por una multitud de reporteros y flashes. Una imagen que me resultaba familiar, pero aquella era totalmente distinta. Yo había acompañado a clientes fuera de ese mismo edificio en unas circunstancias de

avidez mediática parecida. Por lo general, el cliente se cubría con un sombrero, o a veces se echaba el abrigo por encima de la cabeza, pues no deseaba que su imagen fuese capturada en ese momento de gran dramatismo en el que se sentía tan vulnerable.

En cambio, Carrie Miller había caminado muy digna hacia la falange de periodistas ataviada con un traje ejecutivo azul marino y con la cabeza bien alta. Con una expresión de total determinación en la mirada. Y tal vez por eso los reporteros habían roto filas para dejarla avanzar hacia el coche que la esperaba. Había cierto aplomo en sus movimientos, en su actitud: algo parecido a la gracia.

Ahora, allí de pie en el umbral de su puerta, todo aquello había desaparecido. Sea cual fuere la imagen que le habían aconsejado proyectar ante los medios, la realidad ahora era muy distinta.

Llevaba unos vaqueros de color morado y una camiseta negra. Apenas alzó la cabeza para mirar a Otto. Tenía los hombros caídos y rodeaba con los brazos su frágil torso. Tenía la vista clavada en el suelo y solo de vez en cuando lograba alzarla con gran esfuerzo. La piel de su cuello estaba llena de manchas y rojeces causadas por los arañazos, y las comisuras de la boca se le curvaban hacia abajo. Daba la impresión de que una fuerza telúrica la empujaba cada vez más y más hacia el fondo, hacia la tierra. Incluso su cabello oscuro parecía más fino y se veía entreverado de mechones grises.

—Carrie, estos son los abogados de los que te he hablado, y este es su equipo. La señorita Kate Brooks. Harry Ford. Su investigadora, la señorita Bloch. Y este es...

—Eddie Flynn —dijo Carrie, mirándome fijamente a los ojos.

Pude ver la tensión y la expresión perdida en aquellos ojos verdes inyectados en sangre.

—Por favor, pasen —dijo, y se giró para conducirnos al interior.

El vestíbulo de entrada estaba presidido por una gran escalera curva con barandilla de latón. Seguí a mi equipo hacia la habitación situada a la derecha. Era el salón, con dos sofás dispuestos uno frente a otro. La estancia presentaba un aspecto minimalista, con solo una mesita de mármol blanco entre los sofás y una chimenea en la pared del fondo. En una de las paredes colgaba una fotografía de un toro dorado, mientras que la otra estaba ocupada por un

enorme ventanal que daba al jardín delantero. Era un salón totalmente masculino. Si no supiera que Carrie vivía allí, habría supuesto que se trataba de la casa de un soltero.

Había un mueble para acoger una gran pantalla de televisión, pero sin ningún aparato sobre él. No pregunté qué había ocurrido con el televisor. Si tuviera que ver mi cara en la pantalla todas las noches y escuchar a gente que no me conoce llamarme asesino, yo también habría tirado el maldito trasto a la basura.

Carrie y Otto ocuparon uno de los sofás; Harry, Kate y Bloch se sentaron en el otro.

Yo me quedé de pie.

—Tenemos algunas preguntas que hacerle antes de aceptar el caso, señora Miller —dijo Kate—. Antes de lanzarnos de cabeza a este asunto, necesitamos saber que puede contar con una sólida defensa.

—No he hecho daño a nadie. Tampoco sabía que estaba casada con el diablo, si es a eso a lo que se refiere, señorita Brooks —dijo ella. Su voz sonaba forzada, grave y rota, como si hubiera estado llorando durante horas. Y, por el aspecto que mostraba, supuse que podría muy bien ser el caso.

—Entendemos que comentara sus sospechas sobre su marido con el señor Peltier —prosiguió Kate—. ¿Podría contarnos qué le hizo sospechar de él?

—Bueno, esa es la cuestión —señaló Carrie—. Cuando pienso en ello, había cosas y situaciones extrañas, pero Danny siempre tenía una explicación. Todo parecía tan inocente después de hablar con él. Era más bien una sensación. No soy una paranoica, aunque quizá debería haberlo sido. Pero tenía que hablar con alguien y contarle las cosas que habían ocurrido y lo que se me pasaba por la cabeza.

—De modo que nunca creyó realmente que su marido fuera Sandman —dijo Kate.

—No estoy segura. Por un tiempo pensé que lo era. Pero incluso ahora, en cierto sentido, sigo sin poder creerlo.

Kate me miró. Sentí lo que decían sus ojos. Carrie hablaba desde el corazón. Pero había algo más detrás de esa voz, y no era solo el sonido granuloso en su garganta ronca; era algo distinto. Como si

ocultara algo. Se trataba solo de una sensación. Un instinto visceral.

—Señora Miller —dije—, ¿ha hecho daño o ha matado a alguien junto con su marido?

Al principio no respondió. Cerró los ojos suavemente, con el ceño contraído como si de repente sintiera un gran dolor. Como si la pregunta fuera veneno vertido sobre una herida que había que expulsar.

—No, no lo he hecho —dijo con una larga exhalación.

—¿Sabía que su marido era un asesino?

Sus ojos se vidriaron por las lágrimas. Parpadeó una sola vez y sendas lágrimas brotaron de cada ojo. Rodaron una tras otra por cada mejilla, resiguieron la línea de la mandíbula y se fundieron en una sola lágrima en la barbilla, antes de caer al suelo.

—No lo sabía con seguridad. Sospechaba de él. Pero también sospechaba que yo podría estar loca por pensar de ese modo.

—Durante esos momentos en que sospechaba de él, ¿hizo usted algo que podría haberle ayudado a eludir la investigación policial?

Ella respondió al momento.

—No de forma consciente. No de manera deliberada. Si hubiera sabido a ciencia cierta que era un asesino, aunque fuera por un segundo, habría llamado a la policía.

—Las joyas que fueron encontradas en uno de sus cajones, y que pertenecían a algunas de las víctimas de Sandman, ¿cómo se hizo con ellas?

—Danny me las regaló.

—¿Sabe cómo llegó esa mancha de sangre a la manga de su blusa?

—No sabía de su existencia hasta que la policía me lo dijo. No tengo ni idea de cómo llegó allí. Solo puedo conjeturar que fue Danny quien manchó la blusa.

—El hecho de que podría perder ocho millones de dólares si llamaba a la policía, ¿tuvo algo que ver con la decisión de no acudir a ellos?

Carrie se inclinó hacia delante, se limpió una lágrima con los largos y delicados dedos, y habló con el corazón.

—En lo más mínimo. Otto me dijo que no sería sensato hacer una

acusación que no podía demostrar, pero eso no me importaba. Si lo hubiera sabido con seguridad, habría llamado a la policía. Créame, es algo a lo que le he estado dando vueltas en la cabeza una y otra vez. Fui una estúpida. Escuché a Danny. ¿Se ha sentido traicionado alguna vez, señor Flynn?

Asentí.

—Duele. Pero hay algo que duele mucho más. No estoy hablando de lo que se ha dicho sobre mí en los periódicos o en la televisión, o de lo que canta esa gente de ahí fuera con las pancartas, o de los miles de amenazas de muerte y violación que he recibido en las redes sociales. Todo eso es una pesadilla más allá de lo imaginable, pero una parte de mí piensa que me lo merezco.

Negué con la cabeza.

—No se lo merece, Carrie.

—Tal vez sí. Confié en Danny y dudé de mí misma. Por eso, por mi culpa, siguió muriendo gente. Y no dejo de culparme por ello todos los días. Porque si hubiera sido más inteligente, más valiente, podría haber salvado a algunas de esas personas. Están muertas porque yo no hablé. Y eso es algo que me consumirá por dentro durante el resto de mi vida.

Entonces vi, en sus ojos, lo que estaba ocultando.

Dolor y culpa.

Carrie Miller había sido engañada y manipulada por un hombre malvado. Un hombre al que ella amaba y en el que confiaba. No podía ni imaginar la factura emocional que una mujer joven debía pagar por ello. Y, encima de todo eso, la inmundicia de su marido había acabado manchándola a ella. Se encontraba inmersa en una tormenta de odio, culpa y dolor. Incluso allí sentada en el sofá, podía notar esos fuertes vientos arremolinándose a su alrededor, amenazando con destruirla. No había descanso ni tregua posibles. Su mente se veía atormentada a cada segundo de cada momento consciente. Esa mujer estaba constantemente en una cámara de tortura psicológica. Los medios de todo el mundo, sus amigos, sus vecinos, incluso la propia Carrie, estaban apretando poco a poco las clavijas que enviaban clavos ardientes a su cerebro.

Yo estaba familiarizado con el dolor y la pérdida. Conocía a gente



que había sido destrozada en un tormento de dolor. Era algo que los destruía por completo, y cuando sentía que ese dolor amenazaba con arremeter contra mí, como me ocurría a menudo, me esforzaba por luchar contra él. Porque sabía que, de lo contrario, me ahogaría.

Carrie Miller estaba sufriendo como nadie que hubiese conocido antes.

La había escuchado con suma atención mientras hablaba.

Es difícil describir la verdad. Tiene un peso. Una densidad. Hace que el sonido penetre a través del esternón, alcance tu alma y golpee con fuerza en tus entrañas. La sientes. Impregna el aire, es tan densa e innegable que casi tienes la sensación de que podrías darle un mordisco. Básicamente sabes que es la verdad en cuanto la escuchas.

Carrie estaba diciendo la verdad. Y yo supe que iba a defenderla.

Porque nadie más lo haría.

Por supuesto, habría un montón de abogados dispuestos a aceptar el caso para impulsar sus propias carreras, o simplemente por la pasta.

Pero a mí no me importaba el dinero. En aquel momento, al ver cómo se derrumbaba ante mis ojos en el sofá, supe que tenía que ayudarla. Quería creer que ella podía superar aquello. Y, más que cualquier otra cosa, quería que ella lo creyera.

Todos sufrimos a veces. La oscuridad nos alcanza tarde o temprano. Si podía ayudar a Carrie a salir de aquello, a salvarse, entonces cualquiera podría salvarse. Incluso yo mismo. No me hice abogado para ganar casos. Me hice abogado para ayudar a la gente. Es un instinto humano. Quizá la mejor parte de nosotros. Sea cual sea el tipo de catástrofe que vemos en las noticias —un incendio, el derrumbe de un edificio, un terremoto, un ataque terrorista—, siempre hay gente corriendo hacia el peligro, tratando de ayudar.

Carrie Miller necesitaba a alguien que estuviera a su lado. Que la cogiera de la mano.

Necesitaba a Kate y al resto de nosotros.

En esos momentos se encontraba en el interior de un edificio en llamas y yo estaba fuera, dispuesto a subir por las escaleras para sacarla de allí.

Miré a Bloch, que me sonrió guiñando un ojo. Harry alzó los pulgares.

Asentí en dirección a Kate.

Esta dijo:

—Señora Miller, estaremos encantados de ser su nuevo equipo legal.

## SANDMAN

Mucha gente lleva dos vidas.

Un presidente ejecutivo, implacable y ávido de sangre en su despacho del ático, puede ser un padre y esposo cariñoso en su casa; un psicoterapeuta afable y entregado a su trabajo por el día puede ser una pareja obsesiva y destructiva por la noche; un soldado que no dudaría en arrebatarse una vida en el campo de batalla puede alterarse y preocuparse mucho al ver la sangre en el rasguño que se ha hecho su hijo en la rodilla. La gente no solo se pone una ropa diferente para cada una de esas vidas, sino que adopta una personalidad distinta. La situación y el entorno ayudan a reforzar ese cambio de personalidad.

Para aquellos pocos individuos que no son como el resto de la gente, aquellos que se ven impulsados a actuar como depredadores de sus semejantes sin el menor ápice de remordimiento, el cambio puede ser aún más drástico.

Porque este hombre, uno de esos pocos individuos, había mudado su piel exterior como una bestia de pesadilla y había venido a este mundo desgarrando la carne de su huésped con sus afiladas zarpas. Había dado un nombre a esa versión de sí mismo. Y cuando actuaba bajo la piel de la bestia, solo pensaba en sí mismo con ese nombre. Un nombre que inspiraba terror en los demás. Poderoso. Y que él ostentaba con orgullo.

Su nombre era Sandman.

Había estado oculto durante un año, huyendo del FBI y del Departamento de Policía de Nueva York.

Pero ya no iba a esconderse más.

Ahora tenía un propósito. Una misión. Una en la que no podía

permitirse fallar.

El sol rojizo caía lentamente sobre el decrepito tejado del Grady's Inn cuando Sandman detuvo su vehículo en el aparcamiento. Había bastantes hoteles en esa zona. Esa parte de Queens estaba muy cerca del JFK, así que prácticamente podía considerarse una zona de hoteles baratos. El Grady's Inn resultaba ser el más barato de todos ellos, un precio que se ajustaba a lo que ofrecía. Antaño fue una majestuosa mansión, pero la familia propietaria había perdido toda su fortuna durante el Viernes Negro de 1929, el crac de la Bolsa de Nueva York que condujo a la Gran Depresión.

Por el aspecto del edificio, la Gran Depresión parecía no haber llegado aún a su fin. Solo aquellos que estuvieran muy desesperados, o sin blanca, o las dos cosas, se alojarían allí.

El dinero no era un problema para Sandman.

Las cámaras de seguridad: ese era el problema.

El Grady's Inn había sido un hotel de primera durante cinco décadas, pero el paso del tiempo y la falta de cuidados y mantenimiento habían dejado el lugar en un estado casi ruinoso. El Departamento de Justicia de Nueva York había conseguido mantenerlo a flote durante varios años reservando sus habitaciones para aislar a jurados, pero todo se fue al traste cuando el asesino en serie Dollar Bill se alojó allí, y mató allí, mientras servía como miembro de un jurado. En la actualidad, los únicos huéspedes que se registraban en sus habitaciones eran los que no podían permitirse un Holiday Inn o aquellos a los que no les importaba, o desconocían, la sangrienta historia reciente del hotel.

Había otros dos vehículos en el pequeño aparcamiento, que tendría unas veinte plazas. El viejo coche familiar debía de llevar allí mucho tiempo, a juzgar por la suciedad del parabrisas y los cuatro neumáticos medio desinflados. El otro vehículo, un Toyota, quizá perteneciera al encargado nocturno.

Sandman cogió la bolsa que llevaba en la furgoneta negra. Todas las agencias de las fuerzas de la ley en Estados Unidos llevaban buscando ese vehículo desde hacía un año. Cambiar las matrículas con regularidad le había permitido seguir usándola sin llamar la atención. Sandman se puso una gorra de béisbol y se tomó otro

momento para admirar el edificio y el entorno boscoso. La pintura se había descascarillado en cada panel de madera, en cada armazón de ventana. Las tejas de la cubierta eran de pizarra y parecía que pudieran desprenderse al menor soplo de viento; algunas ya lo habían hecho, y se veían matojos de hierba sobresaliendo entre el revestimiento del tejado.

Un edificio oscuro. Grande y vacío.

El lugar perfecto para él.

Subió los escalones de la entrada y recorrió el majestuoso vestíbulo hasta la recepción. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera que daban al espacio un aspecto imponente. Las cabezas de ciervo que colgaban de la pared tampoco ayudaban a aligerar la decoración. El tipo de detrás del mostrador estaba sentado en una silla, leyendo un libro de bolsillo. No se levantó ni siquiera al percatarse de que alguien se acercaba. No al momento. Cuando bajó el libro, dejó entrever una tez blanquizca, un pelo grasiento y una leve sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó.

—Quisiera una habitación.

El recepcionista se quedó pensativo y tardó unos momentos en comprender que Sandman no estaba de broma.

—¿Cuánto tiempo se quedará? No cobramos por horas —dijo.

—Me quedaré esta noche.

—Serán cincuenta y tres dólares —dijo el recepcionista, empujando por encima del mostrador un formulario de registro de huéspedes.

Sandman escogió un bolígrafo de una taza y empezó a rellenar el formulario.

—Necesitaré su tarjeta de crédito para poder completar el registro. Además es nuestra costumbre retener cincuenta dólares de la tarjeta a modo de fianza, si no tiene inconveniente...

—En absoluto.

Sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó al recepcionista. Este la pasó por la máquina, imprimió una tarjeta de huésped y luego le pidió una dirección y otra firma.

Mientras el hombre tecleaba en su ordenador, Sandman dio la

vuelta a la tarjeta y escribió algo en el dorso. Volvió a darle la vuelta, anotó la dirección de Old Westbury y dijo:

—Voy a ir a comprar algo de cena. ¿Le importa si dejo mi bolsa en la consigna?

—Por supuesto, señor, la llevaré yo mismo. Por cierto, soy Tom, el encargado.

—Gracias, Tom —dijo Sandman, entregándole la bolsa.

Después salió del hotel, se montó en la furgoneta y puso el motor en marcha.

Echó un vistazo a su reloj y no pudo evitar pasar el índice alrededor de la caja de bronce. Un Panerai Submersible de 1950; había sido un regalo muy costoso, hecho con mucho cariño. Solo había otros doscientos cuarenta y nueve relojes como aquel. Eran idénticos cuando salían de la fábrica, pero con el tiempo la caja adquiría su propia pátina individual, causada por la exposición a los elementos. El reloj significaba mucho para Sandman. Había sido un regalo muy meditado, porque era como él: preciso y único.

Pasaban exactamente dos minutos de las ocho de la noche.

Treinta minutos, más o menos.

Ese sería el tiempo de respuesta del FBI.

Metió la primera y salió del aparcamiento.

## DELANEY

Faltaban dos minutos para las ocho.

Delaney siempre acababa su jornada en la oficina del FBI del mismo modo en que la había empezado. Durante el último año, todas las mañanas y todas las noches revisaba las posibles actualizaciones del caso Sandman. El FBI tenía acceso a las bases de datos criminales de todo el mundo. Estas se actualizaban de manera más o menos regular, dependiendo de la región. Algunas, como la del Sistema de Reconocimiento Facial de la Interpol, se actualizaban cada pocos minutos con nuevos datos biométricos. Otras lo hacían cada pocas horas, de forma diaria o incluso mensual. Eso no le importaba a Delaney. A ella le importaban los números. Treinta y una bases de datos que comprobar. Todas las mañanas. Todas las noches.

Mientras hacía sus comprobaciones, se tomó medio litro de café frío. Como hacía cada mañana. Y cada noche. Sin leche. Con cinco azucarillos. Del modo en que Dios lo habría querido.

Marcó un número en el teléfono de su mesa. Una más de sus múltiples tareas. El aparato sonó una, dos, tres veces. Eso era todo lo que tenía que hacer. Dejó que el teléfono sonara tres veces y luego colgó. Desde que cumplió dieciocho años, siempre que Delaney salía por la noche tenía que llamar a su madre en cuanto volvía al lugar donde estuviera viviendo, sin importar la hora que fuera, y dejar que el teléfono sonara tres veces. De ese modo Colleen sabía que su hija estaba segura y a salvo. Las madres se preocupan, pero las madres irlandesas son las campeonas mundiales de la preocupación. Justo cuando iba a colgar, quizá algo prematuramente, después de haber cumplido con su deber como

hija, oyó que descolgaban al otro lado de la línea.

—Paige, ¿eres tú? El número desde el que llamas está restringido. Aún no has llegado a casa, ¿verdad? —preguntó Colleen casi sin resuello y con un acento irlandés que, de forma obcecada, no había perdido pese a llevar más de cuarenta años viviendo en Boston.

—Soy yo, mamá. Estoy bien. Es solo que...

—Sabes que no puedo dormirme hasta que estés de vuelta en casa sana y salva. No me mientas a estas alturas. Soy demasiado mayor, y tú no eres ni la mitad de buena mintiendo como te crees, jovencita.

—Mamá, estoy bien. Estoy saliendo ahora mismo de la oficina...

—Bueno, pues eso no es suficiente. Llámame cuando llegues a casa. No antes.

Delaney oyó un suave ruidito traqueteante al otro lado de la línea. No era la conexión; era su madre pasando las cuentas del rosario. Sabía muy bien que no valía la pena discutir con ella.

—Te llamaré cuando llegue a casa. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielito.

Delaney colgó y volvió a centrarse en la pantalla.

Treinta y una bases de datos.

Y, tal como había ocurrido por la mañana, no había nuevos indicios o pistas sobre las cuentas bancarias de Daniel Miller, ni sobre sus tarjetas de crédito, ni sobre la matrícula de su furgoneta, y su rostro tampoco había sido captado por ninguna cámara de seguridad con reconocimiento facial. Sandman se mantenía en el primer puesto de la lista de los Diez Más Buscados por el FBI. Mientras ordenaba su mesa para el día siguiente, Delaney encontró su lista de tareas. Normalmente, al final de la jornada la arrugaba y la tiraba al montón de papeles triturados. Pero si faltaba por completar algún punto de la lista, se quedaba en la oficina hasta que lo acababa.

Quedaba por cumplir una tarea.

Delaney marcó el número y esperó a que sonara el tono de llamada. Saltó directamente el buzón de voz, tal como había ocurrido las tres veces anteriores. El juicio de Carrie Miller empezaba dentro de dos días. La lista de testigos era larga y el trabajo se había dividido entre el FBI y el Departamento de Policía de Nueva York.



Delaney era responsable de contactar con los testigos con los que hubiera mantenido algún tipo de relación, a fin de asegurarse de que estaban a punto para el juicio y para darles las últimas indicaciones sobre dónde era probable que tuvieran que responder a sus citaciones.

Había logrado contactar con todos los testigos, salvo con uno.

Siempre había uno.

Chester Morris. Trabajaba como portero de Le Blue Hotel en la Cuarta Avenida de Brooklyn. Después de que apareciera la primera imagen de Carrie Miller en la prensa, Chester acudió a la policía. Contó que una noche, al final de su jornada, se detuvo en la cafetería de la esquina de la Cuarta con la calle Seis para comprar un burrito para llevar. Al salir con su cena, se fijó en que había dos personas delante de la puerta del bloque de apartamentos situado al lado de la cafetería. Un hombre y una mujer. Estaban muy juntos bajo el toldo de la entrada, a pesar de que no llovía. El hombre parecía estar trasteando con las llaves, intentando abrir la puerta. Lo vio afanándose con la cerradura, introduciendo una llave o quizá otro objeto. Chester decidió no inmiscuirse y se dirigió hacia la parada de autobús.

No fue hasta la noche siguiente cuando se enteró de que Sandman había matado a dos mujeres en ese mismo bloque de apartamentos. Pero él había visto a dos personas delante del edificio, y la policía buscaba solo a un hombre. No a una pareja.

Solo cuando salieron en la prensa las fotos de Daniel y Carrie Miller, llamó Chester al Departamento de Policía de Nueva York para contarles que la noche de los asesinatos había visto a esas dos personas delante del bloque de apartamentos.

Era una prueba importante, y Chester sería un buen testigo. Evidentemente, el hombre quería algo a cambio de testificar en el juicio. Tenía un cargo pendiente por agresión que, de ser condenado, podría costarle su trabajo como portero. Bill Seong y Drew White hicieron un trato con él. Le prometieron que, si cooperaba, retirarían el cargo por agresión. No se sabía bien cómo, pero la declaración de Chester se había filtrado a los medios y se publicaron algunos artículos al respecto.

Y ahora no respondía al teléfono. Delaney le dejó un mensaje. Probablemente tenía turno de trabajo y estaría lidiando con algún huésped.

Se levantó de la mesa y enderezó la espalda. Eran las ocho y cinco. Ya había hecho suficiente por ese día. Cuando fue a echar mano a su móvil, oyó que entraba un mensaje. Y luego el tintineo que señalaba la llegada de un correo a su ordenador.

El mensaje era una alerta del equipo de fraude financiero de American Express. Abrió el correo. Era una notificación de refuerzo para asegurarse de que había visto el primer mensaje. Antes de que pudiera llamar al banco, empezó a sonarle el móvil. Era de la División de Investigación de Delitos de Guante Blanco en Quantico.

—¿Agente especial Delaney? —dijo la voz—. Soy el agente Rudnick del Departamento de Investigación Criminal. Tenemos un aviso sobre su hombre.

Por unos momentos, Delaney se quedó sin habla. Llevaba tanto tiempo esperando algo así, y ahora por fin lo tenía delante. Aquella era «la» llamada. Daniel Miller estaba fugado de la justicia y por esa razón el FBI había estado monitorizando sus cuentas bancarias y sus tarjetas de crédito. No estaban congeladas; solo las controlaban para ver si había alguna actividad. Se suponía que Miller, que había amasado una considerable fortuna personal, disponía de una gran cantidad de dinero en efectivo para mantenerse fuera del radar. Pero el dinero también se acaba.

—¿Dónde? —preguntó Delaney, esperando oír que habían recibido una alerta de un concesionario de coches en Surinam, de un servicio de vuelos chárter privados en Colombia, o que Sandman simplemente había comprado algo de comida en El Salvador. Estaba convencida de que había huido del país y ahora se ocultaba en algún lugar perdido de la mano de Dios, lejos del alcance del FBI.

—Sandman acaba de usar su American Express en el hotel y bar Grady's Inn de Queens.

## DELANEY

El aparcamiento del Grady's Inn estaba intensamente iluminado por la presencia de numerosos coches policiales. Faros, luces giratorias azules y rojas, e incluso los haces luminosos de algunos grandes focos, hacían que el lugar pareciera el Cuatro de Julio. Delaney había estado antes en aquel hotel, cuando intentaban atrapar al asesino en serie Dollar Bill, que había sido aislado allí como miembro de un jurado. El edificio parecía incluso más ruinoso que la última vez que estuvo.

Delaney aparcó junto a un viejo coche familiar con los neumáticos desinflados. Solo había otro vehículo civil en el aparcamiento, un Toyota. Al menos el hotel se encontraba vacío, y si Sandman intentaba algo no tendrían que preocuparse porque estuviera lleno de gente. Habría por allí unos treinta policías, todos ellos blandiendo escopetas y rifles de asalto.

Bill Seong escoltó fuera del hotel a un hombre con pantalones y chaleco negros y camisa blanca. Probablemente el encargado de turno. Detrás de ellos salió una señora cincuentona vestida con chándal y delantal, la única limpiadora que necesitaba el hotel con tan pocos huéspedes. Un agente condujo al encargado y a la doncella hasta una furgoneta de los SWAT y los hizo subir al interior.

—¿Está dentro? —preguntó Delaney, imprimiendo gravedad a su voz. Tenía la sensación de que se les había vuelto a escapar.

—Tom, el encargado, dice que se registró hará unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos —respondió Bill—. Dejó su bolsa; dijo que iba a buscar algo de comer.

—¿Dejó su bolsa en la habitación?

—No, se la dejó al encargado.

—¿Es él? ¿Es Miller? —preguntó Delaney, con una sensación nauseabunda en el estómago. Lo último que necesitaban era que alguien hubiera robado sus tarjetas de crédito. Tenía que ser él, Sandman.

—Es él.

—¿Hay grabaciones de videovigilancia?

—Las cámaras de seguridad estaban conectadas a un reproductor de vídeo que se estropeó hace cinco años. No han conseguido encontrar a nadie que pueda arreglarlo y tampoco pueden permitirse un sistema nuevo de videovigilancia. Así que no hay grabaciones de vídeo. El encargado nos ha dado una descripción aproximada y la edad y la altura coinciden.

—¿Le has enseñado una fotografía de Miller?

—Sí. Dice que podría ser él. Llevaba una gorra. No sabemos si Daniel Miller habrá alterado su aspecto a lo largo del último año. Pero no te preocupes. Es él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que es Sandman?

—Utilizó su American Express y nos dejó una nota. Vamos, tenemos que despejar el perímetro —dijo Bill, entregándole una bolsita de plástico transparente con una tarjeta de registro de huéspedes en su interior. Luego la agarró del brazo y, con delicadeza, la hizo dar media vuelta para alejarla del edificio.

Delaney examinó la tarjeta de registro.

Había firmado como «D. Miller». Había puesto la dirección de Meadow Road en Old Westbury. Le dio la vuelta a la tarjeta.

En el dorso había escritas dos palabras:

«Tic... Tac».

Mientras pensaba en el significado de esas palabras, Delaney miró por encima del hombro hacia el hotel, luego volvió a mirar hacia el aparcamiento lleno de vehículos policiales.

—Tenemos que apostar algunos hombres dentro del hotel, esconder todos esos coches y establecer un perímetro con vehículos sin distintivos. Sandman podría volver en cualquier momento.

—No va a volver —repuso Bill—. He ido a la consigna, y entonces me he dado media vuelta y he salido a toda prisa en cuanto lo he oído.

—¿En cuanto has oído qué?

—Lo que hay en la bolsa de Miller. Parece un temporizador. El equipo de artificieros llegará en cinco minutos.

Los hombros de Delaney se hundieron.

—No se ha quedado sin dinero —dijo—. No ha cometido ningún error.

Bill asintió. Luego ordenó a las fuerzas desplegadas en el aparcamiento que retrocedieran y despejaran la zona.

—No, no ha cometido ningún error —confirmó Bill—. Ha querido atraernos hacia su bolsa y entonces... ¡Bum!

—¿Por qué ahora? —preguntó Delaney, más para sí misma que para Bill.

—Seguramente porque el juicio de su esposa empieza dentro de dos días.

La unidad de artificieros entró en el aparcamiento mientras los vehículos policiales empezaban a retirarse para establecer un perímetro más amplio. El Grady's contaba con bastante terreno alrededor, básicamente césped mal cuidado y árboles que se extendían hasta otra autopista de cuatro carriles. El edificio más cercano resultaba ser una iglesia baptista, pero se encontraba muy lejos del radio de explosión de cualquier dispositivo que pudiera ocultarse en una mochila. Aun así, Bill asignó a varios agentes para asegurarse de que nadie más se acercaba al aparcamiento y para llevar a los dos únicos miembros del personal del hotel a una distancia segura. Con todo, seguía habiendo demasiada policía desplegada en el lugar, así que ordenó a un tercio del contingente que fuera a patrullar la zona, y a otro tercio que fuera a comprobar las cámaras de carretera situadas cerca de los accesos al hotel y consiguiera las grabaciones realizadas durante la hora aproximada en que Sandman había llegado y se había marchado. Si tenían suerte, tal vez podrían identificar la matrícula. Sospechaban que, si aquella furgoneta seguía aún en circulación, era porque Daniel Miller había cambiado con regularidad las placas de la matrícula.

Todo aquello se discutió en el vehículo de mando móvil del Departamento de Policía de Nueva York, situado a unos cincuenta metros de las pantallas protectoras que se habían erigido

rápidamente enfrente del hotel. Nada podrían hacer para salvar el edificio si el dispositivo al final estallaba, pero aquellas pantallas podrían proteger los alrededores de la caída de cascotes y añicos de cristal.

La unidad de artificieros envió a su robot, y Delaney se instaló en el puesto de mando a esperar. Estas cosas suelen llevar su tiempo, un tiempo que parece transcurrir aún con más lentitud. Se trata de una sensación extraña, la de esperar una explosión. Una rara mezcla de tensión y aburrimiento. Delaney la había experimentado unas cuantas veces en su vida. Se había unido a los federales después de darse de baja del ejército de Estados Unidos. Tras haber sido destinada en varias ocasiones a Irak y Afganistán, había comprendido que necesitaba un cambio de rumbo profesional. En aquellas bases militares, en los supuestos descansos entre misiones, había adquirido esa extraña sensación de tensión apática. Pero, en realidad, no había descanso ni tregua. En cuestión de media hora podía estar de vuelta en la mierda, e incluso dentro de la base existía siempre la amenaza de un ataque de mortero, o de un suicida lanzándose contra el recinto militar a bordo de un camión cargado de ordenanzas y preceptos religiosos. Fue durante esos periodos de agónica espera cuando empezó a comprender y apreciar lo que sentía su madre. Esa también fue en parte una de las razones por las que abandonó el ejército. Cuando Delaney estaba destinada en Oriente Próximo, Colleen acudía a diario a la pequeña parroquia de Dorchester, encendía una vela y rezaba a la Virgen María para pedirle que su hija volviera a casa sana y salva. Y cuando Delaney regresaba por fin, el sacerdote no podía evitar decirle a Colleen que había estado a punto de quemar toda la iglesia con tantas velas.

Esta espera era similar, pero no la hacía sudar tanto. No como en Faluya. Y allí tampoco era solo por el calor. Era por la presión que le agarrotaba los hombros y le subía por la nuca hasta hacer que le ardiera el cerebro. Permaneció de pie junto a Bill, apoyada en el capó del Range Rover de él sin dejar de apretar los dientes. Durante unos cuarenta minutos o más no pasó gran cosa. Llegó un equipo de técnicos forenses, que esperaron bien provistos de café a que dieran la orden de que todo estaba despejado. Un artificiero pertrechado

con una pesada armadura a prueba de bombas pasó a través del hueco abierto en el escudo protector y se dirigió hacia el hotel. Transcurrió otra media hora antes de que Bill recibiera el mensaje por radio.

—Todo despejado. Ha sido una falsa alarma. No hay ningún dispositivo en la bolsa —dijo el artificiero.

Delaney intercambió una mirada de extrañeza con Bill mientras echaban a andar hacia el hotel. Entraron justo cuando el artificiero salía.

—Si no hay ningún dispositivo en la bolsa, ¿qué es ese tictac que he oído? —le preguntó Bill.

El otro se encogió de hombros.

—No hay nada de metal en la bolsa. Ni explosivo plástico ni líquido. Es..., bueno, será mejor que lo vea usted mismo.

La bolsa se hallaba ahora sobre el mostrador de la recepción. La parte superior estaba abierta. Con las manos enfundadas en guantes, Bill la cogió y la depositó en el suelo. Delaney alzó la vista y vio entrar al equipo de técnicos forenses. Uno de ellos llevaba una cámara y ya la estaba preparando para empezar a disparar.

—Toma una foto de la parte de arriba de la bolsa —pidió Bill, retrocediendo ligeramente para apartarse del encuadre.

La cámara destelló un par de veces. Luego Bill se arrodilló, con Delaney a su lado, y descorrió la cremallera del todo para abrir bien la bolsa.

Entonces Delaney supo por qué Chester Morris no había respondido a su llamada. Chester ya no tendría que molestarse en testificar contra Carrie Miller, y sin duda tampoco tendría que preocuparse por que le retiraran el cargo por agresión.

Los ojos faltaban de sus cuencas. La cabeza había sido cortada por la base del cuello con un objeto muy afilado. La limpieza del corte así lo evidenciaba. La boca permanecía abierta en un grito que nadie podría oír jamás. Algo oscuro llenaba la boca y las cuencas oculares, pero no era sangre.

Era arena.

A lo largo de su carrera, Delaney había visto cosas terribles.

Gente destrozada, torturada, asesinada. El terror y la agonía de

sus momentos finales aparecía ampliamente reflejado en lo que quedaba de sus rostros. Delaney retrocedió un poco, hizo una inspiración profunda y giró el cuello. Luego volvió a mirar más de cerca la cabeza.

Fue entonces cuando oyeron el tictac.

—Dios, debe de haber algún tipo de dispositivo dentro de la cabeza —dijo Bill, pero, antes de que pudiera añadir algo, Delaney lo interrumpió.

—No es un mecanismo —dijo ella—. Escucha.

Se quedaron muy quietos, conteniendo el aliento, y entonces lo escucharon de nuevo. Un tableteo rápido, rítmico. Bill cogió una linterna de su cinturón y enfocó el interior de la bolsa. El repentino estallido de luz hizo que algo pequeño y oscuro se desplazara velozmente por los dientes delanteros de Chester. No era una sombra. Era un insecto de algún tipo.

—Grillos —dijo Bill, soltando una profunda exhalación. Llevaba conteniendo el aliento desde que había escuchado el tictac.

—No son grillos —repuso Delaney—. Demasiado pequeños. Y tampoco hacen esa clase de sonido.

—Deberíamos interrogar a Carrie Miller —dijo Bill—. Seguro que le ha pasado información a su marido y ahora se está cargando a los testigos clave de la acusación. Llamaré al fiscal para que solicite protección las veinticuatro horas para todos los testigos del juicio.

—Bill, necesitaremos algo más que eso. Por Dios, pero si Chester ha salido en las noticias de la mañana. Ya te dije meses atrás que deberíamos llamar a...

—De ningún modo. No pienso hacerlo.

—Bueno, todo lo que hemos intentado hasta ahora ha fracasado. Si hay alguien que puede atrapar a Sandman, ese es Gabriel Lake.

—¿De verdad lo crees?

Delaney asintió.

—Es la única persona que conozco que puede pensar como ellos.

—Y existe una razón por la que puede pensar como un asesino, ¿no es así, Paige?

Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió.

—No puedo hacerlo —dijo Bill—. Es peligroso y no me fío de él.



Delaney meneó la cabeza. No había manera de convencer a Bill.

Los dos se alejaron para dejar que los técnicos siguieran examinando la bolsa y la cabeza. Tanto aquellos pequeños insectos como el ruido que emitían le resultaban familiares a Delaney, pero no conseguía ubicarlos. Después de dos horas apenas habían conseguido nada. Sandman estaba jugando con ellos. Con Delaney y con Bill. Ella apenas había vuelto a dirigirle la palabra a Bill después de su conversación sobre Gabriel Lake. Él no iba a escucharla. Tipos como Bill Seong solo veían las consecuencias políticas que podían afectarles si las cosas se ponían feas. Solo pensaban en ellos mismos. En sus propias carreras.

Lake tenía más equipaje a sus espaldas que un 747, pero gracias a eso llegaban los resultados.

Era un cazador de hombres. Simple y llanamente, y ahora lo necesitaban más que nunca.

Exhausta, Delaney se dirigió de vuelta hacia su vehículo en el aparcamiento. Se fijó en el viejo coche familiar que había al lado; la puerta trasera estaba abierta unos centímetros. Había algunas mantas en el asiento posterior. Sin duda servía como lugar de descanso para alguno de los numerosos indigentes de la ciudad. Delaney condujo de vuelta al centro con la perspectiva de disfrutar de un largo sueño reparador. Toda la tensión liberada mientras esperaba a que desactivaran la bomba, junto con el mazazo de haber perdido a uno de los testigos, había dejado sus niveles de energía prácticamente por los suelos. Eso era lo que buscaba Sandman. No solo estaba matando a su antojo, sino que también estaba jugando con la policía y con el FBI. Delaney experimentó una oleada de miedo ante los días que se avecinaban.

La Agencia tenía una docena de propiedades repartidas por toda el área de Nueva York. También algunas en Manhattan, como el apartamento en el que Delaney se había alojado mientras trabajaba en el caso Sandman. Eran fundamentalmente pisos francos, pero de vez en cuando se usaban para acoger a agentes transferidos. Delaney había pedido ese edificio porque era uno de los pocos que disponía de parking subterráneo. El apartamento en sí no era gran cosa; la plaza de estacionamiento valía casi tanto como la vivienda.

Abrió la barrera con el mando y bajó la rampa que conducía a su plaza en el aparcamiento tenuemente iluminado.

Apagó el motor. Soltó un suspiro, hizo girar los hombros y dejó caer la coronilla contra el reposacabezas.

En el momento en que cerraba los ojos, vislumbró algo muy fino y negro pasando por encima de su cabeza, bajando más allá de su línea de visión y...

Oyó los dientes de plástico raspando al pasar por el agujero de la brida que le ceñía la garganta, dejándola sin aire, haciendo que los ojos se le salieran de las órbitas y apretándole el cuello contra el reposacabezas. Sus dedos trataron de agarrar desesperadamente la brida mientras pataleaba contra el suelo del coche, raspándose los tobillos con el borde de los pedales.

Por el retrovisor vio una figura en el asiento trasero. Una mano se le posó con fuerza en lo alto de la cabeza, y otra le hundió algo afilado en el cuello. Cuando esa mano se apartaba, Delaney atisbó la aguja de una jeringuilla, húmeda de su sangre.

No podía mover las piernas. Notó los brazos cada vez más lánguidos, y cómo la inundaba una oleada mareante y nauseabunda. Mientras los ojos se le cerraban, creyó oír un teléfono sonando, una..., dos..., tres veces, y luego un chasquear de cuentas de rosario.

Un cálido aliento le acarició la nuca.

Y luego una voz.

Una voz real, no parte de una alucinación inducida por las drogas. Una voz grave de barítono cantándole hasta que se durmió casi al instante.

—«Mr. Sandman, bring me a dream. Make her the cutest that I've ever seen...».

## EDDIE

Cerré el expediente de Carrie Miller sobre mi mesa, me recliné en la silla y me quedé escuchando la noche. De pequeño, en la escuela, nos pusieron un documental de naturaleza en vídeo. Era sobre la selva amazónica, y aún recuerdo al narrador comentando que, cuando se ponía el sol, la jungla cobraba vida.

Ocurría lo mismo en Manhattan. El ruido del tráfico y de la gente siempre estaba ahí durante el día, y supongo que pasaba algo parecido en la selva sudamericana, pero estaba claro que se notaba más por la noche. Ahora se oía a alguien cantando una vieja canción popular irlandesa, pero no pude distinguir cuál era porque una gente aún más cercana discutía a gritos por encima del estribillo sobre quién iba a pagar el taxi. Los cláxones aullaban, los motores zumbaban, los neumáticos chirriaban.

Tras haberme pasado cinco horas leyendo sobre muerte y asesinatos, examinando las fotografías de las víctimas de Sandman, necesitaba parar un minuto y darme un baño de vida. Y Nueva York era el mejor lugar para ello. Era una clase diferente de jungla. Igual de poblada, igual de llena de luces y sonidos. Y probablemente igual de peligrosa.

Había depredadores acechando en las calles oscuras. La mayoría cazaban a los más pobres y débiles, pero algunos, como Sandman, podían cazar a cualquiera. Y por eso resultaba tan aterrador. No había ningún patrón en sus ataques. Podía actuar en cualquier lugar y a cualquier hora, y sus víctimas no respondían a ningún perfil. No importaba si estabas caminando por la calle a las cuatro de la madrugada o si estabas en casa con la puerta bien cerrada: nadie estaba a salvo.

En la época en que Sandman se encontraba en plena orgía de sangre y muerte, el bullicio de la ciudad se había apagado un poco. Entonces, de pronto, los crímenes cesaron. Después del confinamiento de la COVID-19, y de que se impusiera la teoría de que Sandman se había retirado de la circulación y probablemente había huido del país, mucha gente pensó que volvía a ser seguro salir a las calles y dormir sola por las noches. El miedo seguía ahí, pero se había mitigado, y la normalidad regresó poco a poco a los cañones de hormigón, acero y cristal de Manhattan.

Cuando cerré los ojos, vislumbré flashes de las imágenes que había visto en las fotografías de las escenas de los crímenes. La mayoría, mujeres. Con los ojos arrancados y la arena cubriéndoles la cara, llenando aquellas cuencas vacías donde antes había un alma, anegando también sus bocas y gargantas. Pegándose entre sus dientes, en sus labios y sus encías. La sangre de sus heridas hacía que la arena adquiriera un tono rosáceo. Salvo la que llenaba sus bocas, que permanecía pálida e intacta.

El expediente estaba subdividido en diferentes secciones para cada víctima, de acuerdo con los cargos de la acusación. Seis de los asesinatos habían sido imputados también a Carrie Miller. Pensé que si la fiscalía conseguía que la condenaran por esos cargos, los federales intentarían vincularla también con los otros crímenes de Sandman. Pero ya me preocuparía de eso más adelante. Contaba con los informes sobre las escenas del crimen y las declaraciones de vecinos y familiares, y con eso tenía todo cuanto necesitaba para hacerme una imagen general de las seis víctimas de este juicio y de sus vidas, al tiempo que me daba un conocimiento visceral y de primera mano de la manera en que les habían arrebatado esas vidas.

Margaret Sharpe era una directora de marketing de treinta y dos años que vivía en East Harlem. Le gustaba la ropa vintage y la repostería casera. Iba a trabajar todos los días en una bicicleta de lunares lilas y blancos, con una cesta de mimbre sobre el guardabarros delantero en la que solía llevar las compras del día a la casa. Hacía poco había conocido en el gimnasio a una joven llamada Petra, a la que también le gustaba montar en bici y hornear pasteles

y galletas. Recientemente habían celebrado sus seis meses como pareja. Petra encontró a Margaret muerta en su apartamento la mañana después de ser atacada. Muchos días iban juntas al trabajo en bici, y cuando Margaret no respondió al teléfono Petra utilizó la llave para emergencias que su amiga le había dado. Margaret fue asesinada el 21 de marzo del año pasado. Más adelante, Petra confirmaría que los pendientes vintage de plata con forma de rosa encontrados en el vestidor de Carrie habían pertenecido a Margaret.

Penny Jones y Suzanna Abrams compartían un apartamento en la Cuarta Avenida de Brooklyn. Penny era una cantautora de veintiún años que hacía ocho bolos a la semana y atendía mesas en el Katz's Deli siempre que la llamaban para hacer un turno. Suzanna era mayor, aunque no más sensata. Servía Guinness y whisky en un bar irlandés situado a dos manzanas de su apartamento, y muchas noches conseguía más dinero en propinas que el que ganaba Penny en una semana. El problema era que toda esa pasta volvía de nuevo al bar, de una manera u otra. Sobre todo, cada vez que Penny sufría un nuevo rechazo. Había escrito una novela e intentaba que algún agente literario se la moviera, pero cada vez que abría el correo electrónico y encontraba una nueva negativa era como recibir una bofetada en la cara.

Dos mujeres jóvenes disfrutando de la vida y tratando de abrirse camino en la ciudad más grande del mundo.

La mañana del 29 de mayo, su vecino reparó en que la puerta del apartamento de las jóvenes estaba abierta. Las llamó, pero no obtuvo respuesta. Entró a ver qué pasaba y salió de nuevo corriendo para llamar al 911. Penny y Suzanna estaban en sus dormitorios. Mutiladas, las cuencas oculares y la boca llenas de arena. Las puertas de ambas habitaciones se encontraban cerradas y no había ninguna señal de lucha o forcejeo en el apartamento. Resultaba muy extraño que dos mujeres jóvenes y sanas no parecieran haber opuesto la menor resistencia a su agresor. Un testigo llamado Chester Morris había visto a un hombre y una mujer delante de la puerta del edificio la noche de los asesinatos, el 28 de mayo, y afirmó que el hombre parecía estar forzando la cerradura. Morris había identificado a la pareja como Daniel y Carrie Miller. A las dos

jóvenes les habían robado un anillo: a Penny, uno de oro rosa con dos granates rojos; a Suzanna, uno de plata con una gema gris. Ambos fueron encontrados entre las joyas de Carrie.

Lilian Parker era una mujer callada y retraída, una diseñadora *freelance* que trabajaba habitualmente en su apartamento de Tribeca. Su cuerpo fue hallado en el callejón que había detrás de su bloque de apartamentos, algo bastante inusual en el *modus operandi* de Sandman. Tenía cuarenta y un años y era una entusiasta del violín, aunque sus vecinos no tenían ni idea de su afición. Encontraron las cuerdas de su instrumento forradas con una mezcla de lana y algodón para amortiguar el sonido. La vecina del apartamento contiguo, Teresa Vasquez, declaró haber visto a un hombre y una mujer merodeando delante de la puerta del edificio la noche del crimen, el 3 de junio. Su descripción coincidía con Daniel y Carrie Miller. Al igual que Chester Morris, Teresa Vasquez no acudió a la policía hasta que se hizo pública, con gran bombo y platillo, la detención de Carrie Miller. Un broche de camafeo que Lilian solía llevar siempre no fue encontrado en la ropa que vestía ese día, ni tampoco en su apartamento. Fue la madre de Lilian quien contó a la policía que la joya había desaparecido. Eso provocó que los anteriores asesinatos fueran revisados de nuevo junto con los familiares de las víctimas, a fin de que estos identificaran las piezas de joyería que pudieran haber sido sustraídas por Sandman. De no haber sido por la señora Parker, puede que ni la policía ni el FBI hubieran descubierto que Sandman tomaba trofeos de sus víctimas.

Los Nielsen vivían en un gran *brownstone* en el East Village. Un buen samaritano se había fijado en que la puerta principal de su vivienda estaba abierta hacia las seis de la mañana. El primer agente en llegar a la escena era relativamente nuevo en el servicio. Su supervisor condujo al novato al interior y le pidió que comprobara el piso de arriba. Al oír un golpe sordo en la planta superior, el supervisor subió corriendo las escaleras. Encontró al novato tirado en el suelo, inconsciente, delante de la puerta del dormitorio. En un primer momento pensó que había sido noqueado por algún atacante, pero enseguida descubrió lo que había provocado el desmayo. Tobias y Stacy Nielsen estaban tumbados muy juntos en la

cama, con las sábanas subidas hasta el cuello. Su boca y sus cuencas oculares habían sido rellenas con arena. En el cuarto de al lado, la hija de ocho años, Elly Nielsen, dormía profundamente abrazada a su osito de peluche. Su hermano adoptado, Robert, dormía también en su propia habitación. Tenía solo cinco años. Ninguno de los niños había sido agredido en modo alguno, salvo por el sedante que les habían administrado mediante una inyección. No habían visto al hombre que les pinchó en el cuello en la oscuridad, pero el pequeño Robert dijo que había notado el aliento de alguien en la mejilla.

El novato se cogió un mes de baja por enfermedad y, cuando este acabó, dejó el cuerpo. Al cabo de solo una semana se tomó una sobredosis de analgésicos y fue enterrado con todos los honores que concede el Departamento de Policía de Nueva York. Y yo no pude evitar preguntarme: si aquel joven hubiera vivido el tiempo suficiente para que los federales registraran la casa de Daniel Miller y encontraran el collar de perlas negras de Stacy Nielsen en el vestidor de Carrie Miller, ¿habría encontrado algún tipo de consuelo y logrado superar aquello? ¿Podría haberse salvado?

Esas eran solo algunas de las víctimas asesinadas por Sandman. Sus últimos crímenes, y los que la fiscalía podía vincular mediante pruebas a Carrie Miller. Yo había estado en la casa de esa mujer, había hablado con ella, y no me encajaba para nada que esa persona hubiera sedado a dos niños y luego hubiera matado como si tal cosa a sus padres.

Ya había tenido que lidiar antes con monstruos. Al igual que la analista jefe del FBI asignada al caso, Paige Delaney. De hecho, habíamos trabajado juntos en el caso de Bobby Solomon, cuando tuvimos que enfrentarnos a un asesino que logró introducirse como miembro del jurado en el juicio contra Bobby. Yo había tenido suerte de sobrevivir a aquel caso, y la cicatriz de dieciocho centímetros que tenía en el muslo seguía escociendo en invierno y quemando en verano. La agente federal también me proporcionó algunas pistas y claves en el caso Avellino, en cuyo juicio Kate y yo nos habíamos conocido como adversarios. Delaney se dedicaba a cazar asesinos. Yo representaba a personas acusadas de homicidio. No era de

extrañar que nuestros caminos se hubieran cruzado, viéndonos obligados a lidiar con el peor tipo de horrores en la misma ciudad. Delaney me caía bien. Era lista y diligente. Habíamos tenido una amiga en común llamada Harper, una mujer a la que había amado y perdido.

La última vez que coincidí con Delaney fue en el acto conmemorativo por el aniversario de la muerte de Harper. Delaney habló de nuestra amiga, y estaba claro que el cariño afectuoso que sentía por ella era sincero. Yo la escuché asintiendo, y nos despedimos con un abrazo. Pero no pude hablar sobre Harper. Todavía no. Con nadie, ni siquiera con Harry. Hubo una época en que pensé que los dos podríamos tener un futuro juntos. Las cicatrices de mi cuerpo no eran las únicas heridas que arrastraría durante el resto de mi vida.

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana. El resplandor del neón del club situado al otro lado de la calle se colaba en el despacho, bañándolo en una intensa luz rojiza. Los ruidos de la calle parecían desvanecerse en aquel fulgor, como si su fuerza cromática enmudeciera todo lo demás.

Bloch, Kate y Harry creían en Carrie Miller. Era algo que no podía obviar. Y cuando la miré a los ojos y le pregunté si había matado a toda aquella gente, me había dicho la verdad. No me cabía la menor duda. Las pruebas contra ella eran circunstanciales, pero era algo que también podía tener sentido. Había aprendido a no desconfiar de mi instinto, al margen de lo que pudiera decir la acusación.

Pensé que era probable que Carrie hubiera sabido más sobre la oscura vida de su marido de lo que estaba dispuesta a contar. Tal vez lo hubiera sabido todo desde el principio y hubiera estado viviendo en el miedo: ahogándose lentamente en la culpa de su silencio. Pero también sabía que para ella tenía mucha importancia el hecho de que hubiera sospechado de él y no hubiera hecho nada al respecto. Eso la estaba torturando. Significaba que toda aquella situación le afectaba enormemente. Los asesinos no sienten empatía y no pueden fingirla. Los cuatro creíamos en Carrie. Y eso contaba muchísimo.

El único problema estribaba en que el resto del mundo creía que



era una asesina.

El fiscal plantearía dos argumentos. Primero, que Carrie Miller había tenido la intención de que esas personas murieran y había estimulado la conducta de su marido ayudándolo a cometer los crímenes. Si no podía demostrar la intención, entonces recurriría a otro argumento: el de que había actuado como cómplice. En este caso, el fiscal tendría que demostrar que ella sabía que su marido tenía la intención de matar y que le había proporcionado los medios o la oportunidad, o simplemente lo había ayudado a cometer sus crímenes. Esto último era más fácil de demostrar. En cualquiera de los dos casos, si era hallada culpable, no volvería a ver la luz del día fuera de la cárcel.

Había otro elemento determinante de las pruebas de la acusación que nos supondría un gran problema. Algo acerca de lo cual no le había preguntado aún a Carrie. No de forma específica. Y sin duda el gran jurado lo habría considerado crucial a la hora de decidir si debía ser juzgada. En este caso había una cosa segura: Daniel Miller era Sandman y había matado a todas esas personas. De eso no cabía la menor duda.

Y Carrie Miller había mentido para encubrirlo.

La pregunta que necesitaba que me respondiera era por qué le había protegido.

Mi móvil empezó a vibrar sobre la mesa.

Me miré el reloj, un regalo que me hizo mi hija, Amy, muchos años atrás. La esfera estaba toda rayada y había que cambiarle la pila cada pocos meses, pero por nada del mundo me desharía de él. Ella había tenido uno igual, o al menos lo había tenido hasta que dejó de funcionar. Su padrastro, Kevin, le había comprado uno nuevo cuando cumplió quince años. No era oficialmente su padrastro, no todavía. Mi exmujer, Christine, iba a casarse de nuevo dentro de unas semanas, pero la noticia no me impactó tanto como esperaba. Había aceptado que Christine había seguido adelante con su vida. Lo sentía como una pena del pasado. La mayor parte del tiempo no me afectaba, solo dolía cuando me golpeaba sin previo aviso, de forma imprevista. Y, más que Christine, me preocupaba Amy. Tenía la sensación de que estaba perdiendo a mi hija.

Cogí el móvil y comprobé la hora que aparecía en la pantalla con la de mi reloj.

Una llamada a las dos de la madrugada. Cuando te llamaban a esa hora, no era para nada bueno.

Quien llamaba era Bloch, nuestra investigadora.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Voy camino de la agencia residente del FBI situada cerca del JFK. Acaba de saltar una alerta de ámbito estatal. Uno de los ocupantes del edificio donde se aloja Paige Delaney ha llamado a la policía. El coche de Paige estaba en el aparcamiento subterráneo, con las cuatro puertas abiertas y la alarma apagada. Su móvil y su arma reglamentaria estaban en el coche...

Quise decir algo, pero no pude. El aire se me había congelado en el pecho.

—Sandman ha vuelto —dijo Bloch.

## EDDIE

La oficina de campo del FBI en Manhattan estaba ubicada en el 26 de Federal Plaza. Hay cinco oficinas satélite repartidas por toda Nueva York, conocidas como agencias residentes. La de Jamaica, en el trayecto en dirección al JFK, se encontraba en un moderno edificio con revestimiento de cristal situado en Kew Garden Road. Ocupaba toda una planta, y compartía el inmueble con un gimnasio abierto las veinticuatro horas, una agencia de enfermería, una correduría de seguros, una escuela de camareros y un salón de peluquería.

No había mucha seguridad.

Bloch me esperaba delante del edificio, vestida con una camiseta y una cazadora negras, tejanos ceñidos y botas con puntera de acero. Yo seguía llevando mi traje azul marino, pero me había quitado la corbata y desabotonado el cuello de la camisa.

—Los abogados deberían llevar corbata —dijo Bloch.

—Yo hago las cosas un poco diferentes.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Alguna novedad?

Bloch negó con la cabeza.

Nos acercamos a las puertas giratorias y accedimos al interior sin el menor problema. Después subimos en el ascensor hasta la oficina satélite del FBI. Toda la seguridad del edificio se concentraba en esa planta: arcos detectores de metales, escáneres de objetos y de personas, todo el dispositivo de rigor antes de llegar a la zona de recepción. Esta era muy pequeña. Contaba con cuatro sillas de plástico duro, dos a cada lado de la puerta, dispuestas frente a un formidable escritorio tras el cual se sentaba una mujer igual de formidable. Tendría unos sesenta años y toda la experiencia y la

sabiduría de sus años en la mirada. Hizo rodar la butaca giratoria hacia nosotros, nos miró por encima de la gruesa montura negra de sus gafas y frunció los labios.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó.

—Somos amigos de Paige Delaney. ¿Podemos hablar con alguno de los agentes de servicio? Mi nombre es Eddie Flynn.

—Tomen asiento —dijo la mujer, y desapareció por una puerta lateral.

No le dije que representaba a Carrie Miller, porque si lo hubiera hecho me habría pedido que me marchara en el acto.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que había otra persona en la sala de espera, sentada al otro lado de la puerta de entrada. Tenía la cabeza hundida entre las rodillas, lo cual explicaba por qué no lo había visto antes. Cuando nos acercamos al mostrador de recepción, solo habíamos advertido el respaldo de las sillas. El hombre tenía el pelo castaño oscuro ligeramente rizado y los dedos entrelazados en la nuca, como si estuviera en posición de apoyo durante un aterrizaje forzoso. Tomamos asiento en las sillas situadas al otro lado de la puerta. El tipo se incorporó, se frotó la cara y se tomó su tiempo para echarnos un buen vistazo.

Era delgado y de tez pálida, con una barba de pocos días. Daba la impresión de que alguien más corpulento hubiera dormido con su traje negro y su camisa azul, y él se los hubiera robado para ponérselos por la mañana. El collar de la camisa le iba demasiado ancho y la americana le colgaba sobre los hombros como un mantel. Parecía enfermo, y supuse que había perdido peso últimamente. Pero sus ojos marrones eran harina de otro costal. Tenían una mirada intensa que no parecía demorarse mucho ni en Bloch ni en mí, moviéndose rápidamente sobre nosotros para absorber cada detalle.

Torció un lado de la boca antes de hablar.

—¿He escuchado bien? —preguntó—. ¿Son amigos de Delaney?

No logré ubicar el acento. De la Costa Este, pero no sabía exactamente de dónde.

—Así es —respondí—. ¿Es usted colega suyo?

El tipo no parecía un agente del FBI, a menos que fuera de

incógnito.

—Lo era. ¿De qué conocen a Delaney?

—Nos ayudó en un par de casos. Y me salvó la vida una vez. O ayudó a salvarla. Eso cuenta mucho —afirmé.

El hombre asintió, pero por la expresión de sus ojos no parecía satisfecho con mi respuesta.

—Usted no es policía —me dijo—. Pero su amiga sí lo había sido. Bloch se encogió de hombros.

—Me llamo Eddie Flynn y soy abogado. Ella es Bloch, la investigadora de mi bufete.

—¿Dónde serviste? —le preguntó el hombre.

—Aquí y allá —contestó ella.

No estaba siendo grosera. Estaba siendo Bloch.

Antes de que el hombre pudiera presentarse, un agente del FBI entró en la sala por la puerta situada detrás de la recepción. Todo en él se veía impecable, limpio y pulcro: la corbata, la camisa, el traje, el pelo. Rodeó la mesa, miró de soslayo al hombre de la silla y se acercó a nosotros con la mano tendida para saludarnos.

—Señor Flynn, soy el agente especial Bill Seong. Apreciamos que haya venido hasta aquí, pero en este momento no podemos darle ninguna información. Agradecemos su preocupación y le haremos saber algo más en cuanto podamos, pero ahora es mejor que se vaya a casa. No hay nada que usted pueda hacer.

—Pensamos que podríamos ser de alguna ayuda. Bloch es una gran investigadora. Si necesita otro par de botas sobre el terreno...

—No, gracias. La reputación de Bloch es de sobra conocida, pero su intervención no será necesaria. Tenemos a todos los agentes del estado buscando a...

—¿Cómo saben que es Sandman quien se la ha llevado? —preguntó Bloch. Con ella no había cháchara que sirviera. Directa a la yugular. Siempre.

Bill se interrumpió a media frase con la boca abierta. Su mente no paró de hacer cábalas antes de hablar.

—Esa información todavía no se ha hecho pública.

—Lo han dicho por la radio. ¿Cómo saben que es él? —volvió a preguntar ella.

Vi al hombre de la silla mirar hacia Bloch con sumo interés.

—No puedo decirlo, pero sabemos con toda seguridad que es él. Y creemos que, de momento, ella sigue con vida.

Bloch se levantó, asintiendo con la cabeza. Le sacaba más de medio palmo a Bill.

—Delaney es amiga de Eddie. Y está muy preocupado.

—También es amiga mía —repuso Bill, moviendo los huesos de la mandíbula.

—Entonces déjenos ayudar —pidió Bloch.

—Podemos manejar esto nosotros solos.

Bloch asintió de nuevo, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

Supuse que nuestra reunión había acabado.

—Bill —dijo el hombre de la silla—, tan solo déjame echar un vistazo a...

—No. Ninguno de vosotros va a implicarse en esto. Nosotros la traeremos de vuelta. Manteneos al margen y dejadnos hacer nuestro trabajo —contestó Bill, y volvió a desaparecer por la puerta situada tras la mesa de recepción.

El hombre se levantó, se colgó una gastada cartera de cuero marrón sobre el hombro de su arrugado traje y se me acercó.

—Esperaba que me dejaran involucrarme. Habría facilitado mucho las cosas. Así que tendré que hacerlo por las malas. ¿De modo que ustedes también quieren encontrar a Delaney?

Asentí.

—He oído hablar de usted, señor Flynn. Dicen que es un tipo brillante. Y si es amigo de Delaney, supongo que con eso me basta. Creo que sé dónde empezar a buscar.

—¿Dónde?

—¿Tienen coche?

—Sí. ¿Quiere que lo sigamos?

—No, necesito que me lleven.

—¿Quién es usted?

Me tendió la mano. Se la estreché, sorprendido por la fuerza de su apretón.

—Soy Gabriel Lake. Me dedico a cazar asesinos en serie.

## EDDIE

Yo había tomado un taxi para ir a la oficina federal, sabiendo que me encontraría con Bloch allí. Esta abrió su jeep con el mando y yo me monté en el asiento del copiloto, con Lake detrás de mí.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bloch.

—Esta noche un gran número de unidades policiales han recibido aviso de acudir a un hotel —dijo Lake—. Y también se han presentado los artificieros y el FBI. No se han activado las habituales alertas a nivel estatal que acompañan a una amenaza terrorista, así que he supuesto que debía de tratarse de alguna otra situación que requería la presencia de los SWAT, cincuenta policías, los federales y un equipo de artificieros. Creo que se trata de Sandman. El Grady's Inn se encuentra como a unos diez minutos de aquí.

Bloch conectó su móvil a una toma del salpicadero y procedió a buscar la dirección en el sistema de navegación.

—Conozco el hotel —dije—. He estado allí antes.

Había un par de coches patrulla en el aparcamiento del Grady's Inn, junto con otros dos vehículos. Yo no había vuelto al hotel desde la noche en que conocí a Joshua Kane, un asesino que había conseguido introducirse como miembro del jurado en uno de mis casos. Desde entonces, el edificio se había deteriorado aún más si cabe. La cubierta se veía un poco más hundida, había más desconchones en la pintura de las paredes y los marcos de las ventanas, y los terrenos que rodeaban el lugar estaban terriblemente descuidados, con el césped y las malas hierbas creciendo a más de un metro de altura.

Bloch detuvo el jeep en el pequeño aparcamiento, se bajó y se

dirigió hacia los coches patrulla que bloqueaban la entrada al hotel.

—¿No quiere ir con ella? —le pregunté a Lake.

—No. No soy muy popular entre las fuerzas del orden.

—Yo tampoco. ¿Así que se gana la vida persiguiendo asesinos en serie?

—Solía hacerlo.

—¿Fue así como conoció a Delaney?

—Ella me adiestró en la Unidad de Análisis del Comportamiento. Delaney fue mi mentora, pero es algo más que eso. Somos amigos. Me apoyó cuando...

Miré por encima del hombro cuando Lake dejó de hablar. Sus ojos parecían estar recordando otro tiempo, otro lugar, en los que lo único que había conocido era dolor y miedo. La luz del salpicadero arrojaba un resplandor anaranjado sobre su rostro, como si estuviera delante de una llama fría.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa, las palabras atorándose en su garganta—. Ella significa mucho para mí, señor Flynn.

Asentí. Delaney era buena gente. Si se la había jugado profesionalmente para defender a Lake, eso lo convertía también, pese a sus leves excentricidades, en buena gente.

Carraspeó, miró por el parabrisas y dijo:

—Ya vuelve.

Bloch se montó en el asiento del conductor y cogió su móvil.

—Hace unos años adiestré a uno de esos agentes en conducción de riesgo, y he conseguido que me contara lo que sabía. Sandman se registró hace unas horas en este hotel. Utilizó la tarjeta, dejó su bolsa en recepción y se marchó. Los federales oyeron un tictac y pensaron que era una bomba. Pero resulta que dentro de la bolsa había una cabeza. Creo que Bill Seong sabe de quién es la cabeza, pero esos polis no tienen ni idea. Ahora mismo hay unos ochenta coches de policía, prácticamente de todos los distritos, patrullando la ciudad en busca de Delaney.

Sostuvo el móvil en alto, como si estuviera buscando señal.

—Uno de los agentes sacó una foto de la cabeza dentro de la bolsa cuando los técnicos forenses estaban preparándose. No me extrañaría que la foto aparezca por la mañana en la portada del *New*



*York Post* y por la tarde un poli se compra un coche nuevo.

—¿Fue el tipo que adiestraste quien hizo la foto? —pregunté.

—No, pero los polis tienen un sistema para cubrirse entre ellos. Una vez vendida la foto, quien la hizo la comparte con el grupo de WhatsApp de su distrito. Ese grupo la comparte con el de otro distrito, y así sucesivamente. De ese modo, si se abre una investigación sobre quién tomó la foto y la vendió al *Post*, hasta el último poli de la ciudad tendrá la imagen en su móvil.

—Policías que se cubren entre ellos —afirmé, meneando la cabeza.

—No todos —repuso Lake.

Quise preguntarle a qué se refería, pero un agudo tintineo señaló la entrada de un mensaje en el móvil de Bloch, y eso tenía prioridad.

Lo abrió y nos enseñó la imagen.

El interior de la bolsa era de lona amarilla. Las manchas de sangre se habían vuelto de un rojo oscuro. En el fondo de la bolsa se veía la cabeza de un hombre. Le faltaban los ojos. En su lugar había sendos puñados de arena sanguinolenta. En la boca también. Por su cara había diseminados varios puntos negruzcos, y al principio pensé que se trataba de gotitas de sangre secas. Bloch posó el pulgar y el índice sobre la pantalla y amplió la imagen. No eran manchas de sangre.

—Bichos —dije.

—No —replicó Lake—. No son solo bichos. Son himenópteros: insectos. Escarabajos. ¿Puedo verlo más de cerca?

Bloch alzó una mirada ceñuda al techo del coche mientras pasaba el móvil al asiento de atrás.

Nos giramos para ver cómo Lake ampliaba aún más la imagen, volvía a reducirla y luego la ampliaba otra vez.

—Diría que son de un centímetro de largo, tal vez menos. Estos tienen unos pelillos amarillos muy característicos. Supongo que eso explica por qué se oía un tictac en la bolsa.

—¿Qué son? —pregunté.

Lake devolvió el móvil a Bloch y se reclinó en el asiento.

—Emiten un tictac muy fuerte y característico. Y cuando hay gran cantidad de ellos, pueden sonar como un reloj o un temporizador. Durante mucho tiempo, la gente no pensaba que fueran los

escarabajos los que hacían ese ruido. Creían que eran los crujidos de la madera que habían infestado. Pero ahora sabemos que son los insectos los que emiten ese sonido en ciertas épocas del año. Les gustan las casas antiguas, con vigas de madera vieja. Y muchos los oyen por las noches, cuando la casa está en silencio. Debido al ruido que hacen, se los conoce normalmente como escarabajos del reloj de la muerte, aunque también tienen otros nombres. Uno de ellos tiene su origen en los velatorios irlandeses. Cuando velaban al muerto, algunos no se separaban de él en ningún momento durante tres días seguidos. Y era por las noches cuando oían el tictac: durante la vigilia del muerto.

—Escarabajos de la vigilia del muerto, del reloj de la muerte... —dijo Bloch—. Sabe mucho de insectos.

—Cuando te pasas tanto tiempo persiguiendo asesinos en serie, aprendes algunas cosas. Esos escarabajos no se alimentan de cadáveres. Sandman los puso en la bolsa junto con la cabeza. Quería que los encontráramos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es una advertencia —dijo Lake—. Ese sonido es un presagio de muerte.

Ninguno de los tres dijo nada durante un momento.

El silencio se rompió cuando el móvil de Bloch empezó a tintinear varias veces seguidas por la entrada de nuevas imágenes.

Eran tomas más generales. Una de las fotos mostraba la fachada del hotel y a un técnico artificiero que, pertrechado con un traje protector que lo hacía parecer un buzo con escafandra, cruzaba el escudo protector. Las otras eran imágenes impactantes de la masiva presencia policial en el aparcamiento, y daban testimonio de la magnitud de la respuesta. Bloch iba pasando las fotos, pero en un momento pareció vacilar, retrocedió para mirar de nuevo la imagen anterior y luego volvió a avanzar hasta llegar a la última.

Me entregó el móvil, salió del vehículo sin decir palabra y fue a echar un vistazo al aparcamiento.

Lake y yo la seguimos mientras se acercaba al coche familiar con los neumáticos desinflados y una gruesa capa de polvo en el parabrisas. Comprobó la puerta de atrás del pasajero. Estaba

abierta.

—Encontraron el coche de Delaney en el aparcamiento subterráneo de su edificio —dijo Bloch—. Con las puertas abiertas y la alarma apagada. Un intruso no podría haber accedido al parking sin una llave de tarjeta o un mando. Esos edificios cuentan con un gran dispositivo de seguridad porque cuestan una fortuna. Así que ¿cómo entró Sandman en el aparcamiento? No pudo hacerlo conduciendo un vehículo.

Revisé las fotos que ella había estado examinando. En ambas imágenes se veía el viejo coche familiar. En una, la puerta de atrás del pasajero estaba ligeramente entreabierta. En la otra estaba cerrada.

—El vehículo de Delaney estaba junto al coche familiar —dijo Lake—. Ahora sabemos cómo entró Sandman en el aparcamiento subterráneo. Permaneció escondido en ese viejo coche todo el tiempo, y mientras toda la atención estaba centrada en la unidad de artificieros, aprovechó para salir sigilosamente y meterse en el vehículo de Delaney.

—Pero ¿cómo sabía que ella aparcaría junto a ese coche? —pregunté.

—No lo sabía —respondió Bloch—. El coche estaba al fondo del aparcamiento. Con la unidad de artificieros desplegada, todos los policías centrarían su atención en el hotel. Ninguno se molestaría en controlar lo que ocurría a cincuenta metros por detrás. Sandman se tomó su tiempo y escogió el momento apropiado para colarse en el coche de Delaney. Ella tan solo le facilitó las cosas. Tenemos que ir a echar un vistazo a su edificio.

—Yo sé dónde vive —dijo Lake.

## EDDIE

Solo los edificios que han sido construidos aproximadamente en los últimos cuarenta años cuentan con aparcamientos subterráneos. No hay demasiados, pero más de los que podría pensarse en un principio. Y el FBI tenía arrendado un apartamento situado en uno de ellos, en la parte este del Midtown.

Había dos coches patrulla apostados delante de la entrada y salida del aparcamiento subterráneo. Resultaba imposible pasar por allí. Aquella era la escena de un crimen, y la reputación de Bloch no nos franquearía el acceso para bajar por la rampa que conducía al sótano.

Uno de los agentes metió el cuerpo por la ventanilla para responder a la radio policial, luego se montó en el coche y dio marcha atrás. El otro coche patrulla hizo lo mismo, despejando la entrada para que un sedán gris bajara por la rampa y accediera al aparcamiento después de que hubieran levantado la barrera. No vi al conductor, pero uno de los hombres sentados en la parte de atrás era Bill Seong. En cuanto el sedán entró, los coches patrulla volvieron a bloquear la entrada.

—Seong iba en la parte de atrás —confirmó Lake.

—Entremos —dije.

Bloch aparcó un poco más arriba en la calle y luego volvimos a pie al edificio. La entrada de los residentes consistía en unas puertas acristaladas. Al lado, en la pared, había un intercomunicador con un teclado numérico y una serie de instrucciones.

—¿Cuál es el número del apartamento de Delaney? —pregunté.

—El 1011 —contestó Lake.

En el momento en que se hubiera notificado al FBI que uno de sus

agentes había desaparecido, se habrían seguido unos procedimientos estándar de rigor. Comprobación de móvil. Registro del apartamento. Búsqueda de testigos.

Esa noche, un equipo de federales habría entrado en el apartamento de Delaney. Al encontrarlo vacío, habrían hablado con los vecinos para averiguar cuándo la vieron por última vez y si habían observado algo sospechoso esa noche.

Marqué el 1012 en el teclado numérico. Una voz masculina respondió enseguida a la llamada.

—¿Sí?

—Soy del FBI, hemos hablado antes. ¿Podría abrirme, por favor?

Sonó un zumbido, Bloch empujó la puerta y ya estábamos dentro. Tomamos el ascensor y bajamos un par de plantas hasta el parking. Todos los aparcamientos subterráneos eran más o menos iguales. Columnas y vigas de acero a la vista y sistema de iluminación lineal. Pintura blanca y amarilla en suelos de hormigón tratado, y en algún lugar siempre había un charco de agua alimentado por el constante goteo que caía del techo. Y luego estaba el olor. A aceite de motor quemado y basura vieja.

Había un montón de técnicos forenses con trajes protectores azules arremolinados en torno al vehículo de Delaney. Como a unos veinte metros, Bill Seong estaba en un corrillo con otros cinco agentes. Todos hombres. Todos con los mismos trajes azules o negros. Y los mismos cortes de pelo, aparte de uno que se había rapado la cabeza.

Confiaba en que no nos vieran a fin de poder acercarnos al coche para echarle un buen vistazo. En parte, porque quería comprobar si Sandman había dejado alguna otra señal de advertencia, pero sobre todo necesitaba saber si había algún rastro de sangre en los asientos o en el salpicadero. Hacía frío en el aparcamiento, pero notaba el sudor cayéndome por la nuca. No quería perder a otra amiga. Bloch y yo nos acercamos sigilosamente al coche de Delaney.

—Hey, Bill —gritó Lake.

Bloch soltó un taco por lo bajo y gesticuló en dirección a Lake.

—Pues a mí me cae bien —dije.

—¿Cómo habéis...? —vociferó Seong—. No podéis estar aquí.

Sacad a esa gente de aquí ahora mismo —ordenó.

Los federales que estaban con él avanzaron hacia nosotros con paso decidido.

—Esperad, sabemos cómo entró en el edificio —dijo Lake—. Se escondió en la parte de atrás del coche de Delaney. Daniel Miller desvió totalmente la atención con la amenaza de bomba en el hotel. Fue una maniobra de distracción. Se había escondido en aquel viejo coche familiar, y cuando todo el mundo estaba centrado en el equipo de artificieros se coló en la parte de atrás del vehículo.

Seong no dijo nada, pero pude ver cómo giraban los engranajes de su cerebro. Y antes de que el primer federal pudiera ponerme la mano encima, les ordenó que se detuvieran. Luego nos pidió que nos acercáramos.

—Si sabéis tanto, entonces decidme qué significa esto. Estamos recibiendo señal en directo del coche de Delaney —dijo Seong, sosteniendo un iPad en alto.

Miré a través del aparcamiento y vi una cámara dispuesta sobre un trípode, apuntando directamente al vehículo de Delaney. En el iPad se veían las imágenes en directo. Había algo colocado sobre el salpicadero. Me llevó un momento comprender lo que era.

El objeto debía de medir unos treinta centímetros de largo. Estaba apoyado entre el salpicadero y el parabrisas. Al principio pensé que estaba mirando dos vasos de whisky, colocados uno encima de otro y dispuestos dentro de un armazón de madera.

Observé más de cerca.

Era un reloj de arena. En el bulbo de arriba quedaba muy poca arena. Los granos caían en un flujo constante a través de la abertura que daba al bulbo simétrico inferior.

—¿Cuánto tiempo queda? —pregunté.

—Creemos que unos diez minutos —dijo Seong—. Suponemos que se trata de un reloj de arena para cuatro horas. No ha habido ninguna petición. Ningún tipo de contacto. Ninguna nota en el coche. Tan solo ese maldito temporizador.

—¿Y cómo ha sacado a Delaney del edificio? —preguntó Lake.

—No estamos seguros. Hemos comprobado la cámara del vestíbulo y no han salido por ahí. La única cámara que hay en el

aparcamiento cubre el único acceso, y ningún vehículo ha salido después de que Delaney entrara con su coche. Es probable que la sedara y la arrastrara tras él mientras subía pegado a la pared de la rampa para no entrar dentro del campo visual de la cámara. Luego debió de pasar por debajo de la barrera y la llevaría hasta algún coche aparcado en la calle. Esa es nuestra mejor hipótesis.

—No puedes arrastrar un cuerpo por una calle de Nueva York durante... ¿cuántos, diez, veinte metros?, sin que te vea al menos una docena de personas —dijo Lake—. Miller suele asumir riesgos, pero eso es demasiado temerario incluso para él.

—¿Tienes una idea mejor de cómo la sacó de aquí?

Bloch y yo nos acercamos a echar un vistazo a la rampa. Había una cámara de seguridad colocada en lo alto de la pared de la izquierda. Alguien que pasara justo por debajo, con la espalda pegada al muro, podría salir sin que la cámara lo captara. Pero no podría hacerlo si llevaba a rastras a alguien más, consciente o no.

—No me convence —repliqué.

No importa si Bloch no me escuchó o si decidió ignorarme. Encendió una linterna de bolsillo y empezó a buscar alrededor del aparcamiento. Dejé a Bill y a los demás y la seguí. Casi todas las plazas estaban ocupadas. Unos cuarenta, tal vez cincuenta coches.

—Seguro que ya han registrado el aparcamiento —dije.

—Habrán hecho una búsqueda rápida. Poco más —repuso ella.

Mientras Lake discutía con Seong, Bloch y yo recorrimos el subterráneo. Nuestras miradas seguían el haz de la linterna que enfocaba los recovecos oscuros entre los coches y por detrás de ellos, allá donde la iluminación no alcanzaba. El olor a aceite de motor, gasolina y humedad inundaba el espacio.

Se oía un goteo constante cayendo del techo, algo que sonaba como un viejo reloj que contara los segundos.

No se veía nada fuera de lo normal. Bloch enfocaba la linterna entre los coches, pero no se demoraba mucho. Se acercó a un Porsche de unos veinte años de antigüedad, miró en el interior y siguió. Cuando acabamos de inspeccionar la primera hilera, cruzamos al siguiente pasillo. Bloch se detuvo junto al vehículo aparcado enfrente del de Delaney. Era una vieja camioneta Toyota,

con una lona cubriendo la caja trasera.

—¿Te importaría decirme qué se supone que estamos buscando?  
—pregunté.

—Un vehículo más antiguo sin alarma... —empezó a decir Bloch.  
De pronto se calló. Alzó una mano para pedir silencio.

—¿Oyes eso?

Escuché, pero solo oía el goteo constante de las tuberías. Era más fuerte aquí. Miré hacia arriba, tratando de vislumbrar de dónde procedía el flujo líquido, pero no vi nada.

—No entiendo cómo consiguió sacar a Delaney de aquí —dije.

—Creo que el federal ha acertado a medias —repuso Bloch.

—¿Qué quieres decir con «a medias»?

—Creo que Sandman se pegó a la pared, pasó por debajo de la barrera y salió a la calle a pie. Pero Delaney...

—Mierda. Crees que ella sigue aquí.

Bloch se agachó y enfocó con la linterna por debajo de la camioneta.

—¡Lake! ¡Seong! —llamó—. Venid aquí.

Me arrodillé en el suelo. Debajo de la caja de la camioneta había un charco de líquido oscuro que se escurría hacia el desagüe. El líquido se derramaba goteando desde la parte de atrás del vehículo. No olía a gasolina.

Para cuando volví a ponerme en pie, Bloch ya había retirado la lona que cubría la caja de la camioneta. Paige Delaney yacía sobre la superficie metálica.

A lo largo de mi vida he sido testigo del espantoso daño que pueden infligir los seres humanos. He presenciado lo peor, pero la conmoción de ver a alguien a quien conoces totalmente destripado me causó una impresión terrible. Cerré los ojos un momento y aparté la vista.

Una enorme herida en el estómago la había empapado en sangre desde el cuello hasta las rodillas. Le faltaban los ojos.

Bloch pidió a gritos que llamaran a una ambulancia, mientras apretaba la herida del estómago con una mano y posaba la otra en el cuello. Apartó la mano de la garganta y dijo: «No le encuentro el pulso». Me subí a la caja junto a ella y ayudé a aplicar presión en la



herida. En cuanto coloqué mis manos en su vientre, supe que habíamos llegado demasiado tarde: estaba completamente fría.

De pronto parecieron suceder muchas cosas a la vez. El aparcamiento subterráneo se inundó de ruido. Oí los gritos y las pisadas de los federales corriendo hacia la camioneta. Uno de ellos gritaba por la radio llamando a los servicios médicos, Seong no paraba de vociferar órdenes y el goteo de la sangre y de la vida de Delaney se iba desvaneciendo.

Delaney tenía las manos atadas a la espalda. A través de la sangre que le empapaba el cuello pude ver una magulladura circular más amplia y, en el centro, la marca de un pinchazo: la habían sedado. Recé para que no se hubiera despertado de aquello.

Bloch empezó a practicarle las compresiones de pecho mientras yo seguía intentando taponarle la herida del estómago. El pánico que nos atenazaba a todos parecía ralentizar el tiempo. Vi a Seong subir a la caja y coger un sobre. Su nombre estaba escrito en él. Los demás federales le gritaban órdenes a Bloch o bien hablaban por teléfono.

Cada vez que Bloch ejercía presión sobre el pecho de Delaney, borbotones de sangre me salpicaban el dorso de las manos. Miré a mi izquierda y vi a Lake. Se había recostado contra una columna de acero, pero no era suficiente para mantenerlo en pie. Su espalda se fue deslizando a lo largo de la columna hasta quedar sentado en el suelo. Se tapó la cara con las manos y vi cómo su cuerpo se sacudía presa del dolor.

Oí las sirenas a lo lejos.

Pero supe que era demasiado tarde.

## EXTRACTO DEL DIARIO DE CARRIE MILLER

*22 de mayo*

*Hoy es el cumpleaños de Danny.*

*Quería prepararle una velada muy especial, demostrarle lo mucho que lo quiero y tal vez recuperar parte de la química que teníamos cuando empezamos a salir. Dios, he hecho que suene como si lleváramos diez años casados. Aún no llevamos ni un año y ya me preocupa y me aterra (un poco) haber fracasado en mi matrimonio. Más o menos como he fracasado en todo lo demás.*

*¿Qué puedes regalarle a un hombre que lo tiene todo? Hasta llegué a introducir esa misma pregunta en Google. Al final encontré por internet a un artista caligráfico que me envió una lámina de vitela enmarcada, en la que, con una letra de estilo antiguo, ponía: «Soy la mujer más feliz cuando estoy contigo». Quería que supiera que no necesito su dinero, ni esta casa ni el cochazo de lujo: lo único que quiero es a él, su tiempo. Al año de casados se celebran las bodas de papel, así que ese regalo ya lo tenía cubierto, pero no podía dárselo por su cumpleaños. Necesitaba algo más.*

*Él siempre me sorprende con regalos muy meditados que son perfectos. Y deseaba regalarle algo que fuera igual de bonito. Encontré a un vendedor de relojes y le consulté, porque Danny tiene algunos muy buenos aunque para mi gusto son bastante llamativos, y yo quería algo para él con un poco más de clase. El Panerai Submersible que el vendedor me recomendó era precioso. El color del bronce se haría más profundo e intenso con el tiempo, y yo esperaba que le ocurriera lo mismo a nuestra relación. Danny es tan especial para mí... Quería que tuviera también algo especial, algo que nadie más tuviera, y además podía permitírmelo.*

*Después de que me lo entregaran, recuerdo haber experimentado una punzada de miedo. Me acordé de algo que mi abuela solía decir siempre que mi abuelo se quejaba de que el reloj de cuerda de ella se atrasaba. Mi abuela le prohibió que le comprara uno nuevo: decía que un reloj pone un plazo límite a un matrimonio. Como una bomba de relojería.*

*Pero mi abuela también creía que Elvis estaba vivo y que trabajaba en un Walmart en Reno.*

*Así que le compré el puñetero reloj.*

*Valió la pena ver la expresión de su cara al abrir la cajita durante el desayuno. Se lo puso esa misma mañana mientras yo preparaba los huevos. Ese es el Danny al que amo. Cuando estamos juntos, experimento una gran sensación de calidez. Me siento segura.*

*Pero tenía la impresión de que cada vez pasábamos menos tiempo juntos. Había pensado que cuando nos casáramos sería justo al contrario. Traté de hacer que la casa fuera más cómoda y agradable, poniendo mi sello personal aquí y allá. Nada espectacular, tan solo unos toquecitos para hacerla más cálida y hogareña: un espacio del que él nunca querría marcharse.*

*Sin embargo, anoche no funcionó. Lo oí llegar a las cuatro de la madrugada y lo encontré duchándose en el baño del cuarto de invitados. Le llevé unas toallas limpias y él se disculpó por haberme despertado. Iba a recoger su traje y su camisa, pero él me dijo que ya los había guardado en una bolsa para llevarlos a la lavandería: dijo que los clientes con los que había estado se habían pasado toda la noche fumando puros. Arrugó la nariz y se rio mientras yo le secaba el pelo con una toalla. Parte de su trabajo era contactar y socializar con inversores, y me obligué a recordarme que estaba haciendo todo aquello por mí. Una vez me dijo que quería poner el mundo a mis pies, y yo le creía.*

*Esta mañana, después de haberse comido sus huevos del desayuno sentado a la barra de la cocina, sin dejar de admirar su nuevo reloj, me pidió que cerrara los ojos y que abriera las manos. Tenía una sorpresa para mí. Típico de Danny. Incluso en su cumpleaños, él siempre pensaba en mí. Noté algo en la palma de las manos y, al abrir los ojos, vi un par de pendientes antiguos*

preciosos. De plata, con forma de rosa. Mi flor favorita. Sencillos pero deslumbrantes. Sin cajita de presentación. Dijo que los había encontrado en una tiendecita y no había podido resistirse. Eran perfectos.

*Danny era perfecto.*

*Cuando lo conocí, mi vida cambió por completo.*

*Desde que era muy pequeña allí en Cleveland, sentada en el sofá de la casita de mis padres viendo Show Boat, Guys and Dolls y 42nd Street, siempre he querido cantar y bailar. Y como muchas otras jóvenes, me vine a Nueva York con un gran sueño y muy poco dinero. Compartí apartamentos horrorosos con gente que apenas conocía, tuve que trabajar hasta en tres empleos como camarera, y me presenté a un gran número de audiciones abiertas, sin ningún éxito. Cuando ni siquiera conseguí el papel del Pollo Chuckie para una obra infantil, decidí que el mundo del espectáculo no era para mí.*

*Dejé mis tres empleos como camarera y conseguí un puesto mejor como agente de ventas en una tienda de objetos de piel situada en la esquina de la Veintiséis Este con Madison. Así pude empezar a pagar mi parte del alquiler de un apartamento que no estaba tan abarrotado de gente casi desconocida. Ya no tenía que rebuscar monedas entre los cojines del sofá para poder comprarme unos fideos chinos. Y esa fue mi vida durante un año, hasta que Daniel Miller me vio a través del escaparate, se detuvo y entró en la tienda. No quería comprar un maletín, ni una bolsa pequeña de viaje, ni siquiera una cartera. Me quería a mí. Dijo que era la mujer más hermosa que había visto en su vida y que se arrepentiría hasta el final de sus días si no me pedía que saliéramos a cenar esa noche.*

*Aquel día en la tienda me dijo que se llamaba Daniel Miller. Como si eso tuviera que significar algo para mí. Más tarde descubriría que ese nombre significaba algo para la gente rica de la ciudad. Trabajaba como inversor de capital privado y ganaba muchísimo dinero con ello. Era alto y tenía buen cuerpo, además de ser guapo y encantador, y ya en nuestra primera cita me pregunté qué habría detrás de aquella preciosa sonrisa. No sabía que era rico cuando empezamos a salir, pero en nuestra cuarta cita, cuando reservó un*

*jet privado para llevarme a Las Vegas, me lo pude imaginar. Sin embargo, no fue el dinero lo que hizo que me enamorara de él. Fue la manera en que hacía que me sintiera. Como si fuera la persona más importante del mundo.*

*Hasta entonces mi vida había sido bastante incierta. Mi padre no conseguía conservar un trabajo por mucho tiempo y siempre se estaba peleando con mi madre. El alcohol desempeñaba un papel importante en ello, pero el origen de todo estaba en la falta de dinero. Yo tenía diecinueve años y trabajaba como camarera en un bar cuando la camioneta de mi padre atravesó el guardarraíl de la autopista. Mi madre iba en el asiento del copiloto. Él estaba borracho. Los dos lo estaban. Y ninguno salió con vida de aquella camioneta. Perder a mis padres hizo que intentara buscar trabajo como actriz en Nueva York. La vida parecía algo tan frágil y caótico...*

*Pero Danny me dio una sensación de certeza, calidez y seguridad. Me despertaba todos los días sabiendo que él se desvivía por mí, que no tenía que preocuparme por el dinero, por el lugar donde vivir, por nada en realidad.*

*Y aunque ya no tenía que trabajar, para mantenerme ocupada cuando Danny no estaba, ayudaba como voluntaria en un refugio para animales.*

*Hoy he llegado a casa sobre las cuatro y media de la tarde y me he duchado. Acababa de bajar en chándal a la cocina para empezar a preparar una cena por su cumpleaños cuando sonó el timbre. Al abrir encontré en la puerta a un joven trajeado que sostenía una tablilla sujetapapeles y un bolígrafo.*

*Se presentó como el inspector Mike Stone y me preguntó si Daniel Miller vivía aquí y si yo era la señora Miller.*

*Le dije que sí.*

*Me preguntó qué clase de vehículo conducía Danny.*

*Empecé a temblar. Una oleada de pánico recorrió todo mi cuerpo al recordar al policía que vino a mi casa a comunicarme que mis padres habían muerto en un accidente. Justo en ese momento, Danny entró con su coche en el camino de acceso y yo salí corriendo hacia él para abrazarlo. Se quedó muy confuso por la situación; le conté que aquel joven era un policía y que me había preguntado por*

*el coche que él conducía, así que había sacado una conclusión errónea y me había entrado el pánico.*

*Danny sabía lo que les había pasado a mis padres y entendió de inmediato mi reacción. Yo aún estaba muy alterada, de modo que le expliqué la situación al perplejo policía, quien de pronto pareció un poco avergonzado. Se disculpó y dijo que solo quería saber si Danny era propietario de una furgoneta negra. Danny respondió que pertenecía a una de las compañías de su propiedad.*

*Entonces el inspector le preguntó dónde había estado la noche anterior.*

*Danny contestó que había estado en casa conmigo. El inspector me miró. Yo todavía estaba conmocionada. Apenas podía hablar, de modo que me limité a asentir y acerté a balbucear que así era, que había estado en casa conmigo.*

*El policía nos dio las gracias, volvió a disculparse por haberme asustado y se marchó rápidamente.*

*Solo cuando entramos en la casa, bebí algo de agua y me calmé un poco, volví a pensar en lo que Danny había dicho. Le pregunté por qué le había respondido al policía que había estado en la casa la noche anterior, cuando en realidad había llegado muy tarde.*

*Me dijo que, al verme tan preocupada, solo había querido deshacerse cuanto antes de aquel inspector para poder cuidarme y tranquilizarme, y que fuera lo que fuese lo que estaba investigando aquel poli no tenía nada que ver con él.*

*Se acercó a mí y me abrazó, hasta que la calidez de su cuerpo me hizo sentir que todo estaba bien. Me sentía segura.*

*Me sentía amada.*

## EDDIE

Eran las ocho y media de la mañana cuando Bloch y yo salimos algo tambaleantes de la oficina del FBI en Federal Plaza. Me dolía la cabeza y ambos estábamos hambrientos. Teníamos las manos limpias, pero los puños aún húmedos de nuestras camisas presentaban un pálido tono rosado después de habernos lavado la sangre de nuestra amiga. Esa misma mañana, en el aseo de hombres, había visto un ejemplar del *New York Times* bajo el brazo de un agente. Lo dejó en el estante al lado del lavamanos mientras se aseaba un poco.

Hoy todos los periódicos publicarían en primera página la noticia de la muerte de una agente del FBI a manos de Sandman. Todos menos uno. Una copia de la carta de Sandman había llegado al *New York Times*. El célebre eslogan que aparecía bajo la cabecera del *Times* rezaba: «Todas las noticias que merecen ser publicadas». Esa frase llevaba apareciendo impresa en «La Dama Gris» desde hace ciento quince años, pero nunca había parecido tan fuera de lugar como el día de hoy. Habían publicado la carta en su totalidad. Era breve e iba directa al grano, pero no debería haber recibido ninguna atención pública.

*Yo soy un asesino. Mi esposa no lo es. Dejadla en paz o morirá más gente.*

En la calle, frente a la oficina del FBI, un hombre vestido con chaqueta, camisa y pantalones muy arrugados se protegió los ojos del sol matinal para mirarnos cuando salíamos del edificio. Si no hubiera sabido que esa ropa tenía el mismo aspecto la noche anterior, habría jurado que el hombre había dormido con ella. Pero

ninguno de nosotros había dormido. Gabriel Lake levantó una mano y dijo:

—¿Puedo invitaros a desayunar?

Comer en un *diner* de Manhattan es uno de los grandes placeres de la vida. Lake dijo que conocía uno que quedaba cerca, a solo dos manzanas de allí. Se trataba de la clásica cafetería, con reservados, menús plastificados y un hombretón con barba de cinco días detrás de la plancha que no paraba de soltar tacos en un idioma que no logré identificar. En otras palabras, el lugar perfecto.

Bloch pidió un sándwich de queso caliente con guarnición de huevos y chorizo. Yo me decanté por las tortitas con beicon, mientras que Lake pidió agua caliente con limón.

—No tomo cafeína —dijo, y luego procedió a interrogar a la camarera sobre la magdalena que pensaba pedir: ¿cuál era su origen? ¿Con qué estaba elaborada? ¿Eran orgánicos los ingredientes?

El personal que atiende en esas cafeterías no suele estar mucho por la labor. Se limitan a servirte con una sonrisa para poder ganarse las propinas que les ayudarán a pagar el alquiler. Lake no estaba intentando fastidiarla. De verdad que quería saber esas cosas. La camarera se llamaba Halina. Observaba cómo Lake tamborileaba los dedos sobre la mesa mientras hablaba y luego los chasqueaba con fuerza cuando le gustaba la respuesta. Los reservados estaban bastante llenos y había clientes en la entrada esperando a que les dieran mesa. Halina sacó una cadera, apoyó un puño en ella y empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo. Por su parte había finalizado la conversación, aunque Lake no pareciera darse cuenta.

—¿Y las semillas de amapola han sido cultivadas orgánicamente? —siguió preguntando.

—Vaya, no sé qué decirte, colega —replicó la camarera—. La magdalena no viene con un puñetero certificado de nacimiento.

—¡Halina! —gritó el tipo de la plancha—. Me cago en Dios, sé amable con los putos clientes.

Y Halina se alejó con nuestro pedido.



—Estoy empezando a entender por qué no estás hecho para llevar una carrera como agente federal —comenté.

—Lo siento —dijo Lake—. Solo intento ser más cuidadoso con lo que me meto en el cuerpo últimamente. Eso es todo. No es ninguna tontería.

—Pues lo parece.

—Pues no lo es.

Se reclinó en el asiento, bajó la mirada y una expresión dolorida cruzó por su rostro.

—Delaney también pensaba que era una tontería —dijo en voz baja.

—Nosotros no la conocíamos tan bien —apunté—. Algo de lo que me arrepiento ahora. Era buena gente.

Lake asintió, levantó el índice de la mano derecha como si fuera a decir algo, y luego dejó caer las palmas sobre la mesa al ver a la camarera acercándose con nuestras bebidas: café para Bloch y para mí, agua caliente con limón para Lake.

Examinó el contenido de la taza cuidadosamente, removiéndole la rodaja de limón con una cucharilla y dejó que se enfriara.

—Iba a preguntarte —dijo al fin— si le has contado a Bill Seong que vas a representar a Carrie Miller.

Bloch se puso tensa.

No respondí. Yo no se lo había contado a Lake. Y sabía que Bloch tampoco lo había hecho.

—Ah, es que tengo un contacto en los tribunales —continuó—. Me mantiene al corriente de las citaciones, las mociones, todo lo relacionado con el caso Carrie Miller. Y me ha dicho que anoche presentaste tu petición oficial como abogado defensor en la oficina del juzgado.

Muy pronto sería de dominio público.

—No, no se lo he contado —dije—. Pensé que si lo hacía me cerraría una puerta. Cualquier información sobre el marido de Carrie Miller podría ayudarnos en la defensa del caso. Seong no nos lo preguntó y nosotros no le dijimos nada. Anoche nuestra única preocupación era Delaney.

—Lo sé, y me parece bien. He aceptado ayudar al FBI en el caso

como asesor. Delaney me quería en esto. Supongo que eso ha hecho mella en la conciencia de Seong, que al final ha aceptado a regañadientes. Lo que quiero saber es cuál va a ser la estrategia en la defensa de Carrie Miller.

Dar pistas a la gente que quiere enviar a tu cliente a la sombra durante cincuenta años no es la mejor de las ideas. Eché crema y azúcar en mi café, lo removí y di el primer sorbo.

—No actuó como cómplice. Tan sencillo como eso. No pienso decir nada más.

—Así que ella afirma que no participó. Me parece bien. ¿También alega que no sabía que su marido era un asesino?

Bloch puso el tacón de su bota sobre mi zapato y apretó con fuerza.

—No pasa nada, Bloch —la tranquilicé, luego me giré hacia Lake—. Verás, lo siento, pero no puedo decirlo.

—Entiendo. De modo que Carrie Miller sí sospechaba de él. ¿Te importa si hablo con ella?

—Me importa. Si interrogas a mi cliente, compartirás la información con el FBI y te convertirás en un nuevo testigo de la acusación. No, gracias.

—No ocurriría nada de eso.

—¿Y por qué quieres hablar con ella?

La conversación se interrumpió cuando Halina llegó con tres platos: mis tortitas con beicon, el sándwich de queso caliente con huevos y chorizo para Bloch y la magdalena para Lake. Bloch se sacó de la chaqueta un paquete de toallitas antibacterianas, lo abrió y procedió a limpiar sus cubiertos, todo ello sin apartar en ningún momento la mirada de Lake. Este le había quitado el papel de la base a la magdalena y ahora la estaba desmenuzando sobre el plato. Examinándola, oliéndola. Satisfecho, se llevó un trozo a la boca.

Bloch secó el cuchillo y el tenedor con una servilleta y luego los hundió en los huevos de su plato.

Lake pilló a Bloch mirándolo.

—Eres muy raro —dijo ella.

—Al menos yo no desinfecto mis cubiertos —repuso él, antes de

girarse hacia mí—. En fin, todo lo que me cuente Carrie Miller será confidencial. Prometo no compartirlo con la Agencia.

—¿Entrecruzamos los meñiques?

—No seas así. Te doy mi palabra de que no contaré nada.

—Aunque me presentaras una declaración jurada, te seguiría mandando a paseo. No has respondido a mi pregunta: ¿por qué quieres hablar con Carrie Miller?

—Porque lo he leído todo sobre el caso Sandman. He revisado los expedientes, de forma extraoficial, y también he hablado con Delaney. Estoy al tanto de todo lo que ocurrió. No conozco a Daniel Miller, pero tu cliente estuvo casada con él durante un año, así que tendrá el tipo de información que necesito para poder atraparlo.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Lake se frotó la barba incipiente del mentón y se comió otro pedazo de magdalena.

—¿Sabes? —dijo al fin—. Te interesa que atrape a ese tipo.

—Delaney no debería estar muerta —repliqué—. Quiero que capturen a ese hijo de puta tanto como tú, pero imagino que me estás hablando de otra cosa.

—Han montado un caso contra Carrie Miller, pero no es a ella a quien quieren. Van a acusarla de actuar como cómplice, pero en realidad ella es el segundo plato. Y lo que quieren es el plato principal. Si lo atrapo, podrías llegar a un acuerdo para tu cliente. Eso era lo que intentaba conseguir su antiguo abogado, Peltier. Mi contacto en los tribunales dice que siempre estaba solicitando reunirse con el fiscal. Carrie Miller es mucho más valiosa como testigo de la acusación contra su marido que como cómplice criminal, pero eso solo será posible si Sandman es detenido.

Lake tenía razón. Si Sandman era enjuiciado, la actitud de la fiscalía hacia Carrie Miller cambiaría radicalmente. Las autoridades estaban sometidas a una enorme presión por parte de los medios para conseguir resultados que satisficieran a las familias de las víctimas. Llevar a Carrie Miller a juicio ayudaría a aliviar esa presión, pero lo cierto es que darían cualquier cosa por atrapar a Daniel. Incluso si eso implicaba llegar a un acuerdo con Carrie para que presentara pruebas inculminatorias contra su marido.

—Eso podría funcionar, pero no hay tiempo. El juicio contra Carrie Miller empieza mañana y se prolongará como mucho durante una semana. El FBI tardó catorce meses en identificar a Daniel Miller como Sandman, y un año más tarde aún no lo han capturado. ¿Qué podrías hacer tú en una semana que no hayan hecho ellos?

—Para empezar, ahora está de nuevo en activo. Desconocemos dónde ha estado escondido durante el último año, pero sí sabemos que ahora está de vuelta en Nueva York. ¿Has visto la carta de hoy en el *Times*?

—Sí. Dice que Carrie es inocente y que matará a más gente si no desestiman el caso. Eso no le granjeará muchas simpatías a Carrie ante el jurado.

—Puede que a ella no, pero a mí me será muy útil —repuso Lake.

—¿Cómo? —preguntó Bloch.

—Bueno, ahora sé cuál es su motivación. No quiere que Carrie entre en prisión. Y eso me ayuda a penetrar en la mente del asesino.

—¿Y por qué ha salido ahora de su escondrijo? —pregunté.

—Todos los periódicos habían afirmado que era posible que se llegara a un acuerdo antes de ir a juicio. Hasta que el ayudante del fiscal de distrito White rechazó la propuesta y aseguró que iría a por todas con Carrie. Ese fue el desencadenante.

—Pero ¿cuál es la razón de que haya vuelto a actuar? —insistí.

—¿No es obvio? Ama a su esposa. Los asesinos en serie poseen una estructura psicológica de lo más compleja. Les importa un carajo descuartizar en cachitos a un completo desconocido para obtener gratificación, pero eso no significa que no puedan preocuparse a nivel afectivo por alguien. En muchos de ellos existe un narcisismo y autodesprecio inherentes. Y si encuentran a alguien que les hace sentirse bien, incluso amados, eso les ayuda a normalizarse. Empiezan a anhelar ese sentimiento. No es exactamente amor, pero es lo más cercano que pueden sentir. Daniel Miller ama a su esposa. O al menos cree que la ama, y va a correr muchos riesgos para ayudarla. Esa es nuestra mayor ventaja, pero voy a necesitar algo de ayuda para conseguirlo. ¿Podrías prestarme a Bloch?

Ella levantó la vista del plato, arqueó una ceja en dirección a Lake,

y luego siguió atacando sus huevos.

—No puedo prescindir de mi investigadora. Ya te lo he dicho, mañana empieza el gran juicio.

—Si lo atrapamos, no habrá juicio. El fiscal intentará por todos los medios llegar a un acuerdo contigo. Mira, no te lo estoy pidiendo por pedir. Podré trabajar mucho más rápido con otro par de manos. Y conozco de sobra la reputación de Bloch. Yo... —Su voz se fue apagando y su mirada se perdió en algún punto por encima de mi hombro.

Dio un sorbo a su agua caliente con limón. Tenía el ceño fruncido, como si tratara de decir algo que no le resultaba fácil expresar.

—Mira, me cuesta confiar en la gente...

—Te cuesta hasta pedir una magdalena.

Asintió, y una tenue sonrisa se formó en las comisuras de su boca.

—Eso no es más que una tontería, pero esto es diferente. Cazar monstruos es a lo que me dedico. Y podré hacerlo más rápido si puedo contar con Bloch.

—¿Y por qué confías en mí? —preguntó ella.

—Porque intentaste ayudar a mi amiga. Y porque ya no eres policía.

Observé a Bloch dejar su tenedor sobre el plato y limpiarse la boca con la servilleta antes de volver a hablar.

—El nombre de Lake me resulta familiar. Cuando trabajaba en la Oficina del Sheriff en Port Lonely, oí hablar de un federal llamado Lake que irrumpió él solito en una casa de New Jersey donde se cocinaba meta. Allí había doce hombres con escopetas, rifles AK y AR-15. La mitad de esos tipos eran exmilitares. Bien entrenados y remunerados para matar a cualquiera que pusiera el pie en esa casa. Oí que ese tal Lake recibió dos disparos durante el tiroteo. ¿Eras tú?

Lake la miró a los ojos. Su mandíbula se movía silenciosamente, como si estuviera preparando a su boca para escupir una respuesta.

—No fue así como pasó, y tampoco soy ningún héroe.

Bloch volvió a atacar sus huevos.

—Me parece bien trabajar con Lake —sentenció, como si fuera la Declaración de Independencia.

Delaney había estado dispuesta a depositar su confianza en Lake,

y ahora Bloch estaba haciendo lo mismo. Sabía muy bien que más me valía no cuestionarlas. Si ambas se mostraban dispuestas a confiar en este tipo, era algo que no podía obviar.

—Puede que te parezca bien trabajar con Lake, pero esa no es la cuestión aquí. Lake, con todos los respetos, el FBI y el Departamento de Policía de Nueva York han asignado más de doscientos agentes a este caso y han contado con todos los recursos de ambas agencias para buscar a Daniel Miller durante casi dos años. ¿Qué te hace pensar que tú podrás capturarlo en menos de una semana?

Lo dije muy en serio. No quería perder a Bloch en una caza inútil cuando la necesitaba para que me ayudara en el juicio contra Carrie Miller. Lake me caía bien, pero aunque hubiera logrado salir a tiros de un peligroso tugurio de drogas, no podía obrar milagros. Pareció comprender a qué me refería. Me miró como si me estuviera calibrando. Juzgando mi carácter, buscando mis ojos. Por fin asintió.

—Creo que entiendo mejor a Sandman que el resto de los agentes. En muchos aspectos es un asesino oportunista, pero también parece llevar un plan meticuloso. Es algo muy extraño. Creo que es sumamente inteligente y que sabe adaptarse al entorno y a las situaciones que se encuentra con una lucidez de pensamiento que otros asesinos en serie ni siquiera pueden contemplar. Es como en el ajedrez. Tal vez no sepa cuál es la siguiente pieza que va a mover su oponente, pero tiene en la recámara media docena de estrategias para responder a su movimiento. Yo puedo atraparlo porque trabajo con más intensidad y perspicacia que el FBI y la policía juntos, y porque cuento con una ventaja significativa.

—Que es...

—A diferencia de los federales, yo sé cómo atrapar a gente como Daniel Miller. Y no voy a cometer sus errores. Veréis, hay un secreto que a la Agencia le cuesta cada vez más ocultar. Resulta muy embarazoso. Es realmente un escándalo a nivel nacional. No quieren que hable de ello, y también está muy claro que no quieren que nadie más se entere.

—¿De qué se trata?

Lake apartó su plato a un lado, apoyó los codos sobre la mesa y

se inclinó hacia delante.

—¿Y si os digo que todo lo que el FBI sabe sobre los asesinos en serie está equivocado?

## SANDMAN

Eran casi las tres y media de la madrugada. Sandman dio una nueva vuelta a la manzana con su furgoneta. Dejando que su mente vagara. Conducir le ayudaba a pensar. Los federales tardarían algunos días en averiguar qué le había pasado a la agente Delaney.

Tenía que ser más cuidadoso. El secuestro y asesinato de Delaney podría haberse torcido en muchas ocasiones, y por múltiples razones. Pero la experiencia había prevalecido. Eso, además de la planificación, el análisis de riesgos y un pensamiento lúcido.

El resultado había sido un contundente mensaje a las fuerzas de la ley. Y a toda la puñetera ciudad.

Sandman había vuelto. Y podía atacar a cualquiera. En cualquier momento. Y los polis debían dejar en paz a Carrie.

Pensó cuidadosamente en todos los movimientos y pasos que había dado. En todos los crímenes que había planificado y calculado. En los riesgos de ser capturado que había contemplado y minimizado.

No entendía del todo por qué escogía a una víctima determinada. A veces lo tenía claro. Algunas mujeres destacaban como si fueran ídolos resplandecientes. Sobresalían entre la multitud anodina. Por la manera en que caminaban, o por cómo erguían la cabeza, o incluso por el modo en que el sol se reflejaba en sus cabellos, o porque su piel era especialmente delicada. Con otras, en cambio, era por su misma vulgaridad. Por la manera en que no destacaban. Por cómo resultaban casi invisibles para quienes estaban a su alrededor. Una morenita envuelta en una enorme toalla, cargando con una tabla de surf por la arena caliente de la playa de Coney Island. O la rubia de la esquina que sostenía un cartel y repartía folletos del restaurante



que estaba un poco más arriba en la calle. Sin embargo, no importaba qué era lo que hubiera atraído su atención, porque la decisión sobre cuál sería su siguiente víctima se centraba en un único aspecto.

En última instancia, lo que le atraía eran sus ojos.

Unos ojos claros y hermosos. Que desprendían algo. Algo más que simple expectación. Un calor que iba creciendo hasta convertirse en un extraño deseo.

No exactamente rabia. No exactamente amor.

Sino más profundo y oscuro que ambos.

Aunque siempre acababa del mismo modo. Les soplabo suavemente en el cuello, las dormía pinchándolas con una aguja, y después empezaba a trabajar sin que le molestaran. Y gracias a ese trabajo, las hacía dormir para siempre. En muchos sentidos, sentía que las estaba liberando de este mundo para hacer que se sumieran en un sueño profundo y eterno.

Había visto muchos cuerpos muertos. Algo esencial cambiaba cuando la vida los abandonaba. La sangre dejaba de fluir. Se enfriaban muy rápido. El cuerpo perdía su asombrosa gracia y se convertía en carne muerta.

Solo los ojos conservaban un reflejo de vida.

Estaba fascinado por el ojo humano. Siempre lo había estado. Recordaba haber leído un libro muy antiguo sobre historias criminales en el que se afirmaba que, unos cien años atrás, los forenses y analistas médicos conservaban los ojos de las víctimas de asesinato para poder examinarlos con minuciosidad, pues creían que la imagen del asesino quedaba de algún modo grabada en el fondo del ojo. Tonterías, sin duda, pero aquello había despertado su curiosidad.

Por eso, cuando sus víctimas estaban ya muertas, les sacaba los ojos y los conservaba. A veces, en el lugar especial donde los guardaba a buen recaudo, los sacaba de sus frascos y los sostenía en sus manos. En esa fase ya estaban vidriosos, pues la solución en la que los conservaba los endurecía, como bolas de chicle. Entonces se quedaba mirándolos, y se preguntaba si su rostro seguiría aún allí, en alguna parte.

La arena que utilizaba con sus víctimas cumplía dos propósitos. Según algunos relatos antiguos, la arena garantizaba que jamás despertarían. Además ayudaba a borrar cualquier rastro que pudiera haber dejado. Vertía la arena en sus bocas abiertas, en sus vientres sanguinolentos, en sus cuencas vacías. Observaba los granos pegándose en sus dientes y sus encías. Sus cuerpos se convertían en receptáculos sin vida, al tiempo que sentía el suyo inundarse de nueva fuerza y poder.

Sandman volvió a centrar sus pensamientos en la calzada, dejó atrás el callejón situado en el lado sur de la manzana y se detuvo junto al bordillo. Sentía una ligera excitación. Resultaba emocionante. Una oleada que nacía en el estómago y subía por la columna vertebral hasta el cerebro. Era el recuerdo. Un recuerdo esplendoroso que de algún modo hacía que su cuerpo reviviera la embriaguez física que había experimentado aquella noche.

La noche en que había matado a Lilian Parker y arrojado su cuerpo en ese callejón.

Bajó de la furgoneta y cruzó la calle. Aquella parte de Tribeca era una auténtica mezcla de culturas. En la esquina había un agente de fianzas, y al lado, una cafetería artesanal y una librería muy exclusiva que vendía principalmente primeras ediciones. Enfrente de esta última había una lavandería que abría las veinticuatro horas, situada entre una tienda de baratillo y una boutique de ropa femenina de marca. Cada vez era más evidente el proceso de gentrificación de Manhattan, y resultaba francamente curioso pasear por aquellas zonas en las que convivían lo antiguo y lo moderno.

La puerta del bloque de apartamentos que se alzaba sobre esas tiendas se encontraba encajonada entre la boutique y una panadería. La abrió con su llave y entró en el portal.

Mientras vigilaba a Lilian Parker el año pasado, Sandman había alquilado durante un mes un loft en el edificio situado enfrente del de la mujer. No tenía el tamaño suficiente para ser utilizado como apartamento, pero servía para acoger pequeños negocios que no podían permitirse alquilar un local en el resto de Manhattan y a los que tampoco les importaba mucho la imagen que pudieran dar. Las ventanas daban a la calle, y el loft se encontraba lo bastante alto, en

la séptima planta, para ofrecer una magnífica vista del apartamento de Lilian Parker.

Unos días después del asesinato decidió rescindir el contrato de alquiler, pero no sin antes hacer copias de las llaves de abajo y del loft, por si necesitaba regresar. Era algo que hacía a menudo. No como una planificación consciente de cara al futuro, sino más bien para disponer de otras alternativas. Y esa noche era la primera vez que volvía al edificio después de un año.

Siempre tenía un plan concebido para el éxito, pero también otros cinco alternativos por si algo salía mal. Sandman nunca se quedaba sin opciones. Esa era la combinación de análisis crítico y evaluación de problemas hipotéticos que utilizaba en su trabajo como inversor de riesgo, la misma que le había hecho millonario.

Subió las escaleras. El edificio no tenía ascensor. Agarrándose a la barandilla de hierro, inhaló los familiares olores del lugar: la anciana del segundo piso que siempre parecía estar hirviendo col o quemando mantequilla; las humedades en el rincón del tercer piso, que habían traspasado y podrido los paneles de madera, dejándolos de un color verde oscuro; el olor metálico de los pasamanos, el hedor mohoso de la madera vieja, y el polvo que se levantaba al subir cada peldaño chirriante de la escalera.

Llegó al último piso. Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar muy despacio. Tras haber dado varias vueltas a la manzana, sabía que las luces del loft estaban apagadas. El ocupante actual se llamaba Peter Durant. Un artista emergente que había adquirido cierta reputación. El inquilino que lo tenía alquilado antes de que Sandman lo arrendara el año pasado había sido también un artista. No era de extrañar, ya que el espacio estaba bañado en luz natural la mayor parte del día gracias a sus dos grandes claraboyas.

La puerta se abrió unos pocos centímetros y Sandman se detuvo. Contuvo el aliento.

No se oyó ningún ruido en el interior. Los tablones del suelo eran cuando menos tan viejos como los de las escaleras y crujían tanto o más que aquellos. Supuso que no había despertado a Durant al abrir la puerta. La empujó un poco más, sin poder evitar una mueca al oír el chirrido de las viejas bisagras, y luego la cerró con llave tras él.

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y se giró para echar un vistazo a la habitación iluminada por la luz de la luna.

Junto a la ventana había un caballete. A su lado, una mesa llena de frascos de pintura, paletas y trapos usados, pinceles metidos en vasos de agua turbia y espátulas manchadas. El cuarto que había a la izquierda era el baño. A la derecha había un pequeño vestidor que tenía justo la anchura y la profundidad para albergar un estrecho camastro. A través de la puerta entreabierta vio que sobresalían un par de pies. El espacio había sido demasiado reducido para que Sandman pudiera dormir allí dentro, y era probable que Durant fuera aún más alto que él.

Sandman se movió alrededor del caballete para echarle un vistazo al cuadro.

Se trataba de un autorretrato. No era muy bueno, pero supuso que aún no estaba acabado. El cuadro mostraba al artista con el torso desnudo, vestido solo con un par de tejanos. La musculatura estaba bien conseguida, pero Durant no iba a ganar ningún premio a pesar de su buen uso de la luz.

Ese tipo de cosas le encantaban a Carrie.

Oyó un ruido. Los muelles del colchón gimieron. Unas bisagras oxidadas chirriaron.

—¿Quién coño eres? —preguntó una voz.

Sandman se movió a un lado y vio a Durant en medio de la habitación, descamisado y con pantalón de chándal. Tenía las manos manchadas de pintura hasta los codos, y salpicaduras diseminadas por el vientre y el ancho torso. Si pasara tanto tiempo trabajando en sus pinceladas como levantando pesas, tal vez podría llegar a alguna parte.

—Soy un admirador de su obra —dijo Sandman, apartándose del caballete y avanzando como si tal cosa hacia Durant.

El artista se puso tenso. Sus manos se cerraron en puños.

—¿Cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta —dijo Sandman, dando otro paso adelante.

—Eh, retrocede un poco. Tienes que decirme exactamente quién eres y qué estás haciendo aquí.

—Por favor, señor Durant, tranquilícese. Confiaba en hablar con usted sobre una comisión.

—No trabajo a comisión, y ahora lárguese cagando leches de mi apartamento.

Durant dio un paso al frente, con los hombros tensos y el puño derecho en alto, listo para descargar. Sandman calculó que debía de medir metro noventa y cinco y que pesaría fácilmente más de ciento diez kilos. Tenía una cicatriz irregular en la frente, y años atrás le habían roto la nariz sin que se la hubieran arreglado del todo bien. Ninguna de esas imperfecciones aparecía en el autorretrato. Sandman añadió la vanidad a lo que ya sabía de Durant. Eso, y que el tipo era un camorrista. La cicatriz podía haber sido causada por diversos motivos, pero a juzgar por el ángulo supuso que se debía a una botella rota.

Pequeñas cicatrices blancas sobresalían en sus nudillos como gusanos retorciéndose.

Miró más allá de Durant y vio dos botellas vacías de Jack Daniel's en el suelo.

Captó también el olor a bourbon en el aliento del artista.

—Última oportunidad para largarse —dijo Durant, dando un nuevo paso hacia Sandman, que permanecía muy quieto—. O te marchas ahora o tendrán que sacarte...

No acabó la frase. Se le desencajó la mandíbula y sus ojos se abrieron mucho al mirar hacia abajo.

Sandman tenía el brazo extendido. En la mano blandía un cuchillo de cazador. La hoja no era visible, tan solo el mango, que tocaba la piel del musculado abdomen de Durant.

—¿Sabe lo que es el acero de Damasco, señor Durant? —preguntó.

Este no dijo nada. Ni siquiera respiró. Se quedó mirándose el estómago con una expresión de absoluto horror congelada en el rostro.

—Dicen que es tan afilado que ni siquiera notas el corte.

Sandman dio un paso atrás y sacó la hoja del cuchillo del vientre de Durant. Una sangre oscura empezó a brotar de la herida. Durant volvió a respirar, pero no por mucho tiempo.

Sandman plantó bien los pies en el suelo, flexionó las rodillas y dejó caer los hombros. Luego arremetió con el cuchillo hacia arriba, apoyándose en las piernas y girando la cadera para imprimir más fuerza a su estocada. Un movimiento parecido al de un boxeador asestando un gancho. El cuchillo debía penetrar por debajo de la barbilla, atravesar el paladar y clavarse en el cerebro de Durant, matándolo en el acto sin que le diera tiempo a gritar.

Pero falló.

Se oyó un sonido desgarrador que le puso la piel de gallina. Un ruido de raspado, de chirrido, de rotura, que fue seguido rápidamente por el suave tintineo de dientes destrozados cayendo sobre el suelo de madera pulida.

El cuerpo de Durant se desplomó de repente, arrancando el cuchillo de las manos de Sandman. Este se inclinó sobre él, plantó su bota derecha en la frente de Durant, y tiró del mango para sacar el cuchillo de donde se había clavado con fuerza en la cara.

Limpió la hoja en los pantalones de chándal de Durant y luego se tomó un momento para examinarla. No tenía el lustre característico, pero sí el dibujo distintivo. Parecía como si hubieran cortado una lámina de mármol azulado y plateado en dos, revelando un efecto visual de ondas en diversas capas. No era auténtico acero de Damasco, pero quizá fuera lo que más se le acercaba. Se lo guardó y se quedó mirando al hombre muerto en el suelo.

Lo agarró por los tobillos y lo arrastró hasta el cuarto de baño. Rodeó el cadáver para situarse detrás y luego lo levantó tirándole del pelo hasta que quedó sentado. Después se agachó frente a él y le cruzó los brazos sobre el pecho. Finalmente se incorporó y apoyó el cuerpo inerte contra la bañera.

Mientras se frotaba las manos en el lavabo, tarareó una conocida melodía.

Se las secó en una toalla y se acercó a la ventana. Desde allí se disfrutaba de una espléndida vista del edificio de enfrente. Cogió la única silla que había en la habitación y se sentó para contemplar el panorama de Manhattan.

Teresa Vasquez vivía en el apartamento contiguo al de la difunta Lilian Parker. La vista resultaba tan buena para vigilar a Teresa como

lo había sido el año anterior para observar a Lilian. Teresa Vasquez moriría hoy. Aún no había decidido en qué momento, pero ya se presentaría la oportunidad. No podía arriesgarse a que testificara contra Carrie por el asesinato de Lilian Parker.

Por unos momentos dejó de pensar en la muerte de Teresa Vasquez. Su mente se vio arrastrada por un poderoso recuerdo. Un domingo por la mañana que parecía remontarse a un pasado muy lejano. Tumbado en la cama junto a Carrie, con la cabeza de ella sobre su pecho. El olor de su pelo. Acariciándole suavemente el hombro. El único sonido era el leve crepitar de las sábanas mientras ella se frotaba lentamente los pies uno contra otro. Solía hacerlo cuando estaba cansada. Era uno de esos miles de detallitos que amaba tanto de ella. Esas pequeñas cosas a las que él se aferraba. Esos recuerdos eran muy importantes. Se le daba muy bien recordar detalles, hechos, hábitos. Su memoria emocional era muy distinta. Apenas recordaba fragmentos de imágenes de su infancia. Tan fugaces y abstractos que a veces se preguntaba si no se los habría inventado. En cambio, los momentos que había compartido con Carrie se habían imprimido en su cerebro como imágenes de una película. Podía recordarlos casi todos. Y esos momentos de intimidad eran como un vaso de agua fresca para su espíritu. Vitales y únicos.

Disfrutaba matando. La sensación de arrebatar una vida hacía que un estremecimiento de placer le recorriera todo el cuerpo. Y solo ahora que se había visto obligado a estar alejado de Carrie se había dado cuenta de la intensidad de sus sentimientos por ella. La deseaba. Quería estar junto a su mujer en aquella cama, con la cabeza de ella sobre su pecho, frotándose los pies bajo las sábanas. Ansiaba aspirar el olor de su pelo, la cálida sensación de pertenecerle, y ella a él. Lo supo desde el primer momento en que la vio.

Amaba a Carrie Miller. Era la única persona a la que había amado en su vida, la única a la que podría amar.

Y eso la convertía en la mujer más importante del mundo.

Y merecía la pena luchar por ella.

Morir por ella.

Carrie nunca debería ser llevada a juicio. Era algo que nunca

imaginó que pudiera llegar a ocurrir. No podía permitir que los separaran de nuevo. En los próximos días, en algún momento, Carrie volvería a reunirse con él. Una vez que el juicio contra ella llegara a su fin y todas sus preocupaciones quedaran atrás. Al asesinar a Chester Morris, cortarle la cabeza y meterla en aquella bolsa, y al asesinar también a Delaney, lo había hecho por una motivación distinta a la del mero placer de matar.

Ahora Sandman mataba para proteger a Carrie.

Mataba por una razón. La más pura de las razones.

Mataba por amor. Y aún le quedaban muchas muertes por delante.



## KATE

Faltaba un minuto para las nueve de la mañana cuando Harry detuvo su pequeño deportivo descapotable, del típico color verde de competición, delante de las verjas de Old Meadow Road. Era un buen conductor, pensó Kate. Tenía que serlo. Aquel era un coche europeo, probablemente británico, con madera en el salpicadero. Madera auténtica. Y la capota goteaba. Los neumáticos eran demasiado pequeños, el motor excesivamente ruidoso, y la carrocería era tan baja que Kate tenía la sensación de haberse pasado media hora en la autovía con el culo pegado a un monopatín amarrado al motor de un cortacésped. Harry le había dicho que su coche era vintage. Un clásico. Kate se había criado en New Jersey. Y allí, cuando describías un vehículo como clásico, era otra manera de decir que el tubo de escape estaba a punto de caerse del maldito cacharro, si es que el chasis no se había roto antes por la mitad.

Había solo unos pocos manifestantes delante de las verjas. No habían visto antes aquel coche, así que no armaron mucho revuelo. Kate abrió la verja electrónica con el mando que Carrie le había dado la noche anterior y Harry condujo por la carretera privada hasta llegar a la casa de los Miller.

Kate bajó del coche en cuanto Harry tiró hacia arriba del freno de mano. El deportivo solo tenía dos plazas, pero entre los asientos y el maletero quedaba un pequeño espacio. Harry se giró para coger de detrás un taco de madera rectangular. Luego bajó del vehículo, se inclinó sobre el asiento y encajó la pieza de madera entre el pedal del freno y el suelo del deportivo.

—Si el freno de mano no va, ¿por qué te molestas en echarlo? — preguntó Kate.

—Hace que me sienta mejor —repuso él.

—¿Cuántos años tiene el coche?

—Es más o menos tan viejo como yo.

—¿Tanto? —dijo Kate con una sonrisa.

—Salvo por el freno de mano, este coche funciona perfectamente. Igual que su dueño. Es rápido, elegante y se conduce muy bien.

Harry se tomó su tiempo antes de incorporarse. Se llevó una mano a la zona lumbar, que últimamente le había estado dando problemillas. Kate rodeó el coche y, con delicadeza, entrelazó su brazo con el de él para ayudarlo a enderezarse. Él no se quejó. En lugar de ello, cuando estuvo erguido, le dirigió una de sus sonrisas. Harry seguía siendo un hombre apuesto, y era encantador, pero aquel era el tipo de sonrisa que un padre le dedicaría a su hija.

—Rápido, ¿eh? —ironizó ella.

—Iremos mucho más rápido a partir de ahora, cuando las cosas empiecen a precipitarse.

Kate cogió la caja con los documentos del maletero y acto seguido se encaminaron hacia la puerta principal de la casa.

—¿Cómo quieres abordar esto? —preguntó ella.

—Iba a hacerte la misma pregunta. Este es tu caso. Yo solo soy un asesor.

—Vamos, Harry. Fuiste juez durante veinte años. ¿Cómo lo enfocarías?

Harry lo consideró un momento y luego dijo:

—Creo que debemos ir despacio. Dejar que ella hable primero, que responda a preguntas sencillas y directas. Y cuando se haya soltado, abordaremos los asuntos más delicados.

A medida que se acercaban a la entrada, repararon en que la puerta estaba ligeramente abierta. Apenas unos centímetros. Se detuvieron. Era probable que Carrie Miller los hubiera visto desde la cocina al aparcar en el camino de entrada y se hubiera acercado para abrirles como había hecho el día anterior.

Pero ni Harry ni Kate tocaron la puerta.

Todavía no.

—¿Señora Miller? ¿Carrie? —llamó Kate.

Escucharon con atención. No oyeron nada.

Ahora fue Harry quien llamó. Esperaron.  
Silencio.

Harry sacó su viejo Colt 1911 de la gastada funda de cuero que llevaba bajo la chaqueta. Metió una bala en la cámara, bajó el arma y empujó la puerta con la punta de los dedos. Se abrió de par en par. Harry alzó una mano para indicarle a Kate que debería quedarse fuera.

—Voy detrás de ti —replicó ella.

Harry chasqueó la lengua y meneó la cabeza, luego entró en la casa. Dentro no se oía ningún sonido procedente de una radio o televisión. Kate volvió a llamar. No hubo respuesta. No había nadie en el salón, ni tampoco en la cocina. Harry se movió, más deprisa ahora, hacia la escalera. Una sensación de urgencia fue creciendo en ambos. Volvieron a llamar. De nuevo en vano. Los dormitorios y los baños estaban vacíos. No había ninguna señal de lucha o forcejeo. Nada fuera de su sitio. La cama estaba pulcramente hecha, con un pijama blanco de seda sobre la almohada.

Kate bajó deprisa la escalera, dejando a Harry en el dormitorio principal. Salió a la parte de atrás.

No había nadie junto a la piscina. El deportivo de Daniel Miller seguía en el garaje, al lado del coche de Carrie. Eran los dos únicos vehículos que había visto en la propiedad durante su anterior visita. Kate dejó la caja con las carpetas en el porche, sacó su teléfono del bolso y llamó al móvil de Carrie.

Estaba apagado.

—Sabía que veníamos esta mañana, ¿verdad? —preguntó Harry al llegar al pie de la escalera.

—Se lo dije anoche. Puede que haya tomado un taxi para ir a comprar algo.

—No parece el tipo de vecindario donde la gente utilice taxis, ni siquiera Uber. Si iba a ir a algún sitio y no quería conducir, habría llamado a un servicio de limusinas. Pero ¿por qué? ¿Por qué no llevar su propio vehículo? ¿Y por qué no está aquí?

—Voy a llamar a Peltier —dijo Kate.

El abogado respondió al momento.

—Otto, estamos en la casa de Carrie. Los dos coches están en el

garaje. La puerta principal estaba abierta, pero ella no está.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Habéis probado a llamarla al móvil?

—Está apagado.

—¡Mierda! ¿Crees que...? —Pero no acabó la frase. Parecía muy alterado. Había una preocupación sincera en su voz.

—¿Si creo que Sandman se la ha llevado? No tengo ni idea de lo que está pasando.

—Quizá deberíamos llamar a la policía —dijo Otto.

—No —repuso Kate—. Todavía no. No hay ninguna señal de que hayan forzado la entrada. Y una de las condiciones de su fianza es que no salga de la propiedad. Si la policía cree que la ha infringido, emitirán una orden de arresto.

—Una orden de arresto sería un gran contratiempo, pero Carrie podría estar en peligro. He visto los periódicos de hoy. Sandman mató ayer a dos personas. Una de ellas agente del FBI.

Kate había hablado con Eddie la noche anterior, después de que encontraran el cuerpo de Delaney. También había leído una breve mención en uno de los artículos de prensa que habían salido esa mañana. El *Post* publicó que Eddie Flynn y dos investigadores privados, Melissa Bloch y Gabriel Lake, fueron vistos en la escena del crimen la noche anterior, pero se desconocía si estaban implicados oficialmente en la investigación. Había incluso una foto de los tres saliendo del edificio de Delaney.

—Lo sé, era amiga de Eddie. Se ha pasado toda la noche con los federales.

—Oh, Dios, esto es horrible. Estoy muy preocupado, Kate. Esto no es propio de Carrie. Creo que deberíamos llamar a la policía. Nunca podría perdonarme si le pasara algo...

Kate no sabía qué pensar. Seguía oyendo ese tono de preocupación sincera en la voz de Otto. El hombre parecía poner la misma pasión que ella en sus casos. Era uno de los motivos que le habían hecho confiar en él.

—Tal vez solo ha salido a tomar un poco de aire por la urbanización —dijo Kate—. Su caso aparece otra vez en todos los medios. Su marido ha vuelto y está matando de nuevo. Debe de

estar siendo demasiado para ella.

—Supongo que tienes razón. Está pasando por un auténtico infierno. Cuando la imputaron, todas sus amistades le dieron la espalda. Está completamente sola y, por supuesto, es inocente de todos los cargos. Lo único bueno que le había pasado era que Daniel estaba fuera de su vida. Creía que había huido y había desaparecido para siempre. Esto ha debido de ser devastador para ella.

—Pues entonces no es necesario meter a la policía en esto y empeorar las cosas haciendo que la arresten por infringir la libertad bajo fianza. Volverá. Démosle un tiempo antes de avisar a la policía. Echaré otro vistazo a la casa y te vuelvo a llamar —dijo Kate, y colgó.

—Toda su ropa sigue en el vestidor —señaló Harry—. Hay un juego de pijama sobre la cama. Tal vez ha salido a dar una vuelta por el vecindario y se le ha ido el santo al cielo.

—Sí, estoy segura de que se trata de eso —dijo Kate, agarrando con fuerza el móvil y mordiéndose el labio inferior.

No le gustaba nada esta situación. Una mujer inocente, totalmente en sus cabales y a punto de enfrentarse a un juicio por homicidio múltiple, no se saltaría de ningún modo una cita con su equipo legal. Esas cosas no pasan. Ni siquiera aunque su marido y asesino en serie hubiera reaparecido de repente en Nueva York la noche anterior.

Harry salió de la casa, se guardó el arma en la pistolera y se protegió los ojos del sol mientras miraba alrededor de la propiedad y echaba un vistazo al vecindario.

—Debe de andar por la carretera en alguna parte —dijo Kate—, porque es imposible que haya pasado a pie por delante de esos manifestantes. Si no pensaba ir muy lejos, eso explicaría que dejara la puerta abierta. Yo misma salí de mi apartamento la semana pasada y dejé la puerta abierta por error.

Harry se la quedó mirando con expresión incrédula.

—La cerradura está defectuosa. A menos que des un portazo, no cierra bien. Se lo dije al conserje, que aún no ha subido a arreglarla. El martes pasado creía que había cerrado bien, pero cuando volví la puerta estaba abierta y mi televisor había desaparecido.

—Eso no me lo has contado —dijo Harry—. Soy viejo, pero no me olvidaría de algo así.

—Tampoco se lo he contado a Eddie. Desde que ocurrió, tampoco he podido dormir bien. De repente mi vecino tiene un televisor con un sistema de sonido buenísimo. Y le gusta ponerlo a todo volumen.

—¿Por qué no...? —empezó a decir Harry. De pronto se detuvo. Porque ya conocía la respuesta—. Ah, no quieres que Bloch se entere.

Kate asintió.

—Tengo que vivir en ese edificio. Es solo un televisor. No vale la pena.

Cogió la caja con los documentos y volvió a guardarla en el maletero del deportivo.

—Vamos a dar una vuelta, a ver si vemos a Carrie.

Harry volvió a entornar la puerta principal sin cerrarla del todo. Luego se montaron en el coche y condujeron por Meadow Road. No había ni rastro de Carrie. Kate propuso que echaran un vistazo por Old Westbury. Pasaron frente a tiendas de antigüedades, salas de exposición de mobiliario de lujo y salones de belleza. Había tres concesionarios en la zona: Ferrari, Land Rover y Mercedes. Era esa clase de lugares. Pero seguía sin haber ni rastro de Carrie, de modo que al cabo de una media hora Harry dio media vuelta y se dirigieron de nuevo hacia la casa. Frente a las verjas había ahora dos nuevos equipos de televisión, y también habían llegado más manifestantes. Serían unos quince y habían iniciado otra vez sus cánticos.

¡CARRIE ASESINA, ENCERRADLA!

¡CARRIE ASESINA, ENCERRADLA!

En cuanto dejaron atrás Meadow Road, Kate vio el coche en el camino de entrada.

Un Mustang azul oscuro de 1965. La puerta del conductor se abrió y Eddie Flynn salió de su interior. Kate bajó del deportivo de Harry y se encaminó por el camino de grava en su dirección.

Se disponía a explicarle lo ocurrido cuando Eddie dijo:

—Peltier me ha llamado para preguntarme cómo estaba después de lo de anoche y para expresarme sus condolencias por lo de

Delaney. También me ha preguntado si sabía dónde podría estar Carrie. Por favor, no me digas que se ha saltado la libertad bajo fianza.

Harry se acercó haciendo crujir la grava bajo sus pies. Intercambió una mirada con Kate.

—Es difícil de saber —dijo ella—. No parece que haya preparado nada de equipaje. No se ha llevado el coche. Hay un juego de pijama sobre la almohada, como si acabara de hacer la cama esta mañana. Tampoco hay signos de que hayan forzado la entrada. Lo único extraño es que no está en casa y que la puerta principal estaba entreabierta cuando llegamos.

—¿Tiene doncella?

—No que yo sepa —respondió Kate.

—Echemos un vistazo dentro —dijo Eddie.

Kate lo siguió al interior de la casa. Eddie miró por la planta baja. El salón, la cocina, todo estaba impecable. Luego subieron al piso de arriba. Eddie comprobó el vestidor, los cuartos de invitados con sus dos lavabos, y por último el cuarto de baño anexo al dormitorio principal.

Un cepillo de dientes eléctrico se estaba cargando sobre la repisa que se encontraba encima del lavamanos. Era el único cepillo que había en el baño; no había ningún otro dentro de los armarios. Eddie cogió un trocito de papel higiénico, levantó el cepillo y limpió las cerdas con el papel; tras examinar este detenidamente, lo tiró al inodoro. Se arrodilló y puso la palma de una mano sobre el plato de ducha, después se levantó y miró dentro de la bañera.

Asintió con la cabeza. Acto seguido volvió a bajar al vestíbulo, seguido por Kate.

—¿Qué piensas? —le preguntó a su socia.

—No lo sé —respondió esta—. No hay signos de lucha. Y está claro que se ha marchado a toda prisa.

—Tienes razón —dijo Eddie—. El cepillo está seco. Y también la ducha y la bañera.

—¿Qué significa eso? —preguntó Harry.

—Que probablemente no se haya marchado esta mañana. Acuérdate del aspecto que tenía ayer. A pesar del terrible infierno

por el que está pasando, no ha dejado de cuidar su apariencia personal. Habría esperado encontrar al menos algo de humedad en el cepillo o en el plato de ducha.

Kate se cruzó de brazos y bajó la vista a las baldosas que cubrían el suelo del vestíbulo.

—El pijama que está sobre la cama es el que se supone que iba a ponerse anoche. Debió de marcharse después de oscurecer, cuando ya no había manifestantes en la verja. Las primeras informaciones sobre Sandman en el Grady's Inn salieron en las noticias de las diez. Lo único que tengo claro es que Carrie no ha pasado la noche aquí.

—Mierda —masculló Eddie—. Se ha saltado la libertad bajo fianza, ¿verdad? Y el juicio empieza mañana. Los nervios comienzan a aflorar por todas partes. Es algo que ya he visto antes. El problema es que, si no tenemos cliente, tampoco hay defensa.

—Tenemos que encontrarla. ¿Dónde está Bloch? —preguntó Kate.

—Está con Gabriel Lake. Van a intentar atrapar a Sandman.

—Ya lo mencionaste anoche. ¿Quién me dijiste que es?

—Es un exagente del FBI. Solía trabajar con Delaney. Es un tipo inteligente, pero algo peculiar.

—¿Y ese tipo tan peculiar y Bloch van a encontrar a Sandman?

—Bueno, démosles una oportunidad —repuso Eddie—. Acaban de empezar.

—La cuestión ahora es: ¿dónde está Carrie? —dijo Harry.

Kate pensó en la mujer que conoció el día anterior. Nunca había visto a nadie tan atormentado, tan hundido y destrozado como Carrie Miller. Las alternativas no eran nada halagüeñas.

—Si anoche vio las noticias, seguramente se asustó muchísimo y salió corriendo —concluyó Kate—. Las otras posibilidades no son mejores. Si no huyó por su propia voluntad, tal vez su marido vino y se la llevó. O quizá no se haya escapado y ahora yazca tendida en la cama de algún hotel o en el fondo de un...

No acabó lo que iba a decir. No hacía falta. Vio que Eddie y Harry también habían contemplado esa posibilidad. Nadie tenía tanta fortaleza de espíritu. Lo que Carrie había tenido que sufrir, a lo que había sobrevivido, otros no lo habían superado. No era un fracaso. Era una enfermedad. Y para algunos, el suicidio parecía ser la única



salida.

El único ruido que se oía era el que hacían los manifestantes, a unos quinientos metros al otro lado de la verja. Harry y Eddie se miraron el uno al otro, pero no dijeron nada. Temían por Carrie, y de algún modo eso asustaba aún más a Kate.

Su móvil empezó a vibrar por una llamada entrante. El número que aparecía en pantalla le resultaba familiar.

—Kate Brooks —dijo al responder.

—Señorita Brooks, la llamo de la oficina del tribunal de Center Street. Debe comparecer ante el juez Stoker este mediodía para una vista de urgencia referente al juicio de Carrie Miller.

Kate sintió un dolor sordo en la nuca. El inicio de una cefalea por estrés. Lo que la estaba provocando era saber que le habían tendido una emboscada. Sabía perfectamente cuál era la causa de esa vista de urgencia, pero de todos modos preguntó para obtener confirmación.

—¿Y de qué trata la vista en cuestión?

—Libertad bajo fianza —dijo el secretario, y antes de colgar le comunicó la sala y la planta a la que debía acudir.

Kate marcó el número de Peltier.

—Después de hablar conmigo llamaste a Eddie. ¿Con quién más has hablado?

—Con nadie —contestó.

—Acaban de llamarme de la oficina del tribunal. Este mediodía hay una vista en relación con la libertad bajo fianza de Carrie. El fiscal cree que la ha infringido. Las únicas personas que sabemos que ha desaparecido somos Eddie, Harry, tú y yo.

—Ya te lo he dicho, no he hablado con nadie. No quiero que arresten a Carrie. Te juro que no he hablado con nadie aparte de Eddie.

—Vale, perdona. Después vuelvo a llamarte —dijo Kate, y colgó.

—¿Con quién más ha hablado? —preguntó Harry.

—Dice que con nadie aparte de nosotros —respondió ella—. Y por la manera en que sonaba, creo que dice la verdad.

—Entonces ¿cómo sabe el tribunal que ocurre algo con la libertad bajo fianza de Carrie? —insistió Harry.

—Solo hay dos explicaciones posibles —dijo Eddie—. O bien Otto ha hablado con la policía, o es que ya lo sabían.

—Pero ¿cómo podían saberlo? —preguntó Kate.

—Porque creo que hay mucho más aparte de esa orden de confiscar los expedientes previos de Otto Peltier. El FBI ha pinchado su teléfono.

## EXTRACTO DEL DIARIO DE CARRIE MILLER

*29 de mayo*

*Todavía me siento muy mal por haberle mentido al agente de policía la semana pasada. No fue algo intencionado. Estaba tan alterada y asustada que solo quería que se fuera. Pero incluso después de haberle preguntado a Danny al respecto, seguía sintiéndome fatal.*

*Decidí volver a preguntarle al día siguiente. Decirle que me sentía culpable. ¿Era delito mentirle a un policía? Quería llamar a la comisaría y hablar con él, aclararlo todo. Danny me dijo que no era necesario. Abrió su portátil, buscó la página de noticias locales y clicó sobre un artículo. Lo leí y me sentí mejor. La policía estaba haciendo controles rutinarios a los propietarios registrados de un determinado tipo de furgonetas. Se creía que Sandman podría haber usado un vehículo parecido.*

*Danny dijo que no quería verse involucrado en el caso. En realidad no era propietario de ninguna furgoneta. Había una registrada a nombre de una compañía de su propiedad, pero ni siquiera estaba seguro de que esta siguiera siendo suya. Invertía en un montón de pequeñas empresas y de vez en cuando se deshacía de ellas para obtener beneficios. Dijo que no tendría sentido hacer que la policía malgastara su tiempo cuando lo que de verdad necesitaban era salir ahí fuera y atrapar al auténtico asesino. Le dije que estaba de acuerdo con él. No tenía ningún sentido, y enseguida me sentí mucho mejor respecto a todo aquel asunto.*

*En los días posteriores a la visita del policía, las cosas entre Danny y yo fueron estupendamente. Incluso llegó pronto a casa un par de noches, preparamos la cena juntos, tomamos algo de vino y nos echamos unas buenas risas. Todo era fácil, divertido y agradable.*

*Como en los primeros días, cuando empezamos a salir.*

*Hasta anoche. Llegó a casa después de las tres de la madrugada. Se duchó en nuestro cuarto de baño y se metió en la cama con el pelo mojado. Yo fingí estar dormida. Y esta mañana se levantó y se marchó antes de que yo me despertara. Seguramente quería evitar la inevitable discusión.*

*Cuando volvió a casa por la noche, decidí no comportarme como la típica esposa agobiante y solo le comenté, como de pasada, que últimamente estaba trabajando mucho y que se le notaba cansado. Solo le dije eso. Pero aun así pude ver una leve sombra de irritación cruzando por su rostro.*

*Después de cenar volvió a parecer el Danny de siempre. Supongo que solo estaba cansado y hambriento. Insistió en que me sentara con los pies en alto mientras él ponía el lavavajillas. Y cuando ya estaba aposentada en el sofá con una copa en la mano, se acercó y puso una pequeña caja en la mesita delante de mí.*

*Me dijo que me amaba y que nunca dejaría de demostrarme lo mucho que significaba para él. Dentro de la cajita había dos anillos. Uno era de oro rosa con piedras rojas, el otro era de plata con una gema de color gris ahumado en el centro. Me los probé. El de plata me iba un poco justo, pero me entró. Eran preciosos. Conocía tan bien mis gustos... Le dije que no tenía que seguir comprándome joyas, que lo que en realidad quería era a él. Estar más tiempo con él. Nos besamos, y luego volvió a la cocina para acabar de recogerla.*

*Puse la tele y vi que en TCM estaban echando nuestra película favorita.*

*Se la hice ver cuando estábamos saliendo y le encantó tanto como a mí. Y se ha convertido en algo especial para nosotros. Mis películas favoritas son Pretty Woman, Dirty Dancing, Eternamente amigas (lloro cada vez que la veo) y esta. Porque me da muchísimo miedo.*

*Danny regresó al salón y, al ver el vino y la película que estaban poniendo, dijo que lo sentía, que tenía que salir para reunirse con un cliente. Explicó que había acabado un proyecto, pero que ya estaba preparando el siguiente. Se inclinó sobre el sofá y me besó en la mejilla. Le dije que no me importaba. Que no pasaba nada.*

*Pero sí pasaba.*

*Mientras él se ponía el abrigo, yo me acomodé para ver La noche del cazador, con Robert Mitchum.*

*Al pasar junto al sofá, Daniel echó un vistazo a la pantalla y cantó con su profunda voz de barítono: «Leeaaanning, leeeaaaning, leaning on the everlasting arms...».*

*En la película, Mitchum interpreta a un reverendo y asesino en serie que se entera de que el botín del atraco a un banco está escondido en alguna parte de la finca de la viuda del ladrón. Mitchum entabla amistad con la viuda y se casa con ella para poder encontrar el dinero. Tras matar a su flamante esposa con una navaja automática, descubre que uno de sus hijos pequeños, la niña, ha escondido el dinero en su muñeca de trapo. Lilian Gish interpreta a una anciana de fuerte carácter que acoge a los niños huérfanos para protegerlos del reverendo asesino.*

*Es mi escena favorita. Está oscuro, es después de medianoche. Mitchum está sentado en un tocón en el jardín cantando ese viejo himno cristiano, «Leaning on the everlasting arms», mientras se ve la silueta de Gish sentada en una mecedora detrás de la pantalla del porche, acunando una escopeta en sus brazos. Para demostrarle que no le tiene miedo, se une a él en su cántico. Hasta que la niña se acerca con una vela, iluminando el porche y oscureciendo con su resplandor la figura amenazante del reverendo. Cuando Gish se inclina hacia delante y sopla para apagar la vela, Mitchum ya ha desaparecido en medio de la noche.*

*Desde que vi la película por primera vez, no he podido quitarme esa canción de la cabeza. Ahí estaba Mitchum, un asesino a sangre fría, cantando con esa hermosa voz de barítono. Y nada menos que un himno religioso. Era alguien que enviaba a la gente a los brazos eternos del Salvador utilizando su navaja automática. Era tan malvado, se mostraba tan impávido, que se sentaba allí fuera y se ponía a cantar. Me estremecía de miedo cada vez que lo veía.*

*No oí cerrarse la puerta principal. Tampoco oí abrirse la puerta del garaje ni el sonido de Daniel arrancando el motor de ese deportivo suyo. Tan solo vi el resplandor carmesí reflejado en la pantalla del televisor. Me giré y, a través de la ventana, vi los faros desaparecer por la carretera como dos grandes ojos rojos alejándose en la noche.*

*Vi acabar la película y me quedé dormida en el sofá durante una hora o así, hasta que me despertó el sonido del móvil.*

*Unos días atrás había leído todo lo que encontré sobre el caso Sandman. La visita del policía había despertado mi curiosidad, y ahora el móvil me enviaba una alerta cada vez que había alguna novedad. Cliqué en el aviso. Había dos nuevos artículos.*

*La noche anterior, Sandman había matado a dos mujeres en su apartamento. La policía pedía la colaboración de posibles testigos. El segundo artículo aportaba nuevas informaciones sobre la anterior víctima de Sandman, Margaret Sharpe. Había una foto de ella con un vestido veraniego a cuadros rojos y blancos, los labios pintados de un intenso carmín y el pelo rizado al estilo de los cincuenta. Estaba sonriendo.*

*Dejé el teléfono a un lado.*

*De pronto volví a cogerlo y utilicé dos dedos para ampliar la foto de Margaret Sharpe.*

*Llevaba un par de pendientes de plata con forma de rosa.*

## BLOCH

Lake dijo que tenía coche, pero estaba en el taller.

Normalmente Bloch no era muy dada a entablar conversación. Le gustaban los coches, y había remodelado su modesto jeep familiar hasta convertirlo en un vehículo del todo distinto. Básicamente, el trucaje había consistido en reforzar el chasis, el eje de transmisión y todos los componentes de los neumáticos para poder adaptarse al recién instalado motor V6 por varillas con dos sobrealimentadores. Había dejado la carrocería original, de modo que cuando apretaba a fondo el acelerador la mandíbula se te desencajaba por el impulso y la espalda se te clavaba al asiento.

—¿Qué clase de coche conduces? —preguntó Bloch.

—Ah, uno azul —dijo Lake.

Iba a ser una semana muy dura, pensó Bloch. Fueron en el jeep hasta Tribeca. Lake había sugerido que empezaran por allí.

—¿Qué hay en Tribeca? —quiso saber ella.

—El bloque de apartamentos de Lilian Parker. Quiero echarle un vistazo.

—¿Y por qué esa víctima?

—Ahí vive otro de los testigos que van a testificar contra Carrie Miller. Chester Morris ya está muerto. Eso nos deja a Teresa Vasquez, que vio a un hombre y a una mujer merodeando delante del edificio la noche en que Lilian Parker fue asesinada. Luego está también el testigo del caso Nielsen, pero aún no estoy preparado para ir allí. Sandman tendrá como objetivo a esos testigos, así que seguramente rondará por esta zona. Esa es la razón número uno. La número dos es que quiero echar un vistazo de primera mano a la escena del crimen, intentar hacerme una mejor idea de quién es

Sandman.

—¿Estás elaborando un perfil? —preguntó Bloch mientras se incorporaba al tráfico—. Creía que dijiste que los métodos del FBI para capturar asesinos en serie están totalmente equivocados.

Él le sonrió desde el asiento del copiloto, o al menos estiró los labios en algo que podría parecer una sonrisa.

—Hay numerosas escuelas de pensamiento sobre los perfiles psicológicos y el comportamiento de los agresores reincidentes. Yo tengo la mía propia.

—¿Y cuál es?

—¿Has oído hablar de George Metesky, el Bombardero Loco?

Bloch asintió mientras giraba a la izquierda. Todo el campo de estudio de los perfiles criminales y su fascinación pública habían surgido a raíz de un hombre ataviado con un traje cruzado. Se trataba del primer caso moderno de perfil criminal, y había servido como modelo de estudio durante más de sesenta años. Las circunstancias del caso seguían fascinando a los estudiosos de los patrones de comportamiento de los criminales reincidentes.

—Ya conoces la historia que cuentan en las clases de formación. Pero la historia real resulta mucho más interesante. En noviembre de 1940 se encontró una bomba en el alféizar de una ventana en las oficinas de la compañía energética Consolidated Edison, acompañada de una nota en la que los llamaba corruptos y ladrones. Estaba firmada con las iniciales «F. P.». En septiembre de 1941 se encontró otra bomba cerca de la planta de Con Edison. En diciembre de ese mismo año la policía recibió una carta de F. P., en la que decía que no colocaría más bombas mientras durara la guerra porque era un patriota, pero que después haría pagar a Con Edison por lo que él llamaba sus «viles actos».

»Cumplió su promesa, pero entre 1951 y 1956 colocó más de treinta bombas, algunas en las oficinas de Con Edison y el resto en lugares emblemáticos de Nueva York como el Radio City Music Hall, Grand Central Terminal o el teatro Paramount de Times Square. Hirió a unas veinte personas, pero no mató a nadie. El Departamento de Policía de Nueva York pensaba que solo era cuestión de tiempo que eso acabara ocurriendo, de modo que el capitán John Cronin recurrió



a un criminólogo y psiquiatra llamado James A. Brussel...

—Quien elaboró el primer perfil criminal —acabó Bloch por él—. Fue bastante preciso.

—Se equivocó en algunos puntos y en otros acertó de un modo muy genérico, pero fue su descripción del Bombardero Loco lo que captó la atención de los medios. Brussel hizo dos predicciones. Dijo que, cuando lo detuvieran, el hombre vestiría un traje cruzado con doble botonadura y que, además, llevaría la americana abotonada.

Bloch sonrió al recordar aquella tarde en que, sentada en clase con otros agentes, un instructor del FBI les explicaba esa misma historia al empezar un curso de formación sobre cómo la Agencia recurría a especialistas en elaborar perfiles para atrapar a criminales reincidentes.

—Pero tenía razón —dijo Bloch—. Cuando detuvieron a George Metesky, este llevaba un traje cruzado y la americana abotonada.

—Aquello era un rollo muy a lo Sherlock Holmes que a la prensa le encantó. Y los especialistas en perfiles enarbolan esa historia como si fuera una insignia honorífica. Pero aquí lo importante es lo siguiente: que el perfil que elaboró Brussel no ayudó a la policía a atrapar a Metesky. Para nada. Habían supuesto acertadamente que se trataba de un ex empleado resentido con la compañía. Metesky había sufrido graves secuelas pulmonares a causa de la explosión de una caldera, así que es cierto que se la tenía jurada a su antigua empresa, pero Con Edison había ocultado a la policía los expedientes de compensación por accidente de sus antiguos empleados. Fue una secretaria llamada Alice Kelly la que encontró el expediente de Metesky y descubrió que en sus cartas de queja a la compañía había utilizado las mismas frases que en su correspondencia con la policía. Pero lo que Brussel había determinado únicamente era que Metesky era un hombre muy meticuloso, vista su pertinaz dedicación a hundir a Con Edison. Además pensaba que, en vista de su elegante caligrafía, debía de ser un hombre muy pulcro tanto en aspecto como en comportamiento. Por eso predijo que Metesky llevaría ese tipo de traje. No fue más que una suposición afortunada basada en una endeble teoría sobre escritura caligráfica, aunque sin demasiada base científica. Había suficiente información para que cualquier

profesional psiquiátrico pudiera deducir que Metesky iría vestido con ese tipo de traje, y que además siempre lo llevaba abotonado.

—No entiendo cómo.

—Piensa un poco en ello.

Bloch se detuvo ante un semáforo, puso el freno de mano, retiró las manos del volante durante un momento y las posó sobre su regazo.

Pasaron sesenta segundos y la luz cambió a verde.

—Sigo sin verlo —dijo al fin—. Explícamelo.

—La primera bomba fue colocada en 1940 —prosiguió Lake—. El objetivo: Consolidated Edison. El Bombardero Loco se la tenía jurada a la compañía. Había perdido su empleo tras sufrir daños por un accidente y no podía volver a trabajar. Esperó diez años o más, hasta 1951, para iniciar otra campaña de atentados con bomba, lo cual significa que seguía resentido con la compañía y que aún estaba demasiado enfermo para poder conseguir otro trabajo. Si hubiera podido seguir adelante con su vida y hubiera encontrado otro empleo, no habría ido colocando bombas por toda la ciudad y clamando justicia contra Con Edison. En los años cincuenta, la moda había cambiado. La mayoría de los hombres seguía llevando trajes, y el nuevo corte consistía en solapas estrechas, americanas cortas y entalladas y corbatas muy finas. En los años treinta y cuarenta los hombres vestían trajes cruzados de doble botonadura. Metesky llevaba ese tipo de traje porque era el último que se había comprado cuando aún podía trabajar. No podía permitirse adquirir uno de nuevo corte.

—Vale, ¿y cómo sabía Brussel que lo llevaría abotonado?

—Muy fácil —repuso Lake—. ¿Alguna vez te has puesto un traje cruzado de doble botonadura?

Bloch negó con la cabeza.

—Es como llevar otro palmo de tela sobre el abdomen. La pechera de la americana se cruza primero para abrochar los dos botones por dentro, y luego se cruza la otra parte para abrochar los otros dos botones por fuera. Está diseñada para ir abotonada en todo momento. De no ser así, tienes la sensación de llevar un paracaídas colgando de los hombros. El traje se abrocha de dentro afuera. Si

ves una película de los años treinta o cuarenta, todos los hombres que visten un traje cruzado lo llevan perfectamente abotonado.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Bloch.

—Todas las pistas que se necesitaban para atrapar a Metesky estaban ahí, mirando a la cara a los investigadores. No se necesitaba ningún psiquiatra o criminólogo. Lo que quiero decir es que no te hace falta un analista de perfiles para decirte en qué dirección sopla el viento, tan solo tienes que chuparte el dedo y levantarlo al aire.

Bloch detuvo el jeep junto al bordillo en un espacio libre situado al lado de un callejón a su derecha.

—¿Este es el lugar? —preguntó.

—Este es.

Un sedán Ford marrón estaba aparcado un poco más adelante, justo enfrente de la entrada al edificio. Había dos tipos en los asientos de delante. Iban de paisano y llevaban auriculares. Uno de ellos estaba bebiendo algo de una taza térmica.

—El FBI ya está aquí —dijo Bloch—. Servicio de protección para la testigo, Teresa Vasquez.

—Muy bien. No interferiremos. Sandman arrojó el cadáver de Lilian Parker en ese callejón de ahí. Echemos un vistazo primero.

—¿Y qué vamos a hacer exactamente?

—Vamos a chuparnos el dedo y levantarlo al aire.

Sorprendentemente, en Manhattan hay muy pocos callejones grandes que estén abiertos. La mayoría se encuentran cerrados con verjas. Este se hallaba abierto. Bloch observó a Lake caminar delante de ella. Lo hacía de manera lenta pero confiada. Había cierta chulería en su paso, aunque no parecía ser consciente de ello. No era un hombre muy preocupado por su aspecto. De serlo, se habría afeitado esa barba incipiente y se habría planchado el traje y la camisa. Bloch tenía la impresión de que toda su atención se centraba fuera de sí mismo. De que podía pasarse horas hablando con pasión sobre un tema de lo más complejo sin darse cuenta de que tenía el trasero en llamas.

El callejón debía de medir unos cinco metros de ancho, pero no

daba la impresión de ser espacioso. Las escaleras de incendios de los edificios situados a ambos lados hacían que pareciera un lugar angosto. Bloch alzó la vista hacia las nubes del color de las ostras. En la parte superior, el entramado de hierro de las escaleras recordaba a una serie de finos trazos de tinta contra un cielo de papel. Aparte de tres contenedores, y de los desperdicios y las cajas de cartón apilados junto a ellos, el callejón se encontraba vacío. Y aunque no estaba lo que se dice abarrotado de basura, olía como si lo estuviera. Mediría unos quince metros de largo, y luego giraba a la izquierda durante aproximadamente otros seis. El ladrillo rojo se veía sucio y resquebrajado aquí y allá, y había algunos viejos carteles pegados a las paredes. En uno se anunciaba la actuación de un grupo de rock que tuvo lugar hacía tres años, y los otros estaban tan deteriorados por los elementos que apenas quedaban algunos jirones de papel colgando de los muros.

Era un triste lugar para morir.

—No encontraron el broche de camafeo de Lilian —dijo Lake—. Y fue su madre, Joan Parker, la que informó a la policía de su desaparición. El broche había pertenecido a la madre de Joan, la abuela de Lilian. Cuando acabe el juicio, las demás familias podrán recuperar las joyas sustraídas a las víctimas. El camafeo significa mucho para Joan, pero no han conseguido encontrarlo.

—Leí su declaración. Es probable que Daniel Miller lo tenga aún escondido en alguna parte.

Antes de bajar del jeep, Bloch había cogido su iPad. Lo encendió y abrió una carpeta. Denise había escaneado todos los documentos sobre el caso de Carrie Miller y los había introducido en el sistema informático del bufete. Cada prueba, cada moción, cada hoja de papel estaban registradas para poder acceder a ellas en cuestión de segundos. Tras dar dos golpecitos con el dedo en el archivo marcado como «Lilian Parker», Bloch accedió a los archivos con todas las declaraciones y fotografías de la escena del crimen. Lilian había sido hallada en lo alto de un contenedor una noche muy calurosa, la del 3 de junio del año pasado. Llevaba una camiseta blanca, tejanos y botas. Sandman la había dejado como a las otras víctimas, mutilada y con arena vertida sobre el cuerpo y dentro de las cuencas oculares

vacías.

Nadie había escuchado nada. Ninguno de los ocupantes de los edificios que flanqueaban el callejón. Algunos declararon tener las ventanas abiertas porque hacía muchísimo calor, y se quejaron de la peste a basura y del ruido que hacían los puñeteros gatos, pero el calor era aún más insoportable que el estridente maullido de los felinos callejeros.

Lake se detuvo delante de los contenedores, que estaban alineados a la izquierda, justo antes de que el callejón girara.

Volvió la cabeza para mirar por donde habían venido, luego se agachó y examinó el suelo. Se levantó y echó un nuevo vistazo a su alrededor. Había dos accesos al callejón, uno desde cada edificio. Se trataba de puertas antiincendios, que solo podían abrirse desde el interior.

—La alarma de la puerta antiincendios del edificio de Lilian Parker estaba activada —señaló Lake.

Bloch asintió, luego miró hacia arriba. Había una escalerilla clavada a la pared, que se elevaba unos tres metros desde el suelo hasta llegar al primer tramo de escaleras de emergencia. Para bajar por la fachada lateral desde su piso, Lilian Parker tendría que haber pasado por delante de al menos veintiuna ventanas. Tres por cada planta. Y algunas de ellas estaban abiertas esa noche. A Bloch no le parecía probable que Lilian, ni ninguna otra persona, pudiera haber bajado por las escaleras de emergencia sin ser visto ni oído, fuera cual fuese la hora de la noche.

—¿Cómo llegó Lilian al callejón? —preguntó Bloch.

—Esa es una muy buena cuestión —dijo Lake mientras asentía con la cabeza—. No salió por el lateral del edificio: la puerta antiincendios no se abrió porque no saltaron las alarmas. Tampoco bajó por las escaleras de emergencia. No puedes entrar al callejón con una furgoneta con toda esa basura, así que tampoco la secuestró en otra parte y trajo el cuerpo hasta aquí. De modo que... ¿llegó Lilian al callejón procedente de la calle?

—Tuvo que ser así —coincidió Bloch, asintiendo.

—Nuestro hombre corre riesgos, pero son siempre riesgos calculados. Agarrar a Lilian Parker en una ajetreada calle de

Manhattan y arrastrarla por la fuerza hasta un callejón no tiene sentido. Alguien habría visto u oído algo.

Había dos patrones distintos en el método y ejecución de los crímenes de Sandman. Al principio, las víctimas fueron encontradas en la playa de Coney Island, medio enterradas en la arena. Después del cuarto crimen, las patrullas policiales empezaron a vigilar durante las veinticuatro horas a lo largo de la línea costera, lo cual obligó a Sandman a cambiar su *modus operandi*, y fue entonces cuando empezó a atacar a las víctimas en sus casas. Excepto a esta.

—Subamos al apartamento —dijo Lake.

El conserje del edificio no se parecía en nada a cualquier otro que Bloch hubiera conocido. Se llamaba Dennis, iba pulcramente vestido, no desprendía mal olor y tampoco enseñaba la raja del culo cada vez que se daba media vuelta. Además se mostró educado y cooperativo cuando Lake le dijo que estaban allí para ayudar al FBI con sus investigaciones. Bloch no creía que Dennis fuese a durar mucho en su puesto.

Los acompañó en el ascensor hasta la séptima planta, sacó sus llaves y empezó a afanarse con las cerraduras de la puerta del apartamento de Lilian Parker. Había al menos cuatro, cada una con su respectiva llave. En total, le llevó a Dennis cerca de un minuto abrir la puerta. Había una gatera en la parte inferior, pero era demasiado pequeña para que alguien pudiera entrar por ella.

—¿Tienen alguna idea de cuándo podré deshacerme de todo ese mobiliario y volver a alquilar el apartamento? —preguntó el conserje.

—No faltará mucho —respondió Lake—. La Agencia no es insensible a sus necesidades financieras, Dennis. Gracias por su colaboración.

Y, con esas palabras, Dennis se marchó.

El apartamento era un estudio. Todo en una habitación. Nada más entrar, Bloch vio la cama en un rincón, un sofá con un televisor enfrente, y algo más allá unos armarios de cocina, una nevera y lo que parecía un hornillo de camping. La única puerta que había daba acceso a un reducido baño con plato de ducha e inodoro. Sin bañera.

Volvió a mirar las cerraduras de la puerta, esta vez desde dentro.

Todas se veían bastante nuevas y parecían muy robustas. Bloch sabía un poco sobre métodos para forzar cerraduras, por un caso en el que había trabajado hacía unos años. Lilian había recurrido a las mejores marcas del sector y estaban perfectamente colocadas. Incluso un experto en forzar entradas tardaría como mínimo cinco minutos en abrir aquellas cerraduras, y le resultaría muy difícil conseguirlo sin hacer ningún ruido.

Lilian Parker no había llevado un estilo de vida derrochador. En el apartamento había muy pocas cosas de valor. Al lado del televisor, que tenía al menos diez años, se encontraba un arenero, y el escaso mobiliario que se veía en la habitación estaba lleno de arañazos. En la cocina destacaba una torre para gatos, con espejos, cuerdas y juguetitos colgando de las distintas plataformas. En los armarios se guardaba más comida para gatos que para humanos. La torre rascador no logró impedir que el felino dejara sus marcas en la base de la cama, en la mesilla de noche o en la mesita baja de centro. En el suelo de la cocina había también dos cuencos de cerámica.

—Su vecina del piso de arriba se quedó con el gato —dijo Lake—. Por si te lo estabas preguntando.

Bloch asintió; de hecho, era lo que se estaba preguntando. No podía soportar que abandonaran a las mascotas y se alegraba de que el gato tuviera una nueva dueña. Esperaba que fuera alguien que lo quisiera tanto como lo había hecho Lilian.

Se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle. Incluso a aquella hora se veía bastante gente. Era una zona muy ajetreada de la ciudad, una que nunca se quedaba solitaria y tranquila.

—¿Qué opinas? —le preguntó Lake.

—No lo sé. Ojalá hubiera intentado matarla en este apartamento. Alguien habría oído cómo trataba de forzar las cerraduras para entrar.

De pronto se quedaron callados. Se miraron. Los dos estaban pensando lo mismo.

## EDDIE

Hay gente en este mundo que carece de empatía.

No sé muy bien cómo se designa a los jueces, pero los abogados con poca capacidad para la empatía tienen una gran ventaja a la hora de obtener el cargo. Puedo contar con los dedos de una mano los magistrados a los que confiaría el cuidado de un perro. Y su señoría el juez Leo Stoker no es uno de ellos. No le confiaría ni el cuidado de un caimán. Cuando era un joven fiscal, Stoker consiguió un caso importante: la imputación de un numeroso grupo de mafiosos de baja estofa, principalmente albaneses. Puso a cincuenta y ocho de ellos a la sombra durante dieciocho meses, y aunque fueron reemplazados de inmediato en las calles y sus acciones no supusieron más que una picadura de mosquito en el trasero de la mafia albanesa, Stoker quedó muy bien ante la prensa y la televisión. Así es como funcionan las cosas en Nueva York: si no puedes conseguir algo realmente grande, aparentar que lo has conseguido es igual de bueno, si no mejor.

Stoker aprovechó el tirón mediático para ser nombrado juez. Ahora llevaba diez años a sus espaldas en el estrado y parecía bastante satisfecho con su labor, que consistía básicamente en enviar a prisión a tanta gente como le era posible. Quitarse casos de encima era todo lo que un magistrado tenía que hacer. Esa era su función: hacer pasar a toda velocidad por el aro del sistema judicial a tanta gente como podía, y mientras que la mayoría de los jueces se tomaban algún tiempo para asegurarse de que el proceso se llevaba a cabo como es debido, Stoker nunca se había visto abrumado por nociones básicas de justicia. Fichaba a las nueve de la mañana, resolvía la lista de causas del día y luego se marchaba a



casa y bebía. Y los fines de semana jugaba al golf.

Stoker no se había casado, lo cual era poco habitual. Como abogado, hacerte cargo de un montón de casos que absorbían la mayor parte de tu tiempo solía dejar como resultado un par de divorcios a tu espalda. Pero no había sido el caso de Stoker. Tenía bastante sentido, ya que el matrimonio suponía mostrar una devoción profunda y sincera por otra persona, algo que Stoker era incapaz de concebir. En los pasillos y salas privadas de Center Street se decía que al magistrado le gustaban las señoritas de compañía de alto standing, y que tenía a un par de inspectores de antivicio en nómina para evitar que sus actividades le pusieran en una situación incómoda. Su imagen pública era muy importante para él, y con frecuencia se le veía en restaurantes con chicas a las que doblaba la edad y que parecían modelos sacadas de un catálogo.

Se guardaba mucho de comentar que esas chicas, en realidad, sí habían salido de un catálogo.

Su corrupción no solo era de índole profesional, sino también personal.

Ahora estaba allí en Center Street, mirándonos desde lo alto de su estrado a mí y a mi equipo. Tenía los dedos de las manos entrelazados, y una capa de loción capilar o de gomina mantenía su pulcro cabello negro apartado de los ojos. Su intenso bronceado era constante, sin importar la época del año, y los círculos más pálidos alrededor de los ojos delataban su régimen intensivo de rayos UVA. Su piel mostraba siempre una especie de lustre, como si no se untara solo loción en el pelo, sino que también se aplicara laca por todo el rostro.

—Señor Flynn, estaré con usted en un momento. Señor White, ¿entiendo que quiere usted presentar una moción?

Drew White era uno de los ayudantes de fiscal de distrito más destacados de Nueva York. También uno de los capullos más eminentes de la ciudad. Se había puesto de pie y estaba abotonándose la chaqueta del traje. Nunca juzgo a nadie por su aspecto físico. Pero, allí plantado, su figura se alzaba apenas un poco por debajo del metro sesenta. Nadie mencionaba nunca los zapatos con alzas de cinco centímetros que calzaba, al menos no en

su presencia. Los letrados de la defensa, y muchas de las mujeres que trabajaban con él, estaban encantadísimos de esperar a que White se fuera al bar después del trabajo para poder burlarse de él. Tenía fama de estar siempre muy encima de los ayudantes de fiscal de distrito más jóvenes, aunque solo si eran mujeres. Había oído que White había ascendido discretamente o se había deshecho de al menos cinco ayudantes femeninas que tuvieron la audacia de quejarse de que habían sido acosadas por él. Eran solo rumores, pero Kate se dedicaba básicamente a buscar a esas mujeres e intentar ayudarlas. Denunciar a empresas e instituciones por acoso sexual era su auténtica pasión, y además era muy buena en ello. Uno de esos rumores hacía referencia a un intento de violación en una fiesta navideña celebrada en la fiscalía. Al parecer, White había metido algo en la bebida de una joven letrada que llevaba solo seis meses en el puesto. Dos secretarias que lo vieron marcharse con la joven consiguieron sacarla del taxi antes de que White pudiera llevársela a un lugar más íntimo. Había otros rumores aún peores: solo la misteriosa pérdida en el laboratorio de los resultados de un examen forense por violación había conseguido salvarle el culo de ser imputado.

Antes de hablar, White se giró para mirarnos a Harry, a Kate y a mí, asegurándose de que el juez no podía verle la cara.

Cuando sus ojos se posaron en Kate, su mirada se demoró más de la cuenta. Le sonrió, pero estaba claro que no era una sonrisa amistosa. Era la sonrisa que un borracho le dirigiría a una hamburguesa con queso a las cuatro de la madrugada. Una expresión ávida, rastrera. Luego volvió a girarse y procedió a presentar a su equipo al juez.

—Ufff —dijo Kate—, ¿qué ha sido eso, una nueva táctica de la acusación o algo así? ¿Hacer que tu oponente se sienta físicamente asqueado?

—¿Es así como flirtean los jóvenes de hoy en día? —preguntó Harry—. Porque parecía que le estuviera dando una embolia.

—Señoría —empezó White—, ha llegado a conocimiento de mi despacho que Carrie Miller ha infringido las condiciones de su libertad bajo fianza. Como usted bien sabe, está técnicamente bajo

arresto domiciliario, y ahora mismo no se encuentra en los límites de su propiedad, por lo cual solicito que el tribunal revoque su libertad bajo fianza.

—¿Es eso cierto, señor Flynn? —preguntó el juez Stoker.

Mientras me ponía en pie para responder, me recordé algunas de las normas legales que no estaba dispuesto a quebrantar. Una era contarle al juez una mentira descarada. Al menos, una que él pudiera saber que era mentira.

—Mi socia de la defensa, Kate Brooks, y el asesor de mi bufete, Harry Ford, han sido incapaces de localizarla esta mañana en su propiedad. Lo que me gustaría saber es cómo ha llegado esto a conocimiento de la oficina del fiscal del distrito. Estábamos aún buscando a nuestra cliente cuando recibimos la llamada para acudir a esta vista.

—Eso no le compete a usted, señor Flynn. Creo que aquí solo hay un curso de acción posible: revoco la libertad bajo fianza y dicto una orden de arresto para su cliente. ¿Alguna otra moción, señor White?

—Sí, señoría. Quisiera aplazar esta vista por un breve tiempo y volver a reunirnos dentro de una hora para solicitar una vista Parker.

—Concedido —dijo el juez Stoker, que se levantó del estrado y desapareció en sus aposentos antes de que yo pudiera abrir la boca para objetar.

Mierda. Una vista Parker. Me giré hacia Harry y vi que el rostro se le había descompuesto. Kate estaba meneando la cabeza. Sentí todo el peso del caso cayendo sobre mí como una losa. Hace menos de veinticuatro horas teníamos una defensa y un cliente. Ahora lo que teníamos era un caso totalmente perdido.

Una vista Parker sirve para decidir si puede celebrarse un juicio sin que el acusado esté presente. El objetivo de la fiscalía era seguir adelante con el caso como fuera, con o sin Carrie Miller.

Nos pateamos los pasillos del tribunal durante una hora y quince minutos, y durante ese tiempo hicimos más de treinta llamadas al móvil de Carrie y al número de su casa. Kate había telefoneado a Peltier, quien nos proporcionó una lista de sus amistades. Sin embargo, las pocas que respondieron al teléfono no habían oído ni sabido nada de ella, y también fueron muy específicas sobre que no

querían volver a oír ni saber nada de ella en su vida. Desde que se había hecho público que estaba casada con Sandman, nadie quería que lo relacionaran con ella, ni siquiera admitir que la habían conocido alguna vez. Carrie había eliminado todas sus cuentas de las redes sociales para protegerse de los ataques de odio y acoso, pero no se imaginó que sus amistades dejaran de contestar a sus llamadas. Incluida la amiga que había sido dama de honor en su boda, a quien conocía desde hacía treinta años.

Apoyé la espalda contra una fría columna de mármol y eché la cabeza hacia atrás. La gelidez de la piedra no ayudó a relajar el nudo de tensión que sentía en la nuca. Y la cosa empeoró cuando vi a White avanzando a grandes zancadas por el pasillo, seguido por Bill Seong y una media docena de abogados de la acusación. Ninguno de ellos llegaba al metro noventa, pero hacían que el fiscal, allí en cabeza del grupo, se viera aún más pequeño. Parecía la mascota del equipo. Kate estaba sentada en uno de los bancos de madera que se alineaban a lo largo del corredor, y al llegar a su altura vi que White le lanzaba de nuevo aquella mirada. Sin ser demasiado descarada, tampoco era lo que diríamos sutil. Kate no pudo evitar poner una mueca. Me senté junto a ella y White se nos acercó.

—¿Preparados para que os pateen el culo, chicos?

Kate le dirigió una mirada llena de desprecio.

—El primo de mi padre, Albert, era un poco más bajito que usted. Tenía mujer, ocho hijos y regentaba un colmado en Edgewater, New Jersey. Nadie que entrara en su tienda se marchaba a casa sin llevarse suficiente para comer, sin importar si pagaba con un billete de cincuenta dólares o si solo tenía diez centavos. Nunca dejaba que nadie pasara hambre. Cuando murió, el cortejo fúnebre que recorrió las calles se extendía a lo largo de ocho manzanas. Albert medía exactamente un metro cincuenta y dos, y era un hombre formidable. Pero usted, señor White, es un hombre realmente pequeño.

—Que os jodan a los dos. En cuanto gane esta moción, podéis dar el caso por perdido. Buena suerte.

White se dio media vuelta y entró en la sala, dejándome con la horrible sensación de que estaba en lo cierto. Todas las pruebas se

acumulaban contra Carrie, y si no la habías conocido o hablado con ella, creerías de inmediato en su culpabilidad. Pero cuando hablabas con ella, resultaba tan convincente... No tenía ningún argumento contundente para echar por tierra las pruebas en su contra, pero al escucharla sabías que decía la verdad. No había otra manera de expresarlo. Y sin su testimonio, este caso estaba prácticamente perdido.

En realidad, una vista Parker no es nada complicado. Tan solo hay que convencer al juez de dos cosas: de que el acusado se ha fugado por propia voluntad y de que había sido advertido previamente de que si no se presentaba en el juicio sería juzgado en su ausencia.

Para conseguirlo, White había convocado a tres testigos. Bill Seong confirmó ante el juez que había estado en la propiedad de Carrie Miller en Old Westbury y que la mujer no se encontraba en casa, lo cual quebrantaba las condiciones de su libertad bajo fianza. En segundo lugar, una ayudante del fiscal de distrito llamada Sandra Collins declaró que había llamado a todos los hospitales y centros médicos de Manhattan, así como a los del área donde residía la acusada, y que también había contactado con el registro de detenciones. Y, por lo que había podido averiguar, Carrie Miller no había sido arrestada ni había ingresado como paciente en ninguna institución médica. Collins respondió a las preguntas de forma mecánica, y pareció removerse en la silla cuando White se la quedó mirando fijamente, centrándose sobre todo en las piernas.

Formulé a Collins y Seong las dos mismas preguntas, y ambos dieron las mismas respuestas.

—El marido de Carrie Miller está buscado por el FBI y por el Departamento de Policía de Nueva York acusado de homicidio múltiple, ¿correcto?

Ambos respondieron afirmativamente.

—Cabe la posibilidad de que Carrie Miller haya sido secuestrada por su marido, ¿no es así?

Ambos se mostraron de acuerdo.

Y eso es todo cuanto pude hacer.

—Ya he escuchado los testimonios —empezó el juez Stoker—, y solicito al secretario del tribunal que deje constancia por escrito de

que, cuando concedí a la acusada la libertad bajo fianza, yo en persona le hice una advertencia a Parker. Fue debidamente advertida, y ella confirmó que entendía que su juicio se llevaría a cabo en su ausencia si ella infringía las condiciones de su libertad. A este respecto me ha quedado claro que la acusada se ha fugado por propia voluntad...

—Señoría... —traté de objetar, pero él me interrumpió.

—No, señor Flynn. No hay ninguna evidencia de que su cliente haya sido secuestrada. Y debo adoptar un enfoque basado en las pruebas. El juicio se llevará a cabo en su ausencia. Se suspende la sesión.

White se giró para mirarnos otra vez. No se relamió los labios. No hizo ningún gesto burlón o despectivo. Ninguna señal de flirteo. Tan solo sonrió con aire de suficiencia y abandonó la sala.

Harry soltó un suspiro.

—La única oportunidad que teníamos de ganar este caso era el testimonio de Carrie. Si ella le contara su historia al jurado tal como nos la contó a nosotros, ellos la creerían. Sin Carrie Miller, no hay defensa posible.

Miré a Kate, que estaba volviendo a meter los papeles del caso en su cartera de cuero, junto con el iPad y el bolígrafo. Tenía los labios firmemente apretados, y cada vez que embutía los objetos en el fondo de su cartera sonaba un golpe sordo.

—Necesitamos a Bloch —dijo—. Tiene que encontrar a Carrie Miller y traerla a rastras ante el tribunal.

Seguí a Kate y a Harry fuera de la sala. En el pasillo me esperaba Bill Seong.

—Eddie, ¿podemos hablar un momento en privado?

Asentí, y nos dirigimos a un rincón apartado del corredor, al lado de una ventana enrejada. El cristal había adquirido un tono marrón tabaco por culpa de la grasa y la suciedad de la ciudad. Miré alrededor y vi los corrillos de abogados con sus clientes, de pie o sentados. Hablaban y bebían café malo mientras esperaban a que los llamaran para sus vistas. Costaba distinguir a los letrados de los corruptos. Eso me hizo pensar que la mugre de los cristales tal vez procediera del interior: había mucha escoria recorriendo aquellos

pasillos.

—He recibido una llamada del equipo de protección personal asignado a Teresa Vasquez. Desde el asesinato de Chester Morris, hemos puesto a todos los testigos bajo estricta vigilancia. Y Bloch ha sido vista entrando en el edificio de Lilian Parker en compañía de Gabriel Lake. Yo no tengo nada en contra de ti, así que esto es solo una advertencia: tu gente no está a salvo cerca de Lake.

—¿Por qué no?

—Confía en mí.

—Pero tú has confiado en él lo suficiente como para involucrarlo en el caso, tal como quería Delaney. ¿Qué hay de malo en que Bloch trabaje con él?

El entrecejo de Seong se frunció en un ceño, pero no de enfado, sino de confusión.

—Delaney quería que Lake trabajara en el caso, pero yo me negué. Y la muerte de Delaney no ha cambiado eso. Anoche me suplicó que le dejara entrar en el caso como asesor, y yo volví a negarme.

—Pero él nos dijo que estaba trabajando...

No acabé la frase. La verdad cayó por su propio peso. Lake nos había mentado. Estaba embarcado en una misión personal.

—No podéis confiar en ese tipo, Eddie. Y además es peligroso.

—Bloch también es peligrosa.

—No puedo contarte mucho. Es un asunto clasificado y los archivos están sellados. Solo te diré esto. Lake irrumpió en el lugar equivocado. Entró completamente solo, sin ningún refuerzo, en una casa donde se guardaba un importante alijo de heroína. Había cuatro millones en metálico y más de veinte kilos de droga. El lugar estaba fuertemente custodiado. Diez hombres, tres de ellos exmilitares. La comisión que investigó el incidente dictaminó que Lake había actuado en defensa propia. Se corrió la voz. El tío fue considerado como un jodido superpolicía. Un héroe. Pero, de forma discreta, la Agencia lo retiró del servicio por razones médicas, ya que había otra historia detrás de aquello. Puede que todo empezara como defensa propia, pero está claro que no acabó como tal. En algún momento, Lake habría tenido la oportunidad de escapar de

aquella casa. Pero se quedó, y se cargó a todos aquellos tíos, a pesar de estar gravemente herido. Al último de ellos le descerrajó dos tiros en el pecho, luego volvió a cargar el arma y le vació todo el cargador en la cara. Ejecutó a aquellos hombres. Es un asesino, Eddie. No quiero a Lake cerca de mi gente, y tú no deberías dejar que esté cerca de la tuya.

Pensé en aquel hombre nervioso con el que había estado compartiendo el desayuno. El tipo que tamborileaba en la mesa cuando hablaba y que ni siquiera sabía cómo pedir una simple magdalena. Decidí que se lo contaría a Bloch, solo por si acaso, pero lo que me había relatado Bill Seong y la impresión que me había causado Lake no acababan de encajar. Le di las gracias a Seong, ya que no tendría por qué haberme advertido. Sin embargo, resolví que tomaría mi propia decisión respecto a Lake y que dejaría que Bloch hiciera lo mismo.

Miré alrededor en busca de White. Quería hablarle sobre el pinchazo al móvil de Peltier. Descubrir su juego. Hacerle saber que no iba a dejarle pasar aquello. Pinchar el teléfono de un abogado defensor era una acción que podía acabar con su carrera, incluso si había conseguido una orden por parte de un juez complaciente. Era la jugada más vil y rastrea que podía imaginar. Si aquello salía a la luz, White no volvería a conseguir trabajo en un bufete legal ni barriendo el suelo.

Cuando Kate, Harry y yo salimos del edificio, nos encontramos con una multitud de reporteros. Estaban arremolinados en torno a White como tiburones despedazando a una foca muerta. Al vernos, algunos de ellos echaron a correr hacia nosotros. White se giró, alzó una mano en nuestra dirección y se metió en un coche que lo esperaba junto a la acera.

Una joven reportera, con un traje azul de raya diplomática y gafas de culo de vaso, fue la primera en llegar a donde estábamos. Me plantó una grabadora digital en la cara, pero no calculó bien y me golpeó con ella en la boca al tiempo que preguntaba:

—¿Cree que Carrie Miller ha sido secuestrada por su marido? Oh, Dios, lo siento mucho...

—No pasa nada —dije, pasándome la lengua por el labio. Sin



sangre, no hay delito. Antes de que llegaran los demás reporteros, le pregunté—: ¿Cuál es tu nombre y tu número?

—Me llamo Betty Clarke, del *Sentinel* —dijo, entregándome una tarjeta.

—No puedo hacer ninguna declaración ahora, pero estaremos en contacto. Si conseguimos averiguar algo, puedo concederte una primicia en cuanto pase todo esto.

—¿Qué quiere decir «averiguar algo»? Nuestro periódico no paga por primicias.

—Bien, no queremos dinero. Solo algunos soplos.

Una vez dicho esto, Harry, Kate y yo nos abrimos paso entre la muchedumbre de periodistas hasta llegar a la calle. Una vez que se dieron cuenta de que no iban a conseguir nada, nos dejaron en paz.

Me acerqué a Ray, que regentaba un puesto de perritos calientes frente al tribunal y me hacía publicidad a buen precio después de que hubiera sacado a su sobrino de Rikers Island.

—Ray, tres perritos de agua sucia, por favor —pedí, y le entregué un billete de cincuenta.

Algunos vendedores asan sus salchichas y luego las conservan calientes en un pequeño recipiente metálico dentro de sus carritos. Esas son las mejores. El recipiente está lleno de lo que parece agua turbia del East River, pero en realidad es una mezcla de comino, chili, cebolla y Dios sabe qué más.

—Yo no quiero un perrito —dijo Kate.

—Este es nuestro almuerzo. Tenemos una gran cantidad de trabajo por delante. Créeme, vas a necesitarlo.

Ray nos entregó los tres perritos, con mostaza, kétchup y cebolla para Harry, solo mostaza para Kate y para mí. Pedimos cada uno un refresco, nos sentamos en un banco en medio de Foley Square y vimos pasar el tráfico. Nos comimos nuestros perritos, nos bebimos nuestras Coca-Colas. Y mientras tanto les expliqué lo que me había dicho Seong, y luego llamé a Bloch para asegurarme de que estaba bien. Respondió al momento.

—Tenemos una buena aquí montada. Te necesito. ¿Habéis cogido ya a Sandman? —pregunté.

—Lo creas o no, estoy viéndolo ahora mismo —dijo Bloch.

## BLOCH

—No la atacó en su apartamento porque no pudo entrar —dijo Bloch.

Abrió la puerta y examinó las cerraduras por fuera. Tenían algunos arañazos alrededor del bombín, aunque era difícil saber si habían sido causados al intentar forzarlas o simplemente se debían a los nerviosos afanes de su inquilina.

—Pero también sería igual de difícil agarrar a alguien en la calle y arrastrarlo hasta un callejón oscuro sin ser visto u oído —añadió.

—Él nunca habría hecho eso —dijo Lake—. Mi hipótesis es que la convenció para que entrara en el callejón.

—Chorradas. Ninguna mujer en Nueva York entraría en un callejón oscuro con un desconocido.

—Hay algo que sí podría haberla hecho adentrarse en ese callejón a oscuras. Los testigos declararon no haber oído gritos ni ninguna pelea, pero sí que oyeron...

—Gatos —dijo Bloch.

Sus ojos se clavaron en los del otro, aunque en realidad no se estaban viendo. Sus mentes se hallaban en otra parte, atrapadas en la corriente electrizante de un descubrimiento. Se trataba de algo importante, algo absolutamente trascendental que Bloch casi podía saborear, casi podía tocar, estaba ahí, justo delante de ella...

Lake se dirigió hacia la zona de la cocina, se agachó y cogió uno de los cuencos para gatos. Era rojo, y en el lateral del recipiente se leía: «Poochie». El otro era azul y ponía: «Mr. Paws».

—La vecina del piso de arriba se quedó el gato —dijo—. Eso es lo que pone el expediente. Pero en realidad había más de uno...

Bloch echó un vistazo a los cuencos, luego abrió el iPad y volvió a

examinar las fotos tomadas en el callejón. Fue pasando los primeros planos para detenerse en las imágenes más generales.

—¡Ahí! —exclamó—. El cartel de la pared.

Utilizó dos dedos para ampliar la fotografía. Junto al póster del grupo de rock había un cartelito parcialmente desgarrado. No podía leerlo del todo. Era en blanco y negro y estaba impreso en mayúsculas.

—«Gato perd...».

Y debajo había un número de móvil. Lake sacó su teléfono, marcó el número y pulsó la tecla del altavoz.

No dio señal. Saltó directamente el buzón.

«Has llamado a Lilian Parker; por favor, deja tu mensaje y te llamaré en cuanto pueda».

—Le había robado el gato —dijo Lake—. Por eso se adentró en el callejón. Ella lo oyó maullar. El muy cabrón lo tenía agarrado, atrayéndola para que entrara.

—Debía de saber que ella adoraba los gatos para utilizar esa táctica —observó Bloch.

—Entonces ¿la conocía? —preguntó Lake.

Pero incluso mientras formulaba la pregunta, estaba negando con la cabeza. Por lo que sabían, Sandman nunca atacaba a nadie de su círculo. No había ninguna prueba de que existiera algún tipo de relación entre Daniel Miller y Lilian Parker. Esto había sido comprobado de forma exhaustiva por el FBI. La víctima tampoco recibía a nadie en su apartamento.

—No, Lilian Parker no tenía visitas masculinas. Nadie entraba aquí. Un momento. Sandman la estaba... —empezó a decir Bloch, pero el pensamiento se apoderó de sus piernas, que la llevaron hasta la ventana que daba a la calle y los edificios de enfrente—. Sandman la estaba vigilando —concluyó, y se giró para mirar los muebles arañados, la torre rascador, el arenero—. Lilian Parker amaba los gatos. Cualquiera que observara su apartamento a través de la ventana podría deducirlo al instante. Y si había visto las cerraduras de su puerta, sabría que no había manera de entrar por ahí sin las llaves.

—Eso significa que Sandman debía de tener un puesto de

observación —dijo Lake—. Uno que no fuera fácil de detectar ni de relacionar con él. Y seguro que se encuentra en algún lugar de ahí enfrente. Algo que se podría rastrear, como un contrato de arrendamiento por poco tiempo o algo así.

Enfrente había dos edificios. Uno era un espacio comercial de oficinas, una torre completamente acristalada de cuarenta plantas. Y en cada una de ellas, Bloch vio lo mismo: oficinistas en sus mesas, guirnaldas colgando de las ventanas para anunciar conferencias de ventas, salas de reuniones con sillas multicolores alrededor de mesas blancas, hombres al teléfono con las corbatas ya aflojadas por el estrés de la mañana y becarios destruyendo papeles en máquinas trituradoras. Sandman nunca habría escogido ese edificio como puesto de observación: estaba demasiado expuesto. El otro era mucho más pequeño, más o menos del tamaño del complejo de apartamentos en el que ahora se encontraban.

La planta superior de dicho edificio parecía perfecta. Un loft, con una gran ventana ubicada casi directamente enfrente de esta. Tal vez situada un poco más alta, proporcionando una mejor vista del antiguo apartamento de Lilian Parker. Y allí, en aquella ventana, Bloch vio a un hombre que los estaba mirando.

En ese momento le sonó el móvil.

—¿Hay alguien ahí mirándonos? —preguntó Lake.

—Teresa Vasquez ocupa el apartamento contiguo al de Lilian Parker —dijo Bloch—. Debe de tener la misma vista que este.

Si alguien quería controlar los movimientos de Teresa, el mismo puesto de observación que sirvió para vigilar el apartamento de Lilian Parker serviría también para controlar el de su vecina.

Era Eddie quien llamaba. Bloch contestó.

—Tenemos una buena aquí montada —dijo Eddie por el teléfono—. Te necesito. ¿Habéis cogido ya a Sandman?

—No, no puede ser... —dijo Lake, con la mirada clavada en el hombre que se encontraba en el loft al otro lado de la calle.

Estaba tan lejos que resultaba imposible distinguir ningún rasgo. Era blanco y llevaba ropa oscura.

Sostenía algo de color negro delante de la cara. Algo que reflejaba la luz.

Unos prismáticos.

Pareció ladear la cabeza.

—Lo creas o no, estoy viéndolo ahora mismo.

Lake dio un paso al frente y pegó la nariz a escasos centímetros de la ventana. Su aliento empañó el cristal.

El hombre de la ventana bajó los prismáticos. Se dio media vuelta. Y echó a correr.

## SANDMAN

Bajó los prismáticos compactos, pestañeó, y volvió a llevárselos a los ojos.

Gabriel Lake estaba en el apartamento de Lilian Parker con aquella investigadora, Melissa Bloch. La fotógrafa del *New York Post* les había hecho una foto la noche anterior saliendo del edificio de Delaney, en compañía de Eddie Flynn.

No había de qué preocuparse, pensó. Dirigió su atención hacia el apartamento contiguo, el de Teresa Vasquez. La joven tenía veintitantos años y trabajaba en lo que podía. Los fines de semana tenía un empleo a tiempo parcial en la Biblioteca Pública de Nueva York, y entre semana se dedicaba a preparar pollo frito en Popeyes.

Esa mañana había salido de su apartamento, escoltada por dos agentes federales, para ir a comprar algo de comida y el periódico de la mañana antes de volver a casa. Eso le había servido a Sandman para controlar el dispositivo asignado a su protección. Había dos hombres en un coche aparcado delante del edificio. Estos se hicieron cargo de Teresa en la puerta de la calle, después de que los otros dos agentes la acompañaran hasta abajo desde el apartamento. Los que estaban en el coche tenían unos treinta y tantos años e iban de paisano, con tejanos y sudaderas. Los agentes de arriba llevaban traje. Uno era más joven, con el pelo oscuro, y el otro era veterano, con el cabello canoso.

Era una misión bastante sencilla para el equipo de protección. Nadie iba a abrirse paso entre la muchedumbre de un restaurante de comida rápida, saltar por encima del mostrador y disparar a Teresa en la cabeza. Del mismo modo, la Biblioteca Pública era otro lugar razonablemente seguro, con detectores de metales y otros

dispositivos de control en la entrada. Las situaciones de mayor peligro se reducían a llevar a Teresa del apartamento al trabajo, y luego de vuelta a casa.

Sandman esperaría su oportunidad.

Ya llegaría. Solo era cuestión de tiempo.

Se le daba bien esperar. Tenía mucha práctica. Durante años había sufrido de insomnio. En cuanto se metía en la cama a oscuras, su mente empezaba a divagar sobre todas las cosas terribles que podrían pasarle a él y a su familia. Todo había empezado cuando tenía unos siete años. Después de que sus padres se hubieran acostado, él se levantaba y se encerraba en su armario. Y allí sentado en el suelo, rodeado por la ropa que colgaba de la barra, leía cuentos a la luz de una linterna.

Leía casi hasta el amanecer, luego volvía a meterse de nuevo en la cama y se quedaba dormido, totalmente exhausto. Este patrón continuó hasta que fue demasiado grande para sentarse en el suelo del armario, así que se quedaba leyendo en la cama. Los cuentos a los que volvía una y otra vez eran aquellos relacionados con el sueño. El acto de dormir formaba parte de muchas de esas historias: *Hansel y Gretel*, *La bella durmiente*, *Blancanieves*, *Ricitos de Oro y los tres osos* o *La princesa y el guisante*, entre otros. Luego estaban los relatos de aquellos personajes que visitaban a los niños que no dormían por las noches: el Hombre del Saco, Wee Willie Winky, Pegaojos... Esas historias servían para estimular a los niños para que se quedaran acostados en la cama. Su favorita era la de Sandman, el Arenero que les soplabá polvo mágico en los ojos para hacerlos dormir.

Sabía muy bien que esos relatos no lo habían convertido en un asesino. Eso ya estaba en él de antes. Durante años había fantaseado con matar a la gata de la familia, e intentaba hacerle daño siempre que tenía la oportunidad, cuidándose mucho de que no lo vieran. La gata, Lucy, siempre conseguía salir indemne. Ya odiaba al niño incluso antes de que tratara de clavarle un cuchillo de cocina. Tal vez presentía su auténtica naturaleza, aunque otros no lo hicieran. El animal le siseaba y arqueaba el lomo cuando él entraba en la habitación. Le tenía miedo. Pero, para él, esa reacción era algo

natural. Sabía que debía ser temido. Y, ya de niño, aprendió a no cuestionar sus impulsos. No era preciso buscarles ninguna explicación. Un tiburón no necesita justificarse. Es un tiburón y ya está.

Y él era un asesino.

Y aquella noche de verano en la playa de Coney Island, cuando se cruzó con aquella mujer dormida y borracha en la arena, respondió a la llamada de su auténtica naturaleza y sucumbió a sus impulsos. Las sensaciones que experimentó aquella noche todavía resonaban en su recuerdo y hacían vibrar todo su cuerpo. Se estremecía físicamente al sentir de nuevo aquel poder.

Cuando acabó, regresó a su lugar especial, guardó los ojos de aquella mujer en una cajita metálica, se tumbó en el suelo y durmió como si llevara cien años sin hacerlo. Nada había cambiado lo que sentía al matar. Ni siquiera el conocer a Carrie. La sensación de verla por primera vez, de hablar con ella, de acariciar el suave vello del dorso de su mano. Era la primera mujer a la que se había sentido cercano y a la que no había querido matar, tan solo poseer. Pero lo que más le había sorprendido era su deseo de que ella lo poseyera a él. De que Carrie lo llamara su hombre, su pareja, su marido.

Ella era la única. Su verdadero amor. Y destruiría esta ciudad solo para salvarla.

Se dijo a sí mismo que no era demasiado tarde. Si conseguía rescatar a Carrie de aquella pesadilla, sería suya para siempre. Nadie se interpondría en su camino. Y si alguien lo hacía, le enseñaría qué era realmente el miedo.

El FBI le temía. Recordaba el olor dulzón del terror en la piel de Delaney.

Los dos federales de paisano que vigilaban desde el coche sin distintivos también tenían miedo. No tanto el joven y despreocupado agente que estaba ahora en el apartamento donde vivía Teresa Vasquez. El hombre se sentó en el sofá a leer el *Cosmopolitan* mientras Teresa preparaba café para él y su compañero más veterano y sensato.

Un movimiento a la izquierda captó su atención. Bajó los prismáticos y vio a Lake de pie en el antiguo apartamento de Lilian



Parker, con la cara pegada al cristal de la ventana.

Lake lo estaba mirando directamente.

Por primera vez en mucho tiempo, Sandman sintió que un leve escalofrío le recorrió el cuerpo. Una sensación fría y hormigueante en la parte baja de la columna que fue subiendo hacia arriba hasta ponerle la piel de gallina y erizarle el vello de la nuca.

Miedo.

Una sensación muy antigua. Que no le había afectado durante décadas.

Lake y Bloch no estaban mirando a la calle o a los edificios de enfrente. Podía sentir sus ojos clavados en él.

Se dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Lake y Bloch hicieron lo mismo y salieron corriendo del apartamento.

No cabía la menor duda. Lo habían visto.

Bajó a toda prisa las escaleras, sus pies pateando cada peldaño como un redoble de tambor, su pulso amenazando con acompañarse a aquel ritmo frenético, el sudor volviendo pegajosos los guantes de piel en sus manos. No tenía miedo por su propia seguridad. No había hombre sobre la faz de la tierra al que temiera enfrentarse. No, lo que temía era perder la vida que se extendía por delante ante él. Una vida con Carrie, lejos de Nueva York, de los federales y de la policía. Un nuevo comienzo en algún lugar donde nadie conociera sus caras y donde nadie pensara siquiera en buscarlos.

Nunca había imaginado que alguien pudiera descubrirlo en aquel loft. En su exhaustivo proceso de planificación, aquella era una eventualidad con la que no había contado. Y aun así constituía una oportunidad. Una que podía utilizar a su favor. Pensar con claridad y adaptarse a las circunstancias era lo que le había permitido mantenerse vivo y no ser detenido durante todo aquel puñetero tiempo.

El vestíbulo del edificio estaba vacío. Salió en tromba por la puerta y giró con brusquedad hacia la izquierda. No había ni rastro de sus perseguidores. Justo antes de llegar al final de la manzana aminoró el ritmo y siguió andando a paso normal. A su espalda oyó un bocinazo y el chirrido de unas ruedas sobre el asfalto. A su derecha había una tienda de ropa con un escaparate curvado, y, tras

apartarse ligeramente a un lado, pudo ver lo que ocurría un poco por detrás de él, a su izquierda.

Lake y Bloch, seguidos por los dos federales de paisano, llegaron a la entrada del edificio.

Sandman dobló la esquina y echó a correr como alma que lleva el diablo. Había salido del bloque de apartamentos por el este, lo había rodeado en dirección sur y ahora estaba alcanzando el final del lado oeste, pero no aminoró la velocidad. Aumentó el ritmo y cruzó corriendo la calle hasta el edificio de Lilian Parker. Encontró la puerta de abajo abierta, de modo que pudo acceder al interior y subir las escaleras sin ser visto. Al llegar a la séptima planta, se sacó la pistola de fabricación suiza con silenciador que llevaba en la funda sobaquera y llamó a la puerta del apartamento de Teresa Vasquez.

Se apartó a un lado y observó fijamente la mirilla. Había un resquicio de luz visible en el lateral de la retícula refractada. De unos tres milímetros, como mucho. Era el exiguo reflejo de la luz procedente de la ventana del apartamento.

Sandman exhaló.

Hizo girar los hombros.

La luz desapareció.

Manteniéndose fuera del campo de visión de la mirilla, con el hombro izquierdo apretado contra el marco, Sandman alzó la pistola que empuñaba en la mano derecha, apuntó hacia el centro de la puerta y apretó el gatillo, lo soltó y volvió a apretarlo rápidamente una y otra vez hasta vaciar el cargador. Oyó un grito, y después algo que caía con pesadez al suelo. Cargó de nuevo el arma mientras retrocedía. Entonces respiró hondo un par de veces, disparó para hacer saltar la cerradura, y luego, lanzándose hacia delante con la pierna derecha levantada, abrió la puerta con un violento puntapié.

La barata madera se astilló y se desgajó de sus goznes, y la puerta cayó sobre un cuerpo tirado en el suelo. Era uno de los federales trajeados, el más joven y arrogante. Ni rastro del agente de pelo canoso. Sandman entró en el apartamento y vio que la puerta del dormitorio estaba abierta. Encontró a Teresa Vasquez acurrada en un rincón al otro lado de la cama, tapándose la boca para ahogar sus gritos y con el rostro bañado en lágrimas.

Le descerrajó cuatro tiros. Dio media vuelta y salió a toda prisa al pasillo, luego se dirigió hacia la ventana que daba a la escalera de incendios.

En menos de dos minutos sus botas aterrizaron sobre el callejón donde había matado a Lilian Parker. Se quitó la chaqueta y le dio la vuelta. El forro reversible era amarillo, para nada del gusto de Sandman, pero estaba claro que no encajaría con la descripción que Lake y Bloch habrían dado a los dos agentes de paisano. Del bolsillo de sus pantalones cargo se sacó una mascarilla quirúrgica anticovid y una gorra de béisbol. Se las puso. Se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo. Se llevó una mano a la espalda y aflojó la sujeción del mango del cuchillo de destripar que llevaba sujeto en la zona lumbar. Puede que lo necesitara dentro de poco. La pistola seguía en su funda sobaquera.

Cuando salió del callejón, echó un rápido vistazo a ambos lados de la calle. No vio a ninguno de sus perseguidores, pero pudo oír las sirenas de la policía. No tardarían en llegar.

Su furgoneta estaba aparcada unas pocas manzanas al sur, así que lo más lógico era que fuera a buscarla antes de que la zona se llenara de agentes.

Esperó en el cruce junto a una señora que llevaba un vestido floral y empujaba un cochecito de bebé de un intenso color azul. El pequeño, que no debía de tener más que unos pocos meses, estaba despierto y gorgoteaba suavemente envuelto en una mantita también azul. Un chupete amarillo colgaba de un clip sujeto a un biberón de color celeste. El bebé era regordete, con unas mejillas rubicundas y unos ricitos dorados incipientes, y le dirigió una enorme sonrisa desdentada que hizo resplandecer sus ojos azul clarito, tan brillantes como el amanecer.

—Es adorable —dijo Sandman.

—Gracias —respondió la madre.

Era bajita y con el cabello rubio ondulado. Lucía gafas de sol y cargaba con una mochila enorme. Los padres primerizos, pensó, siempre llevaban media casa encima cuando se aventuraban a salir aunque fuera un rato.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó él.

—El pequeño Josh acaba de cumplir cuatro meses.

La madre se veía cansada, pese a sus esfuerzos por intentar ocultarlo detrás de sus Ray-Ban. Movi6 los pies sobre el suelo y sus zapatillas Converse hicieron chirriar la pringosa acera. Observ6 el tráfico y mir6 la seńal del semáforo, que seguía advirti6ndo: «No pasar».

—A esa edad pueden dar mucho trabajo —dijo 6l.

Ella se limit6 a girar la cabeza, sonri6 y asinti6. Sandman se había mostrado de lo m6s encantador, y la mujer no tenía ninguna raz6n para tenerle miedo, pero 6l notaba que se lo tenía. Sus manos aferraban el manillar del cochecito con los dedos levantados y agit6ndose levemente. Algunas personas intuían al momento su naturaleza peligrosa, sin importar la máscara que 6l pretendiera lucir. Ya lo había visto otras veces.

Al otro lado de la calle, a unos cincuenta metros a la derecha del cruce, Lake, Bloch y los dos federales aparecieron doblando la esquina, donde se plantaron un momento y, protegi6ndose los ojos del sol, miraron alrededor buscando al hombre a la fuga.

Sandman se cal6 un poco m6s la gorra. Cruzarí6 la calle, girarí6 a la izquierda y se alejarí6 de allí. Todo cuanto tenía que hacer era llegar a la acera de enfrente y dar la espalda a sus perseguidores. No buscaban a un hombre con una cazadora amarilla y una gorra de béisbol. Tampoco buscaban a un hombre con una mujer y un cochecito de bebé.

De momento permanecería junto a la mujer, le daría un poco de cháchara y luego cruzarían juntos la calle. No importaba lo inc6moda que la hiciera sentirse; la necesitaba para mantener su fachada: tenía que parecer que estaban juntos.

Mientras hacía todos estos cálculos, trat6 de decidir tambi6n cómo actuaría en el caso de que Lake o alg6n agente lo reconociera al cruzar la calle. Las opciones eran muchas.

Se encontraba casi en el centro de una intersecci6n de tráfico. Frente a 6l circulaban dos carriles que avanzaban de izquierda a derecha, de oeste a este. Unos veinte metros a su derecha, otros dos carriles estaban detenidos ante el semáforo. Cuando el tráfico que pasaba frente a 6l se parara, el semáforo que había a su

derecha cambiaría a verde y los coches avanzarían de norte a sur.

La luz del cruce se puso en rojo, obligando a detenerse a los coches que venían por la izquierda. La señal para peatones cambió del naranja «No pasar» al verde «Pasar», y Sandman procedió a cruzar la calzada al mismo tiempo que la madre. Iban uno junto al otro. Los dos carriles de tráfico a su derecha empezaron a ponerse en marcha.

Por debajo de la visera de su gorra, Sandman observó a Bloch y Lake al otro lado de la calle. Si lo reconocían, o si captaba de algún modo su atención, necesitaría una maniobra de distracción para poder escapar.

No encontraría ningún placer en lastimar a un bebé, pero tampoco tendría mayor problema en hacerlo. Si los investigadores o los federales lo descubrían ahora, empujaría con el hombro a la mujer, agarraría el cochecito para ponerlo de cara al tráfico que venía por la derecha, y luego lanzaría al pequeño Josh en su dirección.

Sus perseguidores saldrían corriendo para intentar salvar el cochecito. Si lo empujaba lo bastante fuerte, un coche o un camión no tendrían tiempo de frenar. Seguramente solo captarían un atisbo del carrito antes de arrollarlo.

El pequeño Josh hizo un ruidito gutural y pateó la mantita azul con sus piecitos.

Por debajo de la visera, Sandman observó a Lake.

En el semáforo empezó la cuenta atrás.

«Quince...».

Uno de los federales miró en su dirección.

«Catorce...».

Sandman se acercó un poco más al cochecito.

## BLOCH

En cuanto vio que la puerta del loft estaba abierta, Bloch supo que Sandman ya había abandonado el edificio. Aun así decidió no correr riesgos. Sabía que era un tipo de lo más inteligente y astuto. Sacó a Maggie de su funda bajo el brazo: era una Magnum 500, su arma favorita. Solo contaba con cinco balas, pero, si sabías cómo usarla, solo necesitabas disparar una vez. Aunque tu blanco estuviera detrás de un bloque de hormigón.

Cuando oyó que Lake se acercaba subiendo las escaleras, extendió el brazo con la palma abierta para indicarle que guardara silencio y se mantuviera a una distancia prudencial.

Acto seguido entró y comprobó los rincones. En el centro de la habitación había un caballete y, en él, el retrato de un hombre. Más allá se veían salpicaduras rojas que conducían hasta un charco y un rastro de sangre. Alguien había resultado gravemente herido y luego había sido arrastrado por el suelo.

Encontró el cuerpo apoyado contra la bañera. El hombre estaba descamisado y su cara era un auténtico destrozo. Bloch dio media vuelta y salió corriendo del loft.

—Ya no está —informó a Lake—, y hay un cadáver en la bañera. Probablemente el inquilino del apartamento.

Volvieron a bajar las escaleras a toda prisa hasta llegar a la calle. Miraron a su alrededor frenéticamente. Ahora ya eran cuatro. Los federales de paisano los habían visto salir corriendo y decidieron echar una mano.

Un tercer agente cruzó la calle y se acercó a ellos, un tipo algo mayor.

Se plantaron en la esquina, sin dejar de mirar a todos lados. Bloch

no necesitaba volver a revisar la foto de Sandman en sus archivos. Durante dos años su imagen había aparecido hasta la saciedad en todos los periódicos, canales de televisión, informativos y webs de noticias. Si lo veía, lo reconocería, aunque hubiera intentado cambiar de aspecto.

—¿Alguna señal de él? —preguntó un Lake jadeante.

Los dos federales miraron a su alrededor, tratando también de recuperar el aliento y examinando los rostros de los transeúntes que pasaban por la calle. Parejas paseando de la mano, hombres trajeados recorriendo la acera a paso presuroso, algunos corredores, dos mujeres con ropa deportiva charlando animadamente, y el resto de la bulliciosa vida que poblaba Manhattan.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo a la testigo. La he dejado con mi compañero —dijo el agente más veterano colocándose al lado de Bloch. Tenía el pelo canoso y la mirada penetrante, y su boca era una línea dura y estrecha.

—Mierda —masculló Lake.

El edificio de Lilian Parker estaba al otro lado de la calle. Y todos clavaron su mirada en él por un momento.

El tráfico empezó a reducirse por culpa de un semáforo que se había puesto en rojo a la derecha del cruce. Aún quedaban algunos vehículos frente a ellos que les impedían cruzar la calle en línea recta. Una mujer esperaba en la acera de enfrente con un cochecito de bebé, hablando con un hombre a su lado que llevaba una cazadora amarilla y una gorra de béisbol. Algo en él captó la atención de Bloch. No parecían conocerse entre ellos, pero mantenían una conversación cortés y algo forzada. El hombre llevaba una mascarilla quirúrgica azul, al igual que hacía mucha gente en la ciudad, ya fuera para protegerse de la COVID-19 o de la polución del tráfico.

Lake avanzó hacia el cruce. Los federales lo siguieron. El agente veterano dijo que se llamaba Miggs. Le estaba costando mucho recuperar el resuello, de modo que Bloch decidió caminar junto a él a un ritmo más lento.

Lake y los otros dos federales continuaban observando minuciosamente las caras de los transeúntes.

Bloch miró al hombre de la cazadora amarilla.

La señal del semáforo cambió para permitir cruzar a los peatones. Casi al instante empezó la cuenta atrás en el marcador digital. Fue entonces cuando Lake giró de repente la cabeza hacia el hombre de la cazadora amarilla.

Bloch notó un subidón de adrenalina que hizo que le hormigearan las yemas de los dedos. Estaba sudando por la carrera, jadeando con fuerza, pero la mera visión de aquel hombre la puso en completa tensión. Al salir del apartamento había vuelto a enfundar el arma, pero ahora se encontró metiendo la mano por dentro de su chaqueta.

El hombre de la cazadora amarilla levantó la mano izquierda y empezó a bajarse la cremallera.

Bloch no sabía por qué, pero sintió que el aire le oprimía la garganta cuando lo vio echar mano al cochecito de bebé.



## SANDMAN

La mirada de Lake no se demoró sobre él, pero había otro par de ojos clavados en su persona. Podía notarlos. Su calor, su intensidad. Experimentó un instinto innato y primigenio. Un vestigio de los tiempos en que los humanos vivían en cuevas, cazaban para alimentarse y a su vez eran presa de otros depredadores mayores. Ese instinto le decía que alzara la vista, que entrecruzara su mirada con la de la persona que le estaba observando.

Pero se contuvo. En lugar de ello se limitó a echar un rápido vistazo levantando fugazmente la cabeza.

Era la mujer que iba con Lake: aquella investigadora, Bloch.

«Trece...».

Puso la mano derecha sobre el carrito del bebé.

La madre lo agarró con más fuerza. Los nudillos se le pusieron blancos mientras sus dedos se hundían en el suave revestimiento de caucho del manillar.

«Diez...».

Josh soltó unas risitas y pataleó para apartarse la manta de los pies. Sus piernas gordezuelas pedalearon en el aire y sus dedos increíblemente pequeños y perfectos se estiraron para llegar al cielo.

Ahora Sandman notaba cómo Lake y Bloch lo miraban fijamente. No podía arriesgarse a dejar ver su rostro, así que mantuvo la cabeza gacha bajo la gorra. Se le erizó el vello de los brazos y sintió el hormigueo del miedo acariciándole la nuca. Se bajó un poco más la cremallera. Su mano pasó junto a la empuñadura de la pistola oculta bajo su cazadora.

«Ocho...».

Sandman oyó el rugido de un camión detrás de él, viniendo por la

derecha. Miró por encima del hombro. Vio salpicaduras de barro en los laterales de los neumáticos y en las llantas. Cada rueda en sí pesaría unos cincuenta kilos. El camión semirremolque debía de pesar entre quince y veinte toneladas.

Josh tenía esa fina pelusilla de pelo dorado. Su cráneo era frágil como la porcelana más delicada. Sandman se imaginó el cochecito impactando contra el morro del camión y volcando sobre la calzada. El bebé saldría lanzado por los aires y caería bajo las ruedas...

«Seis...».

Dio un paso hacia la madre, dispuesto a empujarla para apartarla de su camino.

## BLOCH

Bloch dudó cuando vio al hombre de la cazadora amarilla hablando con la madre que empujaba el carrito. Tal vez fueran amigos, aunque no íntimos. La manera en que el hombre actuó, plantando una mano sobre el cochecito, denotaba un gesto de propiedad. La mujer pareció ponerse tensa. No obstante, si un desconocido hiciera algo así, ¿no habría reaccionado una madre con mayor contundencia?

Bloch quería verle la cara bajo la gorra de béisbol.

Pero al final negó con la cabeza.

El hombre al que habían visto iba de negro.

La reacción instintiva ante aquel tipo que cruzaba la calle no había sido más que una distracción. No era Sandman.

—No consigo contactar con mi compañero —dijo Miggs—. Julian estaba con la testigo.

—Mierda —espetó Lake, y echó a correr para cruzar la calle, seguido por los federales de paisano.

Bloch apretó el paso, pero no se apartó del agente mayor, quien ahora parecía respirar con más dificultad, y no solo por el esfuerzo físico de la carrera. Consiguieron llegar a la otra acera, pero entonces Miggs se detuvo y se dejó caer de rodillas, resollando y agarrándose el brazo izquierdo.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó Bloch.

Lake se dio media vuelta, señaló a Miggs y uno de los agentes se puso a hablar por el auricular.

Bloch trató de estabilizar a Miggs cogiéndolo por los hombros, pero el hombre apenas podía mantenerse, de modo que lo ayudó a tumbarse de espaldas sobre la acera. Casi no podía hablar, aunque

sus labios se movían. Articulando un nombre.

—Julian...

—Seguro que está bien —dijo Bloch—. Cálmese.

—No..., no debería haberle dejado...

—Procure no hablar —le apremió.

Bloch era consciente de los transeúntes que se detenían y se agolpaban alrededor de Miggs y de ella. Los oía hablar en susurros, murmurando: «Un infarto», «¿Le han disparado?», «¿Qué ha ocurrido?». De pronto, en algún lugar muy cercano, una mujer soltó un grito.

Bloch miró alrededor, pero no pudo ver más allá de la barrera humana que los rodeaba. Y tampoco podía dejar solo a Miggs.

—No debería haberle dejado... —repitió este, y se apretó el brazo con más fuerza, dejando escapar un gruñido.

—Estará bien —dijo Bloch, sosteniéndole la cabeza—. Perfectamente bien. No se preocupe.

Oyó el crepitar de la radio por el auricular de Miggs. Voces que gritaban. Agentes hablando con vehemencia. Entonces, la expresión del hombre cambió. Cerró los ojos con fuerza y una solitaria lágrima se le deslizó por la mejilla. Y, en ese momento, Bloch lo supo. Supo que Miggs acababa de escuchar que su compañero había muerto. Alargó un brazo y le quitó el auricular de la oreja.

Cuando Bloch volvió a mirar al hombre, los ojos de Miggs estaban muy abiertos y su mirada la traspasaba. Perdida en algún punto por encima de ella. No respiraba. No había latido.

Bloch empezó a practicarle la reanimación cardiopulmonar. Le abrió las vías respiratorias y exhaló aire en sus pulmones. Al incorporarse para comenzar las compresiones, alzó la vista. A través de un hueco entre la multitud, vio alejarse a un hombre. Caminando de espaldas a ella. Ahora ya muy lejos.

El hombre de la cazadora amarilla.

Bloch buscó con la mirada y entonces vio a la mujer, sentada en el bordillo, encorvada sobre sí misma, llorando.

En medio del cruce, yacía volcado el cochecito de bebé.

## SANDMAN

Sus planes, incluso aquellos que improvisaba en el acto, siempre tenían en cuenta posibles eventualidades. Por mucho que en ocasiones le resultara desconcertante, sentía que podía simular un comportamiento parecido al de cualquier ser humano. Era algo en lo que debía seguir trabajando, porque a menudo tenía reacciones antinaturales que hacían que su familia y sus amigos se sintieran incómodos. Cuando sus abuelos murieron, tuvo que aprender a fingir el dolor. Le costaba mucho llorar. Entonces descubrió que, si clavaba la punta de los dedos en la pastilla de jabón del cuarto de baño, podía provocar las lágrimas frotándose en las comisuras de los ojos un poco del jabón que quedaba bajo las uñas. Le escocía, pero eso era mejor que tener que aguantar las caras que ponían sus padres al ver que no lloraba. Se esforzó por aprender el supuesto comportamiento normal que se esperaba de él, lo cual, a su vez, le proporcionó cierta ventaja. Al haber estudiado a fondo las emociones humanas, y la manera en que la gente respondía a determinadas situaciones, descubrió que podía predecir sus reacciones.

Aun así, Sandman no entendía por qué la madre había soltado el cochecito.

Vio cómo sus manos se alzaban del manillar para proyectarse hacia el bebé. Al mismo tiempo, de forma totalmente inesperada, le daba un golpe con la cadera que le hizo perder un poco el equilibrio. La mujer agarró al pequeño Josh en brazos, gritó todo lo fuerte que pudo y salió corriendo hacia el otro lado de la calle.

El bebé rompió a llorar.

Bloch y Lake ya estaban en la acera de enfrente, perdidos entre la

multitud. Sandman acabó de atravesar el cruce, subió a la acera y, dando un gran rodeo para evitar a la mujer, echó a andar a toda prisa calle abajo.

La testigo estaba muerta.

Carrie estaba un paso más cerca de la libertad.

Consultó su móvil y vio que había una docena de notificaciones. Tenía activadas las alertas para avisarle de cualquier novedad sobre Carrie Miller. Fue revisándolas una a una, pero todas informaban de la misma noticia. Carrie había desaparecido, infringiendo las condiciones de su libertad bajo fianza, y se había emitido una orden de arresto contra ella. El juez había dictaminado que el juicio se llevaría a cabo en su ausencia.

La pantalla del móvil se resquebrajó bajo la presión de su agarre. Lo arrojó a una papelería cercana.

¿Dónde diablos estaba Carrie?

Seguramente había huido. Estaba claro que no había soportado tanta presión. Pero no importaba, él la encontraría cuando todo esto hubiera terminado. Entonces volverían a estar juntos. Y podrían comenzar su nueva vida.

Necesitaba asegurarse de que Carrie era absuelta, aunque no estuviera presente en el juicio.

Y, justo en ese momento, se le ocurrió la manera de conseguirlo.

## EDDIE

Nadie tenía muy claro de qué raza era Clarence. Harry lo había adoptado de la calle, o Clarence había adoptado a Harry, no se sabía bien cuál de las dos cosas. No era un perro grande, pero estaba claro que tenía algo de labrador, y también de otras cuantas razas. Llevaba un collar de alta tecnología con señal GPS incorporada y conectada al móvil de Harry. Eran ya las once pasadas, una gran luna con forma de patata llenaba el cielo nocturno, y apenas había nadie por las aceras. Ese era el momento que aprovechaba Harry para sacar a pasear a Clarence, y yo los acompañé para tomar el aire y disfrutar de un poco de charla.

Clarence se detuvo ante la entrada de la Trump Tower en la Quinta Avenida, levantó la pata y lanzó un chorro de orina hacia la puerta principal.

—Buen perro —dijo Harry mientras seguían caminando hacia Central Park.

Una nube de vapor se elevó siseando de una tapa de alcantarilla cercana, pero Clarence no se inquietó. Era un perro urbano, acostumbrado a las veleidades de la vida en Manhattan, como los martillos neumáticos y el constante rugido del tráfico, los bocinazos y la gente. Montones de gente. Habían sido dos días muy duros y estaba cansado hasta los huesos, pero no podía conciliar el sueño. Mi mente era como un bólido a seis mil revoluciones por minuto, haciendo chirriar los neumáticos sobre la línea de salida de una carrera.

Un rato antes Bloch había venido a mi despacho para decirme que añadiera cuatro nombres más a la cuenta mortal de Sandman. Dos agentes del FBI, uno de ellos muerto de un ataque al corazón. Un

artista local que tenía alquilado el loft que antes había ocupado Sandman. Y Teresa Vasquez, una de las testigos del caso Carrie Miller. Bloch se había dejado caer, medio desplomada, sobre una de las sillas de mis clientes. No era propio de ella. Normalmente se sentaba muy erguida, con los brazos apoyados, las manos relajadas y la mirada alerta.

—Pareces cansada —le dije.

Ella asintió.

—He estado hablando con Bill Seong en el tribunal —proseguí—. Quería advertirme sobre Gabriel Lake. Al parecer, Lake nos mintió. No está trabajando en el caso como asesor para los federales. Sea lo que sea lo que está haciendo, no tiene autoridad para ello, y de hecho Seong piensa que es peligroso. Por lo visto se le fue un poco la olla durante el tiroteo en aquella casa. Ni siquiera intentó escapar, sino que mató a todos los que estaban allí dentro. Se aseguró de acabar con todos, ¿entiendes?

Mientras yo hablaba, los tacones de sus botas fueron buscando el apoyo del suelo de moqueta para incorporarse un poco en el asiento.

—He oído hablar de lo ocurrido en aquella casa. Eso no es lo que me preocupa —dijo Bloch—. Lake ha pasado por un auténtico infierno y eso se nota. Aunque no va a hacernos daño. Nos mintió en lo de trabajar para los federales porque necesitaba acceder a las pruebas sobre Sandman, unas pruebas que nosotros tenemos al habernos hecho cargo del caso de Carrie Miller. Pero solo hay una razón por la que nos ha mentado.

Bloch tenía una forma de hablar tan escueta y directa que hacía que algunas personas se sintieran incómodas. Pero era un juicio engañoso. Si tuviera que adentrarme en el infierno, la primera persona a la que querría a mi lado sería a ella. Hay ciertas amistades que simplemente no puedes comprar. Su ferocidad solo podía equipararse a su rapidez mental. Yo sabía la razón por la que Lake nos había mentado y Bloch había llegado a la misma conclusión con igual celeridad.

—Lake no quiere capturar a Sandman —dije—. Quiere matarlo.

—Si lo atrapamos —repuso Bloch—, me aseguraré de que eso no



ocurra.

Con eso me bastaba.

—Pásate a ver a Kate antes de irte a casa —le pedí—. Hoy nos han dado un buen palizón en el tribunal. Hay que hacerle saber que no es culpa suya si todo esto continúa yéndose a la mierda. Está trabajando en casa.

Bloch hizo girar la silla, se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—No seas muy dura con ella. Lo está pasando bastante mal. Además, para más inri, cree que el capullo de su vecino... —Me callé al ver cómo la expresión de Bloch se endurecía. No debería haberle dicho nada.

—Que el capullo de su vecino ¿qué?

—Cree que le ha robado el televisor.

Y, sin añadir palabra, Bloch salió del despacho. Me recorrió un escalofrío. No me gustaría ser el vecino de Kate. Después de que Bloch se marchara, me quedé sentado a mi mesa, pensando. Hasta que Harry apareció con Clarence y me preguntó si quería salir a dar una vuelta para despejar la mente.

Ahora levanté la vista hacia el cielo nocturno, encajonado entre el cañón que formaban los edificios. Harry y Clarence caminaban a mi lado.

—Espero que Lake sea tan bueno como Bloch cree que es —comenté.

—Yo también —dijo Harry—. Pero tengo la impresión de que no importa lo bueno que sea Lake: Daniel Miller siempre irá un paso por delante. Ese tipo es muy inteligente. Quizá más que cualquier asesino en serie que haya conocido.

—Quizá, pero... ¿será tan inteligente como Bloch y Lake juntos? No lo sé. Yo no apostaría contra esos dos, aunque también me gustaría poder contar con más ayuda para encontrar a Carrie Miller.

—¿Alguna noticia de Peltier?

—Sigue buscándola, o al menos eso me dijo por teléfono anoche. Él está más metido en su mundo de lo que podemos estar nosotros. Ya sabes, gente rica. Quién sabe lo que piensan o dónde se pueden esconder.

—Acuérdate de que ella no ha sido siempre rica —dijo Harry.

Cuando llegamos al parque, Clarence empezó a menear la cola. Era tarde para pasear por aquella parte de la ciudad, pero Harry no tenía miedo. Últimamente siempre llevaba protección encima. Nueva York, al igual que el resto del país, se hallaba en un estado de tensión constante. Era como si existieran dos Américas y se hubieran trazado las líneas de combate. La delincuencia estaba de nuevo en pleno auge, especialmente los atracos a mano armada. Pero dos hombres sacando a pasear a un perro no eran un objetivo fácil, y un pandillero blandiendo una navaja automática con mano temblorosa no era algo que me preocupara en exceso.

—Allá donde se encuentre escondida, Carrie no estará pensando con claridad —dije—. Y tampoco creo que esté con su marido. Ya la viste la otra noche. Ella confiaba en él, lo amaba, y durante todo ese tiempo el hombre había estado actuando como un verdadero monstruo. ¿Cómo puedes volver a fiarte de alguien después de algo así? Cuando se conocieron, ese hombre cambió su vida por completo. Le dio todo lo que ella siempre había querido: una gran casa, un buen coche, ya no tendría que preocuparse más por el dinero. Pero todo había sido una mentira.

—Puede que no todo fuese mentira —observó Harry—. Quizá Miller la amaba de verdad. Quizá pensó que casarse con ella lo haría cambiar.

—Entiendo a lo que te refieres. Nadie se levanta una mañana con la idea de que va a matar a catorce personas. Los hombres que tienen el mal dentro de sí ven cómo va creciendo en ellos durante mucho tiempo. Y, una vez que empiezan a matar, no pueden parar aunque quieran hacerlo. Cuando ella y yo hablamos... Bueno, no importa.

—No, adelante. ¿Qué ibas a decir? —preguntó Harry.

—Además de la traición, y de todo el odio público, Carrie carga también con un gran sentimiento de culpabilidad. Se culpa a sí misma de parte de lo ocurrido. Sabe que, si hubiese descolgado el teléfono para llamar al FBI, algunas personas todavía seguirían con vida.

—Las últimas víctimas fueron los Nielsen —dijo Harry—. Eso habrá supuesto para ella una gran carga de culpa. Saber que podrías haber

impedido esos crímenes, que podrías haber salvado a los padres de esos niños... Hay gente que se ha tirado desde...

—Adelante, dilo. Yo también lo he pensado.

Harry se detuvo y soltó un suspiro. Luego se inclinó y acarició la cabeza de Clarence.

—No hay necesidad de decirlo. Si la guardia costera encontrara su cuerpo en el río, no me sorprendería. Hemos visto toda esa mierda en televisión: la mujer más odiada del país; sus amistades hablando de ella en las noticias... Dios, es una auténtica pesadilla.

—Solo espero que siga aún ahí fuera, en alguna parte.

Continuamos caminando en silencio durante un rato, ambos con la esperanza de que Carrie Miller se mantuviera aún con vida, escondida en algún lugar bajo aquel mismo cielo estrellado. No había mucha gente en el parque. Nunca la había a esas horas. Se veía a algunos paseantes un poco más adelante, o en otros senderos a lo lejos, caminando bajo las farolas de hierro hermosamente forjado. Seguimos deambulando en silencio y disfrutamos viendo cómo Clarence retozaba alegremente, lejos del ajetreo y el bullicio de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Harry se acercó a una farola, se puso las gafas de cerca y utilizó la linterna de su móvil para leer una plaquita en la base del armazón metálico.

—¿Qué diablos estás haciendo? —pregunté.

—Este parque abarca casi trescientas cincuenta hectáreas y se construyó mucho antes de que se inventaran los móviles y el GPS. Los empleados del parque debían ser capaces de localizar dónde estaba cada farola, por cuestiones de mantenimiento. Y por eso cada una de ellas tiene en su base un número de cuatro dígitos. Esta es la 7238. Las dos primeras cifras hacen referencia a la calle, así que nos encontramos cerca de la Setenta y dos. Y las dos últimas indican en qué lado del parque estamos. Los números pares hacen referencia al lado este; los números impares, los raros, al lado oeste. Por eso se dice que...

—Toda la gente rara vive en el lado oeste.

De repente noté algo. Era una sensación que había experimentado

muchas veces, justo antes de comprender por fin un detalle importante. Algo que se me había pasado por alto.

Empezaba como un calor en el pecho que iba subiendo hasta la garganta. Como una chispa que esperaba que siguiera ascendiéndome hasta el cerebro.

Pero eso no ocurrió ahora. Sabía que se trataba de una cosa importante, algo absolutamente crucial sobre el caso de Carrie Miller que no había percibido antes. Lo tenía justo ahí delante, y de pronto desapareció. Pero ya volvería.

—Me pareció que ibas a decir algo —comentó Harry.

—Creía que sí. Pero no importa, ya me vendrá. Más vale que regresemos. Necesitamos dormir o no estaremos listos para lo que se nos viene encima.

—Mañana es la presentación del caso por parte de la fiscalía. En estos momentos Kate está ensayando la suya. La escuché antes y es muy buena. También habrá tiempo para que declare tal vez un testigo. No hay mucho más que podamos hacer.

—Pues vamos a hacer mucho más que eso. Mañana se decidirá si vamos a ganar o no este caso. Hasta ahora hemos estado a la defensiva. Ya es hora de cambiar eso. Mañana iremos a hablar con Drew White y el juez Stoker. Tienen que saber que vamos a presentar batalla.

## KATE

—Alexa, quita la música.

Kate creía haber oído algo. Se quedó quieta en medio de la exigua cocina de su apartamento. Desde que era socia de Eddie estaba ganando mucho dinero y podría permitirse alquilar un lugar más grande y bonito, pero todavía le quedaban varios meses de contrato. Le resultaría más sencillo mudarse cuando se le acabara, lo cual implicaba que tendría que seguir viviendo tres meses en una sola habitación: cama, un pequeño sofá, cocinita y rincón de desayuno. Había un lavabo independiente, sin bañera. Tan solo ducha e inodoro. Y ninguno de los dos funcionaba muy bien.

Al menos lo tenía limpio, libre de cucarachas y demás bichos. Lo cierto era que estaba trabajando tan duro que solo iba al apartamento a dormir y poco más. En ese momento tenía muchas ganas de meterse en la cama, pero quería repasar su declaración preliminar del caso de Carrie Miller una vez más. Cuando Otto Peltier telefoneó al despacho para pedirles que se hicieran cargo de la defensa, fue ella quien atendió la llamada. Eddie se encontraba en los juzgados. Kate había visto a Carrie en la televisión y estaba al tanto de algunos detalles del caso. Pero hubo algo más: cuando vio a Carrie en persona, reconoció algo en su expresión.

Antes de empezar a trabajar con Eddie, Kate había sido socia de un gran bufete corporativo. Era el principio soñado para cualquier joven letrada. Todo lo que podría haber deseado. Pero pronto descubriría que, como tantas otras cosas en Estados Unidos —el trabajo soñado, el coche soñado, la vida soñada—, no todo era lo que aparentaba ser. Ya en su primera semana empezó a recibir miradas lascivas de uno de sus colegas masculinos. Y ese mismo

viernes, durante un cóctel celebrado en el bufete, una de las otras asociadas le contó que iba a dejar la firma porque no podía soportar el constante acoso sexual por parte de sus socios y compañeros. Durante meses, Kate se vio obligada a apretar los dientes, respirar hondo y hacer todo lo posible para no verse a sí misma como una víctima. Aun así se sentía marginada profesionalmente, e incluso llegaron a decirle, en términos no demasiado sutiles, que si se mostraba «un poco más amigable con sus colegas» sus perspectivas de ascender mejorarían de forma sustancial.

Kate acabó dejando el bufete y denunciando a sus antiguos socios. Y así fue como empezó su gran pasión, el proyecto que determinaría su carrera profesional: representar a mujeres que habían sufrido acoso y discriminación sexual en el puesto de trabajo. Eso se convirtió en su misión. Y cuando vio a Carrie, reconoció esa expresión. Era la misma que había visto también en el diminuto espejo resquebrajado de su propio cuarto de baño. Resulta muy difícil admitir que algo malo te está pasando. A Kate le costó mucho reconocerse a sí misma que estaba siendo víctima de acoso. Las emociones que experimentaba eran muy complejas: ira, dolor, repulsión y, extrañamente, culpa. Se cuestionaba sin cesar a sí misma hasta asegurarse de que no había hecho nada para incitar ese comportamiento. Y, una vez que comprendía que había sufrido un trato vejatorio, le llevaba un tiempo asimilar que no había sido culpa suya. Carrie también era una víctima. Debía de estar experimentando todas esas emociones y mucho más. Había resultado terriblemente herida. Y Kate haría cuanto estuviera en su mano para ayudarla.

Dejó el bolígrafo sobre la barra del rincón del desayuno mientras Alexa bajaba la música.

Pum..., bang..., bang..., pum...

Al principio pensó que los ruidos procedían del pasillo, pero luego se dio cuenta de que venían del piso del capullo de su vecino.

—Alexa, vuelve a poner la música. Sube el volumen.

El pequeño apartamento se llenó con los acordes musicales de su artista favorita, Taylor Swift. También le encantaba Beyoncé, pero Taylor ocupaba un lugar especial en su corazón, y además le

ayudaba a pensar mientras trabajaba.

Llegaron más ruidos del piso contiguo, y Kate apagó de nuevo la música. Ahora sonaban más fuerte.

Bang..., bang...

Esta vez procedían de su puerta.

Kate se levantó y atisbó por la mirilla.

Bloch estaba en el pasillo.

Cuando abrió la puerta, su amiga entró sin decir palabra, cargada con un gran televisor de pantalla plana.

—Ese es mi... —empezó Kate, pero no estaba segura de querer acabar la frase. Recordaba los fuertes golpes que había oído en el piso de al lado.

Bloch depositó el aparato sobre el mueble vacío.

Kate se acercó para echarle un buen vistazo y asegurarse de que, en efecto, se trataba de su televisor. Sin duda era el mismo modelo, y tenía el mismo arañazo en la esquina inferior izquierda que había dejado el cuchillo utilizado para abrir la caja.

Había algo más en la esquina opuesta del televisor.

—¿Eso es sangre? —preguntó Kate, señalando las salpicaduras en la parte superior derecha de la pantalla.

Bloch agarró un paño de la cocina y se puso a frotar las manchas de color rojo oscuro.

—Tu vecino necesitó un poco de persuasión antes de decidirse a confesar que te había robado el televisor. La próxima vez que salgas de casa, asegúrate de cerrar bien la puerta.

Una cosa estaba más que clara: Bloch no era una víctima. Y nunca lo sería.

—¿Te apetece un café? —le preguntó Kate.

Bloch sonrió, se quitó la chaqueta y se aposentó en el sofá.

—Claro —dijo—. ¿Ponen alguna reposición de *Colombo* esta noche?

Las dos habían sido amigas desde crías. Cuando no estaban aterrorizando a los chavales de su barrio del este de New Jersey, estaban en casa de Kate viendo *Colombo*.

—Tengo todos los episodios grabados en TiVo. ¿Quieres ver *Una puntata en el crimen*?

—¿Es ese en el que sale Leonard Nimoy? —preguntó Bloch.

—El mismo. Tú pon los posavasos y las servilletas.

El apartamento de Kate no era mucho más grande que su despacho en el bufete, y por eso estaba obsesionada por mantenerlo ordenado y limpio. Cualquier minucia en un espacio tan pequeño podría hacer que el piso pareciera sucio, y eso era algo que la desquiciaba.

—Yo iré a por el café —dijo Kate—. ¿O prefieres...?

—Leche con galletas —respondió Bloch, y las dos intercambiaron una cálida sonrisa que les recordó aquellas tardes de domingo lluviosas en casa de los padres de Kate, cuando se acurrucaban en el suelo del salón envueltas en mantas y se tomaban un vaso de leche fría con una bandeja llena de Oreos.

Dos horas más tarde, Bloch se marchó y Kate volvió a repasar una vez más la declaración preliminar del juicio. Intentaba redirigir toda la ira que pudieran sentir los miembros del jurado. Explicarles que todas las pruebas evidenciaban que Carrie no era más que otra víctima de Sandman. Quería que entendieran que su cliente había sufrido enormemente, y que seguiría sufriendo. Era un argumento difícil y complejo, pero necesitaba que quedara lo más claro posible ya de entrada.

Tras tomar algunas notas con uno de aquellos bolígrafos Muji que siempre usaba, se cepilló los dientes, se puso un camisón de algodón y se metió en la cama. El sueño la venció al instante.

Al cabo de unas horas se despertó de golpe en la oscuridad. Alexa estaba haciendo sonar una canción. En un primer momento, sacada de repente de un sueño tan profundo, Kate no estaba muy segura de lo que estaba pasando. Se incorporó de un salto en la cama, aturdida y desconcertada mientras los mundos del sueño y de la vigilia parecían colisionar.

Se trataba de una canción antigua. Al principio sonaba como un tema de Disney. La instrumentación recreaba mágicamente los sonidos del agua cayendo por una cascada.

Entonces empezaba la percusión. Parecían campanas, o tal vez un



xilófono, y luego entraban las voces del grupo armónico masculino.

«Mr. Sandman, bring me a dream...».

Se quedó petrificada mientras un escalofrío recorría todo su cuerpo como una ráfaga de aire glacial.

Y de pronto una sombra oscura la agarró y la empujó sobre el colchón. Una mano le tapó la boca. Notó algo pesado sentándose a horcajadas sobre ella, y un aliento cálido soplándole en el cuello, antes de sentir la aguja clavándose en su piel. El olor de los guantes de cuero le llenaba las fosas nasales al tiempo que luchaba por respirar.

Kate intentó retorcerse, quitárselo de encima, forcejear. Pero comenzó a notar los miembros como entumecidos. Como si cada uno le pesara más de cien kilos. Apenas podía levantarlos. También notaba los párpados muy pesados, y entonces toda la habitación empezó a moverse. Era como si se fuera hundiendo cada vez más en la cama y no pudiera volver a levantarse nunca más.

Él le estaba hablando. Sonaba como si se encontrara muy muy lejos.

—Tienes unos ojos preciosos. Creo que me los quedaré.

Kate sintió que la levantaban y luego volvían a bajarla. Estaba tumbada sobre algo negro. Con olor a caucho. Un sonido amenazó con sumirla en el terror más absoluto, pero estaba tan adormecida que apenas podía moverse. Era el sonido de una larga y recia cremallera metálica.

Mientras la cremallera se cerraba sobre ella, comprendió horrorizada que la habían metido en una bolsa para cadáveres.

Y fue entonces cuando sus ojos se hundieron en una oscuridad más profunda que la más negra de las noches.

## EDDIE

Las ocho y media de la mañana no era una hora muy habitual para que estuviera ya en mi despacho. Tampoco había dormido muy bien esa noche. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Delaney en la caja de aquella camioneta, sentía su sangre cálida y pegajosa en mis manos, y aquellos espantosos puñados de arena rosada y sanguinolenta llenándole las cuencas oculares vacías.

La puerta del despacho se abrió y Denise entró cargada con una bolsa de papel marrón, que vació sobre mi mesa. Eran móviles de prepago baratos, todavía dentro de su envoltorio transparente de plástico duro. Cinco en total.

Agarré uno de los paquetes y empecé a tirar del plástico. Ni de coña. Eché mano de un par de robustas tijeras, que no tardaron en romperse en dos cuando intentaba cortar el durísimo borde del envoltorio.

—¿Puedes traerme un pico o un soplete para abrir esto?

Tras suspirar profundamente, Denise alzó los ojos al techo y desapareció en la cocina. Volvió con un abrelatas. Ajustó el artilugio en un lateral del envoltorio y empezó a girar la manivela. El abrelatas se fue deslizando a través del duro plástico, hasta que, en cuestión de segundos, la secretaria consiguió retirar el envoltorio y me entregó el móvil.

—¿Te he subido ya el sueldo hoy?

—Todavía no —dijo ella sonriendo.

—Coge un móvil.

—Enseguida, primero tengo que revisar la correspondencia del bufete.

—¿Queda algo de café en la cafetera? —pregunté, pero ella ya había salido del despacho camino de su mesa.

—Sírvelo tú mismo el dichoso café —la oí contestar.

—Siempre lo hago. Solo quería saber si quedaba.

Me llevó un poco más de tiempo que a Denise quitar los envoltorios de los móviles. Cuando conseguí liberar el último, Harry y Bloch entraron en el despacho.

—Tenemos que intercambiarnos los nuevos números. Si la fiscalía ha pinchado el teléfono de Peltier, no me extrañaría nada que intente hacerlo con los nuestros. Las autoridades están tan desesperadas por capturar a Sandman que Drew White podría conseguir una orden para tener acceso a mis notas del instituto. No utilizéis vuestros móviles personales ni los fijos del despacho. Estos son vuestros nuevos teléfonos de trabajo. Un momento... ¿Dónde está Kate?

No importaba a qué hora llegara yo al bufete (que, a decir verdad, era normalmente después de las nueve): Kate siempre llegaba antes que yo.

—Me he pasado esta mañana por su apartamento y no había nadie —dijo Bloch—. También la he llamado al móvil, pero no lo ha cogido. Pensé que estaría viniendo de camino al despacho. Voy a probar a telefonarla otra vez.

—¡Denise! —llamé—. Ven a coger tu móvil.

La secretaria entró portando un buen fajo de sobres y cartas, la correspondencia del día. Desde que fundamos el bufete, yo apenas había vuelto a revisar el correo. Ella se encargaba de hacerlo cada mañana. Los sobres eran de distintos tamaños y formas, en su mayoría blancos y marrones, pero sobresaliendo bajo el montón que llevaba en brazos vi lo que parecía un sobre de los que se utilizan para meter tarjetas de felicitación. No tenía matasellos, lo cual significaba que había sido entregado en mano. E iba dirigido a mí.

Denise dejó el montón de correspondencia sobre mi mesa y empezó a clasificar las cartas. Entonces se fijó en el sobre, lo miró por delante y por detrás y me lo dio.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó.

Negué con la cabeza y procedí a examinar su contenido, al tiempo

que Bloch ayudaba a Harry con el nuevo móvil y Denise empezaba a abrir el resto de la correspondencia.

Dentro del sobre había una única hoja, doblada por la mitad. Había sido arrancada de un cuaderno de notas de papel amarillo. Reconocí la caligrafía de Kate y la tinta de gel de esos bolígrafos japoneses que a ella le encantaba usar. Era una parte del borrador del discurso de presentación del caso Miller. Di la vuelta a la página.

Por encima de las notas de Kate había un mensaje garabateado en mayúsculas rojas.

TENGO A KATE.

ESTÁ VIVA, DE MOMENTO.

SI HABLÁIS CON LAS AUTORIDADES, KATE MUERE.

SI CONDENAN A CARRIE, KATE MUERE.

SI CONSEGUÍS QUE ABSUELVAN A CARRIE, LA DEJARÉ IR.

## EDDIE

A veces, de golpe, recibes un tremendo mazazo.

El despacho entero pareció oscilar hacia la derecha, como si todo el edificio se hubiera partido en dos y se hubiera ladeado con violencia, haciéndome perder el equilibrio. Se me nubló la vista y volví a notar el sabor de las tortitas que había desayunado. La saliva me inundó la boca. La hoja me resbaló de la mano y cayó lánguidamente sobre la mesa.

La mesa...

Me incliné sobre ella y me agarré con fuerza a los bordes para no caerme.

Dos únicas palabras retumbaban en mi cabeza como un redoble de tambor: «Kate no, Kate no, Kate no, Kate no...».

No podía hablar. No podía pensar. Necesitaba mantener la compostura o me pondría a vomitar en cualquier momento.

Harry cogió la página con las dos manos. Había visto mi reacción, y sus ojos se fueron desorbitando a medida que iba leyendo, sus labios moviéndose en silencio, articulando las palabras, volviéndolas reales. El papel temblaba de forma tan violenta en sus manos que parecía vibrar. Al anciano le flaquearon las piernas y se desplomó sobre una de las sillas de los clientes. De no haber estado detrás de él, habría caído directamente al suelo. Mientras tanto, Bloch también se había inclinado para leer la nota, e incluso siguió leyendo cuando a Harry se le cayó el papel.

Bloch se tapó la cara con las manos. Y así se quedó. Inmóvil.

—Bloch... —acerté a decir, alargando los brazos hacia ella, luchando contra las náuseas que me atenazaban, tratando de recuperar el aliento—. Bloch, vamos a hacer que vuelva —dije, pero

ella no me escuchó. Se limpió la cara con las manos y salió corriendo del despacho.

—Oh, Dios... —exclamó Harry, y se santiguó. Se inclinó hacia delante, entrelazó las manos y empezó a rezar una oración.

Entonces oí unos fuertes ruidos. Golpes y puñetazos sobre una superficie dura. Conseguí salir del despacho, sintiendo que las piernas comenzaban a sostenerme. La puerta del lavabo de señoras estaba abierta. Denise, que también había oído los violentos golpes, entró corriendo. La seguí. La encontré con la espalda apoyada en uno de los cubículos, con la mano tapándose la boca, mirando a Bloch.

Cada puñetazo arrancaba un nuevo trozo de baldosa blanca de la pared. Sus manos se movían con rapidez, como si estuvieran golpeando un saco de boxeo. A sus pies empezaba a formarse un montón de azulejos destrozados y cada impacto levantaba una pequeña nube de polvo de yeso.

La agarré por detrás, inmovilizándole los brazos, y, con suma delicadeza, la aparté de la pared. Al principio se resistió, y tuve la impresión de que, si quisiera, podría deshacerse de mí fácilmente y destrozarme la nariz lanzando un cabezazo hacia atrás.

Pero, por supuesto, no lo hizo.

Mientras jadeaba para recuperar el aliento, dejó que la abrazara. El contacto físico no resultaba fácil para ella. Pero en ese momento, con la sangre hirviendo en su interior, era como si no lo notara, como si estuviera demasiado acelerada para poder sentir algo.

Poco a poco su respiración se hizo más profunda y su pulso se tranquilizó.

De forma muy lenta fui aflojando mi agarre. Lo suficiente para comprobar si acabaría zafándose de mí y seguiría golpeando la pared. No lo hizo. La solté y retrocedí unos pasos.

Denise agarró un puñado de toallitas de papel, abrió el grifo y las empapó con agua fría. Primero limpió los nudillos ensangrentados de Bloch, y a continuación, con extremo cuidado, le fue quitando el yeso polvoriento que le cubría la cara.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla izquierda y dejó un profundo surco en la gruesa capa de polvo, como una cicatriz.

Denise se la secó, y luego las dos mujeres se abrazaron.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó la secretaria.

—Sandman tiene a Kate. No se lo puedes decir a nadie. Ni a la policía ni a nadie. Dice que, si no conseguimos que absuelvan a su mujer, matará a Kate.

Denise cerró los ojos, abrazó a Bloch con más fuerza y le susurró algo al oído.

Bloch asintió y se separaron. Luego se sorbió la nariz y dijo:

—Tengo que reunirme con Lake. Os llamaré desde el coche. —Y se marchó.

Poco después Harry se acercó a la puerta del lavabo.

—Bloch acaba de irse. ¿Está bien?

Negué con la cabeza.

—Ya me lo suponía. ¡Maldita sea! —espetó Harry—. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que contárselo a la policía.

—No —repuse—. Si lo hacemos, la matará.

—Entonces ¿qué diantres vamos a hacer?

Levanté una mano para enjugarme el sudor que me caía sobre los ojos. Me di cuenta de que los dedos me temblaban, y no era del esfuerzo de haber sujetado a Bloch. Tenía los nervios totalmente desquiciados. No podía pensar.

Fragmentos de baldosas destrozadas crujieron bajo los pies de Denise cuando volvió a acercarse al lavamanos, mojó unas toallitas y nos las pasó a Harry y a mí. Luego se apoyó en uno de los cubículos, se cruzó de brazos y se enjugó las lágrimas que amenazaban con arruinar su rímel.

—Esto no es un despacho de abogados —dijo—. Llevo toda mi vida trabajando en bufetes, y lo que he visto aquí... Esto es una familia. No podría soportarlo si algo malo le pasara a Kate. ¿Qué demonios vamos a hacer?

Harry y yo nos miramos.

Finalmente, él dijo:

—Parece que no tenemos otra opción.

## BLOCH

En su línea de trabajo, Bloch tenía asimilado sufrir algunos cortes y magulladuras. Era bastante habitual, y llevaba vendas en la guanteras. Mientras el tráfico estaba detenido, se vendó los nudillos de ambas manos. Seguía sangrándole la herida de la mano derecha, pero no era gran cosa. Le serviría, de momento. No estaba acostumbrada a manifestar emoción, ni ira. No le salía de dentro, pero nunca había estado en una situación en la que su mejor amiga corriera auténtico peligro. Para Bloch, eran aguas inexploradas. Tenía que conservar la calma; mantener la cabeza fría, para poder usarla.

Saludándola con la mano desde la acera, Lake se acercó al jeep de Bloch cuando esta se acercaba al bordillo al tiempo que bajaba la ventanilla del lado del acompañante.

—Sube —dijo.

—Pero si ya estamos aquí. Esta es la calle de los Nielsen.

—Sube. Tenemos que hacer una cosa antes.

Titubeó, pero solo un momento, luego se montó a su lado y se puso el cinturón de seguridad.

—Lo que voy a decirte no sale de aquí —advirtió Bloch acelerando el motor a la vez que se incorporaba al tráfico—. Si los polis o los federales se enteran de esto, sabré que ha sido cosa tuya. Entonces iré a por ti. ¿Lo entiendes? —preguntó.

—¿Qué ocurre?

—Anoche, Sandman secuestró a mi amiga, Kate Brooks. Es la socia de Eddie. Nos ha enviado una nota esta mañana en la que dice que, si no conseguimos que absuelvan a Carrie Miller, matará a Kate. Si acudimos a la policía, lo mismo.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho. Tu amiga, ¿dónde...?



—Vamos a su apartamento ahora mismo.

Estaban a solo veinte minutos del edificio de Kate y durante esos veinte minutos ninguno de los dos habló, pero Lake exteriorizó muchas cosas.

Acarició la mochila de cuero para el portátil, que tenía sobre el regazo, luego tamborileó encima con los dedos, tiró de las correas, se masajeó las muñecas, taconeó, hizo chasquear la lengua contra los dientes y se tiró del lóbulo de la oreja. El hombre era un manojito de nervios, hoy más que nunca. Y mientras Lake manifestaba todas sus ansiedades, Bloch se limitaba a conducir. Solo movía la cabeza, pisaba el acelerador y giraba el volante. Tenía los dientes apretados y de vez en cuando se notaba la vena hinchada en el cuello, pero se guardaba dentro todo el miedo y la preocupación, dejando que hirvieran a fuego lento. Y cuando ya no pudiera seguir conteniéndolos, encontraría algo contra lo que descargarlos. Si ese algo resultaba ser una persona, que Dios la ayudara.

No le había sorprendido que robaran en casa de Kate la otra noche. Lo único sorprendente era que no hubiese ocurrido antes. La gente se hacía la ilusión de que, una vez estabas a varias plantas de altura de la calle en Manhattan, te encontrabas a salvo. No era verdad. Hasta los edificios de apartamentos más seguros sufrían oleadas de robos. Si vivías en la ciudad el tiempo suficiente, no era cuestión de si te robarían, sino de cuándo y qué te arrebatarían. A diferencia del edificio de Lilian Parker, el complejo de apartamentos de Kate no era seguro. Había distintas vías de salida del inmueble, por callejuelas o escaleras de incendios. Se podía salir tranquilamente con un cadáver a cuestas y no había ninguna cámara que lo registrara. Asimismo, la calle estaba poco transitada a altas horas de la madrugada. Sandman no habría tenido muchos problemas para acceder al apartamento de Kate y secuestrarla sin que lo vieran.

Cuando Bloch aparcó, Lake se limitó a asentir y la siguió al interior del edificio y hasta la planta del apartamento de Kate. La puerta principal estaba cerrada, pero ambas cerraduras presentaban marcas en torno a los ojos.

—Usó un minitaladro —dijo Lake. Era un pequeño y valioso

dispositivo con un motor suave y muy silencioso que funcionaba en esencia como una ganzúa. Había quien lo llamaba la llave mágica.

Bloch empujó con las yemas de los dedos la puerta, que se abrió.

Uno de los inconvenientes de usar la llave mágica era que tendía a averiar la cerradura, lo que impedía que la puerta se cerrara.

Dentro, las cortinas estaban echadas, pero eran finas y baratas, y seguía entrando luz en la habitación. Descorriéndolas, Bloch dejó que la luz del sol iluminara las motas de polvo que danzaban en el aire. Mientras se arremolinaban en torno a los rayos, echó un vistazo al apartamento. No había nada fuera de lugar, aparte de la cama sin hacer. Kate nunca dejaba la cama deshecha por la mañana.

—¿Hay algo en concreto que buscar? —preguntó Lake.

Bloch no habló, estaba concentrándose, asimilando todos los detalles, sirviéndose de sus recuerdos para reparar en cualquier cosa extraña o poco habitual. Mientras se tomaba su tiempo y examinaba el domicilio a fondo, no vio nada fuera de lo normal.

Aparte de una cosa.

Encima de la isleta del desayuno estaba el bloc de notas de Kate, del que habían arrancado una hoja, la hoja que había usado el tipo para escribirle la nota a Eddie. Al final se acercó a la cama sin hacer. El edredón estaba retirado del todo, como si Kate se hubiera levantado de súbito, o la hubieran sacado de la cama de un tirón.

Bloch cogió el edredón, que Kate siempre insistía en llamar cubrecama, y lo volvió a poner bien. Decidió que iba a hacer la cama. Parecía una estupidez, pero Kate era puntillosa con el orden en su casa. Bloch cogió la almohada, se la llevó a la cara e inhaló: el aroma de Kate. No era perfume ni productos para el cabello, sino que era Kate. Y ella conocía ese olor desde que tenía once años. Tragó saliva sofocando el espasmo en la garganta que amenazaba con convertirse en un torrente de pérdida y miedo que la abrumaría. En cambio, hizo la cama. No era más que un gesto insignificante y sin la menor trascendencia, pero tenía peso para Bloch, porque de algún modo significaría algo para Kate.

Cuando se inclinó y alisó el edredón, palpó algo duro con los dedos. Era un edredón gris con un dibujo de líneas estrechamente unidas que se entrelazaban con algunas pinceladas amarillas.

Resultaba difícil ver algo encima de la cama, sobre todo si era de plástico transparente, pero eso fue justo lo que encontró Bloch.

Era fino y de forma ahusada: el capuchón de la aguja de una jeringuilla.

—Mira en el cajón de la cocina debajo de la cafetera —indicó Bloch—. Verás unas bolsitas de plástico para sándwiches. Tráeme una.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Lake acercándose.

—La bolsa —insistió Bloch.

Lake se dio cuenta de que no iba a sacarle nada más hasta que le diera la bolsa. Rodeó la encimera, buscó las bolsas en una caja de cartón y le tendió una.

Bloch la abrió y recogió el capuchón de plástico de la cama.

—Vaya, vaya —comentó Lake—. Se lo ha dejado.

—La atrapó en la oscuridad —señaló Bloch—. Debió de ir con una mano por delante para taponarle la boca, acercándose lentamente en silencio. Debía de saber que las paredes son delgadas, y sofocar un grito era clave. Llevaría la jeringuilla en la otra mano.

—Qué listo —observó Lake.

La pregunta cuya respuesta ambos querían saber era si Sandman se habría arriesgado a juntar las manos, justo en el último instante, para quitarle el capuchón a la jeringuilla y descubrir la aguja. El capuchón estaba encima de la cama, conque lo había hecho en el último momento. Lo más probable era que hubiese agarrado a Kate con una mano, inmovilizándola y sofocando su grito, y hubiera retirado el capuchón de la jeringuilla mordiéndolo con los dientes para luego escupirlo sobre la cama.

—Esto es de Sandman. Si se ha llevado a Kate, eso significa que la tiene retenida en alguna parte. Sea donde sea, hay muchas probabilidades de que se trate del lugar donde ha estado escondido todo este tiempo. Es posible que haya fibras, restos de sustancias químicas, algo en este objeto que pueda darnos alguna pista sobre ese lugar —dijo Bloch.

—Se lo llevo ahora mismo a mi contacto. Tengo un amigo que es técnico forense privado.

Bloch cerró la bolsa, se la tendió y se quedó erguida con la mirada

fija en Lake.

—La vida de mi mejor amiga está en peligro. ¿Por qué habría de confiar en ti después de que nos mintieras?

Las motas de polvo giraban a través de un rayo de sol, en contraste con lo perfectamente inmóvil que se había quedado Lake: sin el menor asomo de tics, gestos ni movimientos nerviosos. El motor, siempre en marcha, se le había gripado de pronto. Bloch sabía que estaba planteándose el siguiente paso. O bien se reafirmaría en la mentira, en cuyo caso Bloch lo dejaría tirado y se buscaría su propio técnico, o bien se sinceraría.

Lake no apartó la mirada de ella ni un instante, como si estuviera calculando su respuesta más probable.

Levantó las manos con las palmas hacia ella y los dedos separados.

—Vale, me has pillado. No trabajo para los federales.

—Entonces ¿por qué mentiste?

—Porque no quiero detener a Daniel Miller; quiero matarlo. Y eso no os ayudaría ni pizca con el caso de Carrie. Necesitaba un incentivo para conseguir que me ayudara otro investigador, de manera que pudiera acceder al expediente del FBI sobre los asesinatos; a vuestros informes. Lamento haber mentido. Si os hubiera dicho la verdad, no me habrías admitido y, como dije, tengo problemas para confiar en la gente.

—Entonces ¿por qué no habría de dejarte al margen de la investigación ahora mismo?

Se pasó la lengua por los labios secos, miró fijamente el suelo un momento, y cuando habló, se le quebró la voz. El tono se le volvió más agudo, luego más grave y finalmente se le astilló bajo el peso de un dolor que no podía disimular.

—Porque mi amiga ya está muerta. Y eso no lo puedo olvidar. Puedo ayudaros a atraparlo y rescatar a tu amiga con vida. Ahora hay otra vida en juego. Eso es más importante que la venganza. Te doy mi palabra de que no lo mataré.

Bloch hizo una breve pausa para asimilarlo todo, y luego asintió.

—¿Te parece bien? ¿Eso es todo? ¿Sin rencores? ¿En serio? —preguntó Lake.

—¿Quieres que monte un desfile para celebrarlo? Vamos a ver al vecino.

No era muy probable que el vecino de Kate le abriera la puerta a Bloch después del altercado de anoche, así que decidió que era mejor entrar a saco.

Apoyó la espalda en la pared contraria, dio dos zancadas hacia delante a toda velocidad y a la tercera descargó el pie derecho contra las bisagras de la puerta. El vecino de Kate estaba sentado en el sofá con una cerveza en la mano. La otra mano no parecía utilizable: tenía el meñique entablillado. Llevaba la nariz cubierta con una tirita de gran tamaño y los ojos bordeados de magulladuras de color violeta intenso.

Empezó a gimotear cuando Bloch lo agarró por la camisa, le hizo ponerse en pie y luego lo estampó contra la pared cercana.

—¿Viste u oíste a alguien en el pasillo anoche a las tantas, después de que me fuera yo?

—Ya dije que no pensaba dar parte a la poli —aseguró.

Bloch lo apartó de la pared y luego volvió golpearlo contra ella.

—No me refiero a eso. Esto no tiene que ver contigo. No dispongo de mucho tiempo y necesito saber si viste u oíste a alguien, o algo, anoche después de que yo me fuera.

—Venga, pégame —dijo, y levantó el meñique roto—. ¿Qué más crees que puedes hacerme?

Lake agarró al tipo por el dedo roto y dijo:

—Se me ocurren por lo menos otras nueve cosas.

—Por favor... —suplicó el vecino—. Estaba en Urgencias. No vi nada.

—No viste a un desconocido en los pasillos, un coche que no te sonara aparcado delante ni...

—Música —dijo.

—¿Qué música?

—Volví a casa de Urgencias a eso de la una de la madrugada y no podía dormir. Entonces oí que tu amiga ponía una musiquilla antigua. Y luego me dormí. Nada más. Eso es todo.

A Kate no le iban las canciones antiguas. Le gustaban Beyoncé y Taylor Swift.

—¿Qué clase de musiquilla antigua?

—Era algo así como esa canción de *Regreso al futuro*, ya sabes, la peli. Después de que Michael J. Fox haya regresado en el tiempo.

—Suéltalo —dijo Lake.

Bloch lo soltó, y retrocedieron hasta salir del apartamento.

—¿De qué hablaba? —preguntó Bloch en el pasillo.

—Ya sé qué canción es. Es un tema en estrecha armonía, en plan a capela. Se titula «Mr. Sandman».

## EDDIE

Los medios de comunicación internacionales estaban delante del edificio de los Juzgados de lo Penal. Vi furgonetas de la BBC, Bloomberg, France 24 y algún otro medio que ni siquiera atiné a leer. Estaban todos disputándose el sitio con el resto de los canales de noticias estadounidenses. Sandman era una noticia de las grandes. Y el juicio de su mujer había despertado mucha expectación.

Harry y yo fuimos por la entrada lateral de los juzgados, la que estaba reservada a los fiscales y los empleados del tribunal. Conocíamos a los vigilantes de seguridad lo bastante bien como para que no nos pusieran muchas pegas. Subimos a la octava planta en ascensor y vimos una nutrida muchedumbre de periodistas en el pasillo. No tuvimos otra opción que agachar la cabeza y abrirnos pasos.

De algún modo, Harry llegó a la puerta de la sala del tribunal antes que yo. Debía de haber sorteado al gentío por un lateral. Me agarró la mano y tiró de mí hacia el interior justo antes de que el ujier cerrara la puerta a nuestra espalda.

He entrado en muchas salas del tribunal, en muchos casos de alto voltaje, pero esto era distinto. Se notaba el peso del aire al respirar. La mano izquierda no dejaba de temblarme. Pensar en Kate, quizá amordazada, sin duda asustada, preguntándose si lograríamos salvarla...

Tenía ganas de vomitar.

Durante años ejercí en solitario. Solo yo, sin secretaria ni empleados ni colegas ni socios. Porque a veces la presión de mis casos me ponía en el punto de mira de gente peligrosa, y no quería

que nadie cercano a mí se viera atrapado en el fuego cruzado. Mis allegados siempre están vigilándose la espalda. Parte del motivo de que Christine y yo rompiéramos fue mi línea de trabajo. Tomé la decisión de proteger a mi familia distanciándome. No quería esa vida para mi mujer y mi hija. Para cuando me di cuenta de que había tomado la opción equivocada, y que habría sido mejor trabajar como un abogado normal y corriente, ya era demasiado tarde. Las había perdido a las dos.

Luego llegó Harper, una mujer a la que quise, aunque nunca llegué a decírselo. Murió por mi causa, porque yo intentaba ayudar a alguien. Todavía me despierto en plena noche, sin aliento, sudando, debido a una pesadilla en la que voy a toda prisa a casa de Harper, y ella sigue viva.

Pero sé que ya es muy tarde, que no lo conseguiré.

Y ahora había cometido el mismo error.

Kate estaba en manos de un chiflado por mi culpa.

Me sentía mareado. Alargué la mano hacia uno de los bancos para no perder el equilibrio.

Fue entonces cuando noté que Harry me cogía por la cintura y pasaba un hombro por debajo del mío.

—Ven aquí, al rincón —dijo.

Fuimos poco a poco hasta el final de la galería, lejos de los ujieres y el resto del personal de los tribunales. En los juicios con gran presencia mediática, los funcionarios judiciales acostumbran a dejar que los abogados dispongan de la sala un rato antes de que dé comienzo la vista. Las normas no dicen nada al respecto, simplemente se ha convertido en una costumbre.

Me senté en el banquillo. No quería estar cerca de la mesa de la defensa. No podía, todavía no. El mundo estaba dando vueltas, tenía arcadas y era incapaz de concentrarme, ni siquiera podía respirar.

—Eddie, tómatelo con calma. Estás teniendo un ataque de pánico —dijo Harry.

—Es culpa mía. No tendría que haberme asociado con Kate. Harry, es tan joven... No puedo...

—Yo también lo siento. Es como una hija para mí. O sea que tienes que ponerte las pilas. Hay manera de solucionarlo. La



podemos salvar.

—No puedo...

—Sí que puedes. Podemos. No es culpa tuya. No es culpa de nadie. Pero debes solucionarlo. Kate está viva y tenemos que lograr que siga estándolo. Has de serenarte y concentrarte en el juicio, porque si no lo consigues, Kate no saldrá bien parada.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás.

Tuve la sensación de que todos los errores que había cometido en mi vida se amontonaban a mi alrededor, a punto de derrumbarse sobre mi cabeza.

Me planteé qué haría Kate si la situación hubiera sido a la inversa: si hubiera sido yo el que estuviera secuestrado y ella quien tuviera que presentar batalla para salvarme.

La respuesta estaba clara. Yo admiraba a Kate. Era más lista y más fuerte que prácticamente nadie que hubiera conocido. Sabía exactamente lo que haría. Apretaría los dientes y recordaría que era de Edgewater, New Jersey, y que nadie se metía con Kate Brooks.

Procuré tener esa idea presente, respirarla como si fuera aire. No me cabía la menor duda de que, estuviera donde estuviese, pelearía y sobreviviría. Yo tenía que ser tan fuerte como ella.

Inspiré hondo, me embebí de esa sensación, de la fuerza que estaba obteniendo de Kate. Me levanté y regresé junto con Harry a la mesa de la defensa.

Había otra convención en los tribunales estadounidenses: los jueces jubilados no volvían a ejercer la abogacía. Era una costumbre que más o menos se observaba, con solo algún que otro ejemplo de jueces que volvían a la refriega para defender a antiguos clientes después de haberse retirado de la judicatura. Harry no tenía ninguna intención de volver a ejercer la abogacía. Era asesor del bufete, y nada más.

O eso creía él.

—No puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda —dije.

—Estoy aquí mismo, Eddie —respondió cuando nos sentábamos a la mesa de la defensa.

—No, quiero decir que necesito que seas el segundo abogado.

—Pero no debería...

—No hay ninguna ley que lo prohíba. Presentamos tu documentación esta tarde. Hasta entonces te cubre mi seguro como abogado principal.

—Eddie, hace veinte años que no ejerzo. No sé si...

—Eres capaz de repreguntar mejor que yo. Te necesito. No puedo hacerlo solo.

Dispuse los expedientes de Miller en la mesa delante de nosotros junto a dos iPads con todos los archivos en formato digital. Harry se fijó en mis dedos temblorosos. Sacó de la cartera un bloc de notas, una pluma Pelikan y un frasquito de tinta azul. Dejó la estilográfica sobre la página y la miró. Luego me miró a mí.

Asintió y cogió la pluma. Trazó una raya horizontal en la parte superior de la hoja y luego otra vertical, dividiéndola por la mitad. El lado derecho para las notas de lo que dijeran el fiscal o los testigos; el lado izquierdo para sus refutaciones. Era uno de los principios básicos de la abogacía.

Harry alargó la mano y la puso sobre la mía para agarrarme los dedos trémulos. Cuando habló, la voz se le quebró por efecto de la tensión.

—Vamos a ganar este caso por Kate —dijo.

## EDDIE

—¿Dónde está? —pregunté.

—Vendrá enseguida. No se lo perdería por nada —dijo Harry.

El equipo fiscal ya había llegado. Drew White y una cuadrilla de ayudantes, todos hombres, todos de cerca de treinta años, todos con pinta de aspirar a hacerse famosos gracias a este caso. La fiscalía alardeaba de contar con una amplia nómina de ayudantes femeninas de fiscal del distrito capaces e inteligentes, pero no le habían dado la oportunidad de lucirse en este caso a ninguna de ellas. White había seleccionado con cautela a su equipo de apoyo. Todos tíos, todos amigos, todos dispuestos a hacer la vista gorda y, en caso necesario, encubrir cualquier falta de ética profesional en la que incurriera White durante el juicio. Ninguno de ellos pensaba en las víctimas. Lo único que les importaba era incluir el nombre de este caso en su currículum antes de enviarlo a un bufete de Wall Street que pagara un sueldo astronómico en la franja superior de las seis cifras.

Detrás de la mesa de la fiscalía había una fila de polis y federales. Bill Seong estaba sentado al final del pasillo. Era su caso, en realidad, y podría haber acudido a un tribunal federal. Yo tenía la sensación de que, si atrapaban a Sandman, Seong insistiría en que la fiscalía se ocupara del asunto bajo su jurisdicción federal. Pero ahora no se trataba de Sandman, sino de la segunda mejor opción. Y Seong era lo bastante astuto para dejar que se ocupara de ello el fiscal de la zona. Este caso era un experimento en el que no arriesgaba nada, una oportunidad de sacar a relucir las pruebas sin que eso tuviera la menor consecuencia para él. Si el caso se torcía y Carrie Miller era absuelta, Seong se lavaría las manos de todo el

asunto y culparía al tribunal local del estado. Luego se cercioraría de que no se cometieran los mismos errores en el juicio contra Sandman en un tribunal federal. Si White se las arreglaba para que la condenasen, Seong se llevaría todo el mérito.

—Tiene que estar aquí por alguna parte, ¿no? —dije.

Harry se levantó y se volvió para escudriñar los rostros en los bancos atestados detrás de nosotros. Se alzó una mano al fondo. Me levanté y vi, en el rincón mismo de la sala, a Otto Peltier con la mano en el aire. Habíamos hablado por teléfono después de la vista de ayer. Él había estado peleando por Carrie durante mucho tiempo y estaba muy implicado en el caso. Además, mientras ella siguiera en paradero desconocido, también lo estaría su dinero. Otto me caía bien, pero no podía por menos de pensar que no habría invertido tanto tiempo y esfuerzo en localizar a Carrie si ella ya hubiera abonado sus honorarios legales de un millón de dólares. El día anterior Otto había estado husmeando en moteles, hotelitos y hostales por Brooklyn, Queens y el Bronx, en cualquier sitio donde aceptaran dinero en efectivo a cambio de una cama y no hicieran preguntas, el tipo de sitio donde se escondería alguien con el perfil de Carrie. Había hecho trescientos kilómetros en coche y efectuado más de un centenar de llamadas telefónicas: mucho trabajo, pero estaba en juego una minuta de siete cifras.

De momento no había ni rastro de ella.

—Voy a hablar con él —dijo Harry.

—No menciones a Kate.

—Claro, pero me preguntará dónde está.

—Dile que está con Bloch, siguiendo una pista. Pregúntale por los lugares donde la ha buscado.

Vi cómo Harry iba hasta la entrada de la sala y le indicaba a Peltier que saliera con él.

Esperé.

En los juicios hay muchas esperas. Estás a merced del sistema judicial, y de la agenda de partidos de golf del juez. Me crucé de brazos para sujetarme las manos y evitar que siguieran temblándome. El ujier atrajo mi atención y levantó una mano para indicarme «cinco minutos».

Miré el móvil. No había mensajes nuevos. Estaba esperando que Betty Clarke del *Sentinel* se pusiera en contacto conmigo para facilitarme alguna información nueva. Puesto que Bloch estaba por ahí con Lake, me hacía falta otra fuente. Había hecho unas indagaciones sobre Betty. Llevaba cinco años trabajando en el *Sentinel* como corresponsal de sucesos. Ahora que lo pensaba, la había visto alguna vez por el juzgado de guardia. Se ve a muchos periodistas sedientos por allí, esperando que llegue algún famoso borracho para pillar una exclusiva que venderle al *New York Times* o el *Post*. Preguntando por ahí, descubrí que Betty le caía bien a la gente, incluso confiaban en ella, y eso suponía que tenía acceso. A veces un periodista gana más profesionalmente no publicando un reportaje. Siempre hay otro más importante, y hacer amigos ayuda a abrir la clase de puertas detrás de las que podría haber escondidos esqueletos más grandes.

Le envié un mensaje de texto.

Ha habido suerte?

Y esperé.

Vibró el móvil.

Tengo algo, pero estoy esperando confirmación

Escribí la respuesta y la envié.

Vamos justos de tiempo. Obtenla lo antes posible

Oí que las puertas se abrían entre el runrún del gentío entusiasmado. Harry vino por el pasillo central y tomó asiento a mi lado.

—Todo bien —me aseguró.

Me levanté y me acerqué al secretario de Stoker, un veterano llamado Jerry. El último juez para el que hizo de secretario era bebedor. A veces se presentaba en la sala tan borracho que no podía tenerse derecho, al menos hasta que Jerry le hacía beber toda una cafetera y les daba largas a todos los abogados para que tuviera

tiempo de recuperarse. En otras palabras, Jerry era de esos funcionarios leales que no abundaban entre el personal judicial. Fue la primera opción de Stoker una vez se jubiló el anterior juez de Jerry.

—Jerry, necesito pasar a ver al juez —dije—. Es un asunto personal. No quiero que el fiscal entre conmigo.

—¿Eso está permitido? ¿Tiene que ver con el caso? —indagó Jerry.

En ese momento, Harry se acercó a saludar a Jerry. Se conocían bien. Jerry había hecho incluso de crupier en una timba de cartas ilegal que organizaba Harry para jueces superiores.

—Eddie necesita ver un momento al juez a solas. Sé que es poco habitual, pero no pasa nada. Dile al juez Stoker que no tiene de qué preocuparse.

Por lo general, un letrado en un juicio no puede hablar con el juez sin que esté presente el abogado de la otra parte. Así se evita cualquier tipo de implicación de deshonestidad o de parcialidad, real o percibida. No está escrito en ninguna parte, es otra de esas convenciones.

—Bueno, si dices que no pasa nada, Harry... Aunque no creo que a su señoría vaya a hacerle ninguna gracia —observó Jerry.

—No me sorprendería. ¿Qué tal es el tipo, por cierto? —preguntó Harry.

—Es un hombre justo —comentó Jerry con un suspiro de resignación que tradujo «hombre justo» en «gilipollas de remate».

—Arriba el ánimo, Jerry. Me alegro de verte —dijo Harry.

Y sin más, Jerry me acompañó a la puerta trasera de la sala y por un pasillo hasta el despacho del juez Stoker, que estaba sentado detrás de su mesa con su bronceado de color naranja. Si acaso, esta mañana lucía un tono bronce más intenso. Quizá esperaba aparecer en multitud de noticias internacionales y quería ofrecer el mejor aspecto posible. O el que él consideraba un buen aspecto, al menos. A mi modo de ver, era como si lo hubieran sumergido en un barril de barniz antes de pasarlo por la pulidora. Tenía una pinta muy poco natural. Y, sin embargo, era así como preferían presentarse algunos hombres: ocultaban la oscuridad que llevaban en el corazón, se disfrazaban. Solo que en realidad no sabían con seguridad lo que era

parecer normal, ni qué se sentía al serlo. Así que optaban por lo más extremo.

—Buenos días, señoría. Quiero hablarle de un asunto privado, si no tiene inconveniente.

—Tendrá que esperar a que Jerry haga pasar al fiscal.

—No va a traer al fiscal. Como decía, es un asunto privado...

—Jerry, ¿dónde está el fiscal? —me atajó Stoker.

—El juez Ford ha dicho que no pasa nada si habla usted con el señor Flynn de un asunto privado.

—Él ya no es juez, Jerry —observó Stoker—. El juez de este caso soy yo.

—Es usted un hombre justo —dijo Jerry, que salió del despacho y cerró la puerta a su espalda.

—Jerr...

—Señoría, se trata de una posible conducta delictiva por parte de la fiscalía. Si hace pasar al fiscal, va a ponerle sobre aviso y eso es una infracción de las garantías procesales y seguramente entorpecimiento de la justicia. No entro en el despacho de un juez a pedir hablar con él en privado sin una causa justificada.

Stoker se retrepó en la silla crispando las pobladas cejas en la tabla de roble que tenía por frente.

—¿Qué ocurre?

—La fiscalía ha pinchado las comunicaciones del equipo de la defensa. Están escuchando nuestras llamadas. Eso infringe el privilegio de confidencialidad entre abogado y cliente y el privilegio del producto de trabajo. Quiero que dejen de hacerlo, y quiero todos los registros de las llamadas telefónicas que han pinchado.

—¿Qué? Bueno, supongamos que está en lo cierto, aunque casi con toda seguridad no lo está: la orden de esas escuchas telefónicas tendría que haberla firmado un juez.

—Cuando era usted miembro de menor antigüedad de la judicatura, ¿cuántas veces se presentó el Departamento de Policía de Nueva York en su casa a las tres de la madrugada y le plantó delante de las narices una declaración jurada de cincuenta páginas y un borrador de orden judicial? ¿Cuántas veces se leyó esa declaración de cabo a rabo, y también la orden, sin saltarse una sola

línea? Seguro que no debe de creer que el fiscal no es lo bastante inteligente para colarle algo así a un juez que no estaba prestando la debida atención.

Inclinándose hacia delante, Stoker clavó los codos en la mesa y entrelazó los dedos como adoptando una postura hostil, una posición desde la que lanzar un ataque feroz.

—¿Tiene alguna prueba que respalde esa acusación tan grave? —preguntó.

—No, ninguna en absoluto —reconoció.

—Si encuentra alguna prueba firme e irrefutable de que tienen pinchados los teléfonos, formule una petición y entonces me encargaré de ella.

—No puedo formular una petición, porque tendría que presentarla en la fiscalía. Les estaría poniendo sobre aviso.

—Señor Flynn, nuestro sistema penal no es perfecto, pero tenemos normas de procedimiento por un motivo.

—Garantíceme al menos lo siguiente: si obtengo pruebas fehacientes de que tenemos los teléfonos pinchados, dará usted orden de que se me entreguen esos registros.

Esbozó una sonrisa torcida y dijo:

—Si me aporta esas pruebas, firmaré esa orden. Ahora deje de hacerme perder el tiempo. Tenemos un juicio por delante. ¿Ya ha aparecido su cliente?

—No está en la sala, pero estoy seguro de que conseguiremos que venga antes de que concluya el juicio. No le puedo decir más al respecto...

—Claro, por lo del privilegio de confidencialidad entre abogado y cliente. Ya...

Me levanté y salí.

En el pasillo, camino de la sala, empezó a vibrar mi móvil. Era un mensaje de texto de Betty.

El mensaje me facilitaba un nombre.

Una hora.

Una ubicación.

Y Betty había confirmado que eran exactas.

Eché a correr.



De nuevo en la sala, bajé a paso ligero los peldaños del estrado y fui directo a la mesa de la defensa. Llevaba el móvil en la mano. Harry se levantó, y cuando pasábamos por delante de la mesa de la fiscalía, dije:

—Si sale el juez, dile que he tenido que ir a hacer una llamada urgente.

A Drew White se le dilataron los ojos, y me fijé en que se volvía en el asiento y cruzaba la mirada con Bill Seong. Los dos sabían que me traía algo entre manos, pero no tenían ni idea de qué podía ser.

Harry y yo fuimos rápidamente hacia la salida, cruzamos las puertas y accedimos al pasillo.

—¿Dónde está Peltier? —pregunté.

—Está en la cafetería de enfrente, esperando a que le llame el fiscal.

El ayudante de fiscal del distrito Drew White insistía en que sus testigos aguardaran delante del edificio de los juzgados, de manera que no oyeran nada de lo que se dijera en el juicio antes de que los llamaran a prestar testimonio. Les daban un busca y los mandaban a tomarse un café. Peltier había ido a la sala esa mañana para vernos antes de que empezara la vista. Ahora estaba fuera del campus.

Marqué su número y contestó de inmediato.

—Tengo una fuente, no puedo decir quién es, pero Carrie Miller va a reunirse con su gestor bancario en el restaurante Commodore a la una y cuarto, en una mesa privada al fondo, detrás del acuario. Tenemos que hablar con ella y conseguir que venga. ¿Estás preparado?

—Sí, allí estaré —dijo Peltier, y puse fin a la llamada.

Harry y yo volvimos a la sala y ocupamos nuestros asientos justo cuando Jerry decía: «Todos en pie», y anunciaba que presidía la sala el juez Stoker.

White no me quitó ojo hasta que entraron los miembros del jurado, y fue entonces cuando supe que teníamos un problema en el jurado.

Once de los miembros tenían aspecto aceptable.

Pero basta uno para envenenar a todo el jurado. Yo no era el único que había reparado en el miembro problemático. Harry se

rascó la mata de pelo blanco en la cabeza, se me acercó y dijo:

—Fíjate en la número cinco, la del vestido de flores.

La jurada cinco era una mujer blanca de cerca de setenta años. Llevaba un vestido azul con estampado de flores y el pelo plateado recogido en una cola de caballo tan tirante que se veía cómo le tensaba la piel en torno a los ojillos negros. Le enmarcaban los ojos unas gafas de montura grande y gruesa que se los hacían más pequeños aún. Tenía los labios firmemente apretados, fruncidos como si acabara de lamer napalm de un cactus. Sostenía un bolsito beis delante del cuerpo como si fuera un escudo antidisturbios, con las dos manos en el asa. Más valía no buscarle las cosquillas a la jurada número cinco. Tenía una constitución que habría sido la envidia de un defensor de fútbol americano universitario. Y tenía un aire mezquino, cabreado, excepto cuando miraba al fiscal. Cuando posaba la mirada en Drew White, se le atenuaban los rasgos, aunque solo un instante. Luego se removía en el asiento, desplazándose un poco hacia la izquierda, y le lanzaba a la jurada a su derecha una mirada cargada de odio. Esta jurada era una señora afroamericana más o menos de la misma edad que la número cinco.

—Esa tiene toda la pinta de que le gustaría ver arder el mundo — comentó Harry.

—Yo te aconsejaría que no te cases con ella.

—Ya sabes que me gusta divorciarme, pero esa no tragaría conmigo. ¿Has visto cómo ha mirado a la jurada número seis?

—No lanza ninguna mirada asesina a los jurados blancos — observé.

—Tampoco parece de esas tímidas y retraídas. Seguro que arma un buen escándalo en la sala del jurado.

Busqué la lista de los miembros del jurado en el iPad. Había algunas notas rudimentarias bajo cada uno de ellos tomadas por Peltier durante el proceso de selección.

—Se llama Ethel Gorman, exgerente de un matadero en Jersey. Nunca ha estado casada. Dedicar el tiempo libre a recaudar fondos para su iglesia local y la Organización Nacional del Rifle. Está registrada como votante republicana y se opone firmemente a las mascarillas y la vacuna contra el coronavirus.

—Es una... ¿cómo se dice ahora? ¿Una Karen? —señaló Harry.

—Es como la reina alienígena de las Karens —dije.

Miré la lista de jurados de reserva. El primer candidato era Clay Dryer. Estaba sentado al lado del estrado junto a los otros dos candidatos de reserva. Tenía más o menos la misma edad que Ethel. Se le había caído casi todo el pelo, salvo por una tupida franja blanca que le rodeaba el lustroso cráneo. Lucía gafas de montura roja, camisa a cuadros, jersey azul marino y pantalones de algodón. Llevaba algo en la muñeca, justo delante del reloj: una pulsera de cuentas de vivos colores con una especie de etiqueta de cuero. Me encontraba lo bastante cerca de los candidatos de reserva para distinguir las letras de la plaquita. No podía leerlas todas, pero sí las suficientes para saber que era una sola palabra: «Abuelo».

Las notas de Peltier señalaban que Clay era carpintero jubilado, llevaba casado cincuenta años y tenía siete hijos adultos. Su esposa y él cuidaban ahora de los nietos mientras sus hijos y los cónyuges de estos trabajaban. Les gustaban las vacaciones en familia a lo grande. Tenían tres perros. Los siete hijos, sus cónyuges y sus trece nietos iban a unas cabañas en el norte del estado donde pasaban el verano juntos como una gran familia.

—Tenemos que librarnos de Ethel y conseguir que Clay pase a formar parte del jurado —susurré.

—De acuerdo. No podemos correr ningún riesgo. Seguro que Ethel es como una tormenta de fuego en la sala de deliberación. Dios, vamos de culo, y Kate...

La voz se le entrecortó mientras señalaba la lista de los miembros del jurado en la pantalla.

—Kate cuenta con nosotros. ¿Cómo nos libramos de Ethel? Ahora no podemos protestar.

Tenía que concentrarme en el trabajo: este juicio, los testigos, el fiscal, el juez; y ahora, el jurado. Tenía la cabeza centrada en hacer trizas el caso contra Carrie Miller. Porque no había otra opción, era la única manera de salvar a mi amiga. Tenía que ahuyentar el miedo, la tortura de la ansiedad, y dirigir la atención como un láser hacia lo único que podía hacer para que volviera con nosotros.

Pero en ocasiones, como ahora con Harry, me sorprendía

pensando en ella. ¿Dónde demonios estaría? ¿Se encontraría herida? ¿Tendría miedo? ¿Qué le estaría pasando por la cabeza?

Al otro lado del pasillo, Drew White se levantó y rodeó la mesa de la fiscalía para ocupar su sitio delante del tribunal, frente al jurado, y comenzar su declaración inicial.

—Señoras y caballeros del jurado, me llamo Drew White. Soy la persona que va a presentarles las pruebas de la fiscalía contra Carrie Miller. Este es un caso insólito. No se me ocurre ninguno parecido. Y como todos los casos insólitos, requiere atención especial; su atención. Para cuando termine el juicio, creemos que pueden haberse formado dos opiniones razonables. La primera es que Carrie Miller participó de manera activa en los asesinatos junto con su marido, Daniel Miller, más conocido como Sandman. Ella tenía la misma intención que su marido: esa intención era asesinar. Y sabiendo que su marido era un asesino, lo ayudó intencionadamente en sus crímenes. Tenemos pruebas que demuestran sus intenciones y constataremos que ayudó a su marido. En otras palabras, es cómplice, lo que convierte a Carrie Miller en una asesina.

»Si, no obstante, no quedaran convencidos más allá de cualquier duda razonable de que compartía con su marido la intención de asesinar, hay un cargo alternativo, el de que facilitó sus crímenes. Ambos cargos comportan la pena de cadena perpetua. Hay algo que está claro, señoras y señores del jurado, no existe la menor duda de que Carrie Miller sabía que su esposo era un asesino. No se puso en contacto con la policía ni con el FBI. En cambio, depositó su confianza en su abogado. ¿Y qué hizo después de que este le ofreciera asesoría legal? Mantuvo la boca cerrada y ayudó a su marido a evitar que lo detuvieran, lo que le permitió volver a matar una, y otra y otra vez. Carrie Miller no se encuentra aquí hoy. Ha incumplido las condiciones de la libertad condicional. Está en paradero desconocido. Ha huido de la justicia, de ustedes. Quizá se pregunten por qué habría de huir una mujer inocente. La respuesta es sencilla: es culpable. Eso lo podemos ver todos. Su tarea consiste en hacerlo oficial.

## BLOCH

Hay varios laboratorios privados en Nueva York. Unos tienen vínculos con bases de datos gestionadas por cuerpos policiales, otros no. Bloch aparcó delante de un edificio moderno justo donde confluían los barrios del Soho, Civic Centre y Tribeca. Lake entró y diez minutos después volvió a salir.

—Treinta y seis horas —dijo—. Buscarán fibras, ADN y cualquier otro resto en el capuchón de la jeringuilla. Son buenos. Si hay algo, lo encontrarán.

—Más les vale. Necesitamos ese empujón —señaló Bloch, y se incorporó al tráfico. Activó el móvil en el salpicadero del jeep y marcó un número guardado como «Parks».

Parks era uno de los agentes con vaqueros que habían estado protegiendo a Teresa Vasquez. Bloch y él habían hablado después de que llegara la ambulancia a llevarse a Miggs.

—Bloch, ¿qué tal? —dijo la voz.

—Necesito saber si habéis llegado a alguna parte con el propietario del loft del artista.

—No, dijo que alguien arrendó el piso a corto plazo el mismo mes que asesinaron a Lilian Parker. El tipo pagó en efectivo, no se firmó nada ni se tomaron datos de identificación o bancarios.

—Una vez más, siento lo de los agentes que murieron ayer —dijo Bloch.

—Agradecemos lo que hiciste por Miggs. Si averiguamos cualquier otra cosa, te pondremos al tanto.

Bloch colgó. Sandman había estado vigilando el apartamento de Teresa Vasquez desde el mismo lugar que el de Lilian Parker. El artista que era el inquilino actual de esa propiedad podía llevar

muerto días o incluso semanas antes de que alguien lo descubriera, y teniendo en cuenta que no le habían sacado los ojos, ni se apreciaba ninguna de las demás características de Sandman, el asesinato y la ubicación del apartamento nunca se habrían relacionado con Sandman ni ninguna de sus víctimas.

Los Nielsen vivían en una calle residencial relativamente tranquila del East Village. A diferencia de la mayoría de los neoyorquinos, se podían permitir una casa, una de piedra caliza de color rojizo que estaba en la esquina. En otros tiempos, aquel *brownstone* había sido la residencia de una familia. Ahora estaba vacía. Iba a ponerse a la venta una vez terminara el juicio, pero el agente inmobiliario no esperaba recibir muchas ofertas. La casa llevaba allí seguramente unos noventa años. Debía de haber albergado a un montón de familias durante ese tiempo. Su valor habría aumentado año tras año.

Y ahora no la quería nadie.

Si la compraban, Bloch imaginaba que sería alguien dedicado a la especulación inmobiliaria. Ninguna familia querría esa casa todavía. El mal había pasado por allí y dejado su huella.

Las casas tienen recuerdos. Probablemente no hay un solo edificio en toda la ciudad que no haya presenciado alguna clase de horror, y había gente encantada de ocuparla en cuanto limpiaban la sangre. Pero hay crímenes tan horribles que dejan un estigma a su paso que no se puede borrar por mucha lejía y bicarbonato que uno eche.

Bloch aparcó unas casas más allá de la de los Nielsen. Apagó el motor. Miró por los retrovisores y luego empezó a escudriñar los coches estacionados en la calle. No había ninguna furgoneta. Tres coches estaban aparcados delante del edificio donde vivía Daisy Broder. Bloch había leído su declaración en el expediente y averiguado todo lo posible acerca de ella. A fin de cuentas, la señora Broder era testigo de la fiscalía y Eddie necesitaba munición. Bloch había obtenido información en abundancia y nada de ella ayudaba a la defensa.

La señora Broder, como se la conocía, andaba cerca de los

noventa años según los cálculos de Bloch, y estaba en la flor de la vida. Se levantaba todas las mañanas a las seis, hacía sus estiramientos, se comía un cuenco de muesli orgánico seguido de dos cafeteras, tortitas y una buena ración de beicon. Después de desayunar se dirigía a uno de sus muchos trabajos en el barrio. Daba clases de español en el centro comunitario local, tenía un empleo a media jornada de cajera en el 7-Eleven a dos manzanas, y en sus ratos libres iba a clases en el gimnasio local. Sus preferidas eran las de spinning, yoga y baile en línea.

La señora Broder, que gozaba de popularidad entre los niños del barrio, siempre era la primera que recibía visitas en Halloween porque tenía las mejores golosinas. Nunca rehuía contestar sus preguntas cuando veían el número que llevaba tatuado en el brazo. Era pequeño y estaba descolorido, porque se lo pusieron cuando no era mucho mayor que ellos ahora. Sus recuerdos de los primeros años de vida en Polonia nunca se habían esfumado.

Una noche a las tantas, la señora Broder estaba sentada en su apartamento, enfrente de la casa de los Nielsen, cuando vio que pasaban un hombre y una mujer. No tenía nada de raro. Cuando volvió a pasar la misma pareja, puso en pausa la película de Arnold Schwarzenegger que estaba viendo y se acercó a la ventana. Esta vez, la pareja se detuvo delante del domicilio de los Nielsen y se quedó mirando la casa. La señora declaró posteriormente a la policía que tuvo la impresión de que la pareja se había quedado delante de la casa unos minutos echándole un buen vistazo, como si la estuvieran inspeccionando. En un momento dado, el hombre se dio la vuelta y posó la mirada en la señora Broder, que notó un escalofrío cuando lo hizo. Algo en su interior la advirtió sobre ese individuo. Ya había estado cara a cara con el mal, sobre todo de niña. Y la envolvió esa misma sensación, tanto es así que no tuvo otro remedio que apartarse de la ventana.

Después de los asesinatos habló con la policía de la pareja, pero no pareció interesarles. No buscaban a dos personas, sino solo a un hombre. La situación cambió cuando el FBI y la policía identificaron a Daniel Miller como Sandman. El Departamento de Policía de Nueva York se puso en contacto con la señora Broder y le preguntó si la

pareja que vio aquella noche eran Daniel y Carrie Miller. Aseguró que parecían ellos.

Y ahora Bloch estaba delante de la propiedad de los Nielsen, mirando el apartamento del primer piso al otro lado de la calle, propiedad de la señora Broder.

—¿Crees que podría identificar a alguien a esa distancia? —preguntó Lake.

—No lo sé —dijo.

Bloch miró fijamente la ventana intentando calcular a qué distancia debía de estar la señora Broder. Le resultaba difícil concentrarse. Sintió deseos de montarse en el coche y ponerse en marcha. De rastrear, callejear a la búsqueda de Kate. Sería inútil, pero al menos estaría en movimiento.

Se tomó un momento para respirar. Tenía que pensar. Allí donde estuviera escondido Sandman, también se encontraría Kate. Necesitaba concentración, no movimiento. Miró en torno, localizó la farola más próxima, hizo fotos con la cámara del móvil y se las envió a Eddie, solo por si acaso. Era capaz de hacer una montaña de casi nada, y más valía que tuviera al menos unas fotografías de la calle.

—Vamos a echar un vistazo a la casa —dijo Lake, que sacó una cadena del bolsillo que terminaba en un aro con un montón de llaves.

—¿De dónde has sacado la llave de los Nielsen? —preguntó Bloch.

—Estas son mis llaves.

Antes de hacer nada más, examinó la cerradura, en cuya superficie se observaban las mismas marcas de herramienta.

—Volvió a agujerearla —señaló Lake, que luego escogió una llave de la cadena e intentó introducirla en la cerradura. Tuvo que hurgar un poco, pero consiguió meterla y hacerla girar sin mucho esfuerzo para abrir la puerta. Agujerear la cerradura con una herramienta especial no destruía el mecanismo, pero dejaba la cerradura tan suelta y floja que se podía insertar una lima de uñas en la ranura y hacerla funcionar.

—Usted primero —dijo Lake.

Bloch entró en el vestíbulo de la casa familiar. Era la clase de imagen que se ve en la página principal de los sitios web de las



agencias inmobiliarias de gama alta. Paredes blancas, colores pastel, parqué de madera. Todo decorado con buen gusto. Había una fotografía de la familia en la mesita de la sala de estar a la izquierda. Bloch la estudió un momento.

Una preciosa parejita de niño y niña rubios. No se llevaban mucha diferencia de edad. Los dos tenían esas sonrisas superamplias sin el menor rastro de inseguridad: rebosantes de entusiasmo, alegría y amor. Solo los niños sonrían así, absortos en el momento. Robert tenía cinco años. Elly, ocho. La foto no debía de haberse hecho mucho antes de que entrara en su vida Sandman.

Y detrás de ellos, sus padres. Tobias Nielsen iba afeitado del todo y poseía una de esas sonrisas de un millón de dólares que bien podría figurar en un anuncio de dentífrico. Tenía los ojos claros y brillantes, e incluso a los cuarenta y cinco años, sin asomo de arrugas. Era dueño de varios restaurantes en la ciudad y compraba y vendía propiedades inmobiliarias por añadidura. Todos los años celebraba una fiesta para los amigos. Él y su esposa, Stacy, eran auténticos miembros de la alta sociedad neoyorquina. Ella era más hermosa incluso. La larga melena castaña le acariciaba el lateral de la mejilla como si avivara el resplandor coralino de su piel. Hasta las imperfecciones parecían realzar su belleza. Le cruzaba la ceja derecha una cicatriz que daba al traste con la simetría de su rostro, pero no mermaba en absoluto su atractivo. De alguna manera, no hacía sino acentuar el glamour y realzar la perfección sin tacha de sus demás rasgos.

Había muerto más joven que Tobias. Sandman había puesto fin a su vida cuando tenía treinta y cuatro años.

Cruzando la sala de estar, Bloch accedió a la amplia cocina y se fijó en la puerta de atrás, de roble macizo con dos gruesos cerrojos de seguridad. Uno en la parte superior con una barra que se insertaba en el techo y otro en la parte inferior con un agujero para el pasador en el suelo de piedra. Aunque Sandman hubiera taladrado la cerradura de muesca, no habría podido con esos cerrojos de seguridad. Bloch abrió la puerta de atrás y salió a una estrecha callejuela cubierta. Un tejadillo de plexiglás fijado en la trasera del edificio contiguo al de piedra caliza mantenía a cubierto los cubos de

basura. Dejando atrás un muro de ladrillo a la derecha, fue hacia la izquierda por la callejuela que rodeaba la casa por detrás hasta salir de nuevo a la calle. En la cerradura de muesca no se veían señales de perforación. Sandman había accedido a la propiedad por la parte anterior. No encontró nada más de interés en el resto de la planta baja, y Bloch siguió a Lake arriba.

En el primer piso había una sala de juegos, cuarto de baño y un amplio estudio. Stacy era arquitecta y trabajaba más que nada en casa. En la segunda planta había otro cuarto de baño y dos habitaciones infantiles una frente a otra. Fueron al dormitorio principal al fondo del pasillo.

La cama de matrimonio seguía en la habitación. En el centro del colchón había una mancha enorme de forma ovalada, como el abdomen de una gigantesca araña negra.

Bloch fue a la ventana y miró a la calle. Se veía sin estorbo alguno el apartamentito de la señora Broder. Sacó el iPad de la mochila, lo encendió y ojeó las fotografías del escenario del crimen de los asesinatos de los Nielsen en busca de imágenes de las víctimas tal como las encontró la policía.

Mirar las caras de los muertos es duro. Pero examinar los rostros de quienes murieron de forma violenta es algo completamente distinto. A Bloch no le cogía de nuevas. Había recibido preparación para mirar más allá del horror a fin de llegar a ver las pruebas. Todo asesinato contaba una historia.

Después de administrar sedantes a los niños, los arropó con el edredón hasta debajo de la barbilla. Los encontraron con los ojos cerrados y, en un primer momento, los policías creyeron que estaban muertos. O al menos lo pensó el primer agente en acudir, el que después se había quitado la vida. La niña despertó primero y salió del cuarto dando traspiés para encontrarse a un poli en su casa mirando fijamente a sus padres, que habían sido asesinados en la cama. La conmoción los traumatizó a ambos.

Tobias tenía una herida de bala en el lado izquierdo de la nariz. El orificio de salida estaba en la coronilla, lo que indicaba que seguía tendido cuando efectuaron el disparo, y el tirador estaba en una posición elevada. Stacy tenía múltiples heridas de arma blanca.

Según el forense, muchas de ellas habrían resultado fatales en cuestión de segundos. Hallaron los cadáveres en la cama cubiertos con el edredón, les habían sacado los ojos y les habían echado arena en las cuencas y las heridas.

—¿Por qué una familia? —preguntó Lake.

Los analistas del FBI, incluida Delaney, creían saber la respuesta. Estaba subiendo las apuestas.

Corría mayores riesgos y le demostraba su poderío al mundo.

Bloch le veía la lógica, pero de alguna manera no acababa de encajar.

—Dejó con vida a los niños. Se cercioró de que no interfirieran. Le disparó al padre en la cabeza, pero usó un arma blanca con la esposa. Me da la impresión de que el objetivo era la pareja. Los niños solo formaban parte del trabajo —observó Bloch.

—¿Por qué esta familia?

—No lo sé —dijo Bloch mientras empezaba a recorrer la habitación rumiando.

—No es una casa a la que resulte fácil acceder —señaló Lake—. Entró por la puerta principal. Es una calle transitada y se arriesgó a que lo vieran. De hecho, la señora Broder lo vio, y también a una mujer, estudiando la casa.

Lake acababa de decir algo que parecía importante. Cuando había hablado hacía un momento, Bloch notó un hormigueo que le puso la piel de gallina.

—Repíte eso —dijo Bloch.

—¿Qué?

—Repíte lo que acabas de decir.

—Ah, esto, la casa es bastante segura y visible desde muchas ventanas. Estaba corriendo un riesgo tremendo al...

—No —dijo Bloch con un deje de frustración en la voz.

—Tómalo con calma y vamos a pensarlo con detenimiento —dijo Lake.

—No puedo tomármelo con calma —repuso Bloch—. Se ha llevado a mi amiga. Tenemos que ir más deprisa. Has dicho otra cosa. Has dicho algo sobre esta casa.

—Ah, tuvo que entrar por la puerta principal, un riesgo tremendo

para...

—Eso es —dijo Bloch, que salió de la habitación y fue rápidamente abajo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó él.

Bloch no dijo nada, tan solo fue a la cocina y espero a que Lake la alcanzara.

—Si fueras a colarte en esta casa, ¿cómo lo harías? —preguntó Bloch.

—Bueno, la puerta de la calle es la única...

Lake se quedó inmóvil.

—La puerta de la calle es la única entrada —continuó—. La puerta trasera es una vía de acceso más discreta, pero ni siquiera intentó acceder por ahí. No hay marcas de herramienta en las cerraduras. Los cerrojos de seguridad en el interior de la cocina... Joder, desde fuera no se ven los cerrojos. Conocía su existencia. Miller ya había estado en esta casa.

Pero Bloch no lo escuchaba. Estaba al teléfono con Eddie.

## EDDIE

—Señor Flynn, ¿desea hacer una declaración inicial en este momento? —preguntó el juez Stoker.

El silencio inundó la sala del tribunal. Después de los murmullos que había provocado la introducción de White, y de la pregunta que me planteó Stoker, se había sumido en una quietud casi líquida. Una densa nada en el ambiente. Un vacío absoluto de sonido. O eso me parecía.

La cabeza me estaba dando vueltas. Un millar de problemas me atronaba en el cerebro.

—Eddie, así no ayudamos a Kate. Dirígete al jurado, venga —susurró Harry.

—¿Y qué voy a decir?

—Diles lo que nos contó Kate sin más.

Me levanté, tomé un largo trago de agua y volví a dejar el vaso. Mis tacones eran como un tambor militar contra el suelo: el ruido colmaba el remanso de vacío enviando ondas de sonido hasta las cuatro paredes. Bajé la vista y me di cuenta de que estaba en el centro de la sala delante del jurado. El juez a mi izquierda, el resto de la sala a la derecha. Miré a la cara a cada uno de los miembros del jurado. Había algunos, como Ethel Gorman, que no eran capaces de ocultar su disgusto. Lo llevaba escrito en la crueldad de sus labios y sus ojillos negros.

—La fiscalía hablará largo y tendido sobre las víctimas de este caso, como no podría ser de otra manera. El señor White tiene el deber de dar voz a los muertos en esta sala, de dejar que hablen por su boca. Y de demostrarles quién los mató. Señoras y caballeros, la fiscalía se enfrenta a dos problemas. El primero es que el

individuo que asesinó a estas víctimas no está en esta sala. Sigue libre. Sigue cobrándose víctimas. Y el FBI y el Departamento de Policía de Nueva York no consiguen atraparlo. El FBI y el Departamento de Policía de Nueva York rara vez se las han visto con tanta presión por parte de la opinión pública para que lleven a un delincuente ante la justicia. Puesto que no han logrado hacerlo, les ofrecen en cambio a su esposa. Oirán las pruebas contra Carrie Miller, pero en realidad son pruebas contra su marido, Daniel Miller. No hay pruebas que vinculen a Carrie Miller con estos asesinatos. No hay pruebas que demuestren que Carrie Miller supiera que su marido era un asesino. No hay pruebas que demuestren que lo ayudó o secundó de alguna manera a sabiendas de que lo hacía. Carrie Miller es una víctima de Sandman. Su vida ha quedado destrozada. No volverá a confiar nunca en otro hombre, no mientras viva. ¿Se imaginan descubrir que su pareja es un asesino? ¿Se imaginan el efecto que tendría en cualquiera?

»Señoras y señores, el fiscal intentará jugar a dos bandas en este caso. Intentará demostrar que ella estuvo implicada en estos asesinatos, pero eso no dará resultado. Cuando ocurra, intentará demostrar que estaba al tanto de los asesinatos y colaboró en esos asesinatos, mintiendo incluso a las autoridades.

Hice una pausa y me tomé un momento para asimilar las expresiones de los miembros del jurado.

No se lo tragaban.

En ese momento caí en la cuenta de que era porque, en el fondo, yo tampoco me lo tragaba.

Carrie Miller llevaba un pesado lastre, algo oscuro amarrado al corazón. Y fuera lo que fuese, la había llevado a huir de este juicio. A huir de mí, de Kate y de Harry. Pero cuando hablé con ella y me dijo, cara a cara, que no había matado a nadie, la creí. En lo más profundo del alma, supe que era verdad. Y, sin embargo, aquí estaba, haciendo una declaración inicial mientras me acosaban las dudas acerca de la inocencia de mi cliente. Había cometido un error al aceptar el caso. Ahora que la vida de Kate estaba en juego, no tenía elección. Tenía que lograr que el jurado me creyera. Tenía que ganar. No por Carrie.

Por Kate.

—No voy a decirles que Carrie Miller no tuviera sospechas de su marido.

Hice otra pausa para dejar que la noción quedara flotando en torno al jurado. Algunos se rebulleron en los asientos. Uno o dos se inclinaron hacia delante, solo un poco.

—¿En qué momento se convierte una sospecha en la obligación legal de dar parte a la policía de que tu marido podría haberle hecho daño a alguien? Es una pregunta que nunca se le ha planteado a un jurado. Su marido le mintió. Y ella le creyó. Si eso es un delito, podrían encerrar a cualquier persona casada de Nueva York.

»Carrie Miller no está aquí hoy. Es posible que no comparezca durante el resto del juicio. No pasa nada, porque ella no tiene que demostrar nada. Es la fiscalía la que tiene que probar su acusación. Y a la hora de la verdad, no tienen un caso fundado contra Carrie Miller. Estoy convencido de que muy pronto también lo verán ustedes.

Me di la vuelta y eché a andar hacia mi asiento. Mi móvil empezó a vibrar. De espaldas al juez, miré quién llamaba. Era Bloch.

—El Pueblo llama al estrado al doctor Farley Climpton —anunció White.

El médico forense. White iba a iniciar el caso con una película de terror. Varias películas: escabrosas fotografías de las víctimas. El jurado tendría algunas de esas imágenes en la cabeza durante el resto de su vida. Y con ese horror en las entrañas, luego White pasaría a señalar con el dedo a Carrie Miller y decirle al jurado que era la responsable. Ver esas fotografías es traumático y el jurado tendría que culpar a alguien de su sufrimiento psicológico: quién mejor que una acusada.

—Ocúpate tú un momento —le dije a Harry antes de seguir andando hacia la puerta.

Contesté la llamada en el pasillo.

—¿Qué hay? —le pregunté a Bloch.

—Nos estamos acercando. Daniel Miller conocía la distribución de la casa de los Nielsen. Tenemos que encontrar el vínculo entre él y los Nielsen.

—Es necesario ir más rápido. Tenemos que encontrarla...

—¿Crees que no lo sé? No sé qué haría si...

—Alto ahí. Eso no va a pasar. No permitiremos que pase.  
¿Averiguaron algo los federales del propietario del loft?

—No hay documentos. Era un arrendamiento a corto plazo, pagado por adelantado.

—Eso no cuadra. Nadie arrienda una propiedad en esta ciudad sin obtener información sobre el inquilino para poder ir a por él si la cosa se tuerce.

—Los federales dijeron que no había nada.

—El propietario miente, y creo que sé por qué. Hay una persona con la que puedes hablar, un abogado de propietarios buitres de nombre Archie Bunsen. No querrá contarte nada, conque igual tienes que apretarle un poco. Para que lo sepas, Bunsen tiene protección. Su guardaespaldas personal es un púgil de lucha libre al que llaman Luna. Mide casi dos metros y pesará unos doscientos cuarenta kilos. Es un friki de los esteroides. Superfuerte y cruel con saña. Ándate con cuidado...

—¿Qué? ¿Crees que no voy a poder manejarlo?

—No, quería decir que no te ensañes demasiado con él.



## EDDIE

Bloch y yo hablamos durante media hora.

Después de poner fin a la conversación, llamé al bufete y contestó Denise.

—Necesito que cojas trescientos dólares para gastos y compres vales de comida por valor de doscientos pavos. Luego quiero que contrates una limusina y un chófer para esta tarde —dije.

—Espera, ¿para qué son los cien restantes?

—Te lo diré luego. Otra cosa. Voy a enviarte un mensaje con un número. Llama a ese número y diles exactamente lo siguiente. ¿Tienes un boli a mano?

—Dime.

—«Tenemos un amigo en común y nos gustaría tener un detalle especial con él para la comida que ha organizado. Es un poco tímido, pero le gustan las pelucas. De tono rubio neón, cuanto más artificiales, mejor. Pagaremos mil dólares extra ahora mismo. Asimismo, se ciñe a las medidas de seguridad contra la COVID-19, de manera que habrá que llevar mascarilla».

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Carga el dinero a la tarjeta de crédito del despacho. ¿Lo tienes?

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Denise.

—Estoy ejerciendo de abogado. Confía en mí. Una vez lo hayas hecho, coge un sujetapapeles y el cuaderno y reúnete conmigo delante de la calle Centre a la hora del almuerzo.

Si Denise dijo que lo haría, eso iba a misa.

Volví a la sala del tribunal. Cuando ocupé mi asiento junto a Harry, el doctor Farley Climpton ya estaba en pie con un puntero láser en la

mano. Señalaba una fotografía ampliada de metro y medio por uno ochenta de Stacy Nielsen, que yacía muerta al lado de su marido.

—Las heridas en el pecho de Stacy Nielsen, como las de las otras víctimas, se infligieron con un objeto tremendamente duro y tremendamente afilado. Como decía, seguro que fue un cuchillo con filo en forma de hoja de origen desconocido, con toda probabilidad un arma exótica, es posible que hecha a mano. El filo era lo bastante resistente para atravesarle el esternón. De nuevo no se halló ningún fragmento de metal en la herida después de cribar la arena que llenaba la cavidad de la herida, y de hacer una radiografía de la fisura.

Me incliné hacia Harry y le susurré:

—¿Alguna sorpresa?

Miró de soslayo al jurado.

Ethel Gorman estaba retorciendo tanto un pañuelo que le temblaban las manos. Me dio la impresión de que, si hubiera escuchado con atención suficiente, habría oído cómo le rechinaban los dientes. El resto de los miembros del jurado mostraban el mismo aspecto que la mayoría de quienes tienen que vérselas con un caso de estas características. La mitad estaban mirando al suelo y solo levantaban la vista cuando no les quedaba otro remedio, para luego volver a bajarla. Los otros se tapaban la boca, meneaban la cabeza y hacían muecas cuando les mostraban las imágenes.

—Lo está clavando, ¿no?

Asintió.

Harry tenía delante un montón de notas del testimonio del médico forense.

—¿Quieres ocuparte tú de este tipo? —pregunté.

Una media sonrisa me dio la respuesta.

—Doctor Climpton —dijo White—, ¿observó alguna herida defensiva en el cadáver de Stacy Nielsen?

—No había ninguna —aseguró.

—Para que lo entienda bien, doctor, ¿no presentaban ninguna herida defensiva Margaret Sharpe, Lilian Parker, Penny Jones, Suzanna Abrams ni Tobias y Stacy Nielsen? ¿No presentaba heridas defensivas ninguna de las seis víctimas?

—Correcto. No había ninguna.

—¿Y a todas las víctimas femeninas las agredieron con un cuchillo?

—Sí.

—¿Suministraron sedantes a todas las víctimas femeninas?

—Sí, por medio de una inyección en la zona del cuello.

—¿Presentaban algún arañazo o marca de aguja en alguna otra parte del cuerpo que indicara forcejeo?

—Ninguna.

—Según su amplia experiencia con víctimas de apuñalamientos o crímenes con armas blancas, ¿es habitual que no haya ninguna herida defensiva?

—Es muy poco habitual.

—Como decía, según su amplia experiencia, ¿se le ocurre alguna explicación?

Carraspeó y tomó un sorbo de agua.

Un gesto delator.

El fiscal del distrito White debía de haber preparado minuciosamente el testimonio de Climpton. Debía de haberlo instruido, haberle empujado hasta donde estuviera dispuesto a llegar. Esta última pregunta era el límite exterior, y saltó a la vista que a Climpton no le hacía gracia. Estaba forzando el testimonio para ofrecerle al fiscal lo que quería. Como un camionero de cincuenta y cinco años en una clase avanzada de pilates, tanto estiramiento debía de ser doloroso.

—Es posible —comenzó Climpton— que el motivo de que no tengamos heridas defensivas sea que otra persona tuviera inmovilizadas a las víctimas durante el ataque.

White se volvió hacia el jurado y repitió la respuesta lentamente en tono triunfal. Luego se giró hacia mí:

—El testigo es suyo.

—Un momento, señoría, tenemos unas preguntas para este testigo —dijo Harry, y luego me susurró—: ¿Cómo quieres que lo lleve?

Harry y yo ya habíamos discutido la estrategia. Hay numerosas maneras de desarmar a un testigo, y muchas más tácticas todavía

cuando se trata de un testigo profesional como Climpton, que tenía muy amplia experiencia judicial.

—El comentario acerca de que un tercero inmovilizara a la víctima ha sacado de su zona de confort a Climpton —observé.

—Conforme. O seguimos el estilo de Joe Frazier o el de Larry David. Yo me decanto por Larry.

—Larry David, sin la menor duda —convine.

Harry cogió el bloc de notas y la pluma y se acercó a la mesa de la defensa sonriéndole de oreja a oreja al testigo.

Los conainterrogatorios son como timos de los rápidos. Hace falta adoptar el estilo indicado para el pardillo indicado. La primera opción con Climpton era ir en plan Joe Frazier, un pegador legendariamente poderoso al que le gustaba pelear a muy corta distancia. Los boxeadores aprovechan el cuadrilátero y el espacio que los separa de sus rivales de distintas maneras. Angelo Dundee, un legendario entrenador, dijo una vez que a Ali le gustaba pelear en una habitación, a Tyson le gustaba pelear en un armario y a Frazier le gustaba pelear en una cabina de teléfonos. El estilo de repregunta a lo Frazier es plantarse delante de las narices del testigo y lanzarle una andanada de preguntas con la esperanza de que alguna lo derribe.

Harry adoptó el estilo Larry David.

—Doctor Climpton —dijo Harry a la vez que se ponía bien las gafas—, antes de empezar quiero agradecerle el testimonio y el respeto y la amabilidad que ha demostrado no solo por las víctimas, sino también por sus familias. Sé que está cumpliendo hoy aquí su deber profesional de la mejor manera posible, pero su entusiasmo, por encomiable que sea, le ha jugado una mala pasada. Vamos a corregir esos errores. Un momento, permítame consultar mis notas...

La clásica apertura a lo Larry David. Harry no había planteado una pregunta. Había elogiado a un profesional que trabajaba para la ciudad, y después le había dicho al testigo que había cometido algunos errores y que él iba a ayudarlo a subsanarlos. Entonces, la pausa. Para que Harry comprobara las notas. No necesitaba consultar las notas, claro. Lo que necesitaba era dar tiempo al jurado para asimilar lo que había dicho y reconocer que por lo visto

Climpton no se lo discutía. El testigo no tenía ninguna pregunta que contestar, así que, como cualquier profesional, se quedaba esperándola. Mientras tanto, el jurado creía que Climpton había reconocido ciertos errores. Y esos errores no eran malintencionados: el testigo se había excedido en su entusiasmo. Es una manera de utilizar la autoridad del testigo en su contra, lo que seguramente acarrea más fuerza porque lo convierte en un testigo de la defensa en lugar de serlo de la fiscalía.

Este estilo no hacía referencia al propio Larry David, sino al título original de su serie de televisión. Se trataba de lograr que el testigo «frenara su entusiasmo».

—Doctor, ha declarado para que conste en acta que, aparte del traumatismo en la zona ocular, por lo general las víctimas femeninas solo presentaban una o dos heridas de arma blanca, en la zona del estómago o el pecho, ¿no es así?

—Sí.

Los testigos profesionales ya han pasado por esta situación. Saben que tienen que ofrecer respuestas cortas, rápidas. No desarrollar, no especular. Cuanto más dijeran, más probabilidades había de que la defensa metiera una palanca entre esas palabras y empezara a romperlas en pedacitos que resultaran inútiles.

—Lilian Parker y Penny Jones tenían ambas una única cuchillada en el pecho, ¿no?

—Correcto.

—¿Y esas heridas resultaron fatales?

—Sí, de manera instantánea, diría yo.

—Y ese segundo agresor que ha mencionado, ¿cómo habría inmovilizado a las víctimas exactamente?

Era una pregunta abierta. Le dejaba a Climpton libertad para decir lo que quisiera y corroborarlo como mejor le pareciese. En cualquier turno de repregunta, las preguntas abiertas son una mala idea. Suponen un grave riesgo porque te dejan sin control. El testigo contestaría algo más que «sí» o «no». Seguramente, mucho más. Por eso conllevaba tanto riesgo el método Larry David.

—Por detrás, diría yo. Sujetándole los brazos por detrás —señaló Climpton.

Seguía en terreno movedizo. No era donde quería estar, y era el fiscal quien lo había llevado hasta allí.

—La víctima forcejearía para zafarse del segundo agresor, ¿no cree?

—Con toda seguridad —asintió Climpton.

—Prefiero ahorrárlas las imágenes del escenario del crimen a los miembros del jurado, pero se las enseñaré de nuevo si es necesario. Depende de su próxima respuesta, doctor. La pregunta es la siguiente: ¿en alguna de las fotografías del escenario del crimen que hemos tenido que ver, hay algún indicio de forcejeo?

Climpton se mordió el labio.

Harry lo había puesto en un brete. Si difería, Harry volvería a sacar las fotografías y las examinaría en detalle, señalando que todos los muebles estaban en su sitio, no había salpicaduras de sangre por la habitación ni se había roto nada. Y el jurado tendría que soportarlo de nuevo porque Climpton insistía en ello. Le echarían la culpa a él, y cuando intentara defender su opinión en contra de lo que a todas luces indicaban las imágenes, dudarían más aún de su credibilidad.

—No —dijo Climpton, envainándose la por si Harry lo sometía a una sesión de tortura con las fotos.

—Tampoco había indicios de magulladuras en ninguna de las víctimas, ¿verdad?

—No, no había magulladuras.

—Estas mujeres luchaban por salvar la vida. Habrían intentado zafarse, ¿no?

—Sí.

—Las víctimas también habrían gritado, ¿no le parece?

—No lo sé —dijo Climpton en un intento desesperado por evitar que se siguiera ese camino.

—Pero acaba de decirle al jurado que les habrían sujetado los brazos a las víctimas por detrás. El segundo agresor habría tenido que utilizar ambas manos para hacerlo. Así que no habría tenido manera de evitar que la víctima gritara, ¿verdad?

Climpton miraba ahora al fiscal como si le hubiera vendido un coche de segunda mano con un agujero en el tubo de escape y sin

motor.

—No, supongo que no.

—Penny Jones y Suzanna Abrams fueron asesinadas en el mismo apartamento, a escasos siete metros una de otra, ¿no es así?

—Eso es.

—La fiscalía no tiene ningún testigo que oyera gritar a la víctima, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—¿No es más probable que un solo agresor entrara en silencio y se ocupara rápidamente de las víctimas asestándoles un golpe mortal instantáneo mientras yacían dormidas en la cama?

—Yo no diría que es más probable... —objetó Climpton, y luego se fijó en que cambiaba la expresión de Harry. Vi que Climpton se daba cuenta de la situación, como si acabara de levantar la mirada para ver un piano a punto de caerle en la cabeza.

El error en ese punto habría sido dejar que Climpton se explicara en detalle, que soltara alguna gilipollez para enfangar la argumentación y quedar en tablas.

—Doctor, hemos visto las fotos. No había indicios de forcejeo. Por las heridas infligidas, no hay pruebas de que hubiera un segundo agresor. En su esfuerzo por ayudar a las víctimas de este caso ha cometido un error, ¿no es así?

—No se puede saber por las heridas quién empuñaba el cuchillo. Pudo haber sido la acusada, mientras su marido inmovilizaba a la víctima y le tapaba la boca.

Climpton no daba más de sí. Resopló y tomó otro sorbo de agua.

Harry se acercó tanto a la tribuna de los testigos que podría haberla tocado de haber querido.

—Entonces ¿ahora dice que el cuchillo lo empuñaba Carrie Miller y no su marido? —preguntó.

—Es posible.

—¿Cuánto hace que es médico forense?

Larry David no estaba surtiendo efecto. Climpton se revolvía demasiado. Harry iba a pasar a la corta distancia, como Joe Frazier. Vi lo que se disponía a hacer, cogí el iPad y busqué un documento, una sección del informe de Climpton.

—Quince años —respondió Climpton.

—¿Y ha leído sus informes sobre las víctimas en preparación para la declaración de hoy?

—Así es.

Harry alargó una mano y yo me levanté para acercarle el iPad con la sección pertinente del informe de Climpton abierta en la pantalla.

—Esto es de su informe sobre Stacy Nielsen. En el párrafo final: «La hoja atravesó la piel fácilmente y traspasó el esternón con gran fuerza de un solo golpe. Eso sugiere que el autor posee gran fuerza física. Es quizá mucho más fuerte que el hombre medio».

Climpton tragó saliva, pero mantuvo la cabeza inmóvil por completo. Quizá ya venía sudando de antes, pero me fijé en que tenía la frente vidriada de transpiración.

—Luego dice usted: «Esto se corresponde con las heridas observadas en las otras víctimas. Un golpe violento descargado con enorme fuerza».

—Sí, bueno...

—Carrie Miller no debía de pesar más de cincuenta kilos. Ella no causó esas heridas, ¿verdad, doctor?

Un gancho a la cara al estilo Joe Frazier.

—Ah, supongo que no —reconoció Climpton.

—Para que nos quede claro, y le quede claro al jurado, no hay nada en su experta opinión que sugiera que Carrie Miller fue la segunda agresora en ninguno de estos asesinados, ¿no es así?

Climpton había hecho todo lo posible por el fiscal. Y quería bajar del estrado lo antes posible. Eso saltaba a la vista. Estaba prácticamente retorciéndose en el asiento como si este se encontrara plagado de hormigas rojas.

—En retrospectiva, teniendo todos los datos en cuenta..., no, no puedo decir que ella fuera una segunda agresora en este caso.

Frazier gana por KO.

—Gracias por aclararnos su opinión, doctor —dijo Harry, y regresó a la mesa de la defensa.

Cuando White se levantaba para volver a interrogar al testigo, se dio cuenta de que Climpton ya casi se había levantado de la silla. Listo y experimentado como era, supo que no iba a sacarle nada



más a Climpton. El tipo estaba acabado.

—No hay más preguntas —dijo White.

Harry se sentó y susurró:

—No te emociones. Todavía tenemos tiempo de sobra de perder este caso.

Stoker miró el reloj. Eran las 12.45 del mediodía.

—Vamos a hacer un alto para que coman los miembros del jurado. Se reanudará la sesión a las dos y cuarto. Señor White, ¿tiene tiempo suficiente para preparar a su siguiente testigo?

—Estaremos preparados, señoría —dijo—. La cuestión es si estará preparado el señor Flynn.

—Lo averiguaremos después de comer —señaló Stoker.

## EDDIE

Harry y yo ocupamos una mesa en el restaurante Commodore. Habitualmente, yo no como en sitios así. Suelo apañármelas con sándwiches de embutido, tortitas y, si voy con prisa, uno de esos perritos calientes de puesto ambulante me sirve de sobra. Los restaurantes con manteles de tela y carta de vinos me ponen nervioso. Nunca sé qué cubierto tendría que estar usando o si lo cojo como es debido. Era una mesa para cuatro, al fondo del establecimiento, cerca de la cocina, la mesa que se reserva para los clientes que preferirías que no comieran en tu restaurante.

Como muchos establecimientos de Nueva York, el Commodore tenía el aspecto de un búnker de lujo. Las ventanas estaban muy ahumadas. Había lamparitas eléctricas en las mesas y, cada tres metros o así, colgaban del techo bombillas de estilo industrial. Hay quien consideraría que eso creaba un ambiente íntimo. A mí me parecía simplemente que en sitios así era imposible leer el menú. Pese a todo, olía como un buen restaurante. Por lo general, el aroma a carne asada sazonada con hierbas aromáticas me habría dado apetito. Hoy estaba muy preocupado para comer. Era una situación estrictamente de trabajo.

El *maitre* nos acomodó y nos ofreció agua, con gas o sin gas. Harry dijo que quería una cerveza, porque no se fiaba del agua, y le soltó al *maitre* la vieja frase de W. C. Fields: «¿No ha visto cómo estropea el interior de las tuberías? Prefiero la cerveza».

Yo pedí una Pepsi.

—¿Cuándo esperan que vengan los demás? —preguntó.

—Enseguida —dijo Harry—. Entre tanto, ¿tienen filete?

—Por supuesto, el camarero vendrá a tomarles nota en un...

—Dígale que nos ponga un par de filetes sin más. Al punto, gracias.

En los restaurantes así hay una jerarquía, todo un sistema de clases alternativo que funciona no solo en el comedor y en la cocina, sino también entre los clientes.

El *maître* sonrió como si le hubiera encantado asar a la parrilla a nuestras madres y se largó.

—¿Crees que esto va a dar resultado? —preguntó Harry a la vez que se ponía la servilleta en el regazo.

Cogí la servilleta de la mesa e intenté imitar el gesto de muñeca que había hecho Harry antes de colocársela con ademán experto sobre los muslos. A punto estuve de tirarla al suelo, y decidí dejarla encima de la mesa.

—Tiene que dar resultado. Lo único que debemos hacer es fiarnos del FBI.

—Célebres palabras postreras —bromeó Harry.

Entró en el restaurante un hombre alto. Al principio no reparé en él. Pero me fijé en que otros sí lo hacían. Cuando Otto Peltier entraba en algún sitio, la gente volvía la cabeza. El atractivo, la estatura, los hombros y, naturalmente, el traje. Se acercó a nuestra mesa y tomó asiento.

—Señores —dijo a modo de saludo.

—Hemos pedido filete. ¿Quieres algo? —preguntó Harry.

El *maître*, que mucho me temí bien podía haber dado instrucciones a la cocina de que escupieran en nuestros filetes, experimentó un trasplante de personalidad en cuanto posó la mirada en Peltier.

—Señor Peltier, me alegro mucho de verlo —dijo.

—Gracias, Charles. Tomaré la ensalada de pollo y agua sin gas italiana, por favor.

—Buena elección. Se lo traigo ahora mismo con el resto... del pedido. Si necesitan algo más, caballeros, díganmelo.

Cuando el tipo se alejaba de la mesa, casi haciéndole una reverencia a Peltier, Harry negó con la cabeza.

—Te puedes comer mi filete con eso, si quieres —dije—. No tengo hambre.

—Cuando estaba en Vietnam —recordó Harry—, en plena jungla, el Vietcong tendió una emboscada a mi pelotón. Ese día murieron dos de mis mejores amigos. Mi teniente, un veterano de veinte años, nos dijo que comiéramos ración doble esa noche. «Comed mientras podáis —dijo—. El cuerpo y la mente están unido». Así que, cuando traigan ese filete, más vale que te lo comas, Eddie. Lo vas a necesitar.

Mientras Harry hablaba, me fijé en que Peltier colocaba bien el cuchillo y el tenedor, alineándolos a la perfección. Luego se cruzó de brazos, como para resistirse a la tentación de seguir enredando con los cubiertos.

—¿De verdad creéis que va a venir? —preguntó.

Harry y yo cruzamos una mirada. Me volví para contemplar el acuario. Los peces tropicales siempre me habían parecido relajantes. Tenía algo que ver con su manera de nadar y el modo en que la luz se refleja en sus diminutas escamas luminiscentes. Siempre quise tener uno de niño, pero no nos podíamos permitir más que un par de peces de colores en una pecera que nunca vivían mucho. Hasta los nombres de estos peces eran exóticos. El acuario albergaba elegantes peces payaso, que siempre parecían bailar cuando nadaban; peces ángel azules con sus aletas cual plumas; un banco de minúsculos tetras neón, que no eran sino destellos de luz radiante que chispeaban y danzaban en el agua como llamas verdes y rojas. Había otros, pero no recordaba cómo se llamaban.

La lámpara teñía a Peltier de un fulgor dorado. Quizá fuera su piel, no lo sabía. Me levanté de la silla y dije:

—Voy a echar un vistazo afuera.

Mientras atravesaba la penumbra del Commodore, me tomé mi tiempo para examinar las caras en las mesas. Los hombres iban de traje, o al menos de americana y corbata. Era un sitio de esos. Hombres de negocios absortos en la conversación, señoras con bolsas de Maison Goyard y Alexander McQueen junto a los pies, parejas inclinadas sobre la mesa charlando entre susurros, y dos tipos de traje oscuro retrepados en la silla examinando el menú como si lo hubiera escrito James Joyce. Los dos de traje estaban sentados a una mesa junto al ventanal, con vistas a la puerta de

entrada. Ambos tenían la cabeza apoyada en una mano mientras con la otra sostenían torpemente el menú encuadernado en cuero como si se les fuera a caer. Estaban cubriéndose los auriculares. Eran federales. Para el caso, podrían haber llevado camisetas y gorras con el logo del FBI.

Abrí la puerta para salir a la calle. Era una perpendicular en la zona de las treinta y tantos, cerca de Madison Avenue. En la esquina había un quiosco de periódicos. Cogí un ejemplar del *Wall Street Journal* de la pila. Cuando me inclinaba, me fijé en una camioneta negra aparcada en la esquina. Había un tipo a mi lado con gabardina beis y un ejemplar de *Time Magazine* en la mano. Lo estaba hojeando, pero sin prestar atención en realidad. Pagué el periódico, me di la vuelta y vi otra furgoneta al otro lado de la calle en la que solo estaba el conductor al volante.

Había dos tipos con chaleco reflectante amarillo y casco tomando café del 7-Eleven en vasos de espuma y charlando sobre un partido de los Yankees. No había visto nunca obreros de la construcción con botas y pantalones tan limpios y las manos tan tersas y rosadas.

Dejaron de hablar cuando la mujer con traje pantalón blanco se apeó del taxi. Llevaba larga melena de color rubio neón. Era una peluca, evidentemente. El traje parecía de seda, y lo lucía con tacones de diez centímetros y un bolso que seguramente costaba más que mi coche. La mascarilla contra la COVID-19 le cubría los rasgos, pero me llegó una vaharada de perfume caro cuando entró en el Commodore. Entre la peluca y la mascarilla, era difícil verla con claridad. Parecía estar ocultando su aspecto.

Aguardé un compás.

Miré el reloj.

Calculé unos treinta segundos. Esperarían a que tomara asiento antes de detenerla. Luego a Peltier, luego a Harry.

Y después a mí.

## EDDIE

El tipo de la gabardina perdió de pronto el interés en el *Time Magazine*. Lo dejó y entró a toda prisa. Al mismo tiempo, los obreros de la construcción tiraron los cafés y siguieron al de la gabardina al interior del restaurante sacando las Glock que llevaban a la espalda metidas por la cinturilla del pantalón. Las puertas traseras de la furgoneta en la acera de enfrente se abrieron, y salieron Bill Seong y el fiscal Drew White junto con otros dos federales.

Agaché la cabeza y entré en el Commodore.

Se armó cierto revuelo en el comedor mientras los tipos con casco sorteaban a toda prisa las mesas.

La mujer de la peluca rubia y la mascarilla ya estaba al fondo del restaurante, ajena a la escena que ocurría a su espalda.

Otto se levantó cuando la vio acercarse.

Era una de esas mujeres que no caminaban exactamente, sino que se deslizaban. El bolso le colgaba de un brazo, la chaqueta y los pantalones blancos ondeaban y oscilaban al ritmo de su movimiento.

Pasó de largo nuestra mesa.

Y rodeó el acuario.

Me di la vuelta y vi que Seong entraba en el restaurante como una flecha, seguido de White. El fiscal no iba a perder la oportunidad de ver a Carrie Miller detenida junto con todo su equipo jurídico.

—Flynn, alto ahí. Estás detenido por esconder a una acusada fugada bajo fianza —dijo Seong.

Me quedé inmóvil y repuse:

—Yo no escondo a nadie. Y no he quedado con nadie. Puedes ir al fondo y verlo por ti mismo.

La gente dice un montón de chorradas antes de que la detengan.

Amenazan a los polis, ya sea físicamente o asegurando que su abogado los demandará, o a veces solo los insultan y ofrecen toda la resistencia que pueden intentando repartir leña y escabullirse de la ley. Los federales y los polis han visto de todo. Cada detención es distinta. Y puede ocurrir cualquier cosa.

Pero esta era nueva para Bill.

Vi que echaba el freno. Extendió ambas manos como para amortiguar la caída. Me miró igual que si acabara de repartirle una mano ganadora de cuatro ases en una partida de póquer cuando ya tenía tres.

—¿Qué coño pasa aquí, Eddie? —preguntó—. Esa de ahí es Carrie Miller, ¿no?

—Más vale que frenes a tus hombres —dije.

El tipo de la gabardina había sacado la pistola y apuntaba a Harry y Peltier. Otto estaba de pie con las manos en alto.

A Harry no le importaba una mierda. Le habían servido el filete y estaba pasando de los gritos del agente del FBI mientras cortaba la carne y disfrutaba de la cerveza.

Los obreros siguieron a la mujer de blanco detrás del acuario. Vi que habían adoptado posición de abrir fuego y le gritaban a Carrie instrucciones de que se tumbara en el suelo.

Todo el restaurante había estallado. La gente estaba asustada y la mayoría intentaba marcharse, quizá sin pagar la cuenta.

Mientras iba hacia el fondo, Seong estaba intentando tranquilizar a todos. Lo seguí. No quería perdérmelo.

Seong rodeó el acuario hasta la mesa que había detrás. Agarró de inmediato por el brazo a los tipos del chaleco reflectante y les hizo bajar las armas. Yo doblé la esquina y vi a la mujer de la peluca de rodillas, encogida de miedo en el suelo. Se había quitado la mascarilla, y estaba claro que no era Carrie Miller.

Betty Clarke del *Sentinel*, que tenía contactos en el juzgado, me había enviado un mensaje de texto con el nombre de la mujer, pero no lo recordaba. Lo único que sabía por lo que me había dicho Betty era que venía de una agencia llamada Compañeras Clásicas, cobraba doscientos dólares la hora por el placer de su compañía y vendría al Commodore a reunirse con un cliente habitual. Era ese cliente quien

me interesaba.

El capullo que pagaba los doscientos dólares tenía las manos levantadas y la boca abierta al otro lado de la mesa. Cuando Seong controló a sus hombres, la expresión del capullo pasó de la conmoción a la ira indignada. Ahora me resultaba más familiar.

El cliente, el capullo, el juez Stoker, bajó las manos y gritó:

—¿Qué significa esto?

En ese mismo momento Drew White dobló la esquina y cayó en la cuenta de que les habían tendido una trampa a Seong y a él.

—Señoría —empezó White, pero Stoker ahogó sus palabras.

—¿Qué demonios hacen? Estoy comiendo con mi... novia —dijo el juez, que cogió a su cita por el brazo para intentar tranquilizarla.

—Lo siento, señor juez —se disculpó White—. Hemos recibido información de que Carrie Miller iba a venir ahora a este restaurante. Lo lamentamos, hemos visto a esta señora, ya sabe, con la peluca, y hemos supuesto que era Miller disfrazada.

—¿Qué clase de información? ¿Quién se la ha facilitado?

—Yo, señoría —intervine—. Solo que no se lo he dicho al fiscal del distrito. He llamado a Otto Peltier y se lo he dicho a él. Carrie Miller no iba a venir a este restaurante para nada. Sabíamos que estaría usted aquí. El personal del juzgado me chivó que viene aquí a comer habitualmente. Yo no sabía que estaría con su novia. Eso lo lamento, pero, señoría, demuestra que la fiscalía ha pinchado mi móvil y los de todo el equipo de la defensa.

Mentía, pero solo un poco. Claro que sabíamos que estaría allí con su chica de compañía. Le habíamos pagado extra para que llevara peluca y mascarilla de modo que pareciera disfrazada y los federales se le echaran encima al tomarla por Carrie Miller. Todo el numerito lo habíamos montado para Stoker.

—¿Es eso cierto? —preguntó Stoker.

Bill Seong cerró los ojos mientras se masajeara las sienes y seguramente pensó que ojalá hubiera estado en cualquier otra parte del mundo. White guardó silencio.

—Señor White, o contesta mi pregunta, o pienso acusarle de desacato a usted y a todo policía y agente federal en este restaurante. Puede responderme ahora o puede ir a los calabozos y



pensárselo allí.

—Sí, señoría. Tenemos una orden que nos permite pinchar...

—Bien, esa orden ha quedado rescindida, ¿lo oye? Y entréguele a Flynn hasta el último documento, cinta y grabación digital que tenga. Y usted... —añadió el juez mirándome ahora a mí con la cara casi de color morado.

Stoker iba a dar un espectáculo, a gritarnos un poco a White y a mí. Pero no podía elevar ningún tipo de queja oficial porque su novia cobraba por horas, y no solo por la comida. Seguro que no quería que quedara constancia de nada de esto. Lo mismo podía decirse de White. Había empujado al FBI a llevar a cabo una costosa operación de vigilancia para acabar atrapando a la chica de compañía del juez. Querría olvidarse del asunto lo antes posible.

—Sé que le ha tendido una trampa al fiscal, pero me ha utilizado a mí —dijo Stoker—. Así que obtendrá sus registros, pero ya puede despedirse de cualquier moción para que se declare la nulidad del juicio. Si descubre algo en las grabaciones, solicite entonces la moción, pero ahora mismo, ni pensarlo. Usted ha organizado todo esto. No puede crear su propio juicio nulo. Y si cualquiera de ustedes dos le dice al jurado que la fiscalía pinchó los teléfonos del abogado de la defensa, entonces sí que se declarará nulo el juicio. No tendré otra opción que hacerlo. Pero si se llega a eso, los denunciaré a ambos ante el comité de ética del colegio de abogados y perderán la licencia. ¿Queda claro? El jurado no puede enterarse de nada de esto. ¿Entendido? ¿Lo entienden los dos? —insistió Stoker, al que se le había hinchado una gruesa vena en el cuello.

Pensé que el tipo iba a sufrir un infarto allí mismo.

White se disculpó de nuevo.

Yo no.

—Señoría, hay otra cosa —dije.

—¿Qué? —gritó lanzando una rociada de motas de saliva blanca sobre la mesa y los federales que tenía más cerca.

—Tiene que descartar a una miembro del jurado, Ethel Gorman.

—Debe de estar de coña, Flynn. ¿Va a pedirme eso ahora? No estamos en la sala del tribunal. ¿Y por qué hostias habría de hacerlo?

—Porque está sentada ahí mismo —respondí al tiempo que señalaba la mesa en el rincón donde estaba Ethel Gorman, boquiabierta, con una ostra a medio comer en la lengua y los ojos más abiertos que los faros de un coche. Todos entornamos los párpados para verla, pero era Ethel.

Me había reunido con Denise a la salida del juzgado y le había indicado a Ethel cuando salía por la puerta sacando el tabaco del bolso. Denise abordó a Ethel y le dijo que había sido seleccionada al azar para el premio de una comida gratis que se otorgaba hoy a la compradora misteriosa. Disponía de doscientos dólares para gastárselos, ahora mismo, en un restaurante de lujo llamado Commodore. La llevarían allí y luego de regreso a la calle Center en limusina, y lo único que tenía que hacer era contarle luego a Denise qué le había parecido la comida y cumplimentar una tarjeta de comentario para llevarse a casa una suma de análisis de mercado de cien dólares, abonada por adelantado. A juzgar por la cara de Ethel, empezaba a darse cuenta de que en Manhattan nunca se comía gratis.

Durante lo que pareció un rato muy largo, nadie se movió. Y nadie dijo nada.

Entonces oí a Harry detrás del acuario. Carraspeaba, con amabilidad, y supuse que intentaba captar la atención de alguien. Luego oí que le decía al *maître*:

—Perdone, ¿puede ponernos esto para llevar?

## EXTRACTO DEL DIARIO DE CARRIE MILLER

*4 de junio*

*Eran más de las tres de la madrugada cuando oí que se cerraba la puerta de la calle.*

*Esperé a oír sus pasos subiendo las escaleras. Hacía calor en el cuarto, pero no era ese el motivo de que no pudiera conciliar el sueño.*

*Las últimas semanas había estado volviéndome loca. Desde que se presentó aquel poli en la puerta preguntando por la furgoneta de Danny. Estos últimos días se ha quedado por ahí supertarde todas las noches. Y yo aquí tumbada, pensando, presa del pánico.*

*Pensando lo mismo una y otra vez.*

***Me quiere.***

*Estuvo fuera hasta las tantas la noche del asesinato de Margaret Sharpe.*

***Nunca se ha puesto violento conmigo. Nunca le he visto enfadado.***

*Me dio unos pendientes el día después del asesinato que eran exactamente iguales a los de ella.*

***Eso fue una coincidencia. Tuvo que serlo.***

*Mintió a la policía acerca de que estaba en casa esa noche.*

***Tenía excusa.***

*Me obligó a contar la misma mentira.*

***Estaba preocupado y simplemente quería librarse del poli que me había disgustado.***

*Estuvo fuera la noche de los últimos dos asesinatos. Esas chicas a las que mataron en su apartamento.*

***Tiene que trabajar hasta tarde y ver a sus clientes; con***

**algunos de los que habla por teléfono están en husos horarios diferentes.**

*Se duchó al llegar a casa.*

**Tenía excusa...**

*ESTO. ME. ESTÁ. VOLVIENDO. LOCA.*

*Escuché si subía las escaleras.*

*No había más que silencio en la casa.*

*Entonces oí que chirriaban unas bisagras abajo.*

*Era raro. No había más que una puerta en la casa con bisagras que chirriaran, una puerta que Daniel no abría nunca.*

*Aparté la ropa de cama y bajé descalza para no hacer ruido.*

*Tenía que saberlo.*

*Entré en la cocina y vi abierta la puerta del sótano. La luz estaba encendida. Me colé por la puerta abierta y bajé con sigilo la escalera del sótano.*

*El aliento se me cortó en el pecho.*

*Mi vida, el cuento de hadas, se había acabado. Acabó esa noche en el sótano. Los muros que había levantado para protegerme de esos pensamientos tenían grietas, fisuras que se habían hecho más grandes cada noche, cada vez que no venía a cenar, los pendientes, y ahora esto...*

*Ahora me encontraba al otro lado, contemplando mi vida anterior desde una nueva perspectiva, viéndola desaparecer.*

*Ya nada volvería a ser lo mismo.*

*Daniel estaba desnudo en el sótano poniendo jabón en la lavadora. Me vio al pie de la escalera y se sobresaltó.*

*Dijo que casi le había provocado un infarto. No le di ocasión de serenarse, le exigí que me dijera qué demonios pasaba.*

*Antes de contestar, echó el resto del jabón en polvo del dosificador en la lavadora, la cerró y pulsó un botón para que comenzara el ciclo. No le había visto nunca hacer la colada.*

*Dijo que había cenado con un cliente que lo había puesto perdido de vino tinto y tenía que lavar la ropa de inmediato o no saldrían las manchas.*

*Sus zapatos estaban en el suelo, e iba descalzo.*

*Le pregunté si el cliente también le había manchado de vino los*

*calcetines.*

*Me miró. Había algo en su mirada que no había visto nunca. Me recordó a como miraba Mitchum en nuestra película, justo antes de acuchillar a su mujer. Es una mirada fría, ausente.*

*Dijo que para el caso más valía echarlo todo a lavar, ya que estaba, e intentó restarle importancia riéndose. No había ni rastro de alegría en su sonrisa ni en su risa vacía.*

*Empecé a recular. Eso no me gustaba. Subí corriendo las escaleras, entré en la cocina y retrocedí de espaldas hasta la encimera.*

*No podía respirar.*

*Daniel vino escaleras arriba, apagó las luces del sótano y cerró la puerta chirriante.*

*Se quedó ahí un momento mirándome. Ya no sonreía. No estaba avergonzado. Tenía una expresión neutra, como si no estuviera viendo nada, como si yo no existiera. Dio un paso adelante, y me estremecí. Me pegué a la encimera.*

*Se disculpó de nuevo y dijo que iba arriba a darse una ducha.*

*Lo vi alejarse. Cuando tuve la seguridad de que estaba arriba, fui al cuarto de baño de abajo, cerré la puerta con pestillo y me senté en la tapa del retrete. Lloré acunándome sobre la tapa. No sé cuánto estuve así, pero en algún momento debí de tumbarme hecha un ovillo en el suelo, porque cuando desperté, allí estaba. El sol iluminaba el cuarto por la ventana. Me levanté, dolorida después de haber dormido sobre las baldosas, y abrí la puerta. Miré el garaje.*

*El coche de Daniel no estaba.*

*Me puse un vaso de agua y fui arriba a coger el teléfono que tenía en la mesita de noche.*

*Tenía cuatro alertas nuevas, todas de páginas web de distintos medios de comunicación.*

*Habían encontrado muerta a una mujer en una callejuela en Manhattan esta mañana. Le habían sacado los ojos. Se creía que era la víctima más reciente de Sandman.*

*Escondí la cara entre las manos y lloré.*

## BLOCH

Las oficinas del bufete de Archie Bunsen no eran exactamente un lugar acogedor para nuevos clientes. La entrada era una puerta de acero con interfono en la calle Ciento diez. Más parecía un búnker que un bufete. No había letrero encima de la puerta. Las palabras «Bunsen Abogados» estaban escritas en una ficha de cartón detrás del pulsador de plástico transparente del interfono.

Lake lo pulsó. Esperó, y Bloch se quedó en segundo plano, encantada de dejarle hablar a él.

La mirilla de acero se abrió con un chasquido metálico, y ocupó la ranura una cara; una cara grande, quizá del tamaño de un plato llano. El hombre llevaba una barbita perfectamente cuidada y un bigotito fino que le rodeaban la boca como si se los hubieran dibujado con rotulador. Tenía las mejillas tan redondeadas y llenas que daba la impresión de que intentaran aplastarle la nariz.

—¿Qué queréis? —dijo el rostro.

—Queremos hablar con Archie Bunsen, si es tan amable —dijo Lake.

—No está —respondió la cara, que cerró de golpe la ranura de la mirilla.

Lake golpeó la puerta y gritó:

—Venimos de parte de Eddie Flynn.

Silencio.

La ranura se abrió lentamente.

—¿Qué queréis de Archie?

—Queremos hablar, nada más.

La ranura se cerró y la puerta permaneció también cerrada.

—No pasa nada. Podemos llamar al FBI para que vengan a hablar

con Archie en nuestro lugar —sugirió Lake.

Se abrió la puerta.

La cara tenía un cuerpo a juego. Bloch supuso que era Luna. El tipo medía en torno a dos metros y debía de pesar doscientos kilos, no todos de grasa. La cara se asentaba sobre dos trapecios bien desarrollados que se curvaban hacia los hombros torneados dándoles el aspecto de unas colinas onduladas de músculos. Aunque pesara lo mismo que un Volkswagen, seguramente era capaz de levantar todo ese peso.

Se volvió en el pasillo estrecho, no sin cierta dificultad, y los condujo hasta una puerta al fondo. Llamó con los nudillos y dijo:

—Vienen unos pavos a verlo. De parte de Eddie Flynn.

Se abrió la puerta para dejar a la vista un despacho con todo el aspecto de que lo hubieran robado. Había documentos y expedientes revueltos encima del escritorio, el suelo, en las sillas, amontonados sobre las mesas, y los papeles asomaban de los archivadores de metal tan rebosantes que parecían gruñir ante la imposibilidad de cerrarse. Detrás de un enorme escritorio de roble ricamente decorado había un hombrecillo medio calvo con camisa amarilla, tirantes marrones sobre los hombros y un cigarrillo colgando de la boca. Quizá la camisa hubiera sido blanca en algún momento, pero la habitación entera estaba bañada en la bruma de color azafrán de la ventana que quedaba a la izquierda y tenía una gruesa capa de nicotina en el cristal. Bloch había oído a tabaco desde el pasillo. El cenicero encima del escritorio llevaba meses sin vaciarse. Habían metido a presión tantas hileras de colillas que ahora rebosaban del borde del cenicero cual gruesas púas anaranjadas de puercoespín.

—¿Qué le pasa a Eddie? —preguntó el hombre con una voz que sonaba como un montón de tuercas y tornillos que rodaran por un cubo de engrudo para empapelar paredes.

—¿Eres Archie? —preguntó Lake.

—Puede llamarme señor Bunsen.

—Necesitamos ayuda. El año pasado arrendó un loft en Manhattan uno de los propietarios que tiene como clientes. El FBI se puso en contacto con el propietario y este dijo que no tenía ninguna

documentación del inquilino. Era un arrendamiento a corto plazo y el tipo pagó en efectivo. Eddie dice que ningún propietario de esta ciudad arrendaría ni siquiera una ratonera sin algún tipo de garantía e información sobre una cuenta bancaria. Usted se encarga del papeleo de todos los... propietarios de esa zona y...

—Se refiere a buitres, ¿no?

—Yo no he dicho eso —respondió Lake.

—No, pero Eddie sí. No me importa. No tengo pelos en la lengua, señor...

—Lake, Gabriel Lake. Ella es amiga mía, Bloch.

—No dice gran cosa.

—No le hace falta. El FBI no obtuvo pruebas documentales, pero Eddie sabe que usted se encarga de todo el papeleo de sus clientes, y quizá tenga en su poder algún documento que pueda ayudarnos.

—¿Y por qué iba a darles a ustedes el papeleo de mi cliente?

—Tenemos que localizar a ese inquilino, con urgencia. Cualquier prueba documental suya reviste importancia.

—Lo siento, no puedo divulgar ninguna información sobre clientes míos sin una orden judicial.

—Eddie nos advirtió que lo diría. Dijo también que agradecería su ayuda en este asunto.

—Me temo que no puedo ser de más ayuda. Ahora, si no les importa, estoy ocupado.

—Sabemos que lleva una doble contabilidad de sus propietarios. Hay un montón de formas de eludir el control sobre el alquiler y dejar que oculten parte de sus ingresos a Hacienda. No queremos que el FBI se entere de nada de eso, ¿verdad? —preguntó Lake.

Por el modo en que Lake se cruzó de brazos, Bloch pensó que esperaba que la amenaza empujara a ese tipo a cooperar. Lake había infravalorado al abogado. Quizá fuera buen investigador, pero esto se le daba de pena.

—No está en posición de hacer ninguna amenaza, señor Lake. Más vale que usted y su amiguita se larguen de aquí, no vayan a salir perjudicados.

Antes de que Lake tuviera ocasión de contestar nada, Luna dio un paso hacia él. Fue un movimiento imponente, en más de un sentido.



No era una persona normal y corriente que invadiera su espacio personal, sino más bien como un búfalo que se dispusiera a embestir o un planeta que se hubiera mudado a media docena de metros de su casa. Lake miró al hombretón y sonrió, pero este no le devolvió la sonrisa.

Cogió a Lake por la muñeca, con suavidad al principio, luego miró a Archie para que le confirmara que debía echarlos a la calle. Tenía la mano como si llevara un guante de catcher, pero no era más que una serie de dedos enormes.

—Dígale a su amigo que se guarde las manos —advirtió Bloch.

—Ah, pero si habla. ¿Es su matona, señor Lake? —dijo Bunsen sofocando la risa—. Se ha metido en un buen lío, entonces. Tendría que haber traído a alguien más grande.

Lake se plantó entre el gigante y Bloch. Ella había estado quieta en todo momento, controlando la habitación con las manos cogidas delante. Así que cuando se movió, lo hizo deprisa: todo pareció ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Metió la mano derecha en la chaqueta y de pronto empuñaba un revólver enorme, delante de la cara de Lake, apuntándole directamente al tiarrón a la cabeza. La Magnum 500 es un arma de tamaño y potencia tales que tiende a irrumpir con dramatismo en cualquier situación en que aparece.

—¿Le parece lo bastante grande? —preguntó Bloch—. Venga, el papeleo. No tengo tiempo para esto. Ya sabe lo que buscamos, porque su cliente debió de llamarlo cuando los federales le hicieron una visita. Sáquelo ya.

—¿Qué va a hacer? ¿Pegarle un tiro? —preguntó Archie.

—Su amigo tiene la cabeza del tamaño de un balón de baloncesto. Me parece que no fallaría ni a quince metros de distancia —observó Lake.

—No voy a pegarle un tiro —dijo Bloch a la vez que abría la mano en la que tenía el arma. Con el dedo todavía en la guarda del gatillo, dejó que el cañón oscilara hacia abajo a la vez que ascendía la empuñadura de caoba y cerró la mano sobre el tambor del revólver, dándole la vuelta de modo que la empuñadura hiciera las veces de martillo. Un movimiento propio de un antiguo pistolero.

Levantó el brazo, lo dejó caer con fuerza y la empuñadura del

arma se le hundió en la carne del dorso de la muñeca a Luna, que soltó de inmediato a Lake y abrió la boca para tomar aire mientras se agarraba el antebrazo con la otra mano. Al retroceder, dio un traspié y se cayó de culo.

—Estás empezando a cabrearme de verdad —dijo Bloch—. Un martillo de bola pesa en torno a un kilo. Este revólver pesa casi tres. Si no nos das el papeleo ya, le romperé el otro brazo a tu amigo. Luego voy a meterte a ti la cabeza por el ojete de este a hostias.

El tono de Bloch tenía algo que hizo mella en Bunsen. Su silla emitió un fuerte chirrido cuando se inclinó hacia delante y se levantó para ir rápidamente al archivador metálico. Lo abrió de un tirón y empezó a pasar los separadores de expedientes en el interior, hurgando en los documentos con los dedos.

—Como saques un arma de ese archivador, voy a abrir un agujero de mucho cuidado en la pared, aunque el agujero te atravesará primero a ti y después el archivador —explicó Bloch.

A Bunsen se le quedaron las manos rígidas, luego empezó de nuevo. Sacó un expediente delgado de color azul marino del archivador y se lo tendió a Lake. El contrato de arrendamiento y la información bancaria estaban a nombre de una empresa: Shoreline Limited.

—¿Eso es todo? —preguntó Lake.

—Es todo lo que tenemos.

—Pues ya vale —dijo Bloch.

Lake se montó en el asiento del acompañante del jeep de Bloch con el expediente en la mano mientras ella ponía el motor en marcha. Tras abrir el expediente sobre el regazo, leyó en diagonal los documentos siguiendo el dedo índice, encontró lo que buscaba y se puso a escribir en el móvil.

—Shoreline Limited parece ser algún tipo de empresa tapadera según las bases de Recogida de Datos Electrónicos. No se ha solicitado ninguna cuenta —dijo—. El director de la empresa es Daniel Miller: eso no es ninguna sorpresa. Espera, hay una dirección comercial, pero no es la del domicilio de Miller.

No había demasiado tráfico en el túnel de Holland para variar, y menos de una hora después Bloch entró en un polígono industrial en Bayonne, New Jersey. La zona era una colmena de almacenes, fábricas y trasteros de alquiler. La dirección que había obtenido Lake de la base de datos correspondía a un viejo edificio de ladrillo rodeado de una verja de tela metálica oxidada. En otros tiempos había sido algún tipo de garaje o almacén, a juzgar por la puerta de doble hoja de roble tan ancha y alta. Los cristales de todas las ventanas del edificio estaban rotos. Chicos que querían hacer puntería, supuso Bloch.

Se apearon del coche y examinaron la cadena que cerraba la verja. No era nueva, pero tampoco muy vieja. El candado sin duda se encontraba en buen estado. No había óxido por ninguna parte.

—Es un escondrijo bastante bueno —observó Lake.

Bloch fue al vehículo, cogió una palanca del maletero y se la pasó a Lake. Desenfundó el revólver y dijo:

—El candado ya estaba reventado cuando llegamos.

A Lake le llevó tres golpes romper el candado. Bloch no había visto ningún otro vehículo ni a nadie más en la calle desde su llegada y tampoco creyó que el ruido fuera a suponer mayor problema. No había manera de abrir las enormes puertas de doble hoja. El edificio estaba rodeado de un solar de tierra y grava. En el lateral del edificio, Bloch vio una puerta de acero pintada de azul seguramente hacía unos cuarenta años. La cerradura era buena, y era nueva, reluciente y lubricada. La puerta no se había repintado. Alguien quería hacer buen uso del lugar, pero no quería que nadie reparara en su presencia.

Un paseo por el perímetro del edificio no les permitió descubrir una manera fácil de entrar.

A tres metros y pico de altura había una hilera de ventanas rotas, de cerca de un metro de alto por otro de ancho, que se prolongaba todo a lo largo del edificio.

—Aúpame —dijo Bloch.

—¿Seguro? —preguntó Lake—. Si entras ahí y no puedes abrir la puerta...

—Me las veré con lo que haya dentro, sea lo que sea —afirmó

enfundando el arma.

La palanca cayó al suelo, Lake apoyó la espalda en la pared, separó las piernas, formó un estribo con las manos y se agachó un poco. Bloch dio dos pasos para tomar impulso y apoyó el pie en las manos de Lake a la vez que ponía las manos sobre sus hombros. Él se incorporó tirando hacia arriba, y Bloch fue trepando por la pared hasta que alcanzó el alféizar de la ventana. Había creído que no había cristal en esta, pero todavía quedaban unos viejos fragmentos cubiertos de polvo en el marco, y se desgarró la pantorrilla cuando pasaba la pierna al otro lado; luego se dejó caer con un fuerte topetazo que resonó en las paredes y los suelos de hormigón.

Encendió la minilinterna y echó un vistazo alrededor.

El espacio había sido un almacén en algún momento. La pared del fondo estaba cubierta de pesadas estanterías de hierro que llegaban hasta el techo. El tejado era de paneles de plástico intercalados con paneles de hierro ondulado. Los de plástico eran en teoría para que entrara la luz, pero estaban sucísimos. El amplio suelo se hallaba sembrado de viejas piezas de maquinaria y herramientas, y se vio obligada a tener cuidado de dónde pisaba. No parecía haber mucho más por allí, aparte de unas cuantas pilas de palés. Una zona del almacén se había acondicionado como lo que tenía todo el aspecto de ser la oficina del capataz. La puerta estaba cerrada, pero había una ventana.

Bloch apagó la linterna.

O bien había una abertura al fondo de esa oficina que daba al exterior, que no había visto al inspeccionar el perímetro, o bien seguía habiendo electricidad en el edificio.

Porque en el interior de la oficina se veía una tenue luz.

Parecía provenir de una lámpara.

O de alguien con una linterna en la mano.

## BLOCH

La luz en la pequeña oficina podía deberse a distintas causas. No era intensa, así que bien podía ser la luz de un móvil desechado hacía poco, una lámpara o algo igualmente inocuo.

O podía ser Sandman con una linterna y un calibre 45, listo para cegarla con el haz de luz al tiempo que le vaciaba el cargador en el pecho.

Bloch decidió que más valía hacer entrar a Lake. Cruzó el espacio con sigilo sin quitarle ojo a la ventana de la oficina hasta llegar a una columna de ladrillo. Se volvió rápidamente para reorientarse y se fijó en que la puerta de acero pintada quedaba a unos pasos de allí. No había pestillos ni barras. Estaba cerrada. Hacía falta una llave.

Lake debía de haberla oído desde fuera, porque dio unos toques suaves en la puerta con los nudillos.

Ella sintió deseos de decirle que guardara silencio, que igual tenían compañía. Su gran ventaja era quizá que quienquiera que estuviese en la oficina no sabía que Bloch se encontraba al otro lado de la puerta. Si era Sandman, toda ventaja sería poca. Era un tipo peligroso, quizá el más peligroso con el que se las había visto nunca, y no quería subestimarlo.

No le quedaba otra que pasar a la acción, y hacerlo ya, mientras todavía contara con el elemento sorpresa. Dejó atrás la puerta y siguió el perímetro del almacén para llegar a la puerta por un lateral y no de frente. No había ventana en ese lado. Era imposible que la viera acercarse.

Sus movimientos le parecieron más ruidosos de lo que deberían haber sido. Cada vez que respiraba era como un vendaval. Cada

paso resonaba como un pisotón. Cada latido del corazón retumbaba como un tambor. En el interior en penumbra del almacén de ladrillo hacía fresco, y aun así se veía obligada a parpadear para evitar que el sudor no se le metiera en los ojos. El peso de Maggie en su mano ya no era tan tranquilizador como le había parecido siempre. Ahora le resultaba incómodo, como si hubiera llevado el arma equivocada para ese trabajo.

Bloch reconoció todo eso como lo que era: miedo. No le daba miedo Sandman. Bloch no temía a ningún hombre.

Le daba miedo lo que podía encontrar.

Le daba miedo encontrarse el cadáver de su amiga de toda la vida en un viejo almacén polvoriento.

Ahora estaba cerca, a unos palmos escasos.

La boca del cañón empezó a temblarle.

No era de agotamiento. Cuando Bloch escogió la Magnum como arma de mano, había hecho prácticas con ella todos los días durante un año. Una hora de práctica de tiro todas las mañanas, y luego en el gimnasio por la tarde. Cada vez que abría fuego con esa arma era como recibir un puñetazo en la palma de la mano. Pero lo encajaba. Se hizo más fuerte. Soportó las sacudidas hasta que se le formó un grueso callo en la palma de la mano y dejó de dolerle. El peso y el tacto del revólver le resultaban tan naturales como sujetar el cuchillo y el tenedor, o un bolígrafo.

Pero ahora, con el pecho bombeando oxígeno y el organismo inundado de adrenalina, tenía la sensación de estar sufriendo una sobrecarga sensorial.

Bloch llegó a la puerta de la oficina y se agachó.

No tenía sentido arriesgarse a mirar por la ventana. Eso no haría sino alertar a quien estuviera dentro y dejar quizá que la cegase de paso con la linterna.

Solo había una posibilidad.

Entrar a saco.

Le dio la vuelta a la linterna para sujetarla con la mano izquierda como una daga. El interruptor estaba en la base, conque podía usar el pulgar para encenderla. Puso la mano derecha encima de la izquierda, una muñeca encima de la otra, para alinear la linterna y la

trayectoria del cañón del arma.

Bloch se situó delante de la puerta, tomó aliento, hizo girar los hombros, movió el cuello de lado a lado para hacerlo crujir y le soltó un puntapié a la puerta.

Cedió sin problema. Bloch traspasó el umbral y movió el arma por la habitación en penumbra siguiendo el haz de la linterna con la mirada.

Nada en los rincones.

Nadie justo delante.

Nadie en la oficina en absoluto.

Ahora vio que la luz era de un tono verde pálido y estaba cerca del suelo. La linterna iluminó lo que parecía un ataúd blanco de gran tamaño en un extremo de la habitación. Al alumbrar la fuente de luminosidad, vio que era un indicador de potencia. Un cable blanco iba desde el ataúd hasta un enchufe.

No era un ataúd.

Era un congelador de arcón.

Convencida de que no había nadie en el edificio, Bloch enfundó el arma y se acercó al congelador.

¿Por qué iba a tener nadie un congelador en un edificio abandonado? No parecía nuevo, pero tampoco era tan viejo. Estaba recubierto de una capa de polvo, y al acercarse, alcanzó a oír un ronroneo de ventiladores y motores.

La mano se le fue, casi por voluntad propia, y agarró la palanca que había en mitad de la tapa. Bloch no quería mirar dentro. Pero sabía que tenía que hacerlo.

Le sobrevinieron imágenes de Kate dentro del congelador. Todavía en camión, muerta en el interior de la fría tumba, los ojos empañados de escarcha, los labios agrietados y ennegrecidos por efecto del frío. El hielo se las ingenia para apresar a los muertos en un instante de vida. Ya había visto cadáveres otras veces, en toda clase de lugares.

No era una persona religiosa, pero se sorprendió recitando entre dientes una plegaria al tiempo que levantaba la palanca. Bloch tiró y oyó ese sonido de succión, el chasquido como de vacío cuando se despega el cierre de goma de una nevera.

No había luz en el interior del congelador.

Pero había algo dentro. Un bloque sólido de hielo. No era solo una formación normal de hielo, era como si hubieran vertido más de cien litros de agua para cerciorarse de que se conservara lo que hubiese dentro, fuera lo que fuese.

El haz de luz de la linterna de Bloch tembló al dirigirlo hacia el interior.

Dejó escapar un suspiro. La reconoció al instante, pese a las capas de hielo.

Por un momento, creyó que iba a perder los nervios. Sofocó las emociones, dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta con el móvil de prepago en la mano para llamar a Lake.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Yo estoy de los nervios aquí fuera.

—Apártate de la puerta y ponte a cubierto, bien lejos. Voy a abrirla.

—Entendido.

Bloch fue a firmes zancadas hasta la puerta de acero pintada, desenfundó la Magnum y, a un par de metros de distancia, apuntó; relajó los brazos, se sacudió la tensión, luego volvió a apuntar y apretó el gatillo. El restallido del arma fue casi ensordecedor en el viejo almacén, y de pronto Bloch alcanzó a notar el gusto del polvo que había levantado el disparo. Mientras que antes la puerta de acero era sólida, ahora había desaparecido la cubierta de la cerradura. Aestó una patada a la puerta, que se abrió haciendo caer al suelo los restos del mecanismo.

—Lo que has hecho saltar de la puerta, sea lo que sea, ha atravesado la verja por ahí —señaló Lake—. ¿Te parece lo bastante potente el arma?

—Trae la palanca —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que sacar algo de un congelador.

—¿Qué?

—Una bolsa para cadáveres.



## EDDIE

Peltier no callaba durante el trayecto de regreso al juzgado. Nos estaba llevando a Harry y a mí en su Mercedes, así que supuse que podía hablar todo lo que le diera la gana.

—Todo esto es sumamente ingenioso, pero ¿cómo demonios vas a conseguir la absolución en ausencia de Carrie? Tiene que prestar testimonio si ha de tener alguna posibilidad. Lo que quiero decir es que: ¿no deberías estar ayudándome a localizarla? ¿Dónde está Kate? Podría echarme una mano ella al menos, ¿no? —preguntó.

No podía contarle lo de Kate. No iba a correr ese riesgo ni por asomo. Peltier era un puritano cuando se trataba de llevar a la práctica el derecho. Seguro que torcía las reglas a su conveniencia en cuestiones de derecho fiscal y de sucesiones, pero en el ámbito del derecho penal era como un crío, y los críos se asustan. Si le contaba lo de Kate, seguro que llamaría a la policía, aunque solo fuera para salvaguardar su propia conciencia.

—Ahora mismo Kate está ocupada siguiendo unas pistas. Mira, me encantaría contar con la presencia de Carrie. Lo dije desde el primer momento: Carrie tiene que mirar a los miembros del jurado a los ojos y decirles que es inocente. Si es tan convincente como lo fue conmigo, seguro que el jurado aceptará su palabra. Pero si no se presenta, sencillamente da la impresión de que ha huido porque es culpable. Sin ella tenemos una posibilidad, pero más leve que el papel de fumar. Tú la conoces mejor que nosotros. ¿Dónde puede haber ido?

—No se ha puesto en contacto con ninguno de sus viejos amigos y si usa una tarjeta de crédito la policía la localizará de inmediato. Así que, o bien está escondida en alguna parte y paga en metálico, o

bien ha encontrado el modo de abandonar el país. Esas son las opciones —dijo.

—¿Tiene parientes lejanos en alguna parte en los que pueda confiar, o amigos en lugares recónditos? Venga, Otto, necesitamos algo.

Guardó silencio un momento, concentrado en la carretera o en la pregunta, o en ambas cosas.

—No tiene a nadie —respondió—. Sus padres fallecieron. Cuando salió a la luz lo de Daniel, sus amigos la abandonaron. Ha estado lidiando con todo esto sola. No se me ocurre ni una sola persona a la que pueda recurrir. Ahora la odia todo el mundo. Es de lo más triste. El único apoyo que tiene somos nosotros.

—Joder —dijo Harry.

—Mirad, lo tenemos mejor con el jurado y ahora el juez no ve precisamente con buenos ojos al fiscal, lo que puede permitirnos cierta manga ancha a la hora de repreguntar a los testigos de White, pero no tenemos gran cosa que usar contra ellos. En realidad no podemos plantearle a ningún testigo que Carrie es inocente. Porque no podemos hacer tal cosa sin saber a ciencia cierta que la llamarán a declarar. Lo único que podemos hacer es zarandear el árbol de la fiscalía con la esperanza de que las raíces sean tan endebles que se caiga —expliqué.

—Eso no será suficiente —señaló Peltier.

Pensé en Kate, apreté los dientes y dije:

—Pues tendrá que serlo.

Mi móvil emitió una vibración: un correo de Denise con varios vínculos adjuntos. Eran todos de noticias sobre los asesinatos de Teresa Vasquez y los dos agentes del FBI la víspera. Hice clic en el artículo del *Times* y lo leí. Luego leí los demás. La mayoría se remitían a la misma información de Associated Press, a excepción de uno. El *Post* ofrecía algunos detalles más, pues habían logrado ponerse en contacto con la familia de Teresa en Tijuana para que comentaran lo sucedido. Leí el artículo dos veces y llamé a Denise.

—Tienes que ponerte en contacto con la señora Vasquez en Tijuana. Hablas algo de español, ¿no?

—*Por supuesto* —respondió en español con buen acento.

—El artículo cuenta que la señora Vasquez iba a mudarse a Manhattan a principios de año, que eso le hacía ilusión y que no había visto a su hija desde hacía diez años. Quiero conocer a fondo sus planes. Tendrá que hacer los preparativos para el sepelio de su hija; dile que podemos ayudarla.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Denise.

—Todavía no lo sé, es una corazonada. Quiero que ayudes a la señora Vasquez pase lo que pase. Ah, y otra cosa.

—¿También es una corazonada?

—Sí. Necesito los antecedentes penales de Chester Morris, el portero asesinado la misma noche que Delaney. De hecho, revisa sus antecedentes completos, aunque con los penales no debería haber inconveniente, es todo de dominio público.

—Tengo los detalles de conexión a la base de datos. No hay problema. Ahora mismo me pongo. ¿Se sabe algo de...?

—No, todavía no —dije.

Colgué y me volví hacia Harry. Tenía el codo apoyado en la portezuela, el brazo doblado, y se pasaba los dedos por el labio superior.

—Seguro que Kate está bien. Ya la localizaremos —susurré.

—No puedo ir a más funerales, Eddie. Simplemente...

Harry no acabó la frase. No quería decir nada más delante de Otto. El Mercedes se detuvo a la puerta del juzgado en la calle Center. Antes de apearnos, Harry me lanzó una mirada y dijo:

—Todo depende de los próximos testigos. ¿Estás preparado?

Respiré hondo y expulsé el aire.

En ese preciso instante no estaba seguro. Tenía una intuición y quizá eso fuera de ayuda. Hay ciertos casos que sencillamente no se pueden ganar. Otto estaba en lo cierto: necesitábamos a Carrie Miller.

Volvió a sonar mi móvil, y contesté mientras me bajaba del coche y subía a la acera. Era Bloch.

—Estamos en el almacén que figura como dirección del antiguo arrendamiento de Daniel Miller. Está vacío salvo por un congelador. Eddie, dentro hay una bolsa para cadáveres.

Habló con claridad, como siempre hacía, pero su tono de voz

delató el miedo que llevaba dentro. De pronto noté las piernas menos firmes. Cerré los ojos con la imaginación disparada. Sabía lo que quería preguntar, lo que tenía que preguntar, pero no conseguía romper el silencio con esas palabras. Me quedé mirando la muchedumbre de periodistas, fotógrafos y cámaras a la entrada del juzgado y recé para que no me vieran.

Harry se apeó del coche, me vio la cara y alargó la mano para cogerme el brazo.

Justo en ese instante me habría gustado tumbarme en la acera, cerrar los ojos y esperar que todo desapareciera. Me habría gustado dormirme y despertar cuando hubiera acabado esta pesadilla y Kate estuviera a salvo.

—Eddie, venga, Eddie. ¿Qué pasa? —preguntó Harry.

Me tambaleé y me agarró el brazo con más fuerza. Escuché, pero Bloch no decía nada. Quería que me dijera que Kate estaba bien. Eso era lo único que quería.

—Eddie, respira hondo —dijo Harry, que se me acercó para sostenerme.

Me ganaba la vida haciendo preguntas. Se me daba bastante bien. Tenía una pregunta que plantear. No había manera de eludirlo. De nada servía desear que todo se esfumara.

Tenía que afrontarlo, y encajar el dolor.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunté.

—Es imposible saberlo todavía —respondió. No había oído nunca a Bloch tan emocionada. La voz le temblaba como si el miedo la estuviera sacudiendo físicamente.

—No es Kate —dije—. Dime que no es Kate.

Bloch guardó silencio. Oí su respiración mientras reunía el valor para soltar las palabras.

—Está envuelta por completo en hielo. El que dejó la bolsa para cadáveres debió de echar litros y litros de agua después. Lake y yo estamos retirándolo, pero la cosa va lenta.

—Bloch, sabes quién es, ¿no?

—No estoy segura. N-no est-toy segura. Hay una capa de hielo de cerca de un metro. Lake... Lake ha dicho que podría tratarse de una primera víctima.

Ahí había cierta esperanza, por fin, y yo no iba a dejarla escapar.

—¿A qué se refiere?

—Hay asesinos en serie que esconden a sus primeras víctimas. Tienen buen cuidado de deshacerse del cadáver u ocultarlo para que no lo encuentre nadie. Por lo general es porque la víctima tiene algún tipo de vínculo con ellos.

Lo que Lake le había dicho a Bloch tenía sentido, pero yo no lograba ahuyentar de la cabeza la idea de que Kate estaba en ese congelador, y Bloch se encontraba allí con un tipo del que yo no acababa de fiarme, sacando el cadáver de su mejor amiga de un témpano de hielo.

Bloch no dijo nada. Yo no dije nada. Ella también creía que se trataba de Kate. Se le notaba. Vi que los periodistas a la entrada del juzgado venían hacia mí. Me quedé escuchando el tenue ruido parásito de la línea telefónica. Era una de las primeras veces en mi vida que me sentía totalmente desesperado.

Sabía que Bloch lo estaba pasando mal. Lo había percibido en su voz: tenía un dique en la garganta que estaba conteniendo el miedo que sentía. Se había criado con Kate. Bloch estaba más unida a ella que a cualquier otro ser humano del planeta. Si le había ocurrido algo a Kate, a Bloch se le caería el mundo encima. Yo no sabía qué decir. Apreté el móvil contra la oreja. Lo cierto era que no había nada que pudiera decirle, nada que fuera a ofrecerle consuelo.

Ninguno de los dos teníamos palabras.

La esperanza de que Kate estuviera bien se difuminó en el silencio electrostático.

El ambiente en la sala del tribunal había cambiado.

El juez Stoker tenía todo el aspecto de haber sufrido un pinchazo en la autopista durante un aguacero, el mismo día que su mujer lo había dejado y la bolsa se había desplomado. Parecía vapuleado, temeroso de que le asestaran un golpe definitivo. La piel pálida en torno a los ojos como consecuencia de las gafas que se ponía para tomar rayos UVA se le veía más blanca de lo habitual, lo que le daba el aspecto de un panda rojo pasmado.

El fiscal, White, estaba en pie ordenando los documentos sobre su mesa y dirigiendo sutiles miradas de reojo al jurado. O más bien, al nuevo miembro del jurado. Clay Dryer había ocupado en el estrado el lugar de Ethel, que ahora iba camino de su casa con todo el odio que albergaba todavía en el corazón, cien pavos en el bolso, una buena comida en el estómago y ni remota idea de lo que había pasado ese día.

—Llamo a declarar al profesor Cal Johnson —dijo White a la vez que se ponía un poco más erguido.

Harry y yo habíamos hablado sobre la llamada de Bloch. Hizo un gesto dolorido cuando le conté lo que había descubierto. Luego negó con la cabeza.

—No es Kate. Sandman la necesita.

—¿Y si ya está muerta, Harry?

—Entonces tenemos que seguir defendiendo a su cliente. Mira, de momento, tenemos que creer que Kate sigue viva. Tenemos que mantener la esperanza. Ahora mismo tenemos que concentrarnos en el juicio.

Asentí, tomé un sorbo de agua y procuré ahuyentar de la mente cualquier pensamiento sobre Kate. Había estado a punto de perder los nervios por completo a la entrada del juzgado. No podía hacer sino esperar que Harry estuviera en lo cierto, que siguiera viva. Y si estaba viva, necesitaba que ganáramos.

El profesor Cal Johnson suponía un grave problema. Representaba la única prueba forense real que vinculaba a Carrie Miller con los asesinatos. En términos reales era el as en la manga de la fiscalía. Los demás testigos eran triunfos, pero tenían que combinarse para hacer una escalera de color. En el caso de que lográramos rebatir uno o dos, White se quedaría solo con su as.

Teniendo en cuenta que nosotros no teníamos nada en la mano, ese as podía ser suficiente para que se llevara toda la pasta del puñetero bote.

Las pruebas forenses reciben el mismo tratamiento que las sagradas escrituras en los juicios por asesinato. El testimonio de testigos expertos que vinculaban restos de ADN con los homicidios era por lo general más que suficiente para enviar a cualquier

acusado a una celda atestada y desconchada para una larga temporada. La defensa tiene dos obstáculos que sortear: la naturaleza de las pruebas y la interpretación que hace el jurado de esas pruebas. Por mucho que uno consiga presentar una magnífica argumentación contra las pruebas de ADN, no sirve de nada si el jurado no comprende lo que quiere decir.

Tenía que abordar con calma todo el asunto, tal como lo haría White.

El profesor Johnson vestía un fino jersey marrón con cuello de pico debajo de la americana azul marino. Yo esperaba que fuera un intento de disimular la corbata, que era de color barro, por decirlo con suavidad. Era delgado y alto, iba bien vestido, supongo, pero todo eso contrastaba con la barba poblada y escabrosa, de la que brotaban gruesos mechones de pelos blancos y morenos en ángulos extraños, como si hubiera tenido un animalillo viviendo allí dentro que de pronto hubiera sido desahuciado de su erizado hogar.

Completaban el atuendo unos zapatos de vestir marrones de cuero bien lustrados y una alianza de oro descolorida. Supuse que le compraba la ropa su esposa; al menos ella tenía algo de gusto, y como el típico profesional provinciano que era, siempre se limpiaba los zapatos, pero la barba delataba una personalidad mucho más maniática: esa parte excéntrica de la mente que suele conferir el empuje creativo necesario a los científicos que se dedican a la investigación.

Me sorprendía un poco que su mujer le hubiera dejado salir de casa con la barba en semejante estado. Le tomaron juramento y se sentó. Se sirvió un vaso de agua y se acomodó en el estrado de los testigos. Me fijé en que se tiraba de la barba retorciendo entre los dedos hebras de pelo. Los buenos timadores detectan esos gestos delatores. Los grandes timadores no solo los detectan, son capaces de utilizarlos. No era un caso forense complicado. Era sencillo. Johnson había prestado testimonios parecidos una y otra vez, durante veinte años. Había declarado en casos de asesinato de gran relevancia en muchas ocasiones. A eso se dedicaba. Yo mismo le había visto testificar. Y en esas ocasiones tenía mejor aspecto.

Llevaba tirándose de la barba toda la mañana.

Estaba nervioso por algo.

Eso quería decir que yo debía averiguar qué era y utilizarlo.

—Profesor, todos somos conscientes de sus méritos académicos y su experiencia. Es usted muy reconocido en el campo del análisis de ADN. Vamos a empezar por su implicación en este caso. Haga el favor de mirar las fotografías números once, doce y trece.

Cobró vida la pantalla que había frente al jurado y el estrado de los testigos, que mostró la fotografía de una blusa blanca colgada en el armario de Carrie Miller. La siguiente instantánea era un primer plano del puño, donde había una mancha de color rojo óxido, como si una gota de ketchup lo hubiera manchado, quedando luego seca y desleída. La última foto era la misma blusa en una bolsa para pruebas con la etiqueta BS9.

—¿Qué puede decirnos de estas fotografías?

—Me facilitaron una ficha de datos con esta prueba, la BS9, y estas fotografías. Esa ficha indicaba que la prenda se halló en el armario de Carrie Miller y se incautó como prueba para su examen. Yo debía examinarla, extraer restos de ADN de la mancha en las fibras de la manga y comparar ese ADN con todos los restos conocidos en nuestros sistemas —explicó Johnson. Su manera de hablar era característica de un pensamiento clínico y deliberado. Enunciaba y articulaba todas y cada una de las sílabas de cada palabra.

—¿Qué hizo usted con la blusa, prueba BS9?

—En primer lugar, analicé la prenda. Era una blusa de la talla seis, de algodón blanco con fibras de seda entretejidas. Por el aspecto de la mancha, que se había descolorido, estaba claro que habían intentado limpiar la prenda, seguramente lavándola a temperatura razonablemente elevada en una lavadora. Luego la secaron, la plancharon y la colgaron en el armario. Pero ni siquiera lavándola se elimina por completo el ADN de una prenda. En este caso llevé a cabo una búsqueda de restos de sangre. ¿Puedo referirme a la prueba CJ3?

White se volvió hacia su ayudante, que manejaba un portátil conectado con la pantalla grande que veía el jurado. La imagen de la blusa colgada en el armario de Carrie cambió por otra. Lo que



apareció en la pantalla no se veía claro al principio. La mayor parte de la imagen era demasiado oscura para apreciarse bien, pero si se prestaba atención, se distinguía la forma de la blusa blanca y, en la manga y el puño, varias manchitas de tamaño y forma distintos de color verde azulado metálico.

—Apliqué luminol a la prenda y luego la examiné en una sala a oscuras para comprobar si había algún resto de sangre que ya no resultaba visible. Como pueden apreciar en esta imagen, había bastantes más salpicaduras de sangre, pero a excepción de la mancha más grande, que mide en torno a un centímetro, el resto no se distinguían a simple vista.

—Y después de identificar las manchas, ¿qué hizo?

—Recorté las manchas identificadas de la prenda y las introduje en un tubo Eppendorf de microcentrifugación. El ADN se obtuvo por medio del método de extracción mediante columnas de centrifugado y el método orgánico con fenol cloroformo isoamílico. Empleé el proceso de reacción en cadena y amplificación de la polimerasa y utilicé el espectrofotómetro. Como resultado, la extracción y el análisis del ADN fueron exitosos. El ADN de los restos de sangre coincidía con un perfil registrado en el sistema con unas probabilidades de una entre mil millones.

—Profesor, la última parte. Su análisis. ¿Puede explicar las probabilidades y el perfil con el que coincidía?

—Nunca hay una coincidencia exacta del ADN de una persona con el de otra, pero puedo afirmar que es probable que la sangre de la prenda procediera del perfil que en la base de datos se atribuye a Stacy Nielsen. Las probabilidades son de una entre mil millones. Es decir, si comparara ese ADN con mil millones de perfiles más, es posible que coincidiera con otro perfil.

—¿Y hasta qué punto sería probable?

—Como decía: una entre mil millones. Con toda la certeza que se puede tener científicamente, la sangre en la blusa de la acusada procedía de una de las víctimas de este caso, Stacy Nielsen.

## EDDIE

Cuando un jugador experto clava algo, cuando se combinan toda su preparación, experiencia, oficio y talento natural en un instante perfecto de ejecución, se produce un sonido. Eso hace un ruido. Es el sonido de la bola nueve al ser engullida por la tronera de la esquina; el chasquido del cambio de marcha perfectamente sincronizado; el susurro de la pelota de baloncesto que roza la red de poliéster al lograr un triple; el topetazo del cuero al colisionar con un bate de arce en aras de un jonrón que saca la pelota del estadio.

En cuanto se oye ese sonido, uno sabe que ha ocurrido algo especial.

En la sala del tribunal es distinto.

De hecho, es lo contrario.

Cuando ocurre algo especial —cuando un fiscal lleva a cabo el interrogatorio directo de un testigo y todo va sobre ruedas— es como una auténtica sinfonía.

Solo que no se oye absolutamente nada.

En los tribunales, sobre todo en los que hay mucha presencia de público en la galería, siempre hay ruido. Siempre hay alguien que susurra, tose o mueve los pies, o suena el trajín habitual de los abogados que van de aquí para allá, hablan, gritan, arrastran la silla por el suelo, y todo eso en una sala diseñada para amplificar el sonido de manera que se oiga bien.

Cuando ese algo especial ocurre en la sala del tribunal, se hace el silencio.

Solo que es un silencio que no se oye en ninguna otra parte. Es como si todo ocurriera en televisión y alguien hubiese silenciado el volumen. Ocurre así, de repente. Simplemente no hay sonido. Es un

sonido negativo, como si un aspirador cósmico succionara hasta la última partícula acústica de la sala. Hay tal silencio, que el propio silencio tiene peso.

Si se hace ese silencio majestuoso en un juicio, solo puedes reaccionar de una manera: pegas el culo a la silla y lo disfrutas mientras dure, porque por lo general quiere decir que has ganado el caso.

Harry escribió en el bloc de notas la palabra «Mierda».

Estábamos jodidos.

—Profesor, a lo largo de su testimonio ha descrito las manchas de sangre como salpicaduras. ¿A qué se refería con la palabra «salpicaduras»? —preguntó White.

—Por el tamaño y la forma de las manchas —explicó el profesor— parecían salpicaduras de sangre.

—Gracias, profesor Johnson. No hay más preguntas.

Me levanté poco a poco con la mirada fija en las notas de Harry ante él en la mesa. Miré de soslayo al profesor Johnson y dije:

—Señoría, tengo que hablar un momento con mi colega.

Me incliné y le susurré a Harry:

—A White le ha ido bien.

—¿Cómo quieres enfocarlo? Se le pueden apretar las clavijas a este tipo durante horas —señaló Harry.

Cuando se trata de un testimonio sobre ADN, una de las tácticas de la defensa consiste en pormenorizar los detalles. Dedicar horas a repasar todos los procesos específicos del trabajo y el examen de las pruebas, constatar que se respetara la cuarentena apropiada y las rutinas de limpieza de las pruebas biológicas, cerciorarse de que usaran herramientas nuevas o esterilizadas, intentar hallar minúsculos resquicios en su fórmula, que arrojó un resultado de una entre mil millones de probabilidades de que la sangre no fuera de Stacy Nielsen. Es una buena táctica, y a la segunda hora los miembros del jurado empiezan a detestar al experto porque están aburridos y confusos y es posible que algunos incluso desoigan el testimonio por completo. Pero es arriesgado: cabe la posibilidad de que el jurado se vuelva contra el abogado defensor.

—No hay tiempo —dije—. Tenemos que acabar con esto lo antes

posible, por Kate.

Eddie Felson, un timador de sala de billar en la película *El buscavidas*, jugaba mejor que nunca cuando no calculaba porcentajes. Cuando jugaba a tumba abierta, no había quien le ganara.

—¿Me pasas un papel y la pluma?

Harry arrancó una hoja y me alargó la estilográfica. Escribí unas palabras y volví el papel hacia Harry, que las leyó y sonrió.

«Allá vamos. A tumba abierta».

## EDDIE

Cuando me puse en pie para repreguntar a Johnson, todavía tenía la pluma de Harry en la mano. Era un objeto precioso, con el cuerpo verde intenso y la plumilla dorada, una estilográfica alemana famosa por su fiabilidad. También era duradera. Tenía que serlo, porque me estaba aferrando a ella como si me fuera la vida en ello.

—Profesor Johnson, dirige usted el laboratorio forense del Distrito Sur, ¿correcto? —pregunté.

—Correcto.

—¿Puedo acercarme al testigo? —pregunté, y el juez Stoker asintió.

—Profesor, ya le vi prestar testimonio en otra ocasión, hace años, pero nunca había tenido oportunidad de conocerle hasta ahora. Es un placer —dije, y luego me acerqué y le tendí la mano.

Johnson sonrió, se levantó un poco y nos estrechamos la mano brevemente. Cuando volvió a sentarse, parecía aliviado. White lo había preparado a fondo para este caso, y sin duda le habría dicho que yo era un auténtico tigre e intentaría arrancarle la piel a tiras. Empezaba a creer que le esperaba una experiencia mucho más tranquila. Por el momento, yo quería que así fuera, que se calmara, se relajara.

—Profesor, analizó usted las manchas en la blusa de la cliente. ¿Encontró por casualidad restos del ADN de mi cliente en el tejido?

Se retrepó en el asiento, cruzó una larga pierna sobre la otra y entrelazó los dedos en el regazo. Estaba preparado para la pregunta. El truco consistía en dar la respuesta sin que sonara ensayada o poco auténtica.

—El ADN de su cliente habría quedado en la blusa si se la hubiera

puesto. El ADN del sudor se transfiere fácilmente al tejido. Sin embargo, el lavado de la prenda debió de eliminar el ADN de su cliente.

—¿Pero no la sangre?

—No, la sangre es mucho más difícil de eliminar del nailon y el algodón que el sudor. Lo mancha mucho, tiñendo las fibras, a veces para siempre. Como el vino tinto.

—Ya. Y si mi cliente no se hubiera puesto nunca esa blusa tampoco habría ADN suyo en ella, ¿verdad?

—Probablemente.

—No la analizó en busca de ADN de mi cliente, ¿cierto?

Sonrió al jurado mientras ofrecía la respuesta:

—No, no habría tenido sentido, dado que la prenda había pasado por la lavadora.

—Pero si no la analizó en busca de ADN de mi cliente, no hay manera de saber si alguna vez se puso esta blusa, ¿no?

Carraspeó, un poco más incómodo. No quería que se sintiera violento, todavía no.

—No sé si su cliente lavaba las blusas nuevas por costumbre antes de ponérselas.

—Bien, me alegra que lo haya reconocido —dije, y pasé rápidamente a otra pregunta cuando Johnson abrió la boca, a punto de objetar que no había reconocido nada.

—Profesor, usted no es analista de salpicaduras de sangre, ¿verdad?

—No, no lo soy. Pero, como me ha recordado usted, he prestado testimonio en cientos de juicios por delitos graves a lo largo de mi carrera, la mayoría asesinatos, y tengo experiencia examinando sangre. A mí me pareció que esas manchas tenían patrón de salpicaduras, como si ella estuviera presente cuando Stacy Nielsen fue asesinada, o quizá empuñara el cuchillo ella misma.

—Ahora está usted muy lejos de su laboratorio y sus aparatos, profesor. ¿Es consciente de que hay en curso una investigación del Departamento de Justicia sobre testimonios de analistas de salpicaduras de sangre que tuvieron como resultado numerosas condenas erróneas?

—Estoy al tanto de esa investigación.

—¿Ha visto algún informe de los análisis de salpicaduras de sangre en relación con las manchas en la casa que examinó?

—No, nada de eso. No creo que se contara con un experto en ese campo.

Ahora estábamos llegando a alguna parte. White quería que alguien dijera que la sangre de Stacy Nielsen manchó la blusa de Carrie Miller porque estaba presente durante el asesinato. Por desgracia, todos los expertos en salpicaduras de sangre al este del Mississippi rehusaban asesorar en casos así hasta que se conociera el resultado de la investigación del Departamento de Justicia. Testificar en un juicio por múltiples asesinatos podía dar un poco más de prominencia a su nombre y provocar una investigación más exhaustiva que llevara al Departamento de Justicia a analizar toda su carrera con lupa. En ausencia de un analista de salpicaduras de sangre, White había obligado al buen profesor a adentrarse en territorio incómodo en un intento desesperado por vincular a Carrie Miller con el escenario del crimen.

—Profesor, no hay restos biológicos ni forenses que vinculen a mi cliente con ninguno de los escenarios del crimen en estos casos, ¿no es así?

—Aparte de la sangre que examiné, no. No los hay.

Había llegado el momento de hacer caer al profesor.

—¿Qué es la transferencia primaria? —pregunté.

—Es cuando un material, normalmente material biológico, se transfiere de la víctima al sospechoso. Como las salpicaduras de sangre.

—¿Qué es la transferencia secundaria?

—Tiene lugar cuando un material forense pasa desde la transferencia primaria hasta otro individuo.

Hice una breve pausa para darle a entender a Johnson que me estaba planteando la siguiente pregunta con mucho cuidado. Dejé que mi boca formara una sonrisa fugaz. Se le tensaron los hombros.

—Profesor, antes de que le haga la siguiente pregunta, ¿quiere cambiar o matizar alguna parte de su testimonio?

Descruzó las piernas y apoyó firmemente los pies en el suelo.

—No, me parece que no —dijo—. Estoy ofreciendo mi opinión experta como profesional con toda la objetividad posible.

Arqueeé las cejas en un gesto de sorpresa fingida.

Johnson tragó saliva, luego se tiró de la barba con la mano derecha.

Era eso lo que yo estaba esperando.

—Profesor, ¿es usted consciente de que la fiscalía está argumentando que mi cliente tomó parte de algún modo en estos crímenes junto con su marido, Daniel Miller?

—Sí, lo soy.

—Es consciente porque llevó a cabo la extracción del ADN y el análisis de las huellas dactilares halladas bajo el brazo de Stacy Nielsen. ¿Cuál fue el resultado de ese análisis?

Se acarició la barba pasando los dedos por ella y luego tirando de los pelos de la barbilla y retorciéndolos en un mechón que después se deshizo al soltarlo. Antes de hablar, miró al jurado y luego volvió a mirarme a mí.

Oí unos tenues susurros a mi espalda y me volví. Uno de los jurados, una señora rubia con jersey rojo, daba codazos a la persona que tenía al lado y señalaba con discreción el estrado de los testigos.

Yo sabía lo que estaba mirando y señalando.

Era una pena que Johnson no lo supiera.

—Sí, extraje las hebras de ADN y logré separarlas. Había una huella dactilar asociada, de manera independiente, con Daniel Miller. Antes de que yo conociera ese resultado, había elaborado dos perfiles de ADN a partir de las muestras tomadas del cadáver de Stacy Nielsen. Una muestra de ADN ofrecía claros indicios de ser de la propia Stacy Nielsen. La otra muestra siguió sin identificar hasta que extraje ADN de un cepillo de dientes hallado en el cuarto de baño de Daniel Miller. El ADN de ese cepillo encajaba en gran medida con la otra hebra de ADN del cadáver de Stacy Nielsen.

Los susurros cobraron intensidad. Ahora algunas de las personas que estaban en la galería se estaban percatando y lanzaban miradas extrañas al profesor Johnson.

—Hay pruebas de ADN que vinculan al esposo de mi cliente, Daniel Miller, con la víctima, Stacy Nielsen. ¿ADN de contacto, del



sudor?

—Correcto, la sangre, que formó la huella, era de Stacy Nielsen. Eso demuestra que él la tocó.

—Ya veo, así que, ¿no es posible que la sangre de la blusa de mi cliente llegara allí por transferencia secundaria?

—Posible, pero no probable.

—¿Es totalmente posible que cuando el marido de mi cliente, el asesino demostrado de Stacy Nielsen, se quitó la ropa en su vestidor, que está junto al de Carrie Miller, parte de los restos de sangre en su ropa fueran a parar a la blusa de mi cliente?

—De nuevo, es posible, pero no probable —dijo Johnson, ahora en voz más alta. Empezaba a darse cuenta de cómo lo miraba el jurado, y la gente de la galería, y ahora hasta Drew White lo observaba de una manera extraña y Johnson no tenía la menor idea de por qué.

Fui a por él.

—¿Por qué dice que no es probable? —pregunté.

Yo conocía su respuesta antes de que la diera. Es lo que dicen todos los expertos en salpicaduras de sangre cuando una secuencia verosímil de sucesos no se ajusta a sus deseos. Lo había oído una docena de veces. También lo había oído Johnson, que había tomado parte en cientos de juicios. Estaba en los márgenes de su ámbito de especialización, y lo sabía. Era vulnerable, así que cuando habló, lo hizo casi gritando la respuesta a los cuatro vientos.

—Porque no creo que alguien pueda mancharse él mismo o su ropa por transferencia secundaria sin darse cuenta.

Ahí estaba, su explicación, presentada exactamente tal como yo esperaba.

—¿Seguro? —dije a la vez que levantaba la palma de la mano para que Johnson y el jurado echaran un buen vistazo.

Johnson entornó los ojos y se adelantó.

—Profesor Johnson, le debo una disculpa —dije—, acababa de tomar una nota con la pluma de mi colega y me he manchado de tinta la mano.

Tenía en la mano una mancha circular rojo oscuro de la estilográfica de Harry, de cuando había sacado el cartucho y me había echado un poco en la palma. Luego le había estrechado la

mano a Johnson, y poco después lo había puesto lo bastante nervioso para que se acariciara la barba. Levantó las manos y vio la tinta en los dedos y la palma.

También la tenía por toda la barba. Los mechones blancos eran ahora rojos. El jurado lo había visto. La gente en la galería lo había visto. El fiscal lo había visto y ahora lo había visto todo el mundo.

Salvo Johnson.

—Se ha manchado de tinta, por transferencia secundaria. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que alguien no puede mancharse la ropa de sangre sin darse cuenta?

Se quedó mirando con incredulidad la tinta en la mano y empezó a negar con la cabeza.

—Profesor, no puede usted saber cuándo llegó esa sangre a la blusa de mi cliente, dónde ocurrió ni cómo ocurrió, ¿verdad?

Siguió negando con la cabeza y mirándose la palma y luego me miró a mí como si le hubiera gustado sacudirme un poco de material biológico a bofetadas.

—No pasa nada, profesor. No hace falta que conteste. El jurado ya ha visto suficiente. Voy a dejarlo ahí, prefiero no cargar las tintas.

## BLOCH

A Bloch le ardían los hombros.

Notaba las manos heladas. Las tenía entumecidas alrededor del pie de cabra de hierro que levantaba y descargaba contra el hielo. Lake usaba la palanca, y juntos estaban haciendo saltar astillas frenéticamente del grueso revestimiento helado que rodeaba la bolsa para cadáveres. Así habían conseguido retirar el primer palmo de hielo, pero les quedaban varios por delante.

Bloch levantó el pie de cabra, lo bajó de golpe y en cuanto alcanzó el hielo, se le escapó y salió despedido al suelo. Entre jadeos, se sopló las manos y se las frotó.

—Tengo la espalda hecha polvo. Necesito un descanso. Venga, vamos a sentarnos. Si no nos damos un respiro, acabaremos por hacernos daño —comentó Lake.

Bloch recogió el pie de cabra y lo descargó de nuevo contra el interior del congelador. Se le volvió a escapar y salió disparado por los aires.

—Venga, déjalo. Descansa un momento —insistió él.

Demasiado cansada para hablar, Bloch se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el congelador.

—No te fías ni un pelo de los federales, ¿verdad? —dijo—. Es sorprendente, teniendo en cuenta que tú fuiste uno de ellos.

—Lo fui. Pero nunca fui un federal de verdad. En el FBI rige una cierta disposición de acuerdo con la que nunca habría podido ser uno de ellos; no del todo.

—¿Y qué era?

—Bueno, ya sabes. Obedecer las órdenes, respetar a los superiores, seguir las normas. Ese tipo de cosas. No pienso hacerlo

si está mal. El FBI hace muchas cosas mal, pero lo que peor se le da es cazar a asesinos en serie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bloch.

—El enfoque en su conjunto. El perfil de un asesino en serie solo es tan bueno como el experto que lo elaboró. Si se ciñe a las normas del FBI, es seguramente inservible. Pensaban que se podía deducir quién era el hombre detrás de los crímenes a partir del examen de sus métodos y la psicología de los asesinatos: la teoría de que pueden identificar los rasgos de la personalidad del asesino por su manera de matar, pero los seres humanos no se comportan así. Un hombre que sale por la noche y mata gente no despliega los mismos rasgos de personalidad que definen cómo se viste o cómo habla con sus clientes en el puesto de gerente de Walmart durante el día. Adaptamos nuestras personalidades a las diferentes situaciones. En mi opinión, no hay que buscar al hombre en los escenarios de los crímenes, solo se puede buscar al asesino.

—Tiene sentido —convino Bloch—. Aunque es difícil elaborar un perfil desde esa perspectiva.

—De todos modos, los perfiles no funcionan. En la historia del FBI, ¿cuántos perfiles dirías tú que han llevado directamente a la detención de un asesino en serie?

—No lo sé. ¿Cincuenta? —dijo, y se sopló las manos para luego frotárselas a ver si conseguía que la sangre volviera a correr por ellas.

—Dos.

—¿Dos?

—No voy a preguntarte cuántos perfiles han excluido de forma errónea al autor de la nómina de sospechosos, pero se sabe que al menos cinco con seguridad, aunque probablemente se acerquen más a veinte.

—Entonces ¿por qué mantienen en funcionamiento la Unidad de Análisis del Comportamiento?

—Es para dar buena imagen, y naturalmente la cambiaron por completo hará unos quince años. Ahora los perfiles se elaboran sobre la base del análisis estadístico de los crímenes de noventa y dos asesinatos en serie. Es una cuestión numérica, y resulta menos

útil aún.

—¿Cómo funciona?

—Una de las grandes dicotomías de los análisis ahora mismo es si el asesino trasladó el cadáver. Por ejemplo, si el cadáver se ha trasladado, según los análisis del FBI hay un cuarenta por ciento de probabilidades de que el asesino o su padre estuviera en el ejército.

—Qué chorrada.

—Pues sí. Este enfoque presenta muchos problemas, entre los que destaca que el FBI ha hecho públicos los parámetros. Si yo fuera asesino en serie, consultaría cómo categorizan y extrapolan las características personales para sus perfiles y cambiaría mi *modus operandi* para cerciorarme de que no se aproximaran a mi historia personal o mi grupo demográfico.

Bloch guardó silencio.

—El otro problema —continuó Lake— es que este análisis se basa en un estudio reducido de los noventa y dos asesinos en serie que han sido lo bastante idiotas para que los detuvieran. El consenso general entre los expertos al margen del FBI es que podría haber entre quinientos y dos mil asesinos en serie en activo en Estados Unidos ahora mismo. Yo no quiero usar un método de análisis estadístico basado en los tipos que atrapamos. Lo que quiero es descubrir cómo dar con los hombres que no hemos atrapado.

Lake se acercó al congelador, cogió la palanca y descargó cinco golpes rápidos contra el hielo; luego retiró un poco más de agua.

—Ya sabes que Seong habló con Eddie acerca de lo que ocurrió en aquel incidente de la casa donde estaba el alijo de droga. Le contó que en un momento dado dejaste de defenderte y fuiste a por todos los hombres que había en esa casa —dijo Bloch.

Ahora le faltaba el aire. Dejó la palanca y se frotó las manos para calentárselas un poco.

—Hay mucha gente con teorías acerca de lo que ocurrió en esa casa —continuó—. Yo estaba allí porque iba detrás de un asesino en serie y recibí un soplo de uno de los chivatos del registro federal. Resulta que unas cuatro horas después de que me diera el soplo, encontraron al mismo chivato en un descampado debajo del puente de Manhattan. Se había comido el cañón de una escopeta. Tenía los

brazos y las piernas atados con presillas, más o menos como inmovilizan a un sospechoso los organismos policiales; los organismos policiales federales, quiero decir.

—Dios —dijo Bloch.

—Alguien del FBI quería que yo entrara a ciegas en ese escondrijo de droga a sabiendas de que las posibilidades de que volviera a salir eran solo ligeramente más altas que las de que los Brewers de Milwaukee ganaran la Serie Mundial de béisbol. Si te digo la verdad, no sé cómo sobreviví. Me pegaron cuatro tiros y casi me desangro. Parte de mí... No sé cómo describirlo. En un momento dado tuve la sensación de que ya no estaba allí. Solo estaba viendo cómo ocurría.

—¿Sabes quién te tendió la trampa? —preguntó Bloch a la vez que se ponía en pie.

Lake negó con la cabeza y dijo:

—Ya lo descubriré algún día. Cuando les dije a mis superiores por qué había entrado en ese edificio y lo que había sido del chivato, me jubilaron del FBI de inmediato. No quieren que se monte un escándalo. No quieren problemas. Protegen a los suyos.

Bloch cogió el pie de cabra y asestó tres fuertes golpes al hielo.

—Pero tú eras uno de ellos —señaló.

—En realidad, no. Yo no me ceñía a sus normas. Era un intruso, por mucho que estuviera anotando resultados en la pizarra. A los jefazos no les importan mucho los resultados si no les sigues la corriente.

Descargó la palanca con fuerza contra el centro del bloque de hielo. Bloch oyó un sonoro resquebrajamiento.

Alumbró el interior con la linterna.

Sirviéndose de la palanca, Lake desgajó un buen pedazo de hielo que debía de pesar unos veinte kilos.

Ahora podían acceder a la cremallera en mitad de la bolsa para cadáveres. Bloch se sacó de la bota una navaja y fue cortando con cuidado la parte de la bolsa, de unos veinticinco centímetros, a la que tenía acceso por el hueco en el hielo.

Mientras Bloch sujetaba la linterna, Lake abrió la bolsa.

A Bloch se le cayó la linterna en el congelador. Se notaba

mareada. Agarrándose a los bordes de la cámara frigorífica para no perder el equilibrio, se asomó dentro.

Intentó tomar aliento.

Hacía mucho tiempo que Bloch no lloraba. Notó esa oleada familiar de endorfinas, la arcada desde el estómago, la sensación pegajosa en el fondo de la garganta.

Cerró los ojos con fuerza, resistiéndose al instinto de derrumbarse y llorar.

Se irguió, sacó el móvil y llamó al número de Eddie Flynn.

## EDDIE

White no tenía más preguntas para el experto en ADN manchado de tinta.

Cuando uno de tus testigos se derrumba en el estrado, hay dos respuestas: intentar reparar los daños o sacarlo de allí lo antes posible y poner a otro testigo delante del jurado. El fiscal optó por la segunda. Tendría que ser un buen testigo, uno que fuera más o menos inquebrantable.

—El Pueblo llama a declarar a la señora Daisy Broder.

Perfecto.

Enfiló el pasillo con aire decidido una mujercita de pelo blanco con elegante traje gris y blusa a rayas azules y blancas. Se movía tan bien que me hizo pensar en uno de esos programas de bromas con cámara oculta en los que especialistas con prótesis y maquillaje se hacían pasar por ancianos hasta que se montaban en un monopatín y empezaban a hacer acrobacias alucinantes. La señora Broder bien podría haber sido una especialista disfrazada. La piel fina le colgaba de los huesos como si le hubieran succionado todos los músculos. Tenía las manos deformes por efecto de la artritis. La edad había escrito su historia sobre su piel con finas arrugas en casi todas partes, y tenía manchas de vejez en el dorso de las muñecas y la frente.

Al ver una oportunidad, White se levantó del asiento y se apresuró a rodear la mesa para ofrecerle un brazo a la señora Broder. Iba a ayudarla a subir al estrado.

Ella rehusó el ofrecimiento. La señora Broder no necesitaba ayuda de nadie. White quedó un poco en ridículo, pero le sonrió con toda la ternura que era capaz de fingir y volvió a situarse detrás de la



mesa de la fiscalía. La señora Broder juró solemnemente sobre la Biblia decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios. He perdido la cuenta de a cuántas personas he visto realizar ese juramento. La mayoría están nerviosas, se lían con la mano que tienen que poner sobre la Biblia, sudan y tartamudean al pronunciar el juramento incluso si el secretario del tribunal las está ayudando a recitarlo. Lo único que tienen que hacer es repetir lo que dice el secretario. Algunas se lo toman en serio, o lo fingen al menos, intentan dar sensación de sinceridad, cuando en realidad lo único que proyectan es hasta qué punto son hipócritas.

La señora Broder, en cambio, iba en serio. Repitió todas y cada una de las palabras que decía el secretario, en voz alta, como si fuera de corazón, igual que si estuviera recitando la jura de bandera desde el montículo del lanzador en el estadio de los Yankees en el partido inicial de la Serie Mundial de béisbol. Cuando terminó y el juez la invitó a que se sentara, le dio las gracias como si fuera un nieto bobo pero muy querido.

—Señora Broder —comenzó White—. ¿Recuerda dónde estaba la noche del 10 de junio del año pasado?

Asintió y dijo:

—Joven, sé exactamente dónde estaba, lo que estaba haciendo y lo que ocurrió esa noche.

White sonrió y me dirigió una mirada de reojo como para decir que esta testigo no iba a aguantar ninguna de mis gilipolleces. No era necesario que me lo dijera, la señora Broder iba a ser de armas tomar. Hay testigos a los que es imposible desconcertar. Están acorazados. Kate confiaba en mí, en Harry, en Bloch.

—Tú escucha —me susurró Harry—. Siempre hay una fisura. Espera a descubrirla.

—Señora Broder, ¿por qué no nos dice dónde estaba y qué vio esa noche?

—Estaba viendo una película. *Depredador*, con Arnold Schwarzenegger. Iba más o menos por la mitad, en el momento en que muere Hawkins, cuando casualmente miré por la ventana y vi a una pareja en la acera de enfrente. Pasaban por delante del domicilio de los Nielsen, pero se lo estaban tomando con calma.

—¿Qué quiere decir con que se lo estaban tomando con calma?

—Iban a paso lento. No parecía que estuvieran yendo a ninguna parte. Por eso me llamaron la atención. Todo el mundo en Nueva York va a alguna parte. Esos no.

—¿Qué pasó entonces?

—Bueno, no le di mucha importancia. Así que seguí viendo la película. Quizá cinco minutos después regresaron, otra vez por delante de la casa. Entonces se detuvieron, se volvieron y se quedaron en la acera mirando la casa sin más.

—¿Cuánto estuvieron allí?

—Quizá cinco, diez minutos.

—¿Reconoció a esa pareja?

—Al principio, no. No los conocía. En esta ciudad se ven algunas cosas extrañas, pero esos dos me produjeron cierta sensación. Es difícil describirlo. Puede sonar raro, pero me dieron mala espina al verlos. Presté mucha atención. Eché un buen vistazo a sus caras.

—¿Cuándo habló usted con la policía, señora Broder?

—Al día siguiente vi los coches patrulla delante de la casa de los Nielsen. Y las ambulancias. Cerraron toda una sección de la calle y no pude salir para ir a clase. Pero bajé y hablé con un agente de policía. Le dije lo que había visto la víspera.

—¿Y qué le contestó?

—Dijo que no buscaban a una pareja. Era un hombre, solo, eso dijo.

Me percaté de que White quería pasar por encima del error del agente de policía, pero hizo una pausa. Creyó que era más importante que el jurado oyera que la señora Broder había hablado con la policía antes de que apareciera el rostro de Daniel Miller en todos los canales de noticias, sitios web informativos y periódicos del país.

—¿Qué pasó luego, señora Broder?

—Bueno, fue un par de días después por lo menos. Todo el vecindario estaba conmocionado. Conocíamos a esa familia. Veíamos a esos niños jugar delante de la casa todos los días, volver del colegio, ir de compras. Fue horrible. No recuerdo cuánto tiempo después de esa noche vi la cara de ese hombre otra vez en las

noticias. Llamé a la comisaría local y para cuando vino el agente a mi apartamento ya salía otra cara en las noticias. Era la mujer que había visto. No sabía quiénes eran entonces. Pero supe que eran ellos desde el momento en que vi sus fotos.

El móvil emitió un zumbido en mi chaqueta.

Un email de Denise, con un adjunto.

Lo abrí y leí el texto.

—Señora Broder, veo que no lleva gafas. ¿Tiene usted buena vista? —preguntó White.

—Soy hipermetrope. Necesito gafas de leer, pero no tengo problema para ver la tele ni leer carteles que están lejos.

—Una última pregunta, señora Broder. ¿Hasta qué punto está segura de que la pareja que vio mirando la casa de los Nielsen la noche de los asesinatos eran la acusada, Carrie Miller, y su marido, Daniel Miller?

Al principio, la señora Broder no contestó. Miró en torno, por lo visto sorprendida de la pregunta.

—No he estado tan segura de nada en la vida. Eran ellos. Les eché un buen vistazo esa noche, y es imposible que fueran nadie más.

—Gracias, señora Broder. Sé que ha estado bajo protección en una ubicación segura los últimos dos días o así. No debe de haber sido fácil. Quiero agradecerle que haya prestado testimonio ante el jurado hoy aquí. Haga el favor de seguir en su asiento, es posible que el señor Flynn quiera hacerle alguna pregunta.

White se sentó, satisfecho consigo mismo.

Yo miré al jurado.

A veces es difícil calar a la gente. La mayoría no puede calar a una persona, así que mucho menos a doce. Pero yo no necesitaba a doce personas de mi parte. Solo necesitaba a una para obtener la absolución. Mirando las caras de los miembros del jurado en la sala, no atinaba a ver ninguna expresión franca. Ni uno que pareciera aunque solo fuese ligeramente escéptico. La señora Broder había hablado como si recitara el evangelio.

Un juicio puede ser una montaña rusa: un instante estás en lo más alto y el siguiente caes en picado hacia el suelo en lo que

parece ser una espiral mortal. Un par de jurados me sostuvieron la mirada. Su semblante o bien decía «adelante, colega, hazlo lo mejor que sepas, la señora Broder dice las cosas como son», o bien reflejaba auténtica curiosidad por saber si sería capaz de desconcertar a la formidable señora Broder.

Yo también tenía curiosidad.

No podía hacer otra cosa que intentarlo.

Harry me puso una mano en el antebrazo y dijo:

—Haz lo que puedas. No te vayas por las ramas. Procura ser conciso. Más nos vale no meternos en una batalla con la señora Broder. Le quedan otros noventa años.

Asentí, me puse en pie y me abotoné la americana.

El testimonio de un testigo presencial es como un viejo coche de aquellos tan potentes de Detroit: luce un aspecto asombroso y suena de maravilla, pero si lo conduces un tiempo seguramente verás que tiene más o menos la fiabilidad de un Rolex de veinte pavos. Lo único que puede hacer un abogado defensor es intentar evitar que al jurado le deslumbre la carrocería y el sonido del motor de ocho cilindros. Tengo que asegurarme de que no se limiten a dar unos puntapiés a los neumáticos y se monten al volante, tienen que mirar bajo el capó el cableado defectuoso, revisarlo a fondo y notar el óxido, aguzar el oído para alcanzar a oír el orificio en el tubo de escape. Hay quien verá más allá de la belleza del vehículo y hay quien no. Lo único que puedo hacer yo es abrir el capó y encender una linterna.

Era consciente de que la testigo nos había perjudicado. El jurado no solo creía a la señora Broder, sino que quería creerla.

—Buenas tardes, señora Broder. Me llamo Eddie Flynn. Lamento mucho oír que este caso le ha causado problemas. Ha debido de ser espantoso.

—Me trajo a la memoria algo que pasó hace mucho tiempo. Pero no ha sido tan horrible. Ahora soy anciana, señor Flynn, y ese Sandman no me da miedo.

Asentí y di un paso adelante.

—Admiro su valentía, señora Broder. Vamos a hablar de lo que vio esa noche...

A la hora de repreguntar hay tres zonas de ataque cuando se trata de un testimonio presencial: la distancia, la luz y la hora. Hay otros puntos vulnerables, y necesitaría como mínimo uno más. De momento fui a lo básico. La distancia.

—¿A qué distancia está la ventana de su apartamento de la casa de los Nielsen al otro lado de la calle?

—Ah, no lo sé con exactitud.

—Déjeme que le ayude. ¿En qué planta está su apartamento?

—En la segunda.

—Entonces ¿a qué altura está? ¿A diez, doce metros de altura?

—Unos diez, diría yo.

—Bien, y vive en la calle Doce Este entre las avenidas Tercera y Segunda, ¿no?

—Eso es.

—Las principales calles perpendiculares de Nueva York tienen treinta metros de anchura. Esta no es una calle perpendicular de las principales, así que solo tiene, qué, ¿dieciocho metros de anchura?

—Sí, eso diría yo.

—Y teniendo en cuenta su elevación, estaría a unos veintidós metros de la acera delante de la casa de los Nielsen esa noche, ¿no?

—Así es —dijo la señora Broder asintiendo.

Ya había establecido la distancia.

Ahora, a por la luz.

—¿A qué hora empezó la película esa noche?

—Ah, hacia las diez, me parece.

—¿Y a qué hora cree que vio a la pareja?

—Quizá las once menos cuarto o las once. Algo así.

—Había oscurecido, ¿verdad?

—Sí, pero hay una farola —señaló.

Suele ser más o menos entonces cuando el testigo empieza a darse cuenta de hacia dónde lo dirigen. Intentan escabullirse, llevar la delantera. La única manera de manejarlo es hacerle saber que soy yo quien tiene el control.

—No le he preguntado por farolas, señora Broder. Le he preguntado si había oscurecido. Hablaremos de las farolas en un momento. Vamos a intentarlo de nuevo. Era de noche. Estaba

oscuro, ¿verdad?

Entrelazó los dedos, asintió y dijo:

—Sí, estaba oscuro.

—La farola que ha tenido la amabilidad de mencionar, ¿a qué distancia está de la casa de los Nielsen, diría usted?

La señora Broder hizo el esfuerzo de intentar calcular la distancia. Mucha gente tiene el mismo problema. No son capaces de pensar en metros o centímetros, sencillamente no consiguen visualizarlo. Mi tarea consistía en lograr que la señora Broder se sintiera lo más incómoda posible.

—Ah, lo cierto es que no lo sé. No sé calcularlo. Pero está cerca.

—¿Qué distancia es cerca?

—No lo sé, ¿tres metros y pico?

—Vamos a ponerlo más fácil. ¿Está la farola en su lado de la calle o en la acera de enfrente?

—En mi lado.

—¿Está delante de su apartamento?

—No, calle abajo.

—Ya hemos establecido que su apartamento está a veintidós metros de la acera delante del domicilio de los Nielsen. Eso significa que esa farola no está a tres metros y pico de la casa de los Nielsen, ¿no cree, señora Broder?

Frunció los labios, levantó las manos y se encogió de hombros como hace la gente cuando sencillamente no sabe qué decir o qué hacer.

—Veo que no está segura, así que permítame ayudarla. La farola no está delante de su edificio, está entre su edificio y la Tercera avenida, ¿verdad?

Cerró los ojos para intentar visualizar la calle y dijo:

—Cierto, así que, de cara a mi apartamento, queda a la izquierda.

—Lo entiendo, la cuestión es a qué distancia hacia la izquierda.

—Como decía, no lo sé con exactitud. No muy lejos.

—A ver si esto le ayuda. Imagine que está delante de su edificio ahora mismo. Use un punto de referencia en la sala para indicarnos dónde está situada la farola. No está donde me encuentro yo. ¿Estaría al fondo del todo de la sala?

Miró hacia el otro extremo de la sala y dijo:

—No, no tan lejos. ¿Quizá a medio camino?

Me volví y caminé tan despacio como pude sin forzar en exceso la situación. Dejé que el sonido de mis pies al pisar el suelo resonara por la sala mientras dejaba atrás la mesa de la defensa, la primera fila de la galería, la segunda fila, la tercera, la cuarta, la quinta, cada vez un poco más lento hasta llegar a la décima fila, más o menos hacia mitad de camino.

Me volví hacia la señora Broder y dije en voz baja:

—¿Más o menos aquí?

La señora Broderladeó una oreja hacia mí y dijo:

—Lo siento, no le oigo.

Esta vez grité:

—Perdone, estoy muy lejos. ¿Es más o menos esta la distancia entre su apartamento y la farola?

Asintió.

Desanduve mis pasos, lentamente, dejando que el jurado asimilara la distancia, haciendo que pareciera más lejos de lo que estaba en realidad. Luego me detuve junto a la mesa de la defensa.

—Calculo que son unos catorce metros, ¿no?

—Eso creo, sí.

—Y su apartamento, como ya hemos establecido, ¿está a unos dieciocho metros?

Asintió.

—Necesito que responda para que conste en acta, señora Broder.

—Sí —dijo secamente.

—¿La farola que ha tenido la amabilidad de mencionarnos está a más de treinta metros?

Al tiempo que se inclinaba hacia delante, abrió la boca y la volvió a cerrar rápidamente. Se tomó un momento y luego dijo:

—Yo..., bueno, es posible. Pero aun así pude verlos.

—Cuando el señor White le ha preguntado antes ha dicho que la pareja pasó por delante de la casa despacio, luego regresaron y esa vez se quedaron allí, mirando la casa durante cinco, quizá diez minutos. Me ha dado la impresión de que no estaba segura de cuánto rato estuvieron parados allí, ¿no le parece?

—Qué va, los vi. Y estuvieron allí un rato.

—Un rato —repetí—. Señora Broder...

Hice una pausa y conté hasta diez para mis adentros, tomándome el tiempo de esperar un segundo entero cada vez: un segundo..., dos segundos..., tres segundos...

La señora Broder aguardó pacientemente preguntándose qué iba a hacer con ella ahora.

—Acabo de hacer una pausa de diez segundos. Se ha hecho larga, ¿verdad?

—Esto..., bueno, no tanto.

—Se ha hecho mucho más larga de diez segundos.

Silencio, ese silencio tan expectante y ansioso que puede hacer que un segundo parezca un minuto. El tiempo es subjetivo.

—Quizá. Se ha hecho raro.

—Muy bien. Señora Broder, ¿de verdad estuvo observando a la pareja todo ese rato, o estuvo mirando la calle de reajo mientras seguía viendo la película? ¿Cuál ha dicho que era? ¿*Depredador*?

—Esa misma, con Arnold —dijo sonriendo.

—¿Le gusta Arnold?

—¿No le gusta a todo el mundo?

—Es una buena película, lo reconozco.

—Una de mis preferidas.

—Entonces ¿estoy en lo cierto? ¿Estaba viendo la película y mirando la calle de reajo?

—Supongo, pero los vi ahí parados.

—¿No sería más preciso decir que no sabe con seguridad cuánto rato estuvieron allí? ¿Que pudo ser un minuto o menos?

—Seguramente más —dijo.

Un último asunto: la perspectiva.

—Tengo entendido que ve usted la calle desde el sillón, ¿no? ¿No tuvo que levantarse para mirar por la ventana?

—No, se ve desde el sillón.

—¿Y tenía encendida la luz del apartamento?

—La lámpara, al lado de la tele.

Ahora yo tenía elección. Había varias maneras de abordarlo. Bloch me había dicho que la señora Broder no veía la calle sin ningún



obstáculo en absoluto. Le estorbaba la vista una rama de árbol. En el supuesto caso de que le preguntara si las hojas del árbol delante de su apartamento le tapaban la vista, sencillamente diría que no. Más valía que me centrara en el sillón y no en el árbol.

—¿Tenía que moverse en el sillón para que las hojas y las ramas del árbol delante de su edificio no le taparan la vista?

—Un poco. Solo tenía que inclinarme hacia delante.

Había llegado el momento de cerrar el asunto.

—Señora Broder, habló con un agente de policía el día después de los asesinatos y le dijo que vio a una pareja parada delante de la casa la víspera, pero el agente no creyó que tuviera importancia porque buscaban a un hombre, Sandman, ¿verdad?

—Sí, eso le he dicho al señor White.

—Fue tres días después de los asesinatos cuando el Departamento de Policía de Nueva York y el FBI facilitaron fotografías de Sandman a los medios y se puso en marcha la operación de búsqueda, ¿recuerda haberlas visto?

—Supongo. No sé cuándo las vi exactamente. Vi la de él primero.

—Dos semanas después, justo después de que Carrie Miller hubiera sido acusada, y su retrato, junto con el de su marido, aparecieran en primera plana del *New York Times*, volvió a ponerse usted en contacto con la policía, ¿correcto?

—Así es.

—Pero acaba de decirle a este jurado que los reconoció. ¿Está diciendo usted que no reconoció a Daniel Miller cuando vio su fotografía en televisión setenta y dos horas después de los asesinatos en la acera de enfrente?

—Me dijeron que buscaban a un hombre, no a una pareja.

—Pero vio la cara de ese hombre en las noticias y no se lo dijo a la policía.

—No, creo que sí. No estoy segura. Supongo que pensé que no estaban interesados en hablar conmigo.

Tomé aire. Lo expulse.

Era hora de recoger todas las hebras en un ovillo. Sentí lástima por la señora Broder, pero la vida de Kate estaba en juego. Tenía que mantener la esperanza. Eso suponía que no podía refrenarme.

—Señora Broder, esa noche, desde un apartamento bien iluminado, a través de las hojas y el follaje, vio fugazmente a una pareja al otro lado de una calle oscura a veintidós metros de distancia. Y cuando vio la fotografía de Carrie y Daniel Miller en el periódico o en la televisión semanas después, ya sabía que se había identificado a Daniel Miller como el autor de los asesinatos de los Nielsen, y entonces ató cabos, se hizo un lío, y le dijo a la policía que vio a los Miller esa noche en la calle, ¿no es eso lo que pasó en realidad?

Tartamudeó, guardó silencio, respiró hondo y dijo:

—No estoy de acuerdo.

No le di ocasión de explayarse. Y White tampoco lo haría. Si entraba en detalles, quizá lo estropearía más. Uno nunca plantea una pregunta cuya respuesta no conozca, así que se puso en pie y dijo:

—Señoría, no voy a repreguntar a la testigo. Sin embargo, hay una cuestión sumamente perturbadora que tengo que abordar ahora mismo.

## EDDIE

—Señoría —comenzó White—, hace solo unos días fueron asesinados dos testigos presenciales de la fiscalía. Seguro que al tribunal no le habrá pasado inadvertido.

—Señoría, ¿no deberíamos dejar al jurado al margen de esto? —pregunté antes de que White hubiera llegado al extremo de predisponer a las doce almas a mi izquierda.

Apoyando los codos en la mesa, Stoker entrelazó las manos y dijo:

—No sé muy bien qué me está pidiendo el señor White que haga. Igual sería mejor dejar que el jurado se vaya a casa por hoy. Son más de las cuatro.

White dijo:

—Nos gustaría que el jurado leyera las declaraciones de esos testigos fallecidos.

Y ahí estaba. Técnicamente no había predispuesto al jurado porque no había apuntado qué decían esas declaraciones, pero sin duda sus miembros se irían pensando que Sandman había eliminado a dos testigos clave de la acusación contra su esposa. Eso no podía ser bueno. Por lo menos, le había dicho a Denise que se encargara de los preparativos, y yo no tenía otra opción que jugar la mano que me había tocado.

—Señoría, objetamos a que se proceda de ese modo. En los antecedentes de Chester Morris, uno de esos presuntos testigos presenciales, hace más de un año que consta una detención por agresión con lesiones de la que no ha sido acusado. En otras palabras, llegó a un acuerdo para conservar su licencia de portero a cambio de prestar testimonio en este caso. Teresa Vasquez había accedido a testificar a condición de que su madre obtuviera el visado

y la nacionalidad estadounidense por la vía rápida. Una representante de mi bufete ha hablado con la madre de la señora Vasquez hoy mismo. Ya no podemos repreguntar a los testigos acerca de esos particulares, así que nos oponemos firmemente a que este jurado tenga en cuenta sus declaraciones.

A pesar de que Stoker era a todas luces un degenerado, era un degenerado listo. En lo tocante a esos testigos, yo estaba casi convencido de que habían mentido.

—Ya ha oído al señor Flynn, me temo que es una objeción perfectamente válida. Se suspende la sesión hasta mañana a las nueve de la mañana. Tenga a su siguiente testigo listo para entonces, señor White.

Los miembros del jurado se levantaron y fueron en compañía de los ujieres a su sala para recoger los abrigos y los bolsos. Stoker se puso en pie y todos lo imitamos. La batalla había terminado por hoy.

Harry se me acercó y dijo:

—Lo has hecho bien.

Negué con la cabeza.

—Quizá uno o dos miembros del jurado piensen que el testimonio de la señora Broder es flojo. Quizá no. ¿Tú qué crees?

Harry empezó a guardar su bloc y sus bolígrafos en una cartera de cuero, fingiendo que no me había oído.

—Harry, ¿tú qué crees?

—Has sembrado dudas. No puedes hacer más.

Me acerqué más aún a él para tener la seguridad de que no nos oyera nadie.

—Voy a decirte lo que creo, Harry. Tenemos que ganar este caso por Kate. Y haré todo lo que pueda para lograrlo. Pero, por otro lado, tenemos una cliente huida, y sangre de una víctima en la blusa de nuestra cliente. Igual Chester Morris y Teresa Vasquez estaban engañando al fiscal para conseguir lo que querían. Igual vieron algo, pero yo no me lo trago. La señora Broder..., bueno, he anotado unos puntos, pero maldita sea, Harry, esa mujer dice la verdad. Daniel y Carrie Miller estaban delante de la casa de los Nielsen la noche que la familia fue asesinada.

Se quedó inmóvil con la mano todavía en la cartera, los ojos

cerrados.

—Lo sé. Yo también creí a Carrie. Ahora, al igual que tú, no estoy tan seguro. Nuestra cliente no nos lo contó todo, eso ya lo sé. Pero tampoco tenemos elección. Tenemos que ganar el caso, por Kate.

—Había dos niños en esa casa... —dije, pero no fui capaz de terminar la frase. No quise hacerlo. Hay verdades demasiado duras para afrontarlas.

—Entonces ¿qué sugieres? ¿Dejamos el caso? ¿Abandonamos a Kate a merced de Sandman, si es que no está ya muerta?

—No, claro que no, pero eso no significa que no me dé cuenta de lo que ocurre. Carrie oculta algo o carga con algún tipo de culpa. Se le notaba. Quizá no participó de manera activa en los asesinatos, pero lo sabía. Estoy seguro de que lo sabía. Es lo único que tiene sentido.

Quería seguir hablando, pero vi que White se nos acercaba con un sobre marrón de gran tamaño en la mano.

—Como se ordenó —dijo—. Estos son los historiales telefónicos de las escuchas. No se aprovechará en este proceso judicial ninguna información obtenida en esas escuchas.

Cogí el sobre, rompí el sello y saqué media docena o así de páginas de registros telefónicos. Llamadas, números, horas, duración de las llamadas, todo ordenado en columnas. Había historiales aparte de mi teléfono, el de Bloch, el de Kate y el de Harry, de solo una hoja de extensión. Llegaron hasta nosotros enseguida, desde luego, pero no habrían descubierto nada útil, claro. De hecho, estaba convencido de que ninguno de estos registros sería de utilidad.

Porque sabía que White los tenía, y sabía que no los había revelado previamente, lo que quería decir que no había nada incriminatorio en ninguna de las llamadas. Solo había cinco páginas de llamadas del móvil de Otto, con los números listados. Tendría que sentarme a revisarlas para comprobar los números, pero no había transcripciones. White iba hacia la puerta cuando lo llamé.

—¿Dónde están las transcripciones de las llamadas? — le pregunté.

—No hay ninguna.

—¿Qué quieres decir?

—La orden nos autorizaba a escuchar las llamadas, pero solo a transcribir y mostrar como pruebas las llamadas incriminatorias. No localizamos ninguna. Y ella no habló en ningún momento con su abogado.

—No te creo —dije.

—¿Crees que si tuviera algo que usar contra Carrie Miller lo omitiría? Te lo estaría restregando por la cara, Flynn. Lo siento, no hay nada. Fue una enorme pérdida de tiempo.

Y se marchó junto con sus ayudantes. Había algo muy sospechoso en este asunto, y en las llamadas. Lo intuía, pero aún no lo veía. No confiaba en White, y si podía guardarse un as en la manga, listo para jugarlo en el momento perfecto, no vacilaría en hacerlo.

Miré el móvil. Tenía dos llamadas perdidas de Bloch hacía quince minutos. Harry y yo éramos los últimos en la sala. La llamé.

—¿Cómo va eso? —pregunté.

—No es Kate —dijo.

Cerré los ojos, levanté la cabeza un segundo y susurré una plegaria silenciosa.

Otra víctima de Sandman. Pero ¿quién?

A veces cuando miras el mundo, no parece estar del todo bien. Hay algo que no encaja, algo fuera de lugar, algo que simplemente está mal. Percibes el problema, pero es difícil encontrar la solución.

A veces la solución llega de otro problema. Puedo tener la impresión de que mi subconsciente ha estado dándole vueltas a algo durante días, en firme, sin que me diera cuenta. Luego, de pronto, encaja la última pieza y ¡toma!

Es algo así como magia.

—Háblame de esa víctima —dije.

—Lo han cortado en varios trozos para meterlo en el congelador. Eso es más o menos lo que sabemos. Todavía no se le ve la cara.

—¿Falta algún trozo? —indagué.

Una breve pausa, silencio al otro lado de la línea.

Entonces Bloch dijo:

—¿Cómo lo sabías?

Hablamos diez minutos. Acordamos un plan.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harry.

—Ha llegado el momento de darle su exclusiva a esa periodista —  
dije.

## KATE

Primero, el dolor.

Y luego, la oscuridad.

Le ardían la cabeza y el cuello, era el dolor más intenso que había sentido nunca, como si alguien le hubiera acercado un soplete de acetileno al cerebro y se lo hubiera ido abrasando hasta dejarlo reducido a una esfera rosada de tejido incandescente.

Notó presión en el pecho y se dio cuenta de que era su propia barbilla. Poco a poco intentó levantar la cabeza. El dolor le recorrió como un latigazo los músculos del cuello. Los había tenido tensos y forzados mientras estaba inconsciente con la cabeza caída hacia delante. Dios sabía cuánto tiempo. Tenía que esforzarse por reaccionar. Tenía que levantar la cabeza. Intentó elevar los brazos para ayudarse a alzar la barbilla, pero tenía las manos atadas a la espalda.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba sentada en una silla. Las ataduras que se le clavaban en las muñecas también estaban sujetas al respaldo de la silla.

Abrió los ojos y parpadeó, pero seguía estando a oscuras. No había luz en absoluto.

Notó una quemazón en la garganta al tragar. La tenía dolorida y sensible. Tomó aire rápidamente dos veces, apretó los dientes y levantó la cabeza enderezando el cuello. El dolor de esos músculos no tardó en remitir cuando su jaqueca decidió que no le hacía ninguna gracia que moviera el cuello. Le dolió tanto que lanzó un grito, y le resbalaron lágrimas saladas hasta los labios, que le provocaron un intenso escozor. Sentía la boca tan seca que le dio la impresión de que los labios se le habían cocido al sol. Los tenía



agrietados, y cuando intentó humedecérselos, notó sabor a sangre.

Gimió, casi abrumada por el martilleo en la cabeza.

Kate se apoyó en el respaldo, dejó que se le relajaran los hombros y se concentró en la respiración. Sabía que, de no hacerlo así, vomitaría y entraría en pánico. Y eso no haría sino empeorarlo todo.

El dolor dejó paso a la confusión. ¿Qué hacía allí? ¿Era un sueño?

La confusión dejó paso al recuerdo.

La mano en la boca.

El aliento en el cuello.

El pinchazo de la aguja.

La canción, esa puta canción.

Y ahora, aquí.

Pero ¿dónde era aquí?

Pensar sería de ayuda.

Su padre había sido agente del Departamento de Policía de Nueva York más de veinte años antes de dejar la placa. Kate recordaba sus historias, los apuros que había pasado. Así los llamaba, apuros. No que había estado atrapado detrás del coche patrulla mientras un pandillero lo dejaba como un queso gruyer con una Mac 10, no que había rescatado a una mujer que estaba a punto de saltar de la azotea de un edificio de diez plantas porque acababa de sofocar a su bebé por error de tan colocada como iba, no que había visto a su compañero comerse el cañón de una escopeta cuando llamó a la puerta equivocada en el barrio menos indicado.

Apuros.

Lo que le decía su padre era que la gente vivía o moría porque eran capaces de pensar las cosas a fondo y tomar buenas decisiones. Esa era la clave de la supervivencia. Las buenas decisiones. Siempre había algo que podías hacer para empeorar o mejorar una situación.

Los ojos de Kate se fueron adaptando poco a poco a la densa oscuridad.

Su respiración se volvió más lenta.

Ya era capaz de escuchar, oler y ver.

Aunque no había gran cosa que mirar. No atinaba a distinguir ninguna forma en la oscuridad, aparte de lo que le pareció que podía

ser un techo de placas sobre la cabeza. A qué altura, no lo sabía exactamente, pero estaba mucho más cerca de lo que debería. Se preguntó si habrían puesto encima de una mesa la silla en la que estaba, porque le parecía que, si se pusiera de pie encima de esta, podría tocar el techo con la cabeza.

Su respiración sonaba fuerte, aunque ya la tenía bajo control. Lanzó un leve grito y escuchó. El eco le llegó de inmediato, y era denso y sordo al mismo tiempo. Supuso que estaba en una estancia pequeña y estrecha con paredes de hormigón. Quizá la antesala de un búnker.

Desplazó los pies descalzos por el suelo frío. Hormigón, sin duda. Era plano, sólido y suave. Había algo más bajo sus pies. Algo que hacía resbalar las plantas de los pies. No era gravilla.

Era arena.

Por un momento regresó el miedo, ahora redoblado. Pero sofocó la oleada, la afrontó respirando, controló el sistema nervioso.

El olor en torno a ella era familiar e intenso.

Grasa, aceite de motor, el aroma acre de las herramientas.

Olía como un garaje, lo que no encajaba en absoluto con el contorno indistinto que la rodeaba. Empezó a temblar. Seguía en camisón, y ahora notó el aire frío que le roía la piel. Los pequeños temblores, como los de un motor, avivaron el fuego que sentía en la cabeza. Ese dolor se había aliviado un poco, pero el frío, el miedo y los temblores le hicieron cobrar vida de nuevo más intenso aún. Como si alguien le hubiera sustituido el cerebro por una bola de demolición y el más leve movimiento la hiciera chocar con su cráneo, rebotando contra el hueso e intentando atravesarlo.

Con el dolor empezó a sentir náuseas. Cerró los ojos y procuró quedarse quieta.

Y pensar.

Estaba viva. Y no sabía por qué. Sandman no tomaba como rehenes a víctimas vivas. Podía haber dos motivos.

Era una garantía, algo con lo que chantajear a los polis, o a Eddie. Algo con lo que negociar. Esa parecía ser la explicación más probable.

Había otra razón, una en la que no quería pensar. Pero el

pensamiento le sobrevino y se quedó con ella. Como ese olor. Estaba ahí, constantemente.

La había secuestrado para tomarse su tiempo asesinándola.

Kate decidió en ese mismo momento que tenía que escapar. No oía a nadie, no veía a nadie. Sandman no estaba en esa habitación extraña. Tenía tiempo, aunque no sabía cuánto.

Tenía que pensar.

Tenía que planear.

Tenía que escapar.

Haciendo oscilar el peso del cuerpo supuso que estaba en una silla de comedor de madera. Crujía cuando se echaba hacia atrás, como lo hace la madera vieja de fresno o pino al rozar con otra madera. Tenía las manos a la espalda, las muñecas atadas con algún tipo de cable. Sirviéndose de los dedos, palpó otra atadura, entre las muñecas, que estaba amarrada a algo debajo de la silla, un travesaño central al que se encontraba sujeta la atadura de cable.

Hizo presión contra el suelo con la pierna derecha, desplazó todo su peso hacia la izquierda, levantó las dos patas derechas de la silla, un poco más arriba, y luego, justo cuando creyó que iba a perder el equilibrio, se lanzó hacia la derecha. Las patas de ese lado se estrellaron contra el suelo, y empujó hacia arriba con el cuerpo hasta que las patas de la izquierda estuvieron en alto, y entonces ladeó todo su peso en esa dirección.

El movimiento oscilante hacía chirriar y crujir las patas de la silla, y Kate tiraba hacia arriba con los brazos, dejando que el cable se le clavara en la carne.

No le llevó mucho rato desencajar el travesaño central mientras las patas amenazaban con salirse de las juntas y expulsar los tornillos que las sujetaban en su lugar.

Kate siguió tirando de aquí para allá y notó que la atadura de cable se soltaba.

Le había supuesto mucho esfuerzo, y le costaba respirar, pero casi sonrió cuando vio que podía ponerse en pie, ahora libre de la puñetera silla. Los músculos de la espalda le dolieron cuando se irguió. Se tomó un momento para desentumecerse y luego se inclinó y pasó las manos por debajo del trasero y de los muslos. Se agachó

hasta sentarse en el suelo, luego llevó las manos hacia delante y pasó las piernas y los pies, uno tras otro, por el aro de los brazos.

Ahora tenía las manos, todavía atadas, delante, y podía ponerse en pie.

El esfuerzo le había hecho romper a sudar, y salvo por los pies, ya no tenía frío. Y los dientes habían dejado de castañetearle.

Los dientes.

Se llevó las muñecas a la cara, ladeó la cabeza y logró a duras penas meter los dientes inferiores por debajo del borde del cable.

Kate se puso a roer.

Notaba el plástico afilado contra el labio inferior, y percibió sabor a sangre mientras movía la mandíbula adelante y atrás; le resbalaban por la cara lágrimas que le provocaban escozor en el corte, tenía las muñecas despellejadas y ensangrentadas, le temblaba el cuerpo entero.

La atadura se partió de súbito.

Al caer esta, sus ojos la siguieron por instinto, y fue entonces cuando vio una fina franja de luz en el suelo. No provenía del suelo mismo, sino que era un reflejo. Levantó la mirada y vio una pequeña ranura en el techo. Al principio no podía entender en qué clase de sitio estaba. Era estrecho, de eso no le cabía duda, quizá de metro y medio de ancho por tres de largo. El techo era bajo, como había sospechado; muy bajo. Kate no era alta, pero alcanzó a tocarlo con facilidad. Se sorprendió al oír el sonido metálico de sus nudillos contra el acero.

Tuvo la sensación de que había una plancha enorme de metal que hacía las veces de techo. Apoyó las palmas de las manos y empujó, pero no cedió en absoluto. Se adelantó hasta el final del espacio estrecho, y una vez allí se situó bajo la minúscula ranura, lo bastante ancha para pasar una toallita de papel, pero no más. Ni siquiera podía meter las uñas. Probó de nuevo a levantar la plancha de metal, pero era muy pesada.

Entonces cayó en la cuenta de dónde estaba.

El olor a aceite, la arena en el suelo, la forma y las dimensiones del espacio. Palpó la pared, la estrecha parte superior del rectángulo, y vio que el hormigón dejaba paso a la madera, pero no

hasta arriba. Era como si hubieran hecho una hendidura en el hormigón para colocar encima caoba antigua.

Estaba en un foso de reconocimiento.

Ese lugar, estuviera donde estuviese, había sido un viejo garaje, seguramente especializado en autobuses, camiones o vehículos largos y pesados. La sección de madera en la pared era una cubierta. Si se retiraba, dejaría al descubierto los peldaños de hormigón para salir del foso. La habrían hecho ex profeso para que tapara los peldaños cuando no se estuviera usando el foso. Cuando estuviera en uso, habrían bajado por los peldaños al foso y después se habría situado el vehículo encima, de modo que los hombres pudieran reparar a una altura cómoda el camión o el autobús en los tiempos en que no había dispositivos hidráulicos lo bastante potentes para levantar esos vehículos.

Ahora cubría el foso la plancha de acero. Si lograra moverla de alguna manera, podría salir.

Oyó un rasgueo crepitante, y luego lo que producía el sonido, fuera lo que fuese, hizo un ruido distinto. Oyó los arrullos y el aleteo de una paloma bravía.

No era más que un pájaro.

No era más que un puto pájaro.

Kate se tomó un momento para pensar. Tenía que salir de allí cagando leches.

Y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

## EXTRACTO DEL DIARIO DE CARRIE MILLER

*5 de junio*

*Solo había una persona en la que creía poder confiar.*

*Mis padres han fallecido. No tengo hermanos. Desde que Daniel y yo estamos juntos, cada vez he ido viendo menos a mis amigas. Él siempre me animaba a quedar con ellas, a celebrar «noches de chicas», como las llamaba, pero poco a poco dejamos de vernos. Clare, Vanessa, Suzanne, todas seguían en Nueva York; todas en los mismos apartamentos cutres, con los mismos trabajos de mierda. Cuando llegaba yo en el Tesla, notaba que se les caía el alma a los pies. Cuando pagaba la cena o me encargaba de la cuenta del bar, veía que les molestaba. Nunca decían nada, pero se notaba en las comisuras de las sonrisas forzadas y la manera en que daban las gracias. Se había abierto una brecha entre nosotras. El dinero no me había cambiado, pero había cambiado las cosas. Poco después dejaron de llamarme. No quería que se sintieran incómodas, e intenté hablar del asunto, sobre todo con Clare. Ella dijo que daba igual, de hecho, se alegraba por mí. Pero yo no lo veía así. Y notaba que todo era distinto.*

*Daniel no tenía un círculo social, no en realidad. Íbamos a estrenos de películas, bailes benéficos, cócteles, cenas de gala en el club social: fiestas, personas y lugares de esos que la gente como yo solo veía en la tele o en sueños. Ninguno de ellos era amigo nuestro. La gente iba a esos actos para dejarse ver y charlar con personas a las que consideraban poderosas.*

*No había nadie con quien pudiera hablar de ello. Ninguna amiga, por lo menos.*

*Así pues, llamé a alguien de quien sabía que era capaz de guardar*

*un secreto. Alguien que me dijo que podía recurrir a él en cualquier momento. Alguien que tenía que guardar un secreto porque era su trabajo.*

*El bufete de Otto parecía una galería de arte de alto nivel. El mobiliario de la sala de espera era antiguo y muy bonito. No tuve que esperar mucho antes de que la recepcionista me hiciera pasar a su despacho. Tenía revestimiento de roble en las paredes, estanterías con libros antiguos, lámparas verdes como las de los bancos antiguos dispersas por la habitación y una preciosa caja de nogal encima del escritorio llena de puros excelentes.*

*Al principio, Otto se mostró reacio a hablar sin que Danny estuviera presente. Comentó algo acerca de un posible conflicto de intereses, pues Danny era su cliente. Le dije que era importante que él también supiera eso de Danny. Le dije que tenía que contárselo a alguien, que no podía seguir guardándomelo.*

*Quizá fue por cómo se me rompió la voz mientras hablaba. Quizá fue el tono implorante. Quizá fue mi semblante. Fuera lo que fuese, Otto abandonó la fachada de abogado, alargó las manos por encima de la mesa y tomó las mías.*

*Me preguntó si Danny me maltrataba. Seguramente había oído historias parecidas de clientes suyos, se había encargado de casos suficientes para saber, casi al instante, los secretos que ocultaba la gente.*

*Se lo conté. Le conté todo. Las noches que estaba fuera hasta las tantas. El policía que vino a casa. Cómo Danny le mintió al poli y me obligó a mí a hacer lo mismo. La furgoneta que yo ni sabía que existía. Las duchas en mitad de la noche. Los pendientes que me había dado y la foto que había visto de Margaret Sharpe con esos mismos pendientes. Los dos anillos, y lo de la colada que hizo por primera vez a las tres de la madrugada.*

*Abrió la boca entonces, pero no le salían las palabras. Vi cómo asomaban a su rostro las posibles respuestas como los rodillos de una máquina tragaperras, y durante el rato que no supo muy bien que decir ni cómo decirlo, estuvo boquiabierto. Se pasó la lengua por los labios mientras los rodillos de la tragaperras iban perdiendo velocidad hasta pararse.*

*Vi que lo que yo había dicho le había supuesto un duro golpe. Pero no lo había asimilado. Todavía no. Porque dijo que no creía que Danny fuera un asesino. Le aseguré que hacía un mes yo tampoco lo habría creído, pero había demasiados detalles para pasarlos por alto. Le dije que no podía seguir viviendo con un asesino.*

*Saqué este diario, se lo enseñé a Otto y le concreté las fechas en que me había dado las joyas después de estar fuera toda la noche, era el día después de que Sandman hubiera asesinado a alguien más. Eso dio que pensar a Otto.*

*Me planteó si quería dar parte a la policía. Le pregunté qué creía él: había ido a pedirle consejo. Reconoció que no sabía qué hacer, debido al acuerdo prenupcial. Parte del acuerdo es una cláusula de respeto mutuo: en esencia, si acusaba en falso a mi marido de cualquier cosa, perdería el derecho a mi parte de los bienes conyugales.*

*Le dije a Otto que tenía miedo y no sabía qué hacer. No podía dormir, no era capaz de pensar en nada más. Me estaba sacando de quicio.*

*Se levantó y rodeó la mesa. Puso las manos sobre mis hombros e hizo todo lo posible por consolarme, susurrando con suavidad a la vez que me masajeara la parte superior de los brazos. Había una antigua silla de caoba contra la pared que quedaba a su espalda; la cogió, la dejó junto a la mía y se sentó.*

*Intentó calmarme. Me sentía estúpida. Estúpida, atemorizada y egoísta. Saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me enjuagué las lágrimas recién derramadas. Le dije: «Miro ahora a mi marido y me pregunto si mató a todas esas personas y no sé la respuesta. Simplemente no la sé. No puedo vivir así».*

*Recuerdo que me quedé mirando fijamente a Otto a la cara. Pobre hombre. Se las veía con gente simpática y rica cuyos únicos problemas eran cerciorarse de no tener que darle demasiado dinero a Hacienda. No le hacía ninguna falta algo así. No le hacía ninguna falta que fuera a su despacho a llorar encima de su escritorio. Que fuera estúpida, histérica. Parecía preocupado de veras. Y vi que me quería ayudar, pero no sabía cómo manejarlo.*

*Dijo que tenía un detective privado que investigaría el asunto, en*



*secreto. Y que, si descubría algo, él me acompañaría a la comisaría. Se preocupó cuando le advertí que había mentido a la policía. Hacía referencia una y otra vez al particular, preguntándome por qué dije tal cosa. Simplemente le aclaré que no sabía de qué iba el asunto, y por entonces no sospechaba que Danny hubiera cometido ni tan solo una infracción de tráfico, mucho menos que fuera un asesino en serie.*

*Se levantó y fue hasta un archivador de acero en el rincón. Era uno de esos grandes, resistentes y a prueba de fuego que parecen pesar una tonelada. Seguramente lo usaba para guardar escrituras y demás documentos originales de importancia. Escogió una llave del llavero que guardaba en el chaleco, abrió la cerradura del archivador y luego el segundo cajón. Después sacó lo que me pareció una pistola de juguete de color amarillo intenso.*

*Aseguró que detestaba las armas, pero que por motivos de seguridad le habían insistido en que tuviera alguna clase de protección personal, así que tenía eso. Era una pistola paralizante. Dijo que quería que me la quedara, y que así me sentiría mejor. Él también se sentiría mejor sabiendo que la tenía. Cogí la pistola táser y la sopesé en la mano. Me sorprendió lo pesada que era.*

*Le di las gracias.*

*Dijo que estaría en contacto. Me fui del despacho de Otto contenta de haber decidido lanzarme a la piscina. Al menos ya lo sabía otra persona. Al menos, si algo me ocurría, Otto sabría que le había contado la verdad.*

*Alguien lo sabría.*

## KATE

Se sentó en el suelo en la oscuridad para recuperar el aliento. Daba igual que hiciera frío, que solo llevara puesto el camisón, sin zapatos ni calcetines siquiera. Los pies se le habían quedado tan entumecidos por efecto del suelo helado que ya no los sentía.

Aun así estaba sudando.

Había pasado horas intentando desplazar la plancha de acero que cubría el foso.

No se había movido. No había manera de elevarla desde el centro porque eso habría supuesto levantar la mayor parte de su peso. En cambio, Kate se había adelantado tanto como podía para luego apoyar la espalda en la pared y empujar hacia arriba. Con los brazos no podía hacerlo.

Luego intentó apoyar los codos, doblar las rodillas y servirse de las piernas para empujar.

Tampoco hubo suerte, y habían empezado a dolerle tanto las muñecas que creyó que se le iban a romper. Nada parecía dar resultado. Ni la presión continuada ni los empujones breves y explosivos con las piernas. Al notar una sacudida de dolor en el antebrazo, lanzó un grito y se derrumbó.

Cuando murió su madre, Kate estuvo muy mal, peor de lo que había estado nunca. Sus padres le costearon la universidad, luego la facultad de Derecho. Lo que no sabía Kate por entonces era que su madre le ocultaba que le habían diagnosticado un cáncer. No quería desperdiciar esos años con las preocupaciones, la tristeza y la angustia propias del final. Además no quería que Kate supiera la opción que había tomado. Como el seguro no iba a cubrir todas las facturas médicas, tuvo que elegir entre costear los estudios de Kate

o abonar un tratamiento que le hubiera prolongado la vida. Su madre decidió que no era una elección en absoluto. Ya tenía su vida, y era Kate. Su padre lo entendía y apoyó la decisión de su madre. Así pues, cada día que Kate ejercía de abogada era un día que saldaba la deuda que tenía con ella. Cada caso que ganaba para una víctima, cada mañana cuando se ponía el traje, cada llamada de teléfono a su padre, se suponía que la deuda era un poco más pequeña; se suponía que la culpa aminoraba.

Nunca aminoró.

Ni una sola vez.

Y, ahora, un monstruo la había encerrado en un foso.

¿Para eso había sacrificado su madre esos años? Y podrían haber sido años buenos, los mejores años. Porque, cuando el tiempo es precioso, hasta el último momento, sonrisa, abrazo y beso cuentan.

Kate se enjugó la cara y se pasó las manos por el pelo húmedo de sudor. Apretó los dientes, y con las piernas, los brazos y la espalda doloridos, se incorporó.

Si no podía levantarla por el centro, ni por un lateral, tendría que intentarlo por una esquina. Cogió la silla y la ubicó en la esquina derecha del foso encajando el asiento cuadrado como mejor pudo contra el ángulo derecho.

Esta vez Kate se subió a la silla con las rodillas dobladas. Cuando empezó a ponerse de pie, comprobó que su cabeza llegaba a la plancha de acero mucho antes, las piernas dobladas en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Apoyó la barbilla en el pecho, los hombros en el acero y las manos en las rodillas.

Respiró hondo tres veces.

Elevó una plegaria por su madre entre dientes.

Y empujó.

La plancha se movió.

Dejó que volviera a bajar. Tomó más aire en los pulmones. Se había movido, pero apenas. Necesitaba algo más; algo que la ayudara a hacer palanca de modo que la plancha se ladeara. Agarró la tabla de madera que formaba el respaldo de la silla, apoyó la otra mano en el asiento y empezó a desencajarla.

Iba a salir de allí.

Se quedó de piedra.

Una puerta de metal se abrió y luego se cerró de golpe. Oyó pasos en el suelo.

Estaba viniendo.

## SANDMAN

Sandman abrió el candado de más de dos kilos de la cadena de acero de otros quince kilos que aseguraba la puerta de doble hoja de la antigua cochera de autobuses de Coney Island. Antes de que se implantaran las líneas de autobús en 1955, los pasajeros de la Línea Coney Island Avenue iban en tranvía. Esos vehículos requerían mucho mantenimiento. Cuando los tranvías dejaron paso a los autobuses, estos también precisaban arreglos, seguramente más que aquellos.

Al modernizarse los autobuses, el régimen y las prácticas de mantenimiento también tuvieron que ponerse al día. Esta cochera no formaba parte del antiguo taller de la Autoridad Metropolitana del Transporte en Coney Island, sino que había sido de una empresa privada. Él adquirió la vieja cochera por medio de una empresa tapadera con el pretexto de estar comprando terrenos para urbanizarlos. Solo que la empresa no urbanizó los terrenos. Los conservaba a la espera de que subieran los precios de los bienes inmuebles. Y mientras esperaba, Sandman disponía de un lugar solo para él. Un lugar privado donde daba igual qué clase de ruidos se hiciera, o quién entrara y qué saliera. No había casas ni gente en esa zona concreta del barrio, solo más edificios industriales y empresas de suministros. Después de las cinco de la tarde no había coches ni furgonetas en la calle hasta las cinco de la mañana siguiente.

Entró y cerró la puerta detrás de él. Dentro de la cochera había espacio para cuatro autobuses y cuatro fosos de inspección. El primero, a la izquierda, contaba con una plancha de acero que lo cubría. Encima de la plancha había un carro de herramientas de hierro, justo en el centro, como peso añadido. La cochera se

construyó en la década de 1880, y la madera seguía siendo más barata que el acero por entonces. El tejado tenía enormes vigas de madera que lo cruzaban de lado a lado. Algunas se habían caído, simplemente se habían podrido. Sobre todo, en la parte derecha de la cochera, cerca de las dobles puertas enrollables en ese extremo. La madera no estaba podrida. Los daños los había causado una plaga.

Los denominados escarabajos del reloj de la muerte habían destrozado casi por completo el tejado. Se veían, sobre todo por la noche, como gotitas de lluvia negras resbalando por el roble viejo, a millares.

Se acercó al foso cubierto y dio unos toques en la plancha de acero con la puntera de la bota.

Escuchó.

La oía ahí abajo: su aliento, acelerado por el miedo. Y algo más. Sus pies, en movimiento.

Se había soltado de la silla. Ya se lo esperaba.

Sacó de la bolsa una botella de agua, un sándwich de pastrami y unas chokolatinas. Tendría hambre a estas alturas. Sed también.

Bajó el tono de voz una octava. Le ayudaba cuando estaba trabajando. La gente respondía a los tonos autoritarios.

—Voy a darte algo de comida y agua. Si intentas salir, te haré daño. ¿Lo entiendes, Kate?

Después de una breve pausa, oyó su voz, el extraño eco que tenía, distorsionado por las angostas paredes de hormigón y el acero que cubría el foso.

—Sí.

Había dejado una ranura entre el borde del foso y la plancha. Era muy pequeña, quizá de unos tres o cuatro milímetros, lo bastante para que pasara el aire, pero no tanto como para que nadie sacara el dedo índice del foso. Se subió encima de la plancha y, con cierto esfuerzo, hizo rodar el pesado carro de hierro hasta el suelo. Era bastante fácil moverlo una vez empezabas, pero arrancar requería empeño. Cada una de las cuatro ruedecillas del carro entonaba su propia sinfonía de estridencias y chirridos oxidados al girar.

Había en el suelo una larga barra de acero con un gancho al final.

La cogió, introdujo el extremo plano en la ranura y empezó a moverla adelante y atrás. En cuanto la ranura se hizo un poco más grande, metió la barra más a fondo y la usó para hacer palanca, empujando hacia abajo un extremo. La plancha chirrió y rozó contra el hormigón al desplazarse unos centímetros.

Dejó la barra apoyada en una columna y lanzó el agua, el sándwich y las chocolatinas al interior del foso oscuro. No la veía ahí dentro. Seguramente estaba acurrucada en el rincón opuesto. No tenía sentido tentarla con ideas de huida. Cogió la barra, le dio la vuelta de manera que el gancho quedara hacia el suelo y lo introdujo en la muesca que había en la superficie de la plancha. Luego le resultó bastante fácil caminar hacia atrás, tirando de la plancha para ponerla en movimiento y después desplazándola hasta que cubrió el foso.

Dejó la barra, pasó al carro de herramientas y lo volvió a colocar en mitad de la plancha.

Era imposible que nadie saliera de allí ahora, no con tanto peso extra encima.

Había dejado una ranura un poquito más ancha que antes, de algo más de dos centímetros.

Sandman se agachó apoyado sobre las bolas de los pies, los codos en las rodillas, los dedos entrelazados.

—Le dije a Flynn que te dejaré marchar si consigue que absuelvan a Carrie.

No hubo respuesta.

—Hoy ha ido bien, a decir de todos. Es bueno ese Flynn. Muy bueno. Sencillamente necesita el incentivo adecuado. El caso debería concluir mañana.

Silencio.

—Carrie debería salir de su escondrijo cuando el caso se haya cerrado, ¿no crees? Después de todo, me necesita.

Esta vez esperó a que hubiera respuesta, pero no la obtuvo.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

Kate no dijo nada, pero él la oyó. Un leve gemido, y entonces...

—Tengo miedo. Carrie también tiene miedo. Tiene miedo de ti — dijo Kate, su voz resonante en el foso, amplificadas por el espacio y el

techo de acero.

Sandman sacó el cuchillo de la funda de cuero que llevaba a la espalda.

—Ya sé que le dije a Flynn que te soltaré si gana...

Con un golpe de muñeca, dio impulso al mango para que el cuchillo girara en el aire y lo atrapó con gesto experto.

—Lo digo en serio. Si gana el caso de Carrie, te dejaré ir. Que salgas de aquí con los dos ojos, depende de ti.

Se incorporó, dio media vuelta y se fue hacia la puerta. Al lado de la entrada había una pila de sacos de arpillera hasta la altura del hombro. Guardó el cuchillo, cogió el saco de arriba y se lo echó a la espalda. Veinte kilos de arena fina.

Lista para ocupar un nuevo hogar.

Cerró el edificio a su espalda volviendo a asegurar las puertas con las cadenas y el candado. La arena la dejó en la trasera de la furgoneta, y luego salió a la calle de regreso a la ciudad.

Eran casi las seis cuando encontró una plaza en un solar al aire libre en el que había un edificio desde hacía cosa de un año. Las obras se habían interrumpido durante mucho tiempo en Nueva York debido a la COVID-19, pero un letrero en la valla de tela metálica del aparcamiento anunciaba que iba a cerrar de manera permanente la semana siguiente. La vida había regresado a la ciudad, y se estaba recuperando poco a poco la normalidad.

Al pasar por delante de un quiosco de periódicos algo le llamó la atención, algo que hizo que se le quedaran pegados los dos pies a la acera como si hubiera pisado pegamento extrafuerte.

La sección de noticias: todos y cada uno de los titulares hacían referencia al caso.

Sacó el móvil. Tenía media docena de notificaciones y correos de alertas de noticias del caso.

#EddieFlynn era tendencia en Twitter.

Clicó en las últimas noticias del sitio web del *New York Times*. El titular no tenía sentido.

*Eddie Flynn apela a Carrie Miller para que delate a su marido.*

El *Times* publicaba unas declaraciones de Flynn. Una periodista llamada Betty Clarke había firmado una exclusiva para el *Sentinel*, y



ellos la habían vendido a todos los medios informativos: impresos, online y de televisión.

*La periodista del New York Sentinel Betty Clarke ha conseguido una exclusiva con el abogado defensor en el meollo del juicio de la esposa de Sandman, Carrie Miller. El juicio ha continuado hoy en ausencia de la acusada. Pese a este revés, el abogado defensor de Carrie Miller, Eddie Flynn, ha planteado una enérgica defensa de su cliente frente a las pruebas forenses, que Flynn pone en entredicho. Al final de la vista de hoy, Flynn ha emitido el siguiente comunicado:*

*«No es ningún secreto que mi cliente no está hoy en la sala. No ha cumplido con las condiciones de la fianza. Está huida porque está asustada. Mi cliente está asustada porque es otra víctima de Sandman. El auténtico asesino sigue suelto y sigue matando a personas inocentes. Ya es hora de que el Departamento de Policía de Nueva York y el FBI dejen de perseguir a mi cliente por los crímenes de su marido. Eso es lo que hacen el sistema penal y los medios. Siempre que hay violencia contra las mujeres, las mujeres cargan con la culpa de algún modo.*

*»Eso tiene que acabar. Y se acaba ahora mismo conmigo. Este es un mensaje para Carrie. Sé que estás asustada, y sé por qué. Tienes que confiar en alguien. Sé que es difícil teniendo en cuenta lo que has pasado, pero puedes confiar en mí. No puedo ayudarte a menos que des la cara. Venceremos o caeremos juntos. Llama a mi despacho esta noche. O bien me llamas, o mañana rehusaré seguir representándote en este caso. No tendrás defensa. El juicio continuará sin ninguno de los dos, y te condenarán.*

*»Tienes hasta esta noche para llamar. Es tu única oportunidad. No la desperdicies, porque te lo garantizo: sé que eres una víctima y siempre y cuando sigas confiando en mí, nunca dejaré de luchar por ti, pase lo que pase. Pero no puedo hacerlo solo».*

Sandman pulsó el botón lateral del móvil dejando la pantalla en modo de reposo. Ese mensaje a Carrie era ingenioso. Ella lo llamaría, no le cabía duda. Flynn era un hijo de puta de lo más inteligente. Dio media vuelta y regresó hacia la furgoneta.

En cuanto viera a Carrie Miller con Eddie, mataría al abogado y se la llevaría a ella.

A Sandman y Carrie les estaba esperando una nueva vida, en algún lugar lejano. Ya lo había dispuesto todo. Para cuando el juicio hubiera terminado, estarían a salvo. Podrían dar largos paseos por carreteras rurales, cenar con tranquilidad delante de un buen fuego de verdad, hablar toda la noche como hacían poco después de conocerse, y luego dormir hasta las tantas, uno en brazos del otro.

Dormir.

Era lo que más ansiaba. No le resultaba fácil, pero abrazarla, o sencillamente tenerla cerca, le daba una paz que atenuaba esos afilados colmillos que le roían el cerebro en la oscuridad. Todo sería perfecto, siempre y cuando ella estuviera a salvo.

En realidad, si fuera necesario, sabía que moriría por ella.

Pero antes quería vivir de nuevo.

Lo único que necesitaba ahora era la mujer a la que amaba.

## EDDIE

El auricular del teléfono de la recepción estaba encima de mi mesa.

Todas las llamadas al bufete pasaban por ese número. Denise, Harry y Bloch estaban todos repantigados en sillas en mi despacho. A Lake no le iba eso de repantigarse.

Su actitud era la contraria: estaba echado hacia delante en la silla, los codos en las rodillas, venga a dar golpecitos en el suelo con el pie derecho. De vez en cuando dejaba de taconear el tiempo suficiente para mordisquearse las cutículas alrededor de las uñas. Luego reanudaba el taconeo.

Me estaba sacando de quicio. Y también a los demás, salvo a Bloch, que se encontraba demasiado agotada para fijarse o darle la menor importancia. Estaba sumida en una batalla con sus párpados que iba perdiendo, por paliza. De vez en cuando daba una cabezada, aunque solo de uno o dos segundos. En cuanto se le empezaba a caer la cabeza, se le abrían los ojos de par en par y comenzaba la batalla de nuevo.

—¿Quiere un café, señor Lake? —preguntó Denise.

—¿Tienes limones? Me vendría muy bien un agua caliente con limón.

—No compramos limones —dijo Denise—, por eso de que no encajan en la cafetera. Lo que tenemos es café.

—¿Qué clase de café? —preguntó él.

A Denise no se lo habían preguntado nunca. Sabía todos los códigos de identificación que había que poner en los documentos judiciales de los procesos penales y civiles, se sabía todas las normas procesales penales y civiles, era básicamente la secretaria más sobrecalificada de Manhattan. Lo sabía todo, pero no sabía qué

clase de café teníamos.

—Es café molido —dijo.

—Sí, pero ¿es orgánico?

—Viene en bolsa de plástico.

—¿Dónde se cultiva el grano?

—En un cafetal.

—Ya, pero ¿es café de denominación indígena? ¿Dónde está ese cafetal? ¿En Colombia, Brasil, Indonesia...?

—Creo que me lo sacan del culo.

—Denise... —dije.

—¿Quiere café o no, señor Lake? Lo compro en Target con dinero para gastos menores.

—No te molestes, gracias —contestó Lake.

—Yo sí quiero un café, gracias, Denise —dijo Harry, que se irguió en la silla. Clarence estaba sentado a sus pies, mirándolo. Acarició al perro y sonrió.

Estalló un tono de llamada digital del teléfono que inundó la habitación, y como si el sonido en sí fuera eléctrico, todo el mundo se incorporó en el asiento y se inclinó hacia el auricular. Denise lo cogió de la mesa.

—Flynn y Brooks, abogados —dijo con el semblante lleno de esperanza y expectación.

La esperanza se le esfumó de la cara a la vez que se le encorvaban los hombros. Puso los ojos en blanco, me pasó el teléfono y dijo:

—Es el señor Peltier.

Cogí el auricular.

—Eddie, estoy abajo. Estaba llamando al interfono del bufete. ¿Ha telefoneado ya?

—Que alguien le abra la puerta a Otto —dije. Luego, por teléfono, añadí—: Ahora te abrimos. Perdona, estábamos en mi despacho esperando a que llame.

Denise se levantó y salió. Unos segundos después oí el zumbido del interfono, a continuación la puerta. Entones irrumpieron en la habitación el traje de mil dólares de Otto y su colonia.

—Lo siento, no quería ocupar la línea de teléfono. No quería

hablar por teléfono en absoluto. No después de que el FBI se montara su fiestecita de escuchas —dijo.

—No pasa nada. Coge una silla.

—No, no me quedo. Sé que no debería estar aquí, teniendo en cuenta que soy testigo de la fiscalía.

—No pasa nada —insistió Harry—. Como te dijimos, siempre y cuando no hablemos de tu testimonio, no tendría por qué haber problema. ¿Cómo lo llevas?

Solo entonces me fijé en las ojeras que tenía Otto. No se puede llevar un caso así tanto tiempo sin desarrollar una vinculación personal. Los abogados, incluso los más cínicos, no pueden evitar involucrarse cuando está en juego la vida de una persona. Eso quería creer de Otto. Seguro que la idea de perder una minuta de un millón de dólares también le estaba pasando factura. Ella no la abonaría en el caso de seguir huida.

—Estoy bien. Solo quiero saber qué ocurre. Te escogí a ti para el caso. Tengo que saber que cuenta con alguien que la represente. Depositó en mí su confianza. No quiero dejarla en la estacada.

—Estamos intentando ayudarla —dije—. Lo estamos intentando de verdad. Pero no lo podemos hacer si está escondida. Tiene que dar la cara y afrontarlo. La necesitamos, Otto. Nos jugamos más de lo que imaginas. No es solo la vida de Carrie lo que está en juego.

—No te sigo —dijo.

—No te preocupes. Lo tenemos controlado. Va a llamar. Luego iré a por ella y la recogeré. Todo saldrá bien.

—Por cierto, ten cuidado si te reúnes con ella esta noche. El FBI está aparcado a un par de manzanas del bufete.

—¿En coches con distintivos? —preguntó Bloch.

—No, es un equipo de vigilancia. Hay una furgoneta oscura delante del garito de fideos calle abajo. Venía atento por si aparecían. Al menos creo que son ellos. Con eso de los pinchazos telefónicos, estoy paranoico.

Bloch, Lake y yo nos levantamos y fuimos a la ventana. Efectivamente, estaban tres manzanas calle abajo. Había una furgoneta delante de Ho's Noodles. Sin duda habría más coches en la calle, listos para emprender una misión de seguimiento con tres

vehículos, pero todos los movimientos los coordinarían los dos o tres tipos sentados delante de las pantallas en la trasera de la furgoneta.

Era difícil verlo en la oscuridad, y a esa distancia, pero me pareció distinguir una única figura en la cabina de la furgoneta, una silueta más oscura al volante.

—Si llama Carrie, asegúrate de apuntar el número y llamarla con tu móvil de prepago —dijo Lake—. Podrían estar escuchando el fijo desde la trasera de esa furgoneta.

Oí que Denise entraba por la puerta con café, y entonces sonó el teléfono.

Por un instante, todos nos volvimos y nos quedamos viendo cómo destellaba radiantemente la pantallita del auricular. Lo cogí y pulsé para contestar.

—¿Sí? —dije.

Había una mujer al otro lado de la línea, lo supe por los sonidos. No articuló palabras, solo se oía el estertor del aliento en la garganta áspera, el esfuerzo por sofocar el llanto, el auténtico muro de ansiedad al otro extremo.

—¿De verdad puedo confiar en ti? —preguntó Carrie Miller.

No era ningún gilipollas que llamaba al bufete para tocarnos las narices, ya habíamos tenido un par de llamadas así antes.

—De verdad que sí. Quiero cerciorarme de que la llamada sea privada. Solo tú y yo. Voy a llamarte por una línea segura. Tengo tu número en la pantalla. No te alejes del teléfono. Voy a colgar y a llamarte de inmediato.

Cuando puse fin a la llamada ya estaba marcando el número en el móvil de prepago.

Pulsé el botón de llamada. Todo el mundo en el despacho tenía la mirada fija en mí. Miré la furgoneta por la ventana. No había movimiento ni luces. Estaba ahí parada sin más. Era muy tarde para que fuera algún reparto.

Carrie contestó.

—El plan es el siguiente. Tenemos que vernos para hablar. Luego lo dispondré para que te entregues al Departamento de Policía de Nueva York mañana. Te detendrán y te pondrán bajo custodia, pero estarás presente en la vista. Estarás conmigo y estarás a salvo. Te lo

garantizo. No puedo asegurarte que ganemos el caso. Eso depende de ti, pero creo que sé cómo hacerlo. Es posible que el juicio se prolongue un día o día y medio, pero no más. Todo habrá terminado en menos de cuarenta y ocho horas a partir de ahora, siempre y cuando te reúnas conmigo esta noche.

Mientras esperaba respuesta no quité ojo a la furgoneta.

—Yo no maté a esas personas —dijo.

—Ya sé que no. Pero hay muchos otros aspectos del caso de los que hablar. Reúnete conmigo en DUMBO, en el parque a la orilla del río dentro de una hora.

—Allí estaré.

Colgué y marqué otro número. Contestaron casi de inmediato.

—Eddie Fly —dijo la voz de Jimmy Fellini, alias el Sombrero.

Jimmy y yo nos criamos juntos. Teníamos mucho en común de niños. Mi padre era un tímido que se hacía pasar por un tipo normal y corriente. El padre de Jimmy, el viejo Fellini, dirigía el sindicato italiano del crimen más importante del país. La única diferencia era que su padre no fingía ser honrado. A los dos nos encantaba boxear y nos pasábamos veranos enteros, y la mayoría de las tardes de invierno, en el gimnasio de Mickey, golpeando pesados sacos, despellejándonos los nudillos contra el hormigón haciendo flexiones y persiguiéndonos por el cuadrilátero. Los dos seguimos los pasos de nuestros respectivos padres, al menos durante un tiempo en mi caso. Siempre nos habíamos apoyado, pero de un tiempo a esta parte era yo el que le pedía ayuda a Jimmy, aunque sabía que estaba encantado de prestármela. Así funcionaban las cosas. Y si alguna vez necesitara algo de mí, ahí estaría yo, sin hacer preguntas.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—Bien. Ocupado. Veo que tú también. ¿Necesitas algo?

—Estoy buscando a alguien que me haga un trabajillo, pero corre prisa.

—¿Cuánta prisa?

—Pues, en unos treinta minutos.

—Es factible, dependiendo de lo que necesites.

—Cuatro conductores con sus propios coches en mi bufete. Me

hace falta un equipo de tipos que ya hayan trabajado antes juntos y sepan apañárselas con una «maniobra veneciana».

—¿Ahora te dedicas a atracar joyerías?

—A decir verdad, seguramente me haría la vida más fácil dedicarme a cosas así. No, tengo que estar en un lugar y no quiero que los federales estén pisándome los talones cuando llegue. ¿Quién es tu mejor conductor?

—Alas sigue siendo el mejor.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Nadie lo sabe ni lo pregunta. Yo soy el jefe y no tengo cojones de preguntárselo.

—Muy bien. Es un trabajo de media hora, como mucho. Mil quinientos por coche. Dos de los grandes para ti. ¿Es suficiente?

—Olvídate de los dos mil. Los chicos se llevarán quinientos por barba. Yo ya me apaño. Los tendrás ahí delante en media hora. Cuídate, colega.

—Gracias, Jimmy.



## EDDIE

Veintinueve minutos después le indicaba a Otto que se montara en el Mercedes; se sentía mejor que a su llegada. Era más seguro así. Aquello le venía grande a Otto. Mientras estaba en la calle no podía quitarle ojo a la furgoneta. Había alguien al volante, pero no atinaba a verle la cara. Cuanto más miraba la furgoneta, más me preguntaba si estaría el FBI en la trasera, o solo ese chófer en la cabina. Quizá Otto tenía razón y solo estaba paranoico.

Mejor no correr ningún riesgo.

Si hubiéramos tenido tiempo, le habría pedido a Bloch que se pasara a echar un vistazo al chófer. Pero no había tiempo, y en realidad no importaba. En cuanto nos pusiéramos en marcha, la furgoneta nos seguiría, no me cabía la menor duda.

Bloch, Harry, Lake y yo estábamos en la acera.

—¿Por qué no puedo conducir yo? —preguntó Bloch.

—Porque se te da de maravilla conducir rápido, pero no sabes cómo va una veneciana.

—¿Qué demonios es una veneciana?

—Seguramente sea mejor que no lo sepas —comentó Harry.

Pasó un convoy de vehículos por delante del restaurante Ho's Noodles. El coche que iba delante era un nuevo modelo de Mustang en azul eléctrico. Detrás iban otro Ford y un Focus RS, seguidos por un Dodge Hellcat y otro Focus. Al margen del aspecto que tuvieran esos coches o la clase de motor que les hubieran puesto en la fábrica, todos estaban modificados según las especificaciones del conductor, porque eso es lo que hacen los especialistas. La mayoría tienen sus propios talleres, o saben de un garaje que les deja trabajar a cualquier hora del día o de la noche.

Se detuvieron todos delante del bufete. Harry se montó en el RS, Bloch en el otro Focus, Lake en el Mustang y yo en el Hellcat. Conocía al conductor, un tipo grandote que tenía un asiento especialmente adaptado para dar cabida a su estómago. Llevaba la melenilla desaliñada y una cazadora de cuero ceñida al cuerpo como un traje de superhéroe.

Se llamaba Anthony Lombardi y era primo de Jimmy. Todo el mundo era primo de Jimmy. Yo lo conocía solo por su apodo: Tony Dos Tacos.

—El puto Eddie Fly, ¿cómo hostias te va?

Dijera lo que dijese, Tony siempre se las arreglaba para meter un par de tacos en cada frase, por corta que fuera. Era capaz de soltar un par de tacos al comprar un paquete de tabaco, pedir una hamburguesa con queso o recoger la ropa de la tintorería. Incluso cuando se ponía a despotricar, igual creías que con el taco que soltaba al principio ya estaba, pero seguro que surgía alguna otra palabrota por el camino cuando menos lo esperabas.

—Tony, muy bien. ¿Estás listo?

—La hostia, estoy listo que te cagas.

Pisó el acelerador y todos salimos disparados en distintas direcciones. Casi alcancé a oír al equipo de vigilancia del FBI hablando por radio. Seguro que estarían soltando por ese canal un volumen de palabrotas a la altura de las de Tony.

La veneciana es una típica danza tradicional italiana. Las parejas se separan al principio del baile. Los hombres y las mujeres forman grupos, y luego se juntan y dan vueltas. Pero ese baile tiene algo especial, y es que, antes de terminar, se cambia de pareja.

—Vale, nos siguen el puto Crown Vic y la puta furgoneta. Qué cabrones.

Miré por el retrovisor lateral. Tony estaba en lo cierto. Habían salido a darnos caza otros dos vehículos: un Chevy Sedán y una camioneta Honda. El Chevy había ido detrás de Harry y la camioneta estaba todavía cambiando de sentido, sin duda para ir detrás de Bloch. Lake era libre, tal como había esperado yo. Se centrarían en el núcleo del equipo legal.

La pantalla en el salpicadero del Hellcat se iluminó por efecto de

una llamada a cuatro bandas, para que los especialistas se coordinaran.

—Alas, voy por la puta Hudson a la altura de Canal en treinta putos segundos.

—Yo ya estoy en Watts, esperándoos —fue la respuesta.

Tony le metió caña al Hellcat, y lo que había hecho bajo el capó, fuera lo que fuese, surtió un efecto excesivo sobre la dirección, porque el coche empezó a patinar. Aflojó un poco el gas y lo controló en un instante, y cuando volvió a acelerar, la cabeza y la espalda se me quedaron pegadas al asiento al salir disparados.

—¿Qué le has hecho a este trasto? —pregunté.

—Ni hostias. Sale de la puta fábrica hecho una bestia.

La calle Watts lleva hasta Canal, una importante calle transversal con tráfico en ambas direcciones. La calle Hudson es la intersección anterior a Watts. Tony dobló a la izquierda por Canal en dirección al túnel de Holland, y dijo:

—Acabo de coger la puta Canal. ¿Dónde estáis vosotros, hostia puta?

Un Mustang azul giró a la derecha desde la calle Watts y se detuvo junto a la medianera en Canal. Tony pisó el freno y se detuvo al lado del Mustang. Los coches llevaban direcciones opuestas.

Yo ya tenía la portezuela abierta cuando Tony estaba frenando, y bajé del coche de un salto, directo al asiento delantero del Mustang. Lake se montó de un brinco en el asiento del acompañante del Hellcat, y oí a Tony jurar por el puto Jesucristo de los cojones que más le valía a Lake mover el culo. Tony arrancó, y luego oí que se cerraba la portezuela de Lake. Me agaché en el asiento y al cerrar la portezuela oí que pasaban zumbando dos coches detrás de Tony, que ya había entrado en el túnel.

—El Vic y la furgoneta van pisándole los putos talones a Tony —dijo Alas, que se incorporó al tráfico y se alejó en dirección contraria sin que nos siguiera ningún otro coche.

Eso es la veneciana. Los federales no vieron el cambiazo. Hasta donde ellos sabían, nos estarían siguiendo a Tony y a mí toda la noche, sin apercibirse de que era Lake el que iba en el asiento del acompañante. Alas y Tony habían ejecutado la maniobra a la

perfección. Tenían práctica. El FBI llevaba años tras la pista de Jimmy el Sombrero. Si tenía que reunirse con alguien en privado, la veneciana era la treta más fácil.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Alas.

—A Brooklyn Park.

—Sin problemas.

Alas era mucho mayor que Jimmy y yo. Cuando éramos unos críos, siempre cuidaba de nosotros. Era del barrio de Jimmy, y cuando yo iba allí de visita, siempre se aseguraba de que no me molestara nadie. Ser el único chaval irlandés en el barrio plenamente italiano de Jimmy podía resultar intimidante. Nadie se metía con Jimmy debido a su padre, pero muchos otros chicos querían buscar pelea con el puñetero irlandés. A no ser que estuviera por allí Alas, claro. Por entonces, Alas siempre llevaba un ojo morado, o alguna magulladura bien grande en la cara o los brazos. Yo creía que era porque se peleaba con bandas rivales, pero resultó que era el viejo de Alas quien acostumbraba a zurrarle.

En aquel entonces todo el mundo le llamaba Tommy. Cuando su viejo empujó a su madre por la ventana del apartamento de la primera planta y Tommy saltó tras ella, la cogió en el aire y encajó el impacto de la caída con su propia espalda, la gente empezó a llamarle Alas. Su madre dijo que salió volando por la ventana, la agarró y ella cayó encima de él. Ese día los médicos no tenían claro que Tommy fuera a volver a caminar debido a las lesiones que había sufrido en la columna vertebral. El padre de Jimmy y el de Tommy tuvieron una charla esa noche, según dicen, y la cosa no fue bien. El viejo de Tommy no sobrevivió a la caída desde la azotea del edificio. Tommy no solo se recuperó, sino que quedó bajo la protección de los Fellini y entró a trabajar para la familia, tuneando coches en uno de los talleres de despiece de vehículos robados. Le cogió el tranquillo, sobre todo a conducir. No había nadie más rápido al volante que Alas.

Llegamos a Brooklyn Park con tiempo de sobra.

—¿Te acompaño?

—No, no creo que haga falta. ¿Puedes quedarte hasta que haya acabado?

—Claro, chaval. No te perderé de vista.

Salí del coche, me subí el cuello del abrigo y fui hacia la fachada marítima de Brooklyn Park. Esta parte de DUMBO (nombre que se deriva de las iniciales en inglés de «Bajo el paso elevado del puente de Manhattan») estaba cuidada y urbanizada, sobre todo desde que el ferry del East River había empezado a trasladar a los viandantes que iban a trabajar a la ciudad. A esas horas de la noche no había demasiada gente en el parque. Algún que otro corredor o un anciano con su perro. El parque colindaba con el río, que se podía contemplar desde una barandilla. Las luces de los rascacielos de Manhattan chispeaban sobre las aguas agitadas del río.

Apoyé la espalda en la barandilla, metí las manos en los bolsillos del abrigo para entrar en calor y miré los senderos que desembocaban allí. Se acercaba por la izquierda una pareja mayor con un perrito atado. Se detuvieron en el telescopio panorámico por el que se oteaba la otra orilla y el tipo se puso a buscar monedas en el bolsillo antes de darse por vencido y pasar de largo.

Esperé hasta mucho después de la hora en que se suponía que debía llegar Carrie, y a cada minuto que pasaba estaba más ansioso y asustado. Tenía frío y miedo de que mi jugada no hubiera surtido efecto. Saqué el móvil de prepago, llamé al último número y esperé.

Carrie contestó.

—Lo siento —dijo—. No sé si puedo confiar en ti todavía.

—No hay otra manera de saberlo que corriendo el riesgo. Reúnete conmigo, aún sigo aquí. Sigo esperando.

—No sabes lo que he hecho —dijo.

Por un momento no supe qué decir. La necesitaba y por lo general se me daba bien convencer a la gente de que confiara en mí. Había un motivo para que Carrie no tuviera claro si fiarse de mí. El motivo era que yo no conocía la historia completa. Había supuesto que me ocultaba algunos detalles, pero ahora lo sabía con seguridad. Y tenía una idea bastante aproximada de lo que escondía.

—Sé más de lo que crees. Y sigo al teléfono. Sigo dispuesto a ayudarte, porque, ocurriera lo que ocurriese, no creo que seas mala persona, Carrie. La gente comete errores terribles, pero siguen siendo buenas personas en el fondo. Un error no tiene por qué

definir la vida de nadie.

—Bien —dijo—. ¿Ves el telescopio panorámico?

Miré alrededor en busca de alguien vigilándome. No vi a Carrie, pero supuse que ya había estado allí. Centré la atención en el telescopio del mirador.

—Lo veo.

—Hay una pequeña plataforma a su alrededor. Verás que hay algo escondido en la base del telescopio.

Me acerqué y, en efecto, había un librito negro en la base.

—¿Un libro?

—Es mi diario, el resto del mismo. Léelo. Y si sigues queriendo ayudarme después de hacerlo, confiaré en ti.

Colgó.

Abrí el diario y empecé a leerlo mientras regresaba hacia el coche. Para cuando llegué al Mustang, ya sabía por qué había huido Carrie.

Y los fragmentos de la historia que no tenía claros de pronto cobraron sentido. Se habían llenado los espacios en blanco. Por primera vez conocía la historia real, o la mayor parte. El resto podía deducirlo por mi cuenta.

Llamé a Carrie.

—Cuenta conmigo. Sé lo que pasó. Sé lo que has hecho. Sigo dispuesto a ayudarte. Podemos ganar el caso juntos. Lo cierto es, Carrie, que te necesito. Sandman tiene retenida a Kate.

—¿Qué?

—Tienes que presentarte en el juzgado mañana. Te detendrán por infringir las condiciones de la fianza, pero no te preocupes. Todo saldrá bien. Si no vienes mañana, Kate corre auténtico peligro. Él dijo que la matará si te condenan. Te quiere.

—Ay, Dios mío.

—No permitiré que ocurra tal cosa, te lo juro. Creo que podemos ganar. Pero te necesito ante el tribunal. ¿Puedo contar contigo? Está en juego la vida de mi socia.

—Allí estaré. Y, Eddie..., gracias.

—Ojalá me hubieras dicho la verdad mucho antes. Entiendo que no lo hicieras, pero ahora tenemos que confiar el uno en el otro.

—Confío en ti. Estaré en el juzgado por la mañana.

Puse fin a la llamada y contemplé el río negro revestido de columnas ondulantes de luz. El agua por la noche tiene algo que me calma, hace que todo sea más claro. Ahora ya había accedido a las medias verdades y los retazos de información. Lo que no sabía en ese momento era qué debía hacer. No podía cometer ningún error. Estaba en juego la vida de Kate.

Mientras miraba el East River imaginé cómo podían suceder los acontecimientos.

Todo suponía un gran riesgo, sobre todo para Kate.

Cerré los ojos y escuché el viento y el agua.

Cuando los abrí, tomé una decisión.

Primero llamé a Denise.

—Conoces a alguien en Registros de Empresas, ¿verdad?

—Conozco al director, el subdirector y dos archiveros.

—¿Puedes decirles que le abran a Bloch de aquí a media hora?

—¿Estás de broma?

—Dile al director que, si nos ayuda, podemos compensarle muy bien.

—De acuerdo. Es amigo mío y creo que nos ayudará.

Luego llamé a Bloch.

—Quiero los documentos de la empresa que utilizó Daniel Miller para comprar el almacén donde estaba el congelador. Tienes que ver los originales. Si estoy en lo cierto, descubrirás una pista. Síguela. Que te acompañe Lake.

Me tomé cinco minutos para contarle a Bloch lo que había escrito Carrie Miller en el diario.

Bloch guardó silencio. Esperé.

—Qué hijo de puta —dijo.

—Dime que puedes hacerlo.

—Puedo hacerlo.

Tenía dos llamadas más pendientes. La siguiente suponía una infracción de la conducta y la ética de un profesional de la abogacía. No era la primera vez que pasaba por alto esas normas. Tampoco sería la última.

Otto contestó de inmediato.

—Carrie irá al juzgado por la mañana. Y vamos a ganar este caso

con tu ayuda. Sé que se supone que no debo hablar contigo de tu testimonio. Preparar a un testigo de la fiscalía podría hacer que ambos perdamos la licencia para ejercer, quizá incluso que nos procesen. Pero no hay otra manera de plantearlo, Otto: necesito que mañana te enfrentes a Drew White.

Guardó silencio un buen rato mientras le daba vueltas al asunto, y luego dijo:

—Si niego lo que ya le dije a White, este puede pedirle a Stoker que me declare testigo hostil. Luego puede repreguntarme y desacreditarme. Perdería lo que me ha costado la vida entera construir. Toda mi carrera se iría al cuerno. ¿Y para qué? En cuanto me declaren testigo hostil, el jurado no creerá ni una palabra de lo que diga de todos modos. Tengo que ceñirme a lo que le dije al fiscal.

—Es posible, pero puedes darle un sesgo favorable. Ella no sabía que su marido era un asesino, no con seguridad. Lo sospechaba, pero no tenía pruebas. Era una víctima, Otto. Venga, puedes hacerlo. Necesito tu ayuda, de verdad.

—Lo siento mucho por Carrie, pero no puedo tirar a la basura mi carrera por un caso...

—No tendrás que tirarla a la basura. Solo haz lo que puedas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedió.

La última llamada de la noche era la más difícil. Bill Seong parecía cabreado. Se le notaba en el tono de voz, incluso con el ruido que hacía el coche.

—No estarás siguiendo por casualidad un Dodge Hellcat rojo, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, hay un gilipollas de nombre Eddie Flynn dando vueltas por New Jersey. Venga, dime dónde has quedado con ella. Eso haría las cosas mucho más fáciles.

—No voy en el coche. El del asiento del acompañante es Lake. He cambiado de coche.

—Hijo de pu...

—Antes de que digas nada que puedas lamentar, escucha. Voy a hacer que Sandman dé la cara mañana.



Lo único que se oyó fue el bramido del motor y el chirriar de las llantas al tomar una curva. Una vez recuperó el habla, dijo:

—Repíteme eso.

—Voy a entregarte a Sandman, pero eso tiene un precio.

—Siempre lo tiene, ¿no? ¿Qué quieres?

—Quiero dos cosas, y no son negociables. La primera es que no lo detengas.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Sandman es listo, y los medios no hablan de otra cosa. No puede haber otro juicio. Nada de discusiones sobre los testimonios de los testigos, nada de disputas sobre pruebas forenses: vas a pillar a ese tipo con las manos en la masa. Voy a entregarte a ese cabrón en bandeja de plata. Si quieres que eso ocurra, tienes que esperar a que te dé luz verde para que lo detengas.

—Joder, Eddie, ¿qué es lo otro?

Hablamos un poco más y para cuando colgué estaba todo lo seguro que cabía estar de que Seong sería fiel a su palabra. Había tantas cosas que tenían que salir bien al día siguiente, y tanta gente de la que dependía, que cualquier fallo, por parte de cualquiera de ellos, haría que todo el asunto se fuera al traste.

Estaba acostumbrado a trabajar en el filo de la navaja. Pero no cuando alguien a quien tanto apreciaba tenía la punta de esa navaja contra el cuello.

Me soplé las manos entumecidas y regresé al coche para montarme en el asiento del acompañante.

—¿Estás bien, chaval? —preguntó Alas.

—No, pero creo que mañana a estas horas lo estaré. ¿Te apetece ganarte diez de los grandes?

—Pues sí.

—¿Tienes otro coche distinto que sea igual de rápido que este?

—Tengo uno más rápido, un Camaro nuevo. No alcanza los cuatrocientos metros en menos de diez, pero coge las curvas mejor que cualquier otro.

—Tráelo mañana, lo vamos a necesitar.

—¿Alguien te está apretando las clavijas? ¿Quieres que tome

cartas en el asunto?

—No hace falta, Alas. ¿Has oído hablar de Bloch? Tiene el asunto controlado.

Abrió los ojos de par en par y dijo:

—Es una tía dura. No tienes de qué preocuparte. Quien se tiene que preocupar es el tipo a por el que vaya.

## SANDMAN

Sandman había seguido al coche por el túnel de Holland y lo había perdido en Jersey City. Era crucial que mantuviera la distancia, porque el FBI también seguía al coche y no quería que lo detectaran como otro vehículo que también perseguía a aquel. Las probabilidades de que ocurriera algo así eran escasas. Las había calculado, claro. En una persecución, los federales solo están interesados en los coches que tienen como objetivo, no en quien los sigue. Tienen toda su atención dirigida hacia delante. Si mantenía la distancia y no los perdía de vista, tenía una oportunidad.

El objetivo que perseguían, un Dodge Hellcat, empezó a callejear en bucle. Los federales lo siguieron, y no hizo ningún intento en serio de despistarlos. Sandman aparcó, apagó el motor y estuvo sentado un rato golpeando el volante. Tendría que haber sabido que Flynn intentaría darles algún tipo de cambiazo. Era imposible que Carrie estuviera escondida en New Jersey. Ese coche era un señuelo. En algún punto del trayecto, Flynn había cambiado de vehículo.

Había estado tan centrado en seguir a los federales que no prestó mucha atención al destino más probable.

Dio media vuelta, atravesó en sentido contrario la ciudad y cruzó el puente hasta Coney Island. Estaba tan furioso que había torcido el volante a golpes, y notaba el ángulo y el contorno deformados en cada esquina. Eso no le ayudó a aplacar el enfado precisamente. La ira lo invadía a veces como una especie de presión en la cabeza. Tenía que liberarla. Si la mantenía a raya demasiado rato, se le enturbiaría el pensamiento, el estrés de la furia se adueñaría por completo de su mente.

Para cuando llegó, era tarde y estaba cansado. La adrenalina de la

persecución y el enfado por haber perdido la ocasión de recuperar a Carrie no habían mermado. Si acaso, el cansancio había acrecentado las emociones. Abrió de par en par la puerta de la vieja cochera de autobuses y alumbró el interior con la linterna.

El carro de herramientas se había movido. Solo quedaba una rueda encima de la plancha de acero que cubría el foso. Dirigió el haz de la linterna sobre la plancha y vio un hueco de dos centímetros y pico en torno al que había astillas de madera recientes.

Qué chica tan lista.

—Kate, no hay salida —dijo.

Aguzó el oído y percibió su respiración dificultosa, ya fuera por el miedo o, más probablemente, por el esfuerzo de intentar desplazar la plancha. Estaba claro que Kate había arrancado el respaldo de madera de la silla y había estado intentando introducirlo por la abertura procurando hacer palanca como fuera para mover y levantar el ángulo de la plancha. Empezaba a dar resultado: el carro estaba casi fuera de la misma.

Dio media vuelta y pasó por delante de los sacos de arena hacia la pequeña oficina al fondo del edificio que usaba como almacén. Tenía allí dos pasaportes: uno para él y otro para Carrie. Los dos con nombres distintos. Doscientos mil dólares en efectivo y otros doscientos cincuenta mil en lingotes de oro. En este espacio también había un congelador, en el que guardaba sus trofeos en tarros de conserva. Diecisiete tarros.

Diecisiete pares de ojos.

Dejando de lado esos artículos, cogió la mochila y se la echó a los hombros. En el rincón de la oficina había cuatro bidones, cada uno de veinte litros de gasolina. Cogió uno en cada mano y los llevó de la oficina al foso. La gasolina chapoteó en los bidones, que emitieron un sonido metálico profundo pero hueco cuando los dejó en el suelo de hormigón.

—¿Lo has oído? ¿Reconoces el sonido?

Cogió la barra de metal y abrió el foso más o menos un palmo. Desenroscó el tapón del primer bidón, abrió la mochila y cogió la espita de plástico, que encajó y sujetó bien al morro del bidón.

—¿La hueles ya? —preguntó.

Inclinando el bidón, empezó a verter gasolina en el foso.

—¿La hueles ahora?

El primer grito que resonó le produjo auténtico placer. Mientras la gasolina borboteaba al caer dentro del foso y el aroma le saturaba la nariz, al tiempo que los gritos de Kate le acariciaban los oídos, tuvo la misma sensación que si hubiera dado una fuerte calada de una potente droga. Cuanta más gasolina echaba, más fuerte gritaba.

Y la presión se iba aliviando.

No tardó mucho en vaciar el bidón; menos de un minuto. Lo tiró al foso y luego metió la mano en la mochila.

Al sacarla, empuñaba una bengala terrestre: un tubo rojo con tapón. Una vez se retiraba el tapón, la bengala se encendía y ardía a más de mil grados. Agarrando la bengala firmemente con una mano, cogió con la otra el tapón, y fue entonces cuando se dio cuenta de que le palpitaba el pecho, le resbalaba sudor por la cara y le recorría el cuerpo un aleteo de puro entusiasmo.

Hizo una pausa y se serenó.

Si tiraba la bengala al foso ahora, no estaba claro si los vapores entrarían en combustión antes de que esta alcanzara la gasolina acumulada en el suelo. La gasolina en sí no es inflamable; en realidad, bien podía extinguir la llama. Los vapores, por el contrario, ardían con mucha facilidad.

Sandman nunca había quemado a nadie. Desde luego, nunca había quemado a nadie vivo. Imaginó a Kate en el foso, seguramente encima de la silla, poniendo toda la distancia posible entre ella y la gasolina, quizá preguntándose cuánto aguantaría la silla antes de arder, y luego sus pies, las piernas y después...

Pero no ocurriría así, no exactamente.

Si dejaba que los vapores se propagaran por el foso antes, y luego lanzaba la bengala, el aire mismo se convertiría en una bola de fuego. La plancha lo mantendría a él a salvo, siempre y cuando retrocediera después de lanzarla, pero Kate se vería engullida por un infierno al instante. El aire que la rodeara, el que tuviera en la boca y los pulmones, la quemaría de inmediato.

La idea volvió a venirle a la cabeza: «Mantenla con vida. Es

posible que la necesites».

Sabía que sería una estupidez matarla ahora.

Pura alegría, pero una estupidez igualmente.

—Si intentas escapar otra vez, te quemo viva, ¿lo entiendes?

Dejó la bengala en el suelo y se sirvió del gancho de la barra para desplazar la plancha hasta el borde del foso, dejando un pequeño hueco de algo más de dos centímetros. Cogió uno de los sacos de arena que tenía apilados y lo echó encima de la plancha. Luego, otro. Y otro. Para asegurarse de que no pudiera salir.

## KATE

Cada vez que oía un estampido en la plancha que tenía sobre la cabeza, a Kate le castañeteaban los dientes. Estaba lanzando algo encima del foso, pero no era gasolina. Esta vez no.

Era arena.

Estaba echando sacos de arena encima de la plancha como lastre.

Kate se mantenía en equilibrio sobre la silla: los pies en el asiento, acuclillada con los brazos en torno a las rodillas, lo más lejos posible de la gasolina. Temblaba tanto que había estado a punto de caerse un par de veces.

Ahora los vapores le estaban provocando náuseas. Los ojos le lloraban y le escocían. La garganta le ardía y el olor ya estaba haciendo que volviera a dolerle la cabeza aún más que antes. Quería vomitar, pero no que las arcadas y las convulsiones le hicieran perder el equilibrio.

Tenía la sensación de que las lágrimas le quemaban los ojos.

Ese tipo iba a prenderle fuego. Si no ahora, dentro de poco.

Y no había manera de escapar.

Cesó el ensordecedor estampido de los sacos de arena al caer encima de la plancha, y oyó cómo sus pasos remitían a lo lejos. El ruido familiar de la puerta al cerrarse de golpe dejó paso al silencio.

Kate se bajó de la silla, y los pies se le mojaron al instante en el charco de gasolina en el suelo. Movié la silla hasta el ángulo derecho, se subió encima, pegó los hombros a la plancha y empujó.

No cedió.

Esta vez, no.

Metió el respaldo de la silla, una simple tabla de madera dura de un par de centímetros de grosor que había arrancado del resto del

asiento, por la ranura entre la plancha y el borde del foso. Volvió a ejercer presión con los hombros a la vez que empujaba hacia abajo un extremo de la tabla para hacer palanca y levantar la plancha, intentando ensanchar la ranura.

La plancha no cedió.

El respaldo de la silla se partió en dos y cayó en el charco a sus pies.

Kate volvió a gritar y a llorar. Había perdido su oportunidad de escapar. Haría falta una grúa pequeña para mover la plancha con tanto peso extra encima. Sandman estaba trastornado por completo. Incluso aunque la dejara vivir, no permitiría que se fuera nunca. Moriría en ese foso. La única cuestión era cuándo. No estaba intentando asustarla con la gasolina hacía un momento, había sido pura chiripa que no le prendiera fuego en ese mismo instante.

Su vida pendía de la cabeza de una cerilla.

Se sentó en la silla y levantó la vista hacia la ranura. Volvió a aparecer la franja de luz de luna y supo, en ese mismo momento, que seguramente esa sería la última luz de luna que llegaría a ver en su vida.



## EDDIE

La sala del tribunal no tenía luz natural. Era una caja de hormigón rebosante de pérdida, odio, traición, homicidio, corrupción y mentiras. Era el gran teatro de la flaqueza humana.

Harry y yo estábamos sentados a la mesa de la defensa.

La silla de la cliente hacia el extremo de nuestra mesa seguía vacía.

Eran poco más de las nueve de la mañana. Yo llevaba dos días sin dormir y Drew White estaba a punto de dar un espectáculo en nuestro teatrillo.

—El Pueblo llama a declarar a Otto Peltier —anunció.

Harry abrió una página en blanco de su bloc, preparó la pluma y se dispuso a tomar notas.

Al jurado le gustaba el aspecto de Otto. Ese traje, el pelo, el físico: proclamaban a gritos riqueza y autoridad. Era una de esas personas a las que el jurado escucharía.

Juró sobre la Biblia y se sentó con permiso del juez Stoker.

—Señor Peltier, ¿cómo conoció a Daniel Miller?

—Mi bufete representa a clientes de élite, señor White, en todo tipo de asuntos de gestión de patrimonio, incluidos derecho tributario, fondos de fideicomiso, testamentos y planificación inmobiliaria. El señor Miller era un gerente de fondos especulativos de éxito, y antes de eso, agente de bolsa. Representamos a muchos clientes de Wall Street, y vino porque alguien le recomendó mi despacho.

—En un momento dado representó a Carrie Miller en este caso. ¿Cómo es que la conocía?

Carraspeó y dijo:

—Conocí a Carrie cuando Daniel me la presentó como su prometida. Quería cerciorarse de que quedara en una posición desahogada desde el punto de vista financiero compartiendo con ella la posesión de alguna de sus propiedades. Yo aconsejé que un acuerdo prenupcial sería sensato y los dos se mostraron de acuerdo. Redacté el acuerdo y la división de bienes.

—Señor Peltier, hubo un momento en que la acusada, Carrie Miller, le pidió consejo respecto de su marido, ¿correcto?

—Correcto —respondió.

Harry chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

Era una oportunidad perdida. Si Otto hubiera sido más vivo, podría haber desarrollado la respuesta, mostrando a Carrie como la pareja preocupada e inocente. Desplacé la silla hacia atrás arrastrando las cuatro patas por el suelo de baldosa. Peltier, al oír el ruido, miró en dirección a mí. Lo fulminé con la mirada y él apartó la suya.

Este teatro también saca a relucir una de las grandes flaquezas de nuestra especie, la cobardía.

—El jurado ha tenido oportunidad de leer los diarios de Carrie Miller, que dejó bajo custodia en su despacho. Cuéntele al jurado su impresión de esos diarios.

—Son una crónica de cómo se sentía y lo que pensaba a la sazón. La conversación conmigo que relata es precisa hasta donde yo recuerdo...

Peltier quería explayarse, lo vi por cómo desviaba la mirada hacia el jurado y se pasaba la lengua por los labios. Abrió la boca...

—Gracias —dijo White atajándolo antes de que tuviera ocasión de decir nada que pudiera ser de ayuda para la defensa.

—En esos diarios habla de que su marido volvía a casa tarde y se duchaba, le regaló joyas que pertenecían a las víctimas, por lo general el día después de haberlas asesinado, y metía la ropa en la lavadora en plena noche. ¿No queda claro en los diarios que Carrie Miller sabía que su marido era Sandman? —preguntó White.

Antes de que Otto tuviera ocasión de contestar, perdió el hilo de sus pensamientos al abrirse las puertas al fondo de la sala. Se quedó mirando pasillo abajo, y cuando el juez cayó en la cuenta de quién llegaba, apoyó los codos en la mesa para echar una larga mirada.

Carrie Miller parecía más delgada que hacía unos días. El maquillaje no ocultaba los círculos oscuros en torno a los ojos ni la tensión de sus rasgos. Bloch entró por las puertas detrás de ella con un montón de documentos que dejó sobre la mesa de la defensa antes de tomar asiento en la galería. Harry y yo nos pusimos en pie mientras Carrie se acercaba a nuestra mesa y se sentaba hacia el extremo. Todo el mundo en la sala contuvo la respiración y se quedó mirando fijamente a la persona más importante, la persona en torno a la que giraba todo el asunto. Todos querían echarle un buen vistazo y juzgar por sí mismos.

—Señoría, permítame interrumpir un momento al señor White para informar al tribunal de que mi cliente se entregará a la policía al término de la vista de hoy con motivo de su infracción de las condiciones de la libertad condicional. He hablado con los inspectores implicados y han dado su consentimiento.

—Ya nos ocuparemos de eso al final de la jornada. Continúe, señor White.

White parecía haber crecido un par de centímetros. Estaba muy erguido, con la espalda casi arqueada al abombar el pecho. Hay fiscales que pierden de vista el derecho en sí al comienzo de sus carreras. Para ellos, el trabajo consiste en obtener condenas, acumular victorias, ganar, ganar y ganar: eso es lo único que les importa.

—Señor Peltier, voy a repetir la pregunta. Según los diarios, Carrie Miller se dio cuenta de que su marido se comportaba de una manera extraña. Estaba por ahí hasta las tantas, muchas noches. Le regaló joyas propiedad de las víctimas de Sandman. Y, además, acudió a usted y le dijo que sabía que su marido, Daniel Miller, era Sandman, ¿no es así?

—Sospechaba de él, diría yo. Pero no tenía pruebas fehacientes.

—No es eso lo que dice el diario, ¿no cree? Lo sabía y acudió a usted en busca de consejo, ¿verdad?

Peltier se humedeció con la lengua los labios secos y dijo:

—Puede usted interpretar el diario como quiera, pero sospechar algo es una cosa y tener conocimiento de un delito otra distinta.

—En la última entrada, que el jurado ha tenido tiempo de leer de

antemano, ella le dice que su esposo es Sandman. No solo eso, sino que confiesa que ofreció a la policía una coartada falsa para su marido.

—Creo que está claro que se vio obligada a dar esa coartada —matizó Peltier.

—Ella no dice que su marido la amenazó para que diera esa coartada, ¿verdad?

—No, pero...

—Confirmó las mentiras de su marido a la policía. Le dijo al agente que su marido estaba en casa la noche del asesinato de Margaret Sharpe, ¿no es así?

Suspiró y dijo:

—Sí.

—Una vez que le advirtió de las consecuencias según el acuerdo prenupcial de hacer falsas alegaciones, ella no acudió a la policía, ¿verdad?

—No acudió a la policía.

—¿Las pruebas que le presentó a usted no eran suficientes para convencerlo de que la policía podía considerar sospechoso a Daniel Miller?

—Yo no digo eso. Lo que digo es que no eran suficientes para demostrar que era Sandman. Investigamos a Daniel, pero no averiguamos nada más. Si hubiéramos descubierto cualquier otra cosa, bueno, entonces quizá le habría aconsejado que acudiera a la policía.

—¿Le habló ella, en algún momento, de las manchas de sangre en la manga de su blusa?

Ese era un punto de inflexión en el testimonio. White quería servirse de Peltier para presentar a Carrie como una persona deshonesto.

—No, no me habló de ello.

—Le dijo que tenía en su posesión los pendientes de plata en forma de rosa que pertenecían a Margaret Sharpe y los anillos propiedad de Penny Jones y Suzanna Abrams. ¿Mencionó alguna vez el broche camafeo que le arrebataron a Lilian Parker? Porque ese artículo no se llegó a recuperar.

—No, no lo mencionó.

—¿Mencionó, en algún momento, que su marido le regaló el collar de perlas negras que le robaron a Stacy Nielsen?

—Creo que ese artículo fue hallado en su armario, pero no, no me habló de él en ningún momento.

—Señor Peltier, ¿tiene ahora claro el propósito de que Carrie Miller acudiera a usted y le diera esos diarios?

—No sé a qué se refiere.

—Usted y los diarios son su coartada. Ella sabe que al final su marido y ella serán detenidos, y quiere crear la imagen en retrospectiva de que sospechaba de su esposo, quizá incluso creía que podía ser el asesino, pero nunca tuvo prueba irrefutable de ello. Intentaba forjar un relato para disimular su complicidad en los crímenes de su marido, ¿no es eso lo que ocurrió en realidad?

Peltier cogió el vaso de agua a la vez que carraspeaba. Tomó un sorbo y se recompuso antes de decir una sola palabra, lo que siempre es mala señal. Da la impresión de que estás buscando una respuesta que te ayude en lugar de decir simplemente la verdad.

—Solo puedo explicar al tribunal lo que me contó Carrie Miller, y sus diarios son reflejo preciso de nuestras conversaciones. Ella meramente sospechaba de su marido: no tenía pruebas y nunca estuvo segura de que él fuera Sandman.

—Y, sin embargo, le ocultó a usted información importante que la implicaba en los asesinatos, ¿no?

Me levanté para protestar:

—Señoría, el señor White está repreguntando a su propio testigo...

—Soy consciente de cómo se están planteando estas preguntas —dijo el juez Stoker—. Señor White, ¿quiere que sea declarado hostil este testigo?

—Esa era mi última pregunta, señoría.

—Bueno, pues plantéela, pero con otras palabras.

—Señor Peltier —dijo White—. ¿Le ocultó Carrie Miller información que la implicaba en el asesinato de Stacy y Tobias Nielsen?

—No me habló de las manchas de sangre ni del collar de perlas negras. Y no mencionó nunca que le diera un broche, pero han de entender que él le hacía muchos regalos, y la policía nunca dijo que

esos artículos se los hubieran robado a las víctimas de Sandman hasta que fue identificado. Que le regalaran unas joyas no quiere decir que estuviera involucrada en ningún crimen cometido por su marido.

White asintió, luego regresó a la mesa de la fiscalía con cierto pavoneo en sus andares y se sentó.

—No hay más preguntas.

Hay momentos en un juicio que son puntos de inflexión, momentos en que todo cambia y empieza a ir en otra dirección. Este era uno de esos puntos, y era ese momento.

Me puse en pie y me acerqué a Peltier. Tenía los hombros un poco encorvados, y tomó otro trago del vaso de agua que tenía delante. Para Otto, había acabado la parte complicada. Ahora, yo le lanzaría pelotas fáciles y él podría intentar reparar parte del perjuicio que le había causado a Carrie. Estaba intentando relajarse. Se sentía más seguro.

—Señor Peltier, dijo usted que Carrie Miller nunca tuvo la seguridad de que su marido fuera Sandman, ¿no es así?

—Así es —convino.

Hice una pausa y me tomé un instante para mirar al jurado. La mayoría permanecían atentos y seguían el testimonio. Algunos parecían un tanto distraídos: estaban mirando a Carrie Miller. En los siguientes segundos captaría su atención y los retendría.

—Señor Peltier, le recuerdo su compromiso profesional como abogado y funcionario del tribunal, y el juramento que acaba de hacer de decir la verdad, y con eso en mente voy a volver a preguntarle: antes de que el FBI identificara a Daniel Miller como Sandman, ¿tenía Carrie Miller conocimiento de que su marido fuera en realidad ese asesino?

—No, no lo tenía.

El jurado esperaba la respuesta.

Lo que no esperaba era la siguiente pregunta.

—Señor Peltier, eso es mentira, ¿no?

Dio la impresión de que el aire de la sala se volvía sólido.

—¿Perdone? No le entiendo —dijo.

—Bueno, es sencillo. Carrie Miller sabía que su marido era

Sandman antes de que el FBI lo localizara, y ocultó ese hecho, ¿no es eso lo que ocurrió en realidad?

—¿Qué?

—Conteste la pregunta.

No pude evitar mirar de soslayo a White. Había apartado la silla de la mesa estirando las piernas a la vez que dejaba la pluma y se cruzaba de brazos con una enorme sonrisa en los labios. Estaba haciendo su trabajo por él y, hasta donde sabía, acababa de irse al cuerno cualquier posibilidad de que Carrie Miller saliera absuelta.

—Es una acusación ridícula —dijo Peltier.

—¿En serio? Señoría, quiero presentar esta última entrada del diario de Carrie Miller como Prueba de la Defensa I.

## *Fragmento del diario de Carrie Miller*

*Sin fecha*

*Este es el resto de mi historia, la parte que no había dejado por escrito, hasta ahora. Es la parte que importa.*

*Después de irme del despacho de Otto no tuve noticias suyas durante varios días. Danny seguía de viaje de negocios esa semana y me vi haciendo caso omiso de sus llamadas y mensajes. No quería hablar con él. No podía hacerlo hasta que supiera con seguridad qué hacía en realidad cuando decía que estaba trabajando o quedando con clientes. Aunque parte de mí se sentía culpable, me alegraba que estuviera ausente. Sabía que no debería sentirme así, pero no podía quitármelo de la cabeza: mi marido podía ser un asesino.*

*Recibí una llamada el jueves por la tarde, a eso de las seis y media. Al principio dejé que siguiera sonando el móvil, y solo en el último momento miré quién llamaba y vi que no era Danny, sino Otto. Me dijo que su investigador le había llamado para decirle que Danny tenía un comportamiento extraño. Otto quería que fuera a verlo por mí misma.*

*Le pregunté si quería que tomara un vuelo a Seattle. Dijo que Danny no estaba en Seattle. No había salido de Nueva York en ningún momento.*

*Me reuní con Otto en el aparcamiento de una nueva urbanización en Queens. Cada vez había más gente buscando algún lugar decente donde vivir fuera de Manhattan y esos apartamentos los estaban comprando inversores con la esperanza de revenderlos para obtener beneficios considerables. Otto dijo que Danny y una mujer habían entrado en ese edificio y habían subido al segundo apartamento de la segunda planta. Le pregunté adónde había ido su investigador, y*



*me dijo que había ido a averiguar quién vivía en ese apartamento. Otto no le había indicado al investigador qué buscar. En ese momento empezó a entrarme pánico.*

*Le dije a Otto que igual Danny había ido allí a matar a esa mujer. Por su forma de mirarme, me di cuenta de que él había pensado lo mismo. Otto me aconsejó que no llamara a la policía. Yo quería hacerlo, la vida de una persona corría peligro, pero dijo que les llevaría demasiado tiempo llegar y que más valía que subiéramos a echar un vistazo primero.*

*Me sentía fatal subiendo las escaleras, Otto detrás de mí. Llegamos a la segunda planta, un pasillo luminoso recién pintado de blanco. Contamos dos puertas y nos detuvimos a escuchar.*

*Alcancé a oír algo, una mujer. Parecía estar retorciéndose de dolor. Y luego...*

*Un grito.*

*Otto también lo oyó.*

*—¡La está matando! —dije.*

*Otto me apartó, tomó carrerilla y saltó para asestarle una patada a la puerta. Necesitó tres intentos para derribarla. Esta vez oímos gritar a la mujer como si le fuera la vida en ello.*

*Entré corriendo y Otto me siguió. Esperaba ver las paredes manchadas de sangre y a Daniel encima del cadáver de otra víctima.*

*Allí, en el dormitorio.*

*Daniel y la mujer en la cama, los dos sin aliento.*

*Estaban desnudos.*

*No la estaba matando.*

*Tenía una aventura con ella.*

*Danny me miró con una mezcla de vergüenza y consternación.*

*La mujer se levantó y se puso la ropa interior. Tenía la piel de color blanco hueso, salvo por algo negro y brillante que llevaba al cuello, un collar de perlas negras. Se pasó un top por la cabeza y se puso los vaqueros. Tuvo cuidado de sacar el collar por fuera de la camisa blanca.*

*Dijo que aquello le resultaba de lo más bochornoso, pero no se disculpó, eso lo recuerdo.*

*Yo no podía llorar, no podía pensar.*

*Había quedado en el más absoluto ridículo. Danny no era un asesino. Las mentiras y las noches que llegaba tarde, la ropa en la lavadora... Se estaba acostando con otra.*

*No estaba matando a nadie.*

*Ahora que le había echado un buen vistazo a la mujer, no parecía avergonzada en absoluto. Simplemente estaba cabreada de que les hubiera interrumpido. No hizo ninguna pregunta cuando entré. Daniel me había llamado por mi nombre, y ella no sentía curiosidad...*

*Sabía quién era yo. Sabía que él estaba casado.*

*Yo estaba en el umbral, temblando.*

*—Aparta —dijo ella.*

*Había estado volviéndome loca en silencio durante semanas. Tenía miedo de estar con mi marido. Me preguntaba una y otra vez por qué me había escogido, y luego salía por ahí a matar a inocentes, me pasaba horas pensándolo y luego me decía que era estúpida, que Daniel era un buen hombre. Estaba perdida por completo. Dudaba de mi marido y de mi propia cordura.*

*Y ahora me sentía traicionada y herida.*

*¿Y esa quería que me apartara?*

*Antes de darme cuenta de lo que hacía, se me fue la mano y le abofeteé la cara. Perdí los nervios y volví a abofetearla, esta vez en la boca.*

*Danny me gritó que la dejara en paz.*

*De pronto me sentí muy asustada, estaba desatada. El mundo me daba vueltas. La mente se me estaba desintegrando. Todo lo que me había hecho pasar Danny me sobrevino de repente y me eché a llorar. Salí corriendo del apartamento. Otto le dijo algo a la mujer, no alcancé a entender qué, pero me pareció oír un nombre. Luego Otto salió corriendo detrás de mí. Me monté en el coche y me fui sin más. Otto me llamó siete veces, pero no contesté. Necesitaba tiempo para pensar, para recomponerme. No sé cuánto rato estuve dando vueltas por ahí, pero había oscurecido para cuando aparqué en el lateral de la calle y le devolví las llamadas.*

*Me sentía como una idiota.*

*Me dijo que me habían traicionado, que no era culpa mía.*

*Dios, me sentía fatal por haberle pegado a esa mujer. No soy una persona violenta. Nunca le había pegado a nadie en mi vida. Solo de pensarlo me sentía peor.*

*Otto dijo que estaba seguro de que ella lo entendería. Pero no fue eso lo que dijo exactamente. Se atrancó con las palabras y me dio la impresión de que estaba a punto de decir su nombre, pero se contuvo antes de irse de la lengua. Luego se quedó muy callado al otro lado de la línea.*

*La conocía. O la había reconocido. Estaba convencida.*

*Al menos había una cosa que podía hacer para sentirme mejor, podía ir a disculparme. Danny me había empujado a pegarle a esa mujer. Sí, se estaba acostando con mi marido, pero era Danny quien me había metido en ese infierno. No era culpa de ella. En realidad, no. Seguro que a ella también le mentía.*

*Supliqué a Otto que me dijera quién era la mujer.*

*Al principio no dijo nada. Luego confesó que la conocía.*

*Tras varios minutos, me contó lo que necesitaba saber.*

*Me dio la dirección de Stacy Nielsen. Quedaba a quince minutos de allí. Fui a su calle, aparqué y me quedé delante de su casa. Quería hablar con ella, decirle que lo sentía, y supongo que quería que ella también se disculpara. Me había hecho daño, deliberadamente. Ninguna de las dos nos merecíamos a un hombre como Danny. Quería decirle que habíamos irrumpido en el apartamento para salvarla porque pensábamos que le estaba haciendo daño. No había tenido intención de enfrentarme a ella.*

*Estaba parada en la calle, delante de la casa, cuando alguien habló. Alguien me preguntó qué demonios hacía. Me di la vuelta para ver a Danny acercándose. Dijo que acababa de dejar en casa a Stacy y vio que llegaba yo en coche.*

*No podía creerlo, pero empezó a lanzarme reproches. Quería saber qué demonios hacía allí. ¿De verdad iba a echarle en cara a Stacy lo de la aventura, delante de su familia?*

*Su familia.*

*Avancé lentamente y Daniel se mantuvo a mi altura. Miré hacia el interior de la casa a través de las ventanas delanteras: había dos niños acurrucados en el sofá a su lado. El marido estaba en el sillón*

*grande del rincón y todos veían la tele.*

*Stacy Nielsen tenía todo el aspecto de la madre del año, sentada en su sala de estar con toda la familia alrededor.*

*Me di la vuelta y eché a andar de regreso al coche.*

*Danny dijo que tenía que hablar conmigo, explicármelo todo. Hice propósito de no dejar que volviera a mentirme, y le dije que no. No quería hablar con él. No quería volver a verlo nunca.*

*Él no quería discutir en la calle. Vi que Daniel levantaba la vista hacia las ventanas iluminadas. Se distrajo lo suficiente para que yo pusiera un poco de distancia entre nosotros. Llegué al coche, me monté y bloqueé las puertas cuando él se acercaba a la ventanilla del lado del pasajero.*

*Parecía distinto. Delante de la ventanilla, le había cambiado la cara.*

*Lo que había en su interior era ira.*

*Pisé el acelerador y fui directa a casa.*

*La vivienda estaba vacía y fría. Era un lugar hostil; un sitio del que no podía fiarme. Ya no me sentía en casa. Me desnudé en el cuarto de baño mientras dejaba correr el agua de la ducha. Estaba a punto de echar la ropa en el cesto cuando reparé en la sangre que tenía en la manga.*

*Dios, debía de haberle partido el labio a esa mujer al abofetearla en el apartamento.*

*Me di una ducha, me preparé para acostarme y me fui a la cama. Tenía hambre, pero no podía soportar la idea de comer. Tampoco podía dormir, pero me quedé tumbada, haciendo el esfuerzo de sumirme en la inconsciencia. Lo único que quería era que terminara el día. De algún modo, en algún momento de la noche, me sobrevino el sueño.*

*El teléfono me despertó al sonar poco después de la una de la madrugada. Miré quién llamaba y contesté.*

*Era Otto.*

*Por un dichoso momento, en el instante de despertar, no fui la idiota que se había puesto en ridículo, que había sido traicionada, que había abierto la puerta y se había adentrado en otra vida que le estaba quemando las entrañas.*

*Entonces lo recordé.*

*Le dije que estaba sola.*

*Lo que contestó me dio miedo.*

*—¿Todavía tienes la pistola táser que te di?*

*Me recorrió la espalda una sensación de frío.*

*Dijo que venía de camino a mi casa. Stacy y Tobias Nielsen habían sido asesinados. Su detective se había enterado por un contacto en la policía. Otto estaba convencido de que los había matado Danny.*

*Me dijo que no abriera la puerta hasta que llegara él, que cogiera la táser y buscara donde esconderme.*

*Colgó.*

*Fue entonces cuando oí que se abría la puerta principal.*

*Me levanté de un salto de la cama y fui corriendo al armario. Tenía el bolso colgado en el perchero detrás de la puerta. Lo abrí y saqué la pistola paralizadora que me había dado Otto. Apagué la luz y me senté en el suelo en la oscuridad.*

*Y aguardé.*

*Crujió el peldaño con la tabla suelta. Estaba subiendo.*

*El sudor hizo que me resbalara la táser en la palma de la mano. Tenía que ir pasándola de una mano a otra, con el aliento atrapado en la garganta, mientras apuntaba hacia el pasillo. Me temblaban las manos y no podía apuntar como era debido.*

*Apareció en el umbral una figura, en sombra.*

*—Carrie, tenemos que hablar —dijo, y vino hacia mí.*

*Le grité que no se acercara, pero siguió adelante.*

*Apreté el gatillo.*

*Un destello azul de electricidad sacudió el aire y Daniel cayó al suelo. El cuerpo se le sacudió con violencia como si estuviera sufriendo un terrible acceso epiléptico, sus extremidades golpeaban el suelo con tanta fuerza que a veces parecía levantarse en el aire. Le brotó de la boca una espuma roja sanguinolenta.*

*Dejé caer la táser y las convulsiones cesaron. Se quedó inmóvil. Luego apoyó las manos en el suelo y empezó a levantarse. Yo seguía en el armario. Él estaba ahí mismo en el umbral. Abrí uno de los pesados y sólidos cajones de roble de la cajonera. Cuando lo levantaba, cayeron unos calcetines, y se lo estrellé contra la*

*coronilla. Se quedó inmóvil y entonces pasé por encima de él y bajé corriendo las escaleras, y en ese momento Otto entró por la puerta de la calle abierta.*

*Le dije que Danny estaba arriba.*

*Le había disparado con la táser.*

*Otto me indicó que saliera. Dijo que no llamara a la policía, todavía no; que le esperara y, si no había vuelto en cinco minutos, entonces sí los llamara.*

*Con la cara bañada en lágrimas y las manos temblando, salí al frío. El coche de Daniel estaba en el sendero de acceso, con la puerta del conductor abierta. Fui a sentarme en el asiento del conductor solo para tomarme un momento e intentar calmarme de una puta vez, pero entonces los vi.*

*En el compartimento de la puerta había un cuchillo y una pistola. No me atreví a tocarlos ni a acercar la mano siquiera. En el asiento de atrás había una muda de ropa negra, reluciente de sangre. Rodeé el coche por detrás y abrí el maletero. Dentro había dos sacos de arena, sogas, destornilladores y un bolso de cuero. Con manos trémulas, abrí el bolso, que contenía collares, anillos y relojes de mujer. Había algo en el bolso que pesaba. Dos tarros. Al principio no supe qué eran, pero uno echó a rodar cuando ladeaba el bolso.*

*Me llevé las manos a la boca para sofocar el grito.*

*Un par de ojos me miraban desde el líquido oscuro que contenía el tarro.*

*Oí que Otto me llamaba.*

*Corrí hacia él y lo abracé con fuerza. Fue en ese momento cuando Otto me dijo que mi marido estaba muerto.*

*Yo lo había matado.*

*No fui capaz de decir nada. Era como si se me hubiera abierto un agujero enorme en el pecho. Me cedieron las piernas, pero Otto me sostuvo.*

*Miró dentro del coche y luego me ayudó a entrar en la casa. Estaba muy pálido y conmocionado. Me dijo que tenía que pensar qué decirle a la policía, porque ahora mismo aquello no parecía un acto de defensa propia.*

*Estuve media hora sentada en la sala —me castañeteaban los*

*dientes en la cabeza, temblaba y no podía parar de llorar— mientras Otto intentaba tranquilizarme.*

*Me dijo que Danny tenía roto el cráneo, y repasamos lo que había ocurrido. Otto me hacía una pregunta detrás de otra. ¿Le hice alguna advertencia? ¿Me amenazó?*

*No, no me amenazó. Y no le hice ninguna advertencia. Y no tenía ninguna marca.*

*Entonces volvió a surgir la falsa coartada.*

*Otto creyó que la situación no podía desarrollarse de muchas maneras.*

*Podía ser una heroína que le había parado los pies a Sandman.*

*O podía ser una asesina. Primero, por matar a mi marido, y segundo, por ocultar sus crímenes mintiendo a la policía. Otto dijo que podían implicarme en todos los asesinatos de Sandman.*

*Hablamos y hablamos y por mucho que le daba vueltas al asunto, siempre acababa siendo detenida por la policía. No había ninguna salida. Todo se había puesto mucho peor, y pensé que ojalá hubiera abandonado a Daniel, me hubiera largado sin volver la vista atrás.*

*Nunca olvidaré lo que dijo Otto entonces:*

*—¿Y si hubiera otra opción? ¿Y si Daniel desapareciera sin más? Puedo meterlo en su coche, conducir hasta algún lugar tranquilo en Hempstead Lake y hacer que él y todo el mal que causó desaparezcan para siempre.*

*Accedí a quedarme con las joyas, por si alguna vez me vinculaban con los asesinatos de Sandman, para así poder alegar que me las dio antes de esfumarse. Las escondería en la casa para que algo me uniera a esos asesinatos. Transcurrido un año, dispondría que declararan fallecido a Daniel y heredaría su dinero.*

*El plan era mantener la discreción y eludir el cargo de asesinato por haber matado a mi marido. Y si la policía lo relacionaba con los asesinatos, debía decir que sospechaba de él, pero que nunca tuve ninguna prueba.*

*Otto dijo que todo iría bien.*

*Sería nuestro secreto.*

*Los días siguientes deposité mi confianza en Otto, e intimamos.*

*Nos hicimos amantes.*

## EDDIE

—Eso no son más que patrañas —dijo Peltier, sin perder la serenidad, después de que hubiera leído el diario junto con el juez, el fiscal y el jurado. Se sirvió otro vaso de agua, echó un trago y volvió a dejarlo. No necesitaba beber; se estaba tomando un momento para calmarse.

—¿Quiere decir que hay inexactitudes y mentiras en ese relato?

—Eso es.

—Creo que está en lo cierto. Lleva mintiéndole a Carrie Miller desde el día que la conoció.

—Nada de eso.

—Usted no llevó el cadáver de Daniel Miller a Hempstead Lake, eso seguro. Es posible que su coche esté allí, pero él no está, ¿cierto?

Peltier entornó los ojos y dijo:

—Todo eso es pura invención.

—La policía sabe que Sandman alquiló un apartamento enfrente del edificio de Lilian Parker. Mis investigadores vincularon una empresa con ese contrato, y en el domicilio registrado de esa empresa encontraron un congelador. Ese congelador —dije señalando la pantalla.

Había compartido las fotografías de Bloch con Bill Seong y el fiscal la víspera. No ofrecí ninguna explicación, simplemente dije que Bloch declararía que había hecho esas fotografías.

En la imagen de la pantalla se veía un congelador de arcón en una oficina oscura y polvorienta. Una serie de primeros planos mostraban un cuerpo dentro de una bolsa para cadáveres envuelta en hielo.

—Ese es Daniel Miller, ¿no es así, señor Peltier?



—No sé quién es. Nunca había visto esas fotografías.

—Ahora mismo hay en el escenario un equipo forense del FBI. En su debido momento confirmarán que se trata de Daniel Miller, y que murió de una herida de arma blanca en el cuello, no por una descarga eléctrica ni de un infarto provocado por una pistola paralizadora, ni tampoco de un golpe en la cabeza. ¿Quiere decir algo al respecto?

Guardó silencio.

—El otro factor importante de estas fotografías está en la tercera. Como se puede ver, a Daniel Miller le falta el pulgar derecho. El profesor Johnson ya ha declarado que la huella dactilar hallada en el cadáver de Stacy Nielsen provenía del pulgar derecho de Miller...

Me interrumpió diciendo:

—No veo qué tiene que ver conmigo nada de eso.

—Dos agentes de patrulla descubrieron los cadáveres de los Nielsen justo después de las siete de la mañana, no a la una de la madrugada, cuando llamó usted a Carrie Miller y le dijo que habían muerto. En esos momentos, la familia estaba perfectamente viva. Usted sabía que Daniel Miller iba a ir a casa a ver a su esposa. Le dio un susto de muerte a Carrie: le dijo que cogiera la táser de alto voltaje que le había dado usted. Organizó todo el asunto para poder matar a Daniel e incriminarlo como Sandman. Le cortó el pulgar a Miller, luego asesinó a Tobias y Stacy Nielsen y dejó su huella dactilar en el escenario. Quería que Daniel Miller pagara por sus crímenes, señor Peltier, porque usted es Sandman.

El fiscal White se había puesto en pie para protestar, pero Stoker le indicó con un gesto de la mano que se sentara.

—Eso es ridículo —dijo Otto.

—Sandman está vivo y sigue en activo, señor Peltier. Ya ha asesinado a dos testigos en este caso, envió una nota al FBI y asesinó a dos de sus agentes. Pero usted ya sabe todo eso.

—Yo no sé nada al respecto. Y nunca había visto ese congelador.

—Y, sin embargo, su bufete registró el papeleo de esa empresa —dije—. Está sellado en el documento original que se presentó en el registro de empresas. Usted conocía esa dirección, y tampoco es que Daniel Miller ni ninguna otra persona esté usando esa propiedad.

—Era la empresa de Daniel Miller.

—Él no está en situación de matar a nadie. Pero todavía ignoramos muchos detalles. ¿Por qué incriminó a Miller en sus delitos y luego dejó de actuar? ¿Qué ocurrió? ¿Qué le hizo cambiar?

Desvió la vista hacia Carrie y después la fijó en mí.

—En cuanto Sandman volvió a entrar en acción, a Carrie se le cayó el mundo encima de nuevo y huyó. Ella sabía que su marido no era un asesino; que usted dejó pruebas en su coche esa noche cuando llegó a su casa, ¿no es así?

—No, por supuesto que no.

—Ya había tomado medidas para distanciarse de los registros de propiedad de la furgoneta que usó en sus crímenes. Está registrada a nombre de una empresa propiedad de Daniel Miller. Esa empresa no ha ejercido actividad alguna en años, ni ha presentado cuentas tampoco. Es una tapadera.

—No, yo no tengo nada que ver con esa empresa. La furgoneta es de Daniel Miller.

—Seguro que sí, pero su bufete presentó todo el papeleo de la empresa y usted es el secretario de la misma. ¿Quiere ver los documentos?

—Señoría —dijo Otto—. No pienso tolerar que se me acuse de tales falsedades...

—Conteste las preguntas del señor Flynn —ordenó el juez Stoker.

—Era su oportunidad perfecta para que otro cargara con sus crímenes, para hacer creer a Carrie que había matado a su marido y echar tierra sobre todo el asunto. Luego podría conseguir lo que de verdad quería. Quería a Carrie desde el principio, ¿verdad? La quiso desde el primer instante en que Daniel la llevó a su despacho. Y lo incriminó para que cargara con sus delitos de modo que pudiera quedarse con ella.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron al apretar los dientes y le cambió la expresión: asomó un destello de ira, de pura rabia. Se pasó una mano por la cara, quizá consciente de que sus emociones se estaban trasluciendo, y adoptó un semblante neutro.

—Mentiras, señor Flynn.

—En la entrada de diario que acabamos de leer, Carrie no

menciona haber visto el collar de perlas negras en el coche de su marido, ¿no es así?

—No, pero...

—No menciona que estuviera allí, porque no estaba en aquel momento, ¿verdad?

—Yo no sé qué vio.

—No estaba allí en ese momento, sino que fue a parar a ese bolso después, ¿no? Después de que usted lo cogiera de la casa de Stacy Nielsen, ¿verdad?

—Mentira.

—¿Conocía a Stacy Nielsen?

—Ella y su marido formaban parte de la alta sociedad. Claro que los conocía.

—Y había estado en su casa...

Hizo una mueca de contrariedad.

—No lo recuerdo —dijo.

—Estuvo en esa casa, señor Peltier. Sabía que la única manera de forzar la entrada sería por la puerta principal, no la trasera con los cerrojos de seguridad, ¿cierto?

—Yo no maté a Stacy ni a su marido. Ni a nadie más.

—¿Fue usted quien presentó a Stacy y Daniel? Su aventura le resulta muy conveniente. Le permitió manipular a mi cliente para hacerle creer que su marido era un asesino. Usted plantó esa semilla, ¿no?

—Mentira.

—Ah, ¿sí? —dije, y Harry me tendió un sobre marrón. Lo abrí y mostré el contenido.

—Este es su historial telefónico. No voy a decir cómo lo obtuve, pero aquí figuran todas las veces que habló por teléfono con Carrie Miller. En los meses anteriores al juicio, usted nunca la llamó, y ella nunca lo llamó tampoco. Qué raro, ¿verdad? No lo llamó porque estaba con ella. Estaban en contacto permanente. Ya tenía una relación con ella para entonces. Carrie Miller dará testimonio de ello.

—Es una embustera.

—Las entradas de su diario son todas precisas, ¿no? Eso ha dicho usted antes.

—Ya le he dicho que miente. Su cliente busca con desesperación que la absuelvan e intenta colgarme a mí sus crímenes. Es mi palabra contra la suya. Yo soy un abogado de reputación impoluta, y su cliente, una actriz fracasada que se casó con un asesino en serie por dinero. Creo que este jurado sabe quién dice la verdad.

Para estar en su situación, se le veía extraordinariamente sereno. Se llevó el vaso de agua a los labios, tomó un sorbo y lo dejó.

Me acerqué, alargué la mano para coger el vaso de agua del estrado y luego fui a dejarlo en la mesa de la defensa.

—No es solo su palabra contra la de Carrie, ¿verdad? Sandman secuestró a una joven en Manhattan, hace dos noches. Se está volviendo descuidado. Se dejó el capuchón de una jeringuilla de plástico. Lo han analizado en busca de fibras y demás restos...

Mientras hablaba, vi que le brotaba en la garganta un rubor rojizo que se le propagó hasta el cuello de la camisa. Tragó saliva, y me dio la impresión de que le costaba gran esfuerzo mantener la calma.

—El laboratorio que analizó la jeringuilla ha puesto los resultados en conocimiento del FBI. Resulta que el ADN de la jeringuilla no pertenece a Daniel Miller. El ADN de mi cliente ya consta en acta. Tampoco encaja con su perfil...

Hice una pausa y me quedé mirando el vaso encima de la mesa de la defensa.

—¿Qué probabilidades cree que hay de que coincida con el ADN que ha dejado en este vaso?

—Esto es absurdo —dijo, y luego respiró hondo e hinchó el pecho como si fuera a decir algo mucho más importante.

No lo hizo. Miró a Carrie y el anhelo en esa mirada fue más elocuente que un centenar de coincidencias de ADN.

—No tengo más preguntas para este testigo —dije, y me volví hacia White.

Parecía que acabara de pasarle por encima un camión plataforma lleno a rebotar de mierda de caballo. El juez le preguntó si quería interpelar al testigo, pero White negó con la cabeza.

—Señor Peltier, ya puede abandonar el estrado —dijo Stoker mirándolo con recelo.

Otto se levantó, se abotonó la americana y pasó por delante de la

mesa de la defensa camino de la puerta de salida. En ningún momento dejó de mirar a Carrie, que tenía la cabeza gacha. No era capaz de sostenerle la mirada. Carrie había dudado de su cordura, se había preguntado cómo es que no había visto los indicios que presentaba su marido hacía tiempo, por qué no se había dado cuenta antes de casarse con él de que era un asesino. Lo irónico era que no se había casado con un asesino. Un asesino se había fijado en ella y la había deseado, la había manipulado para insinuarse en su vida, le había hecho creer que había matado a su esposo, le había hecho cargar con semejante culpa y luego se había presentado como su salvador.

Solo cuando Sandman mató a la agente Delaney y reanudó su serie de asesinatos se dio cuenta Carrie de que la habían engañado. No mucha gente lo habría entendido tan rápido como lo hizo ella. Pero se había vuelto desconfiada después de su experiencia con Daniel. Sabía lo fácil que alguien podía abusar de su confianza. Así pues, había huido, sin saber qué otra cosa hacer e incapaz de confiar en nadie, ni siquiera en su nuevo amante y abogado, Otto.

Justo cuando este pasaba por delante de la mesa de la defensa, levantó la rodilla y golpeó el borde del tablero para desequilibrarlo.

El vaso de agua se volcó, cayó al suelo de baldosa y se rompió en un millón de añicos. Peltier sonrió y abandonó la sala.

En cuanto salió Peltier, le pedí a Harry que llevara la voz cantante y pidiera un aplazamiento hasta el día en que el FBI sometiera a análisis posteriores el cadáver hallado en el congelador para confirmar su identidad, y luego me giré y fui corriendo hacia la puerta.

El ruido de unas botas que corrían a mi espalda me hizo darme la vuelta.

Bloch venía justo detrás.

Tras ella, Bill Seong también había empezado a seguirnos los pasos.

## SANDMAN

Cuando Otto Peltier se encontró con la muchedumbre de fotógrafos delante del juzgado, les hizo gesto de que se apartaran con una mano y con la otra se abrió paso por entre la embarullada masa de preguntas, cámaras y micrófonos que le estaban poniendo delante de las narices. Se lanzó hacia delante tirando al suelo a una periodista y luego apartó con el hombro a otro. Las cámaras giraron bruscamente de él al periodista caído, pero para cuando volvieron a seguirlo iba corriendo a toda velocidad a través del gentío hacia su Mercedes aparcado enfrente.

Otto abrió el coche con la llave de control remoto mientras corría. Cuando llegó al vehículo, oyó que la muchedumbre de periodistas volvía a animarse. Se dio la vuelta y vio que Flynn y Bloch estaban atrapados entre el gentío.

Intentarían seguirle, así encontrarían a Kate. Querían desenmascararlo, provocarle, y luego seguirle hasta donde tenía retenida a su amiga.

Se montó, arrancó el motor y se puso el cinturón de seguridad. Aceleró el motor twin turbo de doce cilindros.

No lo lograrían.

Era inconcebible que consiguieran echarle el guante a Sandman con ese coche. Otto todavía pensaba en sí mismo por ese nombre. Sandman le confería poder, le hacía invencible, aguzaba su ingenio y su naturaleza despiadada. Si lo pensaba bien, Otto Peltier no existía. Ese nombre era una máscara, un personaje que interpretaba.

Solo existía Sandman.

Había estado convencido de que después del juicio, una vez declararan inocente a Carrie, ella estaría con él para siempre. Le

había traicionado. Había declarado contra él, a instancias de Flynn, ese puto abogado listillo. Por eso lo escogió cuando se dio cuenta de que no podía llegar a un acuerdo con el fiscal para salvar a Carrie. Flynn era justo el tipo de abogado que Carrie necesitaba.

Su peor error había sido implicar a Flynn en este caso.

Miró hacia la izquierda y vio que, de algún modo, la muchedumbre de periodistas se abría para dejar paso a Flynn y Bloch. Vieron a Otto en el coche y echaron a correr hacia él.

Mientras hacía girar los neumáticos a toda velocidad dejando que el caucho se caldeara contra el asfalto, disfrutó del semblante de Flynn al darse cuenta de que era demasiado tarde. Sandman estaba a punto de largarse y ellos no tenían la menor esperanza de atraparlo. Y, naturalmente, la certeza de las consecuencias de ese fracaso estaba a la vista de todos en los rasgos torturados de Flynn.

Sandman fue camino de la cochera de autobuses de Coney Island. Antes de abandonar Estados Unidos de una vez por todas, con su pasaporte falso y dinero de la oficina de la cochera, se vengaría de Flynn. El abogado le había arrebatado a su mujer, la había vuelto contra él; algo así no podía quedar impune. Lo ideal habría sido matar a Flynn, quizá sacarle los ojos mientras estuviera todavía consciente. Pero sabía que no tenía tiempo. Y había otra cosa que podía hacer. Otra manera de vengarse del abogado listillo.

Iba a quemar viva a Kate Brooks.

## EDDIE

Bloch y yo salimos corriendo por la puerta de vidrio de doble hoja del juzgado y nos topamos con un mar de periodistas que se cernieron nosotros, envolviéndonos.

—Harry Ford viene justo detrás y hará unas declaraciones —dije, y sin más, el océano de medios de comunicación se abrió como si yo fuera Moisés, propinándose empujones para ser los primeros en llegar hasta Harry, que, aunque no lo sabían, seguía en la sala del tribunal.

Salté los tres escalones que me separaban de la acera y oí un potentísimo motor al otro lado de la calle que sin duda alcanzaba la línea roja en el cuentarrevoluciones: Peltier, al volante de su Mercedes, me miraba con una mueca aterradora en el rostro. Se largó como un relámpago y giró hacia la izquierda por la calle Leonard.

Otro ruido: una bocina, a mi derecha.

Alas se asomaba por la ventanilla del conductor de un Camaro naranja al tiempo que daba palmadas en la puerta con la mano y nos llamaba. Bloch se montó detrás y yo subí de un salto delante.

—Venga, venga —nos instó Alas.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, Alas pisó el acelerador y nos situamos en la trayectoria de un camión semirremolque cargado de cemento que tuvo que apartarse al otro carril para esquivarnos. El estruendo del Camaro era ensordecedor. Me puse el cinturón mientras Alas tomaba la calle Leonard y anunciaba:

—Ahí está ese hijo de puta.

Sonó mi móvil y contesté.

—Bill, lo tenemos. Está en Leonard. Me parece que va a tomar



Lafayette y Federal Plaza. Seguramente se dirige el puente de Brooklyn. ¿Ya estás en marcha?

—Hay tres coches siguiéndolos. Yo voy en el cuarto y vamos rezagados. Tengo el localizador online para que no lo perdamos, pero no quiero darle la oportunidad de que cambie de vehículo. Seguid tras él. Todavía no puedo creer que me convencieras de que le dejara marchar.

Como medida de seguridad, los federales habían colocado un localizador GPS en el guardabarros de Peltier mientras estaba en la sala.

—No le hemos dejado marchar, ya te lo dije. Nos va a llevar adonde tiene a Kate retenida. Lo seguiremos y te mantendré informado por teléfono. Como te dije, te lo voy a entregar en bandeja de plata. No habrá la menor duda acerca de quién dice la verdad. Vas a pillar a ese tipo con las manos en la masa. Yo no quiero saber nada del asunto: te llevarás todo el mérito tú.

—No quiero ningún mérito. Quiero atrapar al cabrón que mató a mis agentes.

## SANDMAN

Vio el Camaro en el puente de Brooklyn.

Por el espejo retrovisor, cinco coches más atrás.

Los demás vehículos detrás de él no suponían ninguna amenaza. Lo sabía por la marca y el modelo. Dos viejos todoterrenos japoneses, los dos de color gris mate, los dos hechos polvo. Detrás de estos vio un coche eléctrico con un tipo de larga barba al volante. El cuarto era una «mamá chófer» en un sedán que iba disfrutando de la música, llevando el ritmo contra el volante a la vez que cantaba con teatralidad.

El Camaro era la única posibilidad, aunque estaba muy lejos para ver quién lo conducía. Era el único coche que podía estar siguiéndole, y no parecía muy probable. Los federales no suelen seguir a sospechosos en un coche que se vea a un kilómetro.

Dejó atrás a uno de los todoterrenos y a la mamá chófer cuando iba por Belt Parkway. El coche eléctrico y el otro todoterreno se desviaron por el cruce en trébol de Shore Parkway, pero el Camaro continuaba detrás.

Ese coche tenía potencia para seguir al suyo, pero quien iba al volante no parecía tener intención de pisar el acelerador. Había al menos dos personas en el coche, ambos hombres. El conductor era mayor, se le veían mechones blancos entre los rizos morenos.

Pisó el acelerador, a fondo. Dejó al Camaro muy atrás y se desvió de la autopista para callejear por Coney Island hasta la antigua cochera. Aparcó delante, apagó el motor y abrió el maletero. Cogió la mochila, la abrió y sacó una pistola que se metió en la cinturilla del pantalón. Luego extrajo la bengala del bolso, lo cerró, se lo colgó del hombro a la vez que cerraba el maletero y echó a correr hasta la

verja cerrada. La cruzó, y cuando estaba en la puerta de la cochera, oyó que el Camaro se aproximaba a toda velocidad.

Abrió la puerta, la cerró a su espalda y fue a paso ligero hasta el foso. Un sol de noviembre de última hora del día se filtraba por los paneles de fibra de vidrio del tejado tiñendo el interior de la cochera de un resplandor anaranjado, como si el sol estuviera encaramado al edificio mismo. A través de agujeros en el tejado entraban columnas de luz al sesgo.

Él no tardaría en iluminar más aún el lugar.

Los sacos de arena y el carro de herramientas seguían encima del foso, tal como los había dejado. Tenía que darse prisa, así que, a la vez que apartaba a patadas los sacos de la plancha de acero, se abalanzó sobre el carro y aprovechó el impulso para hacerlo rodar y luego sacarlo de la plancha de un tremendo empujón. Cogió la barra de acero, la introdujo en la ranura que había dejado en el borde de hormigón del foso e hizo palanca para levantar la plancha de modo que quedara una abertura de un par de palmos.

Al tirar la barra, oyó que abrían a patadas la puerta detrás de él.

No había tiempo de echar más gasolina.

Ahora que estaba allí, sabía que no hacía falta. Por el olor que salía del foso, supo que iba a arder como la yesca.

Se volvió de cara a la puerta y prendió la bengala.

—No te muevas —dijo una voz.

Una de las columnas de pura luz del sol lo separaba de la puerta. Estaba a solo unos diez metros, pero tuvo que ladear la cabeza y hacer visera con la mano para ver quién había hablado.

Bloch se internó en el haz de luz, le apuntó con el arma que empuñaba y dijo:

—No te muevas.

Flynn estaba a su lado.

La bengala ardía ferozmente en su mano.

—¡No te muevas! —gritó Bloch una vez más.

Ella era la única armada. Y sin duda era buena con ese revólver. Ahora oyó otro sonido.

Sirenas.

Los segundos siguientes hizo muchos cálculos. Solo había una

manera de proceder.

Lanzar la bengala al foso.

Al entrar en combustión se produciría una explosión, seguramente saltaría por los aires la plancha de acero. Sería suficiente distracción para que él pudiera sacar el arma y meterle dos balazos a Bloch antes de que se hubiera recuperado del shock del estallido. Él sabía lo que se avecinaba, así que podía ponerse a cubierto y luego abrir fuego.

Sí, era lo más adecuado.

—Al suelo —ordenó Bloch.

—Más te vale tirarte al suelo tú también —dijo Otto al tiempo que se ponía de rodillas y lanzaba la bengala al foso.

Al principio le pareció que no pasaba nada. Y luego oyó el grito: un sonido espeluznante seguido de una enorme detonación.

La fuerza de los vapores de la gasolina al entrar en combustión hizo salir disparada la plancha. Otto trastabilló y cayó de costado.

Levantó la mirada y vio que Bloch y Flynn se agachaban y se cubrían la cabeza.

Llevó la mano a la espalda para sacar la pistola mientras el fuego cobraba vida y las llamas brotaban del foso en una columna de tonos rojos y naranjas acompañada de un sólido muro de calor que le quemó los labios y le chamuscó el pelo.

Sacó la pistola.

## KATE

Cada respiración era todo un esfuerzo de pura concentración.

Estaba encima de la silla, con los ojos firmemente cerrados. Tenía los labios pegados a la espita que había desacoplado del bidón e introducido por el hueco entre la plancha y el foso. Respirar los vapores de la gasolina le quemaría los pulmones o le produciría una intoxicación por monóxido de carbono. La espita le permitía inhalar aire más limpio.

Si cerraba los ojos, no le escocía tanto. Aun así tenía que estar medio agachada encima de la silla para acercar la boca a la espita que sobresalía del foso. Le dolían las piernas y la espalda. Tenía los músculos agarrotados y temblorosos.

Pero era la única manera de seguir viva.

No sabía cuánto tiempo hacía que la había dejado así. Horas, muchas horas. Y no podría soportarlo mucho más, lo sabía. Iba a tener que aguantar la respiración, agacharse y descansar las piernas.

El ruido de la puerta al abrirse y cerrarse resonó por todo el edificio y se le abrieron los ojos de golpe del susto. Volvió a cerrarlos en cuanto empezaron a escocerle otra vez. Ya los tenía inflamados, y la piel alrededor de la boca también le ardía.

Oyó unos pasos que corrían hacia ella.

Respiró hondo. Tomó todo el aire que era capaz de aguantar y se agachó llevándose consigo la espita.

Se arrodilló en la oscuridad con los ojos cerrados y los pulmones a punto de estallar.

Sabía que había llegado la hora.

Era así como iba a terminar.

Había venido a quemarla.

Ahora tenía los pasos encima. Iba pisoteando la plancha de aquí para allá. Kate abrió los ojos solo un instante y vio cómo caía arena al interior del foso.

Estaba moviendo los sacos.

El pesado carro con ruedas emitía un sonido característico. Las ruedecillas chirriaron y retumbaron sobre el acero, y luego dieron un topetazo al caer al suelo de hormigón.

La barra de acero entró en el foso y luego se alzó. Kate retrocedió cuando levantaban la plancha haciendo palanca.

Voces.

No atinaba a oír lo que decían. Tenía la cabeza a punto de estallar y estaba mareada por efecto de los vapores. Una arcada desde el estómago hizo que le subiera vómito a la boca, y se vio obligada a expulsar el aire que había estado conteniendo.

Cuando retiraron la plancha, levantó la vista hacia la luz, más radiante que cualquier otra cosa que hubiera visto, tanto así que notó que le abrasaba los ojos.

Empezó a temblarle el cuerpo entero y tuvo que esforzarse para mirar hacia arriba, para mirarle a él. Si ese tipo iba a matarla, quería mirarle a los ojos antes de que le prendiera fuego.

Se levantó e hizo de tripas corazón para seguir con los ojos abiertos.

El fulgor se extinguió.

Todo el lugar estaba sumido en la oscuridad, pero no reinaba la negrura absoluta del foso.

Había luz de luna.

Y allí, a la luz de la luna, delante de su cara, había una mano.

La cogió. Otra mano la agarró y la sacó del foso. Solo entonces se adaptaron sus ojos a la luz suave y tenue. A través de las máculas de ceguera que le había ocasionado el fulgor, parpadeó y miró a la cara a su amiga, que le sostenía la mirada en la penumbra.

Bloch se acercó a Kate y la abrazó. A Kate le temblaba el cuerpo, y tenía la sensación de que también le temblaba el cerebro. No entendía lo que estaba pasando. ¿Era una alucinación provocada por los vapores de la gasolina?

—Ya estás a salvo —dijo Bloch.

La luz de la luna entraba por el tejado de fibra de vidrio del edificio, y detrás de Bloch vio a un hombre con traje mal entallado. Debía de ser Gabriel Lake.

Kate no podía dejar de temblar, y entonces se dio cuenta de que Bloch también temblaba.

Permanecieron abrazadas, y Kate lloró con más intensidad de lo que lo había hecho nunca. Cuando recuperó el aliento, miró a Bloch y dijo:

—Gracias.

—Sandman es Otto Peltier —anunció Bloch.

Kate negó con la cabeza, todavía confusa y mareada por efecto de la gasolina.

—Localizamos las empresas que había creado para Daniel Miller, y para sí mismo, y encontramos un montón de antiguas propiedades, sobre todo cocheras y almacenes viejos. Este es el tercer sitio que hemos registrado esta noche. Dios, Kate, cómo me alegro de que estés...

Bloch se atragantó y no fue capaz de acabar la frase. Volvió a acercarse a Kate y la abrazó.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Otto? —preguntó Kate.

—Está en casa. Eddie tiene a uno de los hombres de Jimmy el Sombrero vigilándolo, un tipo enorme que dice tacos todo el rato. No te preocupes. Vamos a desenmascarar a Peltier mañana. Carrie nos lo contó todo. Eddie se enfrentará a él en el estrado por la mañana, lo que le empujará a volver aquí e intentar acabar contigo por la tarde. Sandman conducirá a la mitad de los agentes del FBI de Nueva York hasta este lugar y entonces tendrán prueba de que es él.

—Quiero estar presente —dijo Kate.

—¿Qué?

—Quiero estar presente cuando lo atrapen. Quiero mirar a ese cabrón a los ojos.

Kate paseó la mirada por el almacén y vio la oficina al fondo.

—Puedo esperar ahí, en esa oficina, si te quedas conmigo. Solo necesito algo de ropa y agua para lavarme los ojos.

—No creo que sea buena idea —señaló Bloch.

—Yo tampoco. Pero si no veo cómo detienen a ese gilipollas, sé que lo lamentaré todos y cada uno de los días de mi vida.

—Mañana tengo que ayudar a Eddie. Lake se quedará contigo esta noche.

—Hola —saludó Lake—. Me alegro mucho de que estés bien.

—No estoy bien —observó Kate—. Pero mañana lo estaré.



## KATE

Después de la explosión de la gasolina, vestida con la ropa de muda que guardaba Bloch en el jeep, vaqueros, botas y un jersey, Kate salió de la oficina de la vieja cochera junto a Gabriel Lake. Se encontraban detrás de Peltier, que estaba en el suelo y recogió las rodillas para ponerse en cuclillas.

Lake levantó la mano derecha, en la que empuñaba el arma de reserva de Bloch, una Glock, con la que apuntó a Peltier.

Reaccionando a toda prisa, Kate cogió la barra de acero del suelo. La levantó por encima de la cabeza, avanzó hasta ponerse delante de Lake y, sirviéndose de todas sus fuerzas, descargó el acero sobre Peltier.

Cuando ya le estaba cayendo encima, este levantó el arma y apuntó a Bloch y Eddie justo en el momento en que la barra lo alcanzaba en el brazo entre la muñeca y el codo. El impacto fue salvaje, tanto que el antebrazo se le partió en dos, el arma salió disparada hacia el techo y luego cayó al suelo de hormigón mientras él aullaba de dolor.

Peltier se giró y vio a Kate, lo que le hizo volver a caer de costado; su rostro, una perfecta imagen de confusión y horror.

Kate se agachó y cogió el arma de Peltier para apuntarle con ella.

—¡Kate, no! —gritó Bloch.

Tenía el dedo en el gatillo y la pistola le temblaba en las manos. El cuerpo se le había inundado de ira y adrenalina ante la visión de Peltier, el hombre que iba a quemarla viva; el hombre que la había torturado en ese foso con la gasolina y la oscuridad.

Eddie y Bloch echaron a correr hacia ella y se detuvieron a unos pasos.

—Kate, baja el arma —advirtió Eddie.

—No —repuso ella—. Iba a matarme. Es un canalla. Tendría que morir ahora mismo, aquí mismo.

Lake se le acercó tanto que ella alcanzó a notarlo.

Habló con voz suave y compasiva:

—No quieres hacerlo —dijo.

—Claro que sí —respondió Kate rechinando los dientes.

Oyó que las sirenas se acercaban y que los vehículos que llegaban con esas sirenas aparcaban fuera.

—Confía en mí. Ya he pasado por esto. Sé lo que es. Si aprietas ese gatillo, habrás cambiado, para siempre. Siempre verás su cara tal como es ahora, atemorizada y dolorida. La verás todas las noches antes de dormirte. Te estará esperando por la mañana, nada más despertar. Esa cara te perseguirá siempre. No lo necesitas. No necesitas a este tipo rondándote la cabeza.

Y alargó las manos, poco a poco.

Las lágrimas le produjeron escozor en los cantos enrojecidos e inflamados de los ojos. Tenía la respiración acelerada. Las manos de Lake tocaron las de ella, y, con sumo cuidado, se las agarró. Entonces los sollozos le salieron en tromba del pecho, y accedió, dejó que Lake le cogiera el arma.

Kate reculó.

Lake se volvió hacia Sandman, que tenía un semblante impávido en el que no se apreciaba ira ni desaprobación; no se reflejaba ninguna emoción en absoluto.

Apuntó a Peltier con su propia arma y dijo:

—Kate es mejor persona que yo. Seguro que le irá bien. A mí también me irá bien. Porque mataste a mi amiga, y un rostro más en la oscuridad no me supondrá ninguna diferencia.

Kate se tapó los oídos al oír los disparos, que se sucedieron con rapidez en un único destello que brotó del tambor y salió por el cañón. Ni siquiera parecieron múltiples disparos. Fueron tan veloces, tan seguidos unos a otros, que sonaron como el largo retumbar de un trueno mientras el pecho de Peltier estallaba en pequeñas erupciones dispersas de sangre hasta que se hizo la calma y sus ojos inertes se quedaron mirando el techo.

Se abrió de repente la puerta de la cochera y entró gritando instrucciones Bill Seong, seguido de una docena de agentes.

Entonces vio a Peltier, muerto en el suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Lake? ¿Por qué está muerto mi sospechoso, Lake? Has vuelto a hacerlo, ¿verdad? Qué hijo de...

—Nos ha salvado a todos —advirtió Eddie.

Seong se volvió hacia él y le lanzó una mirada escéptica.

—Peltier iba a matarnos, Lake ha forcejeado con él y el arma de Peltier se ha disparado. Lake ha salvado a todos en este edificio. Eso es lo que ha ocurrido.

Seong se acercó al cadáver de Peltier y se agachó lo suficiente para ver las heridas de bala. Luego miró el arma vacía en la mano de Lake.

—¿Un forcejeo? ¿Te estás quedando conmigo? Este tipo ha recibido por lo menos diez tiros.

—Bueno, ha sido un forcejeo largo —observó Eddie—. Ven, mira en la oficina.

Kate vio a Eddie entrar en la oficina donde se habían escondido Lake y ella esa mañana para esperar a Peltier. Sabía lo que había allí: los tarros de ojos, que miraban imperturbables.

Nunca volverían a dormir.

Kate se hincó de rodillas y lloró. Bloch se arrodilló a su lado, Lake también, y se abrazaron mientras ella sollozaba.

—Gracias —dijo Bloch.

Lake asintió y dijo:

—Tú encontraste este lugar. Tú salvaste a Kate. Lo hemos conseguido juntos.

Los agentes del FBI se reunieron en torno a ellos. El fuego seguía ardiendo a baja intensidad en el foso.

—Vámonos de aquí —dijo Kate—. Tengo una cliente que me necesita.

ÚLTIMAS NOTICIAS: SOBREGEDORAS ESCENAS EN EL JUZGADO DE MANHATTAN

CNN NEWSHOUR

DANIEL MILLER ES INOCENTE. EL ABOGADO OTTO PELTIER, IDENTIFICADO  
COMO SANDMAN

*The New York Times*

EL FISCAL DEL DISTRITO RETIRA TODOS LOS CARGOS CONTRA CARRIE MILLER

*The National Enquirer*

EL FBI SE DISCULPA PÚBLICAMENTE POR SEÑALAR A DANIEL MILLER COMO  
SANDMAN

*The Washington Post*

## GABRIEL LAKE

Ya iba con retraso cuando salió de su apartamento.

Se había demorado pegando con cinta adhesiva el bolsillo de la chaqueta del traje, después de habérselo enganchado en el picaporte de la puerta y haber desgarrado la tela. En los seis meses de rehabilitación para recuperarse de las heridas que sufrió en un tiroteo en una casa donde había escondido un alijo de heroína perdió cerca de veinte kilos. Todavía no se había comprado ropa nueva, todo un año después de terminar la fisioterapia. A Lake le gustaba su ropa, aunque ya no le sentara bien. Y, a decir verdad, la baja por enfermedad no le dejaba mucho dinero para derrochar por ahí.

Cogió el metro, se apeó en Grand Central y buscó el pequeño bar irlandés a dos manzanas de allí, justo en la esquina de Lexington Avenue.

Estaban reunidos en torno a una mesa al fondo del bar. Le habían guardado un sitio.

Kate tenía buen aspecto. Después de tomarse un tiempo, estaba otra vez en el juzgado. Se había reincorporado al trabajo y recuperado un poco de color en las mejillas. El aire atormentado que a veces acompaña al trauma seguía allí, justo en el rabillo del ojo. Él lo detectó cuando lo miró al entrar por la puerta. No la había visto desde aquel día en la vieja cochera de autobuses, pero Eddie lo había tenido al tanto de sus progresos a lo largo del último mes.

Junto a ella, Bloch estiró las piernas. Estaba sentada cerca de Kate. Eddie le había dicho que Kate estaba viviendo con Bloch en su casa de New Jersey, temporalmente, mientras buscaba un nuevo apartamento. Bloch y Kate bebían cerveza.

Harry Ford tenía una botella de bourbon delante y dos vasos. A sus pies había un perro de aire amigable. Lake no habría sabido decir de qué raza era.

Eddie saludó y echó un trago de un refresco de cola.

—No sabía que dejaran entrar a perros en los bares —comentó Lake.

—Dejan si compras el bourbon por botellas —dijo Harry—. Además, esto es un pub irlandés. Tiene que haber un perro por alguna parte.

—¿Cómo lo llevas, Kate? —preguntó Lake.

—Estoy bien —dijo—. Me encuentro cada día mejor. La cosa lleva su tiempo, ¿sabes?

Lake asintió y dijo:

—Si alguna vez necesitas hablar con un profesional, conozco a alguno bueno.

—Gracias. Ya veremos cómo va.

Harry cogió el vaso de sobra, sirvió una buena medida, lo puso delante de Lake y dijo:

—Venga, tómate un trago.

—No soy mucho de beber —señaló Lake.

—Yo tampoco —respondió Harry, que apuró su vaso y lo volvió a llenar.

Lake se quedó mirando la bebida que tenía delante.

—Es de origen totalmente ético —aseguró Harry—. Se fabrica en Kentucky y es malo, pero que muy malo para la salud. Venga, bebe.

Lake brindó y todos lo imitaron. Tomó un sorbo de bourbon y le sorprendió lo suave de su sabor.

—Ahí viene Denise —señaló Eddie.

Se volvió y vio que Denise se acercaba a su mesa. Se quitó el abrigo, y Eddie acercó otra silla. Asomaba de su bolso un sobre marrón. Se lo dio a Eddie, que le dio las gracias y lo dejó en la mesa delante de Lake.

—Es para ti —dijo Eddie—. Te lo has ganado.

Lake hizo un gesto con la mano y dijo:

—No es necesario. No lo hice por dinero, yo...

—Lo sabemos —aseguró Eddie—. No he dicho que pidieras que se

te pagara, he dicho que te lo has ganado. Ahora, acéptalo, o igual me ofendo.

Lake abrió el sobre, que contenía un cheque por doscientos mil dólares a nombre de Gabriel Lake. Se quedó mirándolo durante lo que pareció un buen rato. Nunca había tenido tanto dinero en su vida. Volvió a leer el cheque. Comprobó que su nombre estuviera bien escrito. Comprobó la cifra.

La cinta adhesiva que le sujetaba el bolsillo empezó a desprenderse.

—Acéptalo —dijo Bloch—. Cómprate un traje nuevo, pero asegúrate de que no sea cruzado ni tenga botonadura doble.

Lake asintió.

Los otros miraron a Bloch con curiosidad sin haber entendido la referencia. Lake no tenía amistades. Y nunca había tenido un amigo lo bastante íntimo para compartir una broma privada.

Bloch le sonrió.

En ese momento le pareció agradable estar en esta compañía. Eran buena gente. Le caían en gracia. Le gustaba estar con ellos, y además eran inteligentes.

Se guardó el sobre en el bolsillo y les dio las gracias a Eddie y Kate.

—Me sabe mal aceptarlo, todavía hay mucha tela que cortar.

—Carrie Miller ha pagado sus honorarios legales. Tú te has ganado una parte. Otto era Sandman y está muerto. ¿Qué queda pendiente? —preguntó Harry.

—Bueno, sabemos que parte del diario de Carrie era verdad, evidentemente. Lo de la coartada falsa, eso me lo creo a pies juntillas. Me imagino a Daniel, el tipo de Wall Street, contándoles una mentirijilla a los polis para rehuir lo que podría haber sido una larga investigación. Además no quería decirles que no estaba en casa, que en realidad estaba teniendo una aventura. Y Otto hizo que Carrie mintiera y dijera que su marido le dio las joyas y luego desapareció. Ella era vulnerable. Otto era abogado, y le estaba diciendo que podía acabar en la cárcel. Pero no sé cuál es el auténtico vínculo entre Otto y Stacy Nielsen.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Harry.

—Los cerrojos de seguridad en la puerta trasera de la casa — señaló Bloch—. Solo podía saber que los tenían alguien que hubiera estado dentro del domicilio de los Nielsen. Peltier ni siquiera intentó entrar por la puerta de atrás. Entró por delante.

—¿No frecuentaban los mismos círculos? Recuerdo que Otto declaró algo por el estilo en el estrado. Los Nielsen eran de la alta sociedad. Es probable que se conocieran en una fiesta —dijo Eddie.

—Seguramente, pero Peltier mintió como un bellaco en el estrado, negándolo todo después de que Carrie lo hubiera traicionado. Quizá había conocido a Stacy por alguna otra vía. Sé que Seong está reexaminando todos los asesinatos en busca de vínculos entre las víctimas y Peltier. No sé, me da la sensación de que, si conociéramos la relación exacta entre Peltier y Stacy Nielsen, quizá se abriría todo un nuevo melón. Quizá eso nos serviría para establecer si hay un vínculo con cualquiera de las otras víctimas. Igual ella era la única víctima que conocía.

—Está muerto, y los federales ya están investigando todo eso. Seong se está partiendo los cuernos. Si descubre algo, nos tendrá informados —aseguró Eddie.

—Lo sé, lo sé. Aunque no me parece que esté todo bien atado. Es posible que Peltier mintiera sobre su conexión. Por cierto, ¿han encontrado ya el camafeo de Lilian Parker? —preguntó Lake.

—Todavía no —respondió Bloch—. Seong dice que sigue registrando todas las propiedades asociadas con Peltier y Daniel Miller. Aún es posible que lo encuentren.

—Eso espero —dijo Kate—. Así quizá tenga cierto consuelo su madre.

Lake asintió y dijo:

—¿Vais a ir al acto conmemorativo de la semana que viene?

—Van a ir Kate, Bloch y Harry —dijo Eddie—. Yo no, esa noche estoy con mi hija, Amy.

La ciudad había preparado un acto conmemorativo en honor a las víctimas de Sandman. Durante la ceremonia, el FBI devolvería a los familiares los artículos personales que había arrebatado Peltier a las víctimas, algunos de los cuales había recuperado la policía en la oficina de la antigua cochera de autobuses.



Lake seguía pensando en lo que había dicho Eddie. Los Nielsen eran muy conocidos en la ciudad. Tobias era un restaurador de éxito. Y tenían renombre por las fiestas anuales que celebraban.

Apuró el bourbon, tosió y se puso en pie.

—Tengo que irme. Gracias por la copa. Y por el cheque. Nos vemos en el acto conmemorativo.

Se despidió y salió a parar un taxi.

—A la biblioteca pública, por favor —dijo.

Eran las dos de la tarde cuando el taxi lo dejó delante de la Biblioteca Pública de Nueva York. Lake había pasado mucho tiempo allí. Las bibliotecas eran las grandes catedrales del conocimiento. Le encantaba pasar el rato en la sala de estudios, o simplemente pasearse entre las estanterías y disfrutar del edificio. Sobre todo adoraba los libros. Recordaba la primera vez que entró allí, con su madre, y se hizo el carné de la biblioteca. Y luego se quedó boquiabierto al descubrir que ese carné le permitía coger cualquier libro que quisiera y llevárselo a casa, leerlo y después devolverlo. Gratis. Qué increíble.

La oficina de archivos no lo había transferido todo al formato digital. Algunos archivos seguían siendo microfichas. El archivista cogió la nota de Lake, le indicó un lector de microfichas e introdujo la primera.

Había varias publicaciones que cubrían noticias de sociedad en Nueva York. Antes de principios de siglo había en torno a una docena. Ahora, quizá tres o cuatro. Se centró en esas revistas e inició la búsqueda.

Muchas bobinas y muchas horas después, Lake se pinzó el puente de la nariz y luego se desperezó y miró el reloj. Eran casi las seis.

Desplazó el mando para hacer pasar las imágenes, y entonces se detuvo y retrocedió.

La fotografía no era en color sino en blanco y negro, una foto de una revista local que cubría noticias de arte y cultura en la ciudad y se ocupaba de las personas más influyentes en el mundo del arte. Todos los artistas que exponían en todas las galerías, todas las fiestas de estreno de obras de teatro en Broadway, todas las alfombras rojas: siempre tenían una cámara allí.

Ya había encontrado alguna foto de Tobias Nielsen como anfitrión de fiestas en sus restaurantes, pero esta era distinta. Las instantáneas eran de un acto de recaudación de fondos para un candidato a la alcaldía que se celebró en 2013. La fiesta era en su casa. Lake reconoció la sala de estar y el comedor.

Lo encontró en la siguiente página. Reconoció el salón de los Nielsen de inmediato.

Y allí, en un grupo detrás de Stacy y Tobias Nielsen, vestido de esmoquin y con una copa de champán en la mano, estaba Otto Peltier.

Lake encorvó los hombros. Había encontrado el vínculo, sin duda, lo que explicaba cómo conocía Peltier la distribución del domicilio de los Nielsen.

Estaba a punto de ir a pedirle al archivista una copia de la página cuando vaciló.

Se acercó a la pantalla.

Mientras que Peltier tenía el champán en la mano izquierda, el esbelto brazo de una mujer se cogía a su antebrazo derecho.

Lake se quedó sin aliento. Miró fijamente la pantalla, sin parpadear.

La mujer joven cogida del brazo de Peltier era Carrie Miller.

## CARRIE MILLER

—¿Quiere que le llene la copa, señora Miller? —preguntó la auxiliar de vuelo.

—La verdad, ¿me puedes traer otra copa? —dijo Carrie al ver que la fresa al fondo de la flauta de champán había empezado a ponerse un poco blanda.

—Claro —asintió, y cuando se inclinaba para cogerle la copa a Carrie, se fijó en algo—. Ay, qué broche camafeo tan precioso lleva —comentó la auxiliar.

—Gracias, es una herencia de familia —señaló Carrie.

La auxiliar se fue, y Carrie se quedó contemplando por la ventanilla el Atlántico azul allá abajo. Tenía por delante cuatro horas y media hasta Londres y una nueva vida.

Parte de ella se sentía mal por Otto. Nadie la había querido como él, ni siquiera Daniel.

Desde que era joven, Carrie siempre había anhelado ser otra. Quizá por eso intentó dedicarse a la interpretación. No tenía ni idea de quién era, pero le gustaba la idea de ser otras personas: eso sí que era embriagador. Había soñado con llegar a Broadway. Lo intentó con todas sus fuerzas y fracasó. El dinero de la venta de la casa de sus padres solo le había dado para ir tirando un tiempo en la ciudad, y tuvo que trabajar duro en empleos de tres al cuarto para pagar el alquiler. En ciertos aspectos, todo el esfuerzo que había hecho para sabotear sutilmente los frenos de la camioneta de su padre y provocar el accidente que acabó con la vida de sus padres, no había merecido la pena. La casa no había arrojado muchos beneficios en el mercado libre y Nueva York era una ciudad cara.

La situación era difícil, hasta que conoció a Otto.

Él la cuidó, la ayudó. Carrie supo que era especial en cuanto lo conoció. Lucía la misma máscara que ella: fingía ser humano. Cuando se besaron por primera vez, supo que tenía un corazón igual de frío que el de ella.

Y cuando Otto le habló de sus fantasías, del poder que le confería arrebatarse una vida, convertirse en Sandman, esperaba que su reacción fuera de terror. No esperaba que ella le preguntara si podía ser testigo de cómo lo hacía. Pero los apetitos de Otto iban más allá de los suyos, y empezó a preocuparse. Aunque era cauteloso y astuto, algún día cometería un error.

Cuando Otto le presentó a Carrie a Daniel Miller, ella supo que era la persona indicada para cargar con las culpas de ambos. Si iban con cuidado, podrían incriminar a ese hombre de sus delitos, e incluso quedarse de paso con su inmensa fortuna. Otto tenía dinero, pero no pasta gansa. No tanto como para permitirse una libertad total. Naturalmente, Otto detestaba a Daniel.

Todo habría salido a las mil maravillas, de no ser por ese día que el poli se presentó en su casa, y se vio obligada a facilitarle a Daniel una coartada. El otro error fue el último asesinato. Carrie no se había fijado en la sangre que tenía en la manga de los asesinatos de los Nielsen. Estaba eufórica, conque se situó demasiado cerca de Stacy Nielsen cuando Otto la acuchillaba. La huella de Daniel ya estaba en el cadáver de Stacy. Carrie lavó la blusa y la colgó en su armario sin darse cuenta de que quedaban restos de la sangre de Stacy.

Eso llevó a su detención, y al juicio.

Y podría haber capeado ese temporal si Otto sencillamente hubiera dejado que el juicio siguiera su curso. Carrie había escrito los diarios que implicaban a Daniel, todos salvo la última entrada. Le advirtió a Otto que no interfiriera. Cuando él asesinó a Chester Morris, y a la agente, Carrie tuvo la seguridad de que estaba fuera de control. Por eso había huido. Le preocupaba que cometiera otro error. Y lo cometió al dejarse un capuchón de jeringuilla con saliva suya en el apartamento de Kate Brooks.

Le supo mal traicionarlo. Le supo mal inventarse la historia de la aventura de Daniel con Stacy Nielsen, e incriminar sutilmente a Otto

como autor de los asesinatos. Ella sabía, pese a que lo había traicionado, que no la acusaría mientras prestara testimonio. La quería demasiado, y estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Cuando vivía con Daniel, Otto estaba loco de celos. Nunca lo dijo, pero Carrie se fijó en el placer con el que le cortó el cuello a Daniel. Luego le cogió el reloj, el Panerai que ella le había regalado, y le pidió que se lo pusiera en la muñeca. Eso hizo, por él.

El investigador, Lake, había asesinado a Otto. En ciertos aspectos, Lake le había hecho un favor a Carrie. Si hubieran detenido a Otto, siempre existiría el riesgo de que cambiase de parecer con respecto a ella y le contara al FBI la verdad. Ahora que estaba muerto, la verdad nunca saldría a la luz.

Después de pagar los honorarios legales y de que el FBI hubiera retirado la vigilancia y el sistema de alerta de las cuentas de Daniel, Carrie tenía trece millones de dólares como recompensa por sus desvelos. Eso sí que era libertad.

—Aquí tiene, otra copa de champán —dijo la auxiliar de vuelo a la vez que se la tendía.

Carrie tomó un sorbo, se puso los auriculares y pulsó la tecla de Play para seguir reproduciendo la película que había descargado en el portátil.

Era su parte preferida.

Mitchum estaba sentado en el tocón de árbol en la oscuridad, observando a sus víctimas en el interior de la casa. Era poderoso y no tenía ningún miedo. No solo contemplaba a la mujer y los niños que planeaba asesinar, les estaba dando una serenata.

En su leve falsete, Carrie se recostó en el asiento y coreó suavemente: «Leaning, leaning, leaning on the everlasting arms...».

## GABRIEL LAKE

Lake estaba sentado a la pequeña mesa de comedor en su mínimo apartamento.

No tenía recuerdo de las treinta manzanas que había recorrido a pie desde la biblioteca hasta su casa. No podía pensar más que en Carrie Miller, y cómo había engañado y manipulado a Eddie, Kate, Harry, Bloch, el FBI y, en última instancia, a su amante, Otto Peltier.

Taconeaba un ritmo contra el suelo. Con la mirada fija en el móvil encima de la mesa delante de sí, procuró respirar con más calma. Una asesina había quedado impune. Y en una pequeña parte, Lake había contribuido a que ocurriera.

Cogió el móvil y llamó a Eddie.

El abogado contestó.

—Hola, soy yo... —dijo Lake.

—¿Estás bien? No me digas que has perdido ese cheque —respondió Eddie.

Lake abrió la boca para hablar, pero titubeó. Aunque se le movían los labios, no atinaba a dar con las palabras adecuadas. Lo que estaba a punto de decirle a Flynn iba a hacerle daño. No había manera fácil de contárselo. No se podía abordar con tacto. Saber algo así era como un balazo en el estómago, y no había modo de suavizarlo.

Oyó a Kate y Bloch al fondo riéndose de algo que había dicho Harry. Seguían en el bar, tomándose con calma y disfrutando de la compañía.

—No he perdido el cheque, es otra cosa —dijo Lake.

En segundo plano, Kate soltó una carcajada; sonaba feliz.

—¿Qué pasa? —preguntó Eddie.

—Es..., no es nada —dijo Lake.

—Has llamado para decirme que no pasa nada —señaló Eddie—. No sé si tienes claro cómo funciona este asunto de la conversación entre seres humanos.

—Es solo...

—¿Qué pasa? —insistió Eddie.

—Si alguna vez necesitas otro investigador, ya sabes que puedes llamarme.

—Lo sé. Ahora descansa un poco.

Eddie colgó.

No había nada que Eddie pudiera hacer al respecto. No había nada que pudiera hacer la policía tampoco. Los cargos contra Carrie Miller se habían retirado.

No era probable que la juzgaran de nuevo. La infracción de las condiciones de la libertad condicional conllevaba una advertencia y una multa de doscientos dólares, que había pagado encantada. Ahora Carrie Miller era libre como el viento.

Abrió el cajón de la cocina donde guardaba los cubiertos y algunas herramientas pequeñas. Dentro estaba la pistola que llevaba como protección, una Glock. Sacó el arma de la caja junto con un cargador lleno. Apretó el gatillo sin munición para abrir la pistola y hacer que retrocediera la corredera. Encajó el cargador e introdujo una bala en la recámara.

Algún día encontraría a Carrie Miller. Ese día le explicaría que no iba a haber segundo juicio, ni circo mediático, ni meses de espera a que se dictara sentencia.

A veces lo que está bien y lo que es legal no son lo mismo.

La encontraría, por mucho tiempo que le llevara.

Había una bala en esa pistola para ella.

Algún día se la entregaría en persona.

## AGRADECIMIENTOS

Como todos mis libros, este no existiría sin mi esposa, Tracy. Este libro se lo dedico a ella, pero en realidad todos los escribo para ella como primera lectora y la persona del mundo a quien más quiero impresionar.

Gracias a Shane Salerno, Don Winslow, Steve Hamilton, Adrian McKinty y todos los miembros de The Story Factory. No sé qué haría sin vosotros.

Gracias a Francesca, Sarah y todo el equipo de Orion Books por vuestro trabajo y por traer al mundo a Eddie Flynn.

A mi familia, mis amigos y mis perros, os agradezco vuestro apoyo y amabilidad.

Mi mayor deuda de gratitud, como siempre, es contigo.

Sí, tú.

La persona que está leyendo esto ahora. Gracias por leer mis libros. Sin lectores entregados e inteligentes como tú, estaría perdido, porque un libro no es un libro en realidad sin un lector, y cuento con algunos de los mejores lectores del mundo. No puedo agradecerlos lo suficiente que compréis mis libros y hagáis correr la voz sobre Eddie Flynn. Espero poder seguir entreteniéndoos durante muchos años.

Esperemos que sean unos años buenos para todos nosotros.



**Steve Cavanagh** nació y creció en Belfast. Con dieciocho años se fue a Dublín para estudiar Derecho y durante veinte años practicó derecho civil. En la actualidad, aparte de escribir da conferencias sobre temas legales, pero en realidad solo le gusta contar chistes. Su serie de novelas protagonizadas por Eddie Flynn ha vendido más de cinco millones de ejemplares y ha sido traducida a más de veinte idiomas. Después de *13*, *Cincuenta cincuenta* y *El abogado del diablo*, *Cómplice* es la cuarta novela de la serie que se publica en español.